

Arthur

VIRGINIA V.B.

Copyright © 2019 VIRGINIA V.B.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación, o por cualquier sistema de almacenamiento y recuperación, sin permiso escrito del propietario del copyright.

Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Todos los personajes, nombres, hechos, organizaciones y diálogos en esta novela son o bien producto de la imaginación del autor o han sido utilizados en esta obra de manera ficticia.

1ra Edición, Mayo 2019.

Título Original:

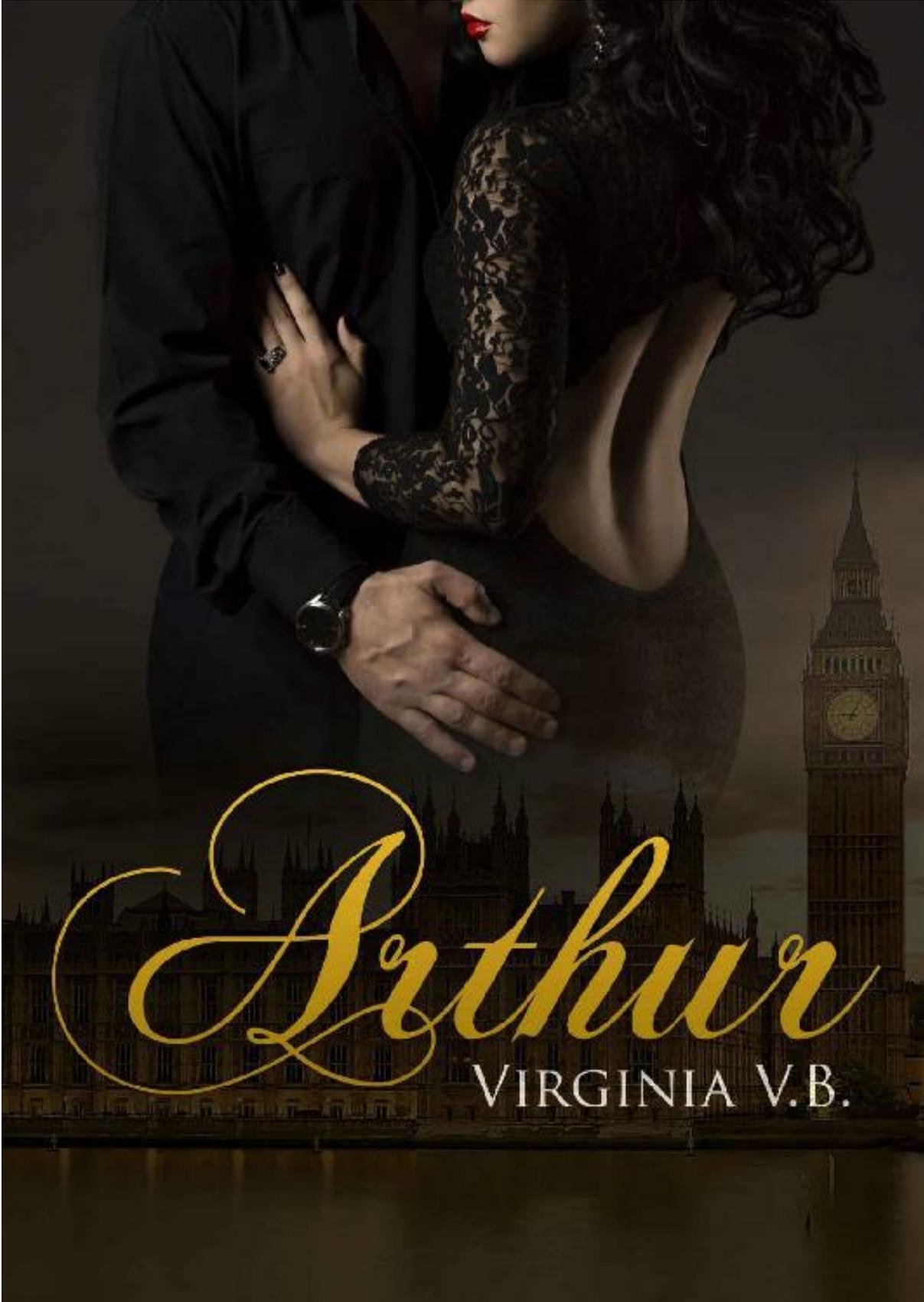
Arthur

Diseño y Portada: EDICIONES K.

Fotografía: Shutterstock.

Maquetación: EDICIONES K.





Arthur
VIRGINIA V.B.

Arthur

VIRGINIA V. B.

ÍNDICE



DEDICATORIA

SINOPSIS

PRÓLOGO

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
EPÍLOGO 1
EPÍLOGO 2
AGRADECIDIMIENTOS
SOBRE LA AUTORA

*A mi prima Vane: fuiste, eres y siempre serás mi heroína.
Gracias por enseñarme tanto.
Te quiero.*

SINOPSIS



Conocí a Theodore James en la facultad de Harvard y nos hicimos inseparables. Almas libres. Folladores natos con mil aventuras a nuestras espaldas. Asiduos a antros que es mejor no recordar. «¿Casarnos nosotros? ¡Ni de coña!», solíamos jactarnos. Qué tiempos aquellos... Ahora él está casado y yo metido en un lío. Un lío que me ha pillado por sorpresa y que no sé cómo enfrentar. El amor y la vida en pareja nunca entraron en mis planes.

Mucho menos formar una familia. Después de ver cómo la mía se desmoronaba por culpa de las infidelidades de mi madre, y todo lo que eso supuso, me niego rotundamente. Imaginarme con un hijo me paraliza hasta el riego sanguíneo. Estoy entre la espada y la pared. Una espada bien afilada y una pared demasiado tentadora.

Los James son una de las familias más ilustres de Inglaterra, y ser invitado a los eventos de Clover House, es un privilegio. Recibir sus invitaciones siempre ha sido un motivo de felicidad para mí. Hasta ahora. Me siento ruin y desleal con toda la familia. En mi defensa diré que sufrí un acoso en toda regla y que, como hombre que soy, caí en la trampa de mi acosadora.

Alison James puso los ojos en mí y no paró hasta conseguir lo que quería: un rock and roll con buen movimiento de caderas.

Ahora ya nada será igual.

PRÓLOGO



Para un tipo como yo, que reniega del amor y de todo lo que ello conlleva, descubrir que tengo atenazada la garganta de emoción al ver a mi mejor amigo casarse, da escalofríos.

Supongo que se debe a que, después de verlo hecho una mierda, me alegra al fin, verlo feliz junto a esa loca mujer que le ha robado el corazón. Uno de esos escalofríos me recorre la espalda de pies a cabeza. ¿Por qué? Sencillamente porque él antes era como yo, de los que no pensaban en el matrimonio ni borrachos. Almas libres. Folladores natos con mil aventuras a nuestras espaldas. «¿Casarnos nosotros?», solíamos jactarnos... «¡Ni de coña!».

Yo sigo manteniendo esas palabras.

Él acaba de pronunciar: «sí quiero».

¡Chiflado!

Conocí a Theodore James en la facultad de Harvard, hace ya algunos años. A pesar de ser algo mayor que yo, nos hicimos inseparables. Ambos teníamos muchas cosas en común: las mujeres, las fiestas y el sexo, eran las principales. Fuimos asiduos a antros que, mejor ni recordar. Durante unos meses, sólo fuimos él y yo. Luego se nos unió Oliver Hamilton que, casualidades de la vida, es el hermano de la ya esposa de Theo, Rebeca. Nos llamaban el trío calavera. Las chicas se morían por nuestros huesos y nosotros por sus cuerpos. No teníamos escrúpulos.

Nos iba la marcha y nos dedicamos a disfrutar todo lo que se nos ponía a tiro. Y cuanto más pervertido fuera el sexo, mejor. Joder, la de cosas que aprendimos juntos... A Oliver le perdí la pista en cuanto se enamoró de aquella víbora de Lilian y se casó con ella.

Matrimonio que duró un suspiro. Ahora vuelve a estar casado y tiene hijos. Theodore ya ha dado el primer paso para seguir ese camino. La sonrisa se me borra de la boca al pensar que yo pueda ser el siguiente.

¡Ni de broma!

El amor, la vida en pareja, y demás, no están hechos para mí.

El desastroso matrimonio de mis padres y su posterior divorcio, han

sido la mejor lección.

No, no seré el siguiente en caer.

¡Lo juro!

Soy una de las últimas personas en abandonar la pequeña capilla de Clover House y dirigirse a la recepción de la boda. La carpa montada en la parte de atrás de la mansión de los James es espectacular. Como todo en esta finca. Un camarero pasa a mi lado y cojo una copa de vino. Le doy un sorbo a la vez que paseo la mirada entre la gente. El hermano de Theodore, Adrien, está algo apartado del resto. Parece aburrido o cabreado, quién sabe. Podría acercarme a él y hacerle compañía mientras esperamos a que los novios regresen de donde quiera que hayan ido. No lo hago. Theo me advirtió de que era un mamón y prefiero mantenerme alejado de él. Por si las moscas. Sigo con mi repaso visual hasta localizar a los padres de mi amigo. La señora Victoria parece bastante ajetreada impartiendo órdenes aquí y allá, como cualquier madre haría en estos casos. «Excepto la mía».

Sacudo la cabeza para borrarla de mi mente. Al hacerlo, reparo por casualidad en unos ojos que parecen centrados en mi persona. La intensidad de esa mirada me pone nervioso. No porque no me gusta que me miren, al contrario, sino porque la dueña de esos ojos no es otra que la hermana pequeña de Theodore, Alison.

No es la primera vez que me pasa esto con ella, me refiero a lo de las miradas. A veces creo que me desea y, otras, en cambio, que no me soporta. Puestos a escoger, prefiero lo último.

Ella es una preciosidad de mujer, pero también la hermana de mi mejor amigo. No podría hacer con ella lo que hago con las demás, que no es otra cosa que follar y ya. Sexo placentero, satisfactorio y consentido sin ningún tipo de compromiso. No, ni pensarlo siquiera. La palabra “vetada” refulge parpadeante en su frente. Desvío la mirada, buscando una vía de escape, en cuanto la veo caminar en mi dirección.

No la encuentro.

¡Maldición!

Una mano se posa en mi espalda y me tenso.

—Aquí estás, llevo un buen rato buscándote.

Respiro aliviado al escuchar la voz cantarina de Caitlin.

Alison se para justo a nuestro lado.

—Caitlin —dice—, estás preciosa.

—Gracias, Ali, tú también.

Bebo de la copa sin hacer contacto visual con ella.

—¿Te ha gustado la ceremonia? —le pregunta a Caitlin, acercándose un poco más a mí.

Me tenso de nuevo.

—Oh, sí, ha sido bonita y muy emotiva.

—¿Y a ti Arthur? ¿Qué te ha parecido?

—Bien, supongo.

—¿Supones?

La miro al sentir el roce disimulado de su mano en la mía.

Sonríe inocente.

«¿Qué cojones está haciendo?».

Aparto la mano y la meto en el bolsillo del pantalón.

—¿Qué quieres que te diga? A mí estas cosas no me van mucho.

—¡Hombres! —exclama Caitlin.

—Sí, hombres, se morirían antes de reconocer que algo les emociona o les gusta, ¿verdad?

Ambas se ríen.

Yo vuelvo a beber porque tengo la garganta seca.

¡Joder!

—Bueno, los novios están a punto de llegar, voy a preparar el brindis de bienvenida. Resérvame un baile para luego, Preston.

Me atraganto con el vino y ella me guiña un ojo con picardía.

«¿A qué mierda está jugando?».

—Dios, la pequeña Alison se ha convertido en una mujer despampanante, ¿no te parece, Arthur?

—¿Qué?

—Oye, estás muy raro, pareces disperso. ¿Te encuentras bien?

—Por supuesto.

—Decía que...

—Sí, sí, te he escuchado perfectamente.

Y sí, tiene razón, la pequeña Alison es todo un bombón. Un bombón prohibido para este paladar.

—¡Ahí llegan Theodore y Rebeca! —aplaude entusiasmada.

Excepto yo, y la oveja descarriada, así es como llaman sus familiares a Adrien, todos los invitados se arremolinan alrededor de los novios para felicitarles y brindar en su honor.

La encargada de dicho brindis es Alison y, no sé por qué, pero no

puedo apartar los ojos de ella.

¡Mierda!

Espero a que el reciente matrimonio se quede solo para acercarme.

—¡Felicidades, pareja! —digo sonriente cogiendo a Rebeca de las manos—. Eres la novia más deslumbrante que he tenido el placer de ver en mi vida.

—Exagerado...

—Sabes que no.

La abrazo y le doy un beso en la mejilla.

—¿Y yo no soy el novio más deslumbrante que has visto en tu vida?

—No te enfades, amigo, tú también estás muy guapo, pero ella... en fin...

—Cabronazo—mascullo entre dientes dándome un abrazo.

Le palmeo la espalda y río.

—Os deseo toda la felicidad del mundo.

—Gracias—responden sincronizados.

Alguien reclama a la novia y me quedo a solas con él.

—Pareces muy feliz.

—En estos momentos soy el hombre más feliz y afortunado del mundo, Preston.

—Me alegro. Te lo mereces.

Sonríe agradecido.

Veo por el rabillo del ojo que su hermana viene hacia nosotros e intento escabullirme.

—Oye—me dice Theo antes de dar un solo paso—, Adrien ha aceptado hacerse cargo del Libertine en mi ausencia y viajará contigo a Ibiza.

—Vaya, eso es una buena noticia, ¿no?

—Sí que lo es, sí. Hace tiempo que mi hermano está raro con la familia y me gustaría saber por qué. A veces tengo la sensación de que me culpa de lo que sea que haya ocurrido.

—¿Y lo eres? El culpable, digo.

Suspira.

—Ojalá lo supiera...

—Si hay algo que yo pueda hacer, no dudes en decírmelo.

—Gracias, pero es complicado. Él es complicado, ahora, antes no era así. Sólo ten paciencia con él, ya te dije que últimamente es bastante mamón, procura no tenérselo en cuenta, ¿vale?

—Tranquilo, me las apañaré con él. Tengo experiencia en tratar con capullos.

—¡Gilipollas!

Me encojo de hombros.

—Poco has tardado en darte por aludido.

Contengo una exclamación al notar un pellizco en el culo y me giro mosqueado.

Maldigo para mis adentros al ver a Alison con su cara más inocente, mirándome.

—Qué te pasa, Arthur, pareces cabreado—se guasea la muy arpía.

No sé qué se trae entre manos con sus miradas, pellizcos y roces, pero está consiguiendo sacarme de mis casillas.

—Acabo de decirle que Adrien viajará con él a Ibiza, puede que eso lo haya puesto nervioso.

—Sí, puede ser... —mascullo—. Si me disculpáis...

—No te olvides de mi baile, Preston.

Me tropiezo con una silla.

¡Joder!

Consigo olvidarme de ella mezclándome entre el gentío y saludando a unos y otros.

Hasta que llega la hora de sentarse a la mesa y descubro que la tengo justo en frente de mí, sonriendo burlona.

«No me lo puedo creer, esto tiene que ser una puta broma».

Evito a toda costa mirarla centrándome en una conversación banal con Caitlin, que está sentada a mi derecha.

Algo que me cuesta la vida misma teniendo sus ojos clavados en mí.

Eso me inquieta.

—¿Qué te pasa, Preston, estás incómodo?

Miro a Caitlin.

—¿Qué?

—¿Has bebido? —me susurra al oído.

—Por supuesto que no.

—Pues entonces no entiendo tu comportamiento.

—¿Mi comportamiento?

—Sí. Balbuceas, estás torpe y no dejas de moverte. ¿Seguro que estás bien?

¿Que si estoy bien? ¡Pues claro que no! ¿Cómo voy a estarlo, cuando la

hermana pequeña de mi mejor amigo parece querer llamar mi atención a toda costa? Si en lugar de Alison fuera otra...

Sonrío para mis adentros.

—¿Preston?

Sacudo la cabeza.

—¿Decías?

—¿Ves a lo que me refiero?

—Deja de preocuparte, estoy perfectamente.

—Si tú lo dices...

La peor tortura de mi vida no tarda en llegar.

Comienza a mitad de la comida en forma de pie. Un pie pequeño y delicado que reptaba por mi pantorrilla. Haciéndome brincar en el asiento y atragantarme con un trozo de pescado que estoy masticando. Caitlin me golpea en la espalda y yo taladro a la dueña del pie con la mirada.

—Ya, ya, deja de darme golpes—le digo a la primera, mosqueado.

—¡Joder, Preston!

Ignoro su protesta e intento seguir comiendo, en balde, porque el pie vuelve a deslizarse arriba y abajo por mi pierna. Suelto los cubiertos y contengo la respiración al notarlo sobrepasar la rodilla y llegar al muslo, donde se queda unos segundos. Segundos que dedico a buscar la mirada traviesa de la pequeña de los James, sin conseguirlo. Resoplo con fuerza y achino los ojos al ver la dirección que sigue el pie. Y los abro de golpe cuando me masajea la polla con él, mientras su dueña parece mantener una charla interesante con la persona que tiene al lado. Se me pone dura y ella ríe. No sé si porque nota la dureza de mi entrepierna o porque esa otra persona le ha dicho algo muy divertido. Oculto la cara entre las manos y cierro los ojos. Me está poniendo como una moto y no sé qué hacer. Si me levanto, se notará que estoy empalmado. Y si me quedo donde estoy... «Ay, Dios, ¡acabaré corriéndome en los putos pantalones!».

Ahogo un gemido.

—Arthur... —la mano de Caitlin en mi brazo me sobresalta.

La miro de soslayo con la respiración aún contenida.

—Dime qué te pasa, por favor. Me estás asustando.

—Estoy bien—jadeo nervioso—, creo que me ha dado un tirón en la espalda.

—¿Seguro?

Asiento, incapaz de pronunciar palabra alguna porque el maldito pie

me está presionando la polla con el dedo gordo.

La señora que se sienta al otro lado de mi torturadora me observa con demasiada intensidad.

«Ay madre, a ver si estoy pensando que es Alison y resulta que es esa otra mujer...».

Para comprobarlo, y así salir de dudas, meto la mano debajo de la mesa y tanteo al culpable del calor que me abrasa las pelotas. Acaricio el empeine, con delicadeza, y enrosco los dedos alrededor del tobillo. Su dueña se tensa y es entonces cuando nuestras miradas se encuentran. La mía y la de Alison.

Sonrío de medio lado. Ella también. Ladeo la cabeza. Ella también. Achino los ojos. Ella también. Deslizo la mano, con lentitud, por su piel suave y sedosa. Ella se lame el labio inferior con parsimonia. «¡La virgen, estoy cardíaco!».

Si no fuera ella... Pero como lo es, ya no me cabe ninguna duda, y por cojones tengo que ponerle fin a este peligroso juegucito, atrapo el dedo gordo de su pie y lo retuerzo con ganas y saña.

Mucha saña, de hecho.

—¡Auuu! —chilla fulminándome con la mirada.

—¿Qué te ha pasado? —pregunta Caitlin preocupada.

Ella aprieta los dientes.

—Creo que me ha dado un calambre en la pierna.

—Habrás sido por una mala postura—digo tan tranquilo.

No responde.

Se pone el zapato y se levanta.

—Disculpadme—murmura.

Sale de la carpa cojeando.

Y yo respiro aliviado al comprobar que mi polla se repliega y mi sangre vuelve a fluir por las venas con total normalidad.

El resto de la comida pasa sin más incidentes.

Hasta que llega la hora del baile y vuelvo a verme en apuros por su constante acoso. Acoso que nadie parece percatarse que sufro. Jamás en la vida me había visto en una situación tan bochornosa como esta. Bochornosa porque no sé si me está gastando una broma y le divierte vacilarme y ponerme al límite, o realmente quiere empotrarme y follarme.

Llevo media boda empalmado como un burro por su puñetera culpa. Cada vez que me tiene a mano, consigue ponerme a mil. De hecho, aunque no dejo de escabullirme cada vez que la veo cerca de mí, no puedo evitar

buscarla con la mirada. Y para mi desgracia, mis ojos ya la miran con lascivia y deseo, joder.

Y eso me asusta.

O más bien me acojona.

Me acojona porque me relamo sólo de imaginar sus piernas abrazando mi cintura y mi polla hundiéndose en su interior. Me acojona descubrirme con ganas de saborear sus labios y lamer cada recoveco de su cuerpo; de retorcer sus pezones y mordisquearlos a mi antojo, dejándoselos tan duros que pueda pulir diamantes con ellos. Ma acojona escucharla gemir en mi cabeza y gritar mi nombre cuando se corra gracias a mí. Pero, sobre todo, me acojona tener estos pensamientos porque es la hermana pequeña de mi mejor amigo y sería hombre muerto si Theodore se enterara de lo que me gustaría hacerle ahora mismo a su hermana.

Sí, estoy muy, muy acojonado.

Y muy caliente también.

Ella, con sus contoneos de cadera, los roces casuales de sus manos en cualquier parte de mi cuerpo, sus miradas ardientes y sus susurros subidos de tono, me tienen así.

La muy arpía ha conseguido tener toda mi atención centrada en ella y ni siquiera sé por qué, cuando nunca ha mostrado interés alguno en mí.

«Ni yo en ella».

Estoy al límite y no sé cuánto más voy a poder aguantar.

Reconozco que estoy jodidamente perdido.

Resoplo y salgo del baño, donde me he escondido esta última vez.

No me sorprende encontrarla esperándome en el pasillo.

Vuelvo a resoplar.

—Cualquiera diría que te escondes de mí...

—¿Qué quieres, Alison?

—Reclamar mi baile.

—No sé bailar.

—Los rumores dicen que tienes un buen movimiento de caderas...

Enarco una ceja.

«¿Estamos hablando de lo mismo? Porque no lo parece».

—No deberías de creer en los rumores, no suelen ser ciertos.

—Por eso quiero un baile, para comprobarlo por mí misma.

No ha dado ni dos pasos hacía mí y ya estoy conteniendo la respiración.

—¿Por qué este repentino interés en mí? —indago con los ojos fijos en los suyos.

—He escuchado tantas cosas de ti que has despertado mi curiosidad.

Lleva la mano a mi pecho y la desliza con parsimonia hacia abajo.

—Alison...—carraspeo—, para, no sigas por favor. Como broma ya estuvo bien, ¿no te parece?

Detengo su mano a la altura de la cinturilla de mis pantalones.

—No es ninguna broma.

Su otra mano me aprieta las nalgas, impulsándome hacia ella.

Sus pechos rozan mi torso y el corazón se me dispara.

«Frena esto, tío, de lo contrario...».

—Oye, no sé si he hecho algo que te hiciera pensar que estoy interesado en ti, pero no, de verdad. Y... Oh... Dios...

Aprieto los dientes.

Su lengua dibuja círculos húmedos en mi cuello.

Mi fuerza de voluntad empieza a flaquear.

Apoyo las manos en la pared que está detrás de ella, pegándome más a su cuerpo.

—Yo tampoco estoy interesada en ti, de hecho, ni siquiera me caes bien. Sólo quiero un baile, nada más.

Jadeo, frustrado.

Estoy a medio paso de rendirme.

—Ambos sabemos que no es bailar precisamente lo que buscas.

Mi voz suena demasiado ronca para mi gusto.

Sonríe rozándome los labios.

Su mano se cuela dentro del pantalón y del bóxer, y me acaricia el glande con los dedos.

—Chico listo.

Lame mi labio inferior sin apartar sus ojos de mí.

Me está quemando vivo.

Hago un último intento.

—No bailo con las hermanas de mis amigos.

—¿Aunque lo desees? —ronronea en mi boca apretándome la polla con fuerza.

—¿Por qué yo? Abajo en la carpa hay un montón de tíos que estarían más que dispuestos a bailar contigo hasta el amanecer.

—¿La verdad?

Asiento, ahogando un jadeo por los estragos que está ocasionando su mano en mi entrepierna.

—Porque sé que, para ti, al igual que para mí, sólo será eso, un baile. No me pedirás nada más. Ni me buscarás constantemente. Eres un alma solitaria, igual que yo.

Sus caderas se contonean sobre mi erección, dejándome sin aliento.

—¿Estás segura de que esto es lo que quieres? —la miro con intensidad.

—Totalmente.

—¿No habrá reproches ni malos rollos después?

—No.

—Una última pregunta... —su mano sube y baja por mi polla con parsimonia y dedicación—. ¿Balada, salsa o rock and roll?

Ríe.

—Rock and roll.

«Buena respuesta».

Aplasto su boca con la mía y busco su lengua con desesperación.

—Aquí no... oh joder, Preston, aquí no...

Tira de mí y, parándonos cada dos por tres para devorarnos, recorremos el pasillo hasta una habitación. Sin ningún tipo de delicadeza, en cuanto cierra la puerta tras de sí, bajo su vestido hasta la cintura y amaso sus tetas con urgencia. Sus manos vuelan a los botones de mi camisa que, junto a la chaqueta, no tarda en volar por los aires, al igual que el resto de mi ropa.

Succiono los rosados pezones con avidez. Mordiéndolos y lamiéndolos con fuerza. Jadea y se arquea, llenándome la boca con ellos. Lamo, chupo y saboreo.

Estoy jodidamente caliente y me puede la impaciencia y la necesidad de follarla de una maldita vez. Por eso alzo las faldas de su vestido y busco la humedad entre sus piernas. Aparto a un lado su minúsculo tanga y ensarto un par de dedos en su interior.

No soy cuidadoso, ni tierno, ni cariñoso. Así es como bailo yo el rock and roll, sin miramientos.

Me froto la polla mientras le meto los dedos una y otra vez y ella se retuerce de lujuria. Sus pupilas están dilatadas y refulgen de deseo. Está tan excitada como yo, o más. Sus fluidos impregnan mis manos. Su olor inunda mis fosas nasales. Me duelen los testículos, joder. La inclino sobre la cama, de espaldas a mí, con su bonito trasero en pompa.

Tiembla cuando siente mi lengua reseguir su espina dorsal hasta el cuello y descender de nuevo. Se balancea hacia atrás al notar la dureza de mi polla en la separación de sus nalgas, buscando más fricción. Eso acaba por volverme loco, pero, en lugar de dejarme llevar y entrar por la puerta de atrás, lo hago por la otra, clavándome en ella de una estocada.

Jadeo con los dientes apretados y me muevo adelante y atrás. Entro y salgo de ella, con las manos afianzadas a sus caderas con fuerza. Sus gemidos me trastornan. Me enloquecen. La presión de su coño alrededor de mi polla me mata.

—Me corro, Preston—me advierte entre gemidos.

Esa advertencia da el pistoletazo de salida a mi propio orgasmo y me hundo en ella con más urgencia. Una y otra vez. Una y otra vez. Y alguna más. Hasta que la oigo mascullar mi nombre contra el colchón y retorcerse cual culebra, catapultándome al universo, corriéndome como un poseso en su interior. Es entonces cuando me doy cuenta de que no he usado protección.

El placer del orgasmo se evapora dejándome paralizado.

—¡Mierda Alison, no me he puesto un condón!

Me mira por encima del hombro.

—Tranquilo, tomo la píldora.

Suspiro aliviado.

Un alivio que se esfuma al ser consciente de lo que acabo de hacer: follarme a la hermana pequeña de mi mejor amigo.

«Eres hombre muerto, Arthur Preston».

CAPÍTULO 1



Diez semanas después

Los James son una de las familias más ilustres de Inglaterra y, ser invitado a los eventos de Clover House, es un privilegio. Privilegio que se me otorga cuando regreso de Harvard, comienzo a trabajar con Theodore James en su club de Londres, y nuestra amistad se hace más estrecha. A pesar de ser una familia importante y de renombre, nunca me he sentido fuera de lugar entre ellos, al contrario. Tanto el señor August, como la señora Victoria, consiguen hacerte sentir como uno más de la familia. Sus celebraciones, ya sea un aniversario de boda, un cumpleaños, o un simple picnic, son espectaculares y siempre están llenas de gente adinerada, elegante y, por raro que pueda parecer, divertida. Recibir sus invitaciones siempre ha sido un motivo de felicidad para mí.

Hasta ahora. Haberme tirado a la pequeña de los James hace poco más de dos meses, en la boda de Theodore y Rebeca, me hace sentir ruin y desleal con toda la familia. En mi defensa diré que sufrí un acoso en toda regla y que, como hombre que soy, caí en la trampa de mi acosadora. Lo sé, no existe defensa ni excusa posible para lo que hice. Por eso he intentado escaquearme del picnic anual que hoy se celebra en Clover House. Porque siento que ya no soy merecedor de ese privilegio y estoy avergonzado.

No solo no lo he conseguido, sino que además tengo un cometido: sonsacarle a Alison quién es el padre de la criatura que espera.

Según Theodore, si he podido con Adrien, con Alison será pan comido.

«Si él supiera...».

Recuerdo perfectamente de qué manera se me encogieron las pelotas cuando Theodore dijo que su hermana Alison estaba embarazada. Fue el día que llegó de su luna de miel, en el Libertine. Adrien, él, y yo, hablábamos de la situación de Luis y de que a mí me parecía conveniente enviarlo a Londres y alejarlo una temporada de su historia con Mila cuando lo soltó. En ese momento sentí que mis pelotas eran absorbidas por una fuerza sobrenatural y que, si abría la boca, las vomitaría en sus caras. Tragué saliva, compulsivamente, como un millón de veces. Dejé de escucharlos y las imágenes de nuestro rock and roll pasaron por mi mente a cámara lenta, cortándome el aliento. Aún sigo sin entender cómo no se dieron cuenta de que por un momento me quedé mudo y a punto estuvo de darme un derrame o algo por el estilo. Juro que pensé que había llegado mi fin. Y todo por perder la cabeza y no poner un condón.

Estaba demasiado excitado como para pensar en otra cosa que no fuera

darle lo que esa pequeña bruja llevaba horas pidiendo. Entonces recordé que ella dijo que tomaba la píldora y recuperé la capacidad auditiva a tiempo de oír que Adrien mascullaba entre dientes que mataría al pobre desgraciado, fuera quien fuese. Me di cuenta de que había silbado cuando ambos me miraron con cara de asesinos y a la vez exclamaron:

—¡Qué!

Respondí lo primero que se me ocurrió.

—Nada. Sólo que no me gustaría estar en el pellejo de ese tipo. Pobre diablo, no sabe lo que se le viene encima.

Siento lástima de ese hombre.

«*Podrías haber sido tú, idiota*».

Cojo aire con fuerza.

Afortunadamente no lo soy y mi vida no corre ningún peligro.

—¿Por qué estás tan callado?

Luis me mira desde el asiento del copiloto con interés.

—Pienso.

—¿Quieres hablarme de ello?

—No, no tiene importancia.

—Tú mismo...

Vamos de camino a Clover House. Como dije anteriormente, hoy se celebra el picnic anual de Los James y todos hemos sido invitados. Excepto Mila, que sigue enfadada por la dimisión de Luis en el Lust, todos asistiremos y seremos testigos de cómo Adrien le pide matrimonio a Caitlin. Trago saliva. «Joder, el círculo se va estrechando y ya sólo quedamos Luis y yo como solteros del grupo».

Eso acojona bastante.

—¿Entonces nos quedaremos a dormir en la mansión?

—No si puedo evitarlo, Luis.

Frunce el ceño, desconcertado.

—Tenía entendido que sí. Theodore dijo que tú siempre te quedabas.

—Sí, pero eso fue antes de...

Me muerdo la lengua a tiempo.

—¿Antes de qué?

«*De follarme a Alison James*».

Su teléfono suena evitando tener que darle una respuesta.

Mentiría si dijera que en estos dos meses no he pensado en ella y en el baile que nos marcamos en su habitación. En lo gratamente sorprendido que

me dejó que fuera tan receptiva y le gustase bailar rock and roll. En su perseverancia hasta hacerme perder la cabeza. Y en la increíble manera en que nuestros cuerpos se acoplaron. Se tocaron. Se disfrutaron. Me pongo duro cada vez que me recreo en esas imágenes. Como ahora. Es inevitable.

—Arthur, es Rebeca, quiere saber dónde estamos.

—Dile que a punto de llegar. Diez minutos.

Me pongo nervioso al instante.

Aquel día, antes de salir de su habitación, acordamos no volver a hablar de ello y juramos que jamás volveríamos a bailar juntos. No nos hemos vuelto a ver y no hemos sabido nada el uno del otro. Bueno, excepto lo del embarazo, claro.

No tengo ni idea de cuál va a ser mi reacción cuando la vea dentro de escasos minutos. Ni tampoco la suya cuando me acerque a ella con intención de averiguar quién es el mequetrefe que le ha hecho un bombo. Dios, no puedo evitar ponerme en el pellejo de ese hombre y sentir lástima por él... Ojalá sus intenciones para con ella sean buenas, de lo contrario...

Los James son muy buena gente, pero como te la juren, échate a temblar.

Aparco el coche en la entrada. Curtis, el mayordomo de los James, nos recibe al pie de la escalera y nos acompaña a la parte de atrás, donde ya hay un buen grupo de gente pululando por el inmenso jardín. Lo primero que hacemos, tanto Luis como yo, es acercarnos a los anfitriones y agradecer la invitación. La señora Victoria, como siempre que me ve, me acoge entre sus brazos con cariño y deposita un tierno beso en mi mejilla. Me avergüenza pensar que hace nada estuve pensando en su hija pequeña con el culo en pompa frotándose contra mi polla y que me he empalmado sin remedio.

Me ruborizo hasta las cejas.

Soy lo peor de lo peor.

—Joder, ¿quién es esa? —me susurra Luis al oído cuando nos alejamos un poco de los anfitriones.

Sigo la dirección de su mirada y se me corta la respiración.

Está claro que mi memoria no le hace justicia.

Es todavía más espectacular en persona.

O puede que yo la mire de diferente manera después de nuestro rollo pasajero.

—Es la hermana pequeña de Theodore, Alison. ¿No la conociste el día de la boda?

—No, no tuve ese placer. Es muy guapa, ¿no?

¿Guapa? Guapa es quedarse corto, joder, la verdad es que es preciosa.

—Sí que lo es, sí—murmuro, dándome cuenta por primera vez de hasta qué punto es cierta mi respuesta.

La observo con atención, fijándome en cada detalle que la forma.

Su pelo ondulado, de un tono marrón oscuro, cae con gracia sobre sus hombros; su piel tostada y suave, he tenido el placer de comprobarlo, brilla con la luz del sol; sus ojos, también marrones y oscuros, tan parecidos a los de su hermano Theodore, se encuentran con los míos. Sonrío de medio lado y sigo con el escaneo de su cuerpo. Descarado. Sin cortarme un pelo. Me importa una mierda haber sido pillado in fraganti. No es muy alta, pero sí que tiene las piernas largas y muy bien torneadas. Quedarían preciosas rodeándome la cintura. El pecho, doy fe, generoso y terso, coronado por unos pezones deliciosos. Deslizo los ojos hacia arriba, percibiendo el movimiento de su lengua sobre el labio inferior y su sonrisa traviesa después. Provocadora. Coqueta. Sexy.

¡Joder!

—¿Me la presentas?

«Mierda, me había olvidado de Luis».

—¿Qué?

—Que si me la presentas... No deja de mirarme y quiero conocerla.

«¿Mirarte a ti? ¡Ja!».

Chasqueo la lengua.

—Ya tendrás tiempo de conocerla, ahora busquemos a Theo.

Me sigue de mala gana.

—¿Sabes si sale con alguien?

—Está embarazada.

—Vaya... Entonces supongo que la respuesta es sí.

—Exacto.

—Lástima.

Encontramos a Theodore y a Rebeca conversando con un grupo de gente, entre los que se encuentran los padres de Caitlin. Los saludamos y nos presentan a los que no conocemos. Enseguida me olvido del interés de Luis por Alison y me uno a la conversación que mantiene el señor Smith con Theo. Al parecer, Caitlin ha pedido la mano de Adrien a sus padres esta misma mañana y ellos se la han concedido de mil amores.

Sonrío.

—¿Y dónde están Adrien y Caitlin? No los he visto por ninguna parte.

—A Caitlin la he visto dirigiéndose al invernadero, supongo que buscando a mi hermano.

—¿Y él? ¿Cómo se ha tomado que fuera ella la que pidiera su mano?

—No tenemos ni idea.

—Conociendo a Adrien, se habrá descojonado.

—Eso seguro.

Me tenso cuando Alison se une al grupo y le dedica una sonrisa a Luis. A mí ni siquiera me mira. No sé si me siento aliviado o molesto. Hace un par de meses me estaba haciendo la vida imposible en este mismo lugar y ahora me ignora. Supongo que debería de alegrarme por ello, ¿no? Sacudo la cabeza y trato de centrarme en las palabras de mi amigo. Asiento, sonrío, y respondo, siendo completamente consciente de que ella ahora está a mi lado y que ni me roza.

«Si fuera al contrario te estarías cabreando», pues sí, también es verdad.

Mejor así.

Los padres de Caitlin se despiden y el grupo se va dispersando, quedando sólo nosotros cinco. Theodore, Rebeca, Luis, Alison y yo. Cojo una copa de una bandeja que pasa a mi lado, de la mano de alguien que ni miro. Me siento incómodo.

Debería hablar con ella, felicitarla por su embarazo y todo eso, pero no me atrevo.

Es como si de repente me hubiera quedado en blanco. Como si me sintiera intimidado por ella. Algo extraño que no sé explicar con exactitud. Jamás me había sentido así con una mujer. Puede que sea mi sentimiento de culpa por haberme acostado con ella. Theo no deja de mirarme, poniéndome nervioso. Me hace una seña para que me acerque a su hermana y hable con ella. Joder, me siento presionado. ¿Cómo demonios voy a sonsacarle quién es el padre de su bebé, si ni siquiera soy capaz de articular palabra? No somos amigos. No tenemos confianza. No hay nada, joder. Esto es demasiado complicado para mí. Otra seña más y siento el corazón en la garganta. Bebo un sorbo de vino y exhalo con fuerza. Luis y

Rebeca ríen por algo que no escucho.

Vuelvo a beber y a exhalar.

Abro la boca.

—Ni te molestes —masculla Alison a mi lado.

—¿Perdona? —inquiero.

—¿Crees que no me he dado cuenta de las señales que te ha hecho mi hermano?

—¿De qué estás hablando?

—Vamos, Preston, conozco perfectamente a mis hermanos y sé, con total seguridad, que te han pedido que averigües de quién estoy embarazada.

«Chica lista».

—¿Y vas a decírmelo?

—No.

—Pues muy mal—enarca una ceja para mirarme—, porque si tan bien conoces a tus hermanos, sabrás que no pararán hasta saber quién es el susodicho.

Se cruza de brazos.

—¿Por qué te lo han pedido a ti?

—Piensan que tengo un súper poder que hace que la gente se abra a mí y me cuente sus secretos.

—Pues diles que ese poder no funciona conmigo, que soy inmune a ti.

—Vamos, Alison, me harías un favor enorme si me lo dijeras.

—No lo creo.

—Dentro de un par de semanas regresaré a Londres para quedarme y los tendré dándome la lata continuamente.

Querrán que me pegue a ti, que sea tu sombra. En tu estado no deberías de tener que pasar por todo ese estrés.

—No hablas en serio.

—Sabes que sí.

Se queda pensativa durante unos segundos y luego sonrío.

Eso me desconcierta.

—Tienes razón, no debería de pasar por eso, y menos sola.

—¿Entonces vas a decírmelo?

Se inclina, rozando el lóbulo de mi oreja con los labios.

—Tú eres el padre, Arthur Preston, ahora ve y díselo a tus amigos, a ver cómo se lo toman ellos.

Se aleja dejándome paralizado.

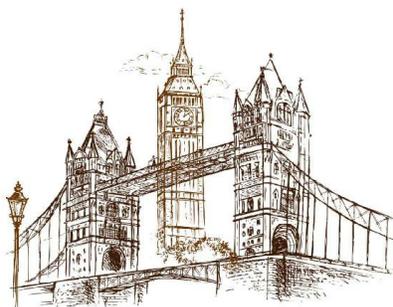
Mi corazón interrumpe sus latidos y lo veo todo borroso.

Yo no puedo ser el padre, ¿verdad? ¿O sí?

No, esto tiene que ser una broma.

Una de muy mal gusto, por cierto.

CAPÍTULO 2



Miro a mi alrededor. Todo el mundo está a lo suyo, incluidos mis amigos. Nadie parece haberse percatado del intercambio de palabras entre Alison y yo. Ni siquiera su hermano.

Afortunadamente para mí, porque, de ser cierto lo que dijo, que no lo creo, sería hombre muerto. Lo primero que hago, es abrir la boca, coger pequeñas bocanadas de aire y hacerlas llegar a mis pulmones. Cuando mi pecho vuelve a elevarse, me concentro en ralentizar los latidos de un corazón que, por unos segundos, se quedó colapsado y sin vida y ahora late desenfrenado. Como si de repente se hubiera vuelto loco y quisiera recuperar los latidos perdidos. Muevo los dedos, rozando el frío cristal de la copa que tengo en la mano.

Cierro los ojos y hago una respiración profunda. Muy profunda, de hecho.

Todo parece estar en orden.

Y entonces me enfurezco como nunca.

Tanto, que siento la ira y la rabia ascender por mi cuerpo e instalarse en el estómago.

Voy a matar a esa pequeña bruja mentirosa por hacerme pasar el peor momento de mi vida. ¿Yo el padre? ¡Venga, hombre!

¡Que estaba tomando la píldora, joder! ¿A quién quiere engañar esa acosadora de hombres?

Porque desde luego a mí no. ¿Esta es su venganza porque sus hermanos insisten en saber quién es él? ¿Joderme a mí? Pues lo lleva claro.

Pienso reírme en su puta cara de su maldita broma sin gracia.

A ver qué tal le sienta a la mala pécora y arpía de la pequeña de los James que me burle de mi supuesta paternidad en sus narices.

«O..., también puedes hacerla pasar un mal rato, Arthur».

Mi mente empieza a maquinarse la venganza.

Sonrí para mis adentros.

«Sí, a ver hasta dónde es capaz de llegar Alison con esto...».

Una vez recuperado de mi estado de pánico, me doy cuenta de que me he perdido el anuncio del compromiso entre Adrien y Caitlin por estar es shock. La verdad que he pasado un mal rato, joder. Imaginarme con un hijo me paraliza hasta el riego sanguíneo. Los niños me gustan, pero los de otros. Lo que no me gusta es pensar en que puedan ser míos. Ya lo dije en otras ocasiones. No quiero enamorarme. No quiero una mujer constante en mi vida. Ni mucho menos formar una familia. Después de ver cómo la mía se desmoronaba por culpa de las infidelidades de mi madre, y todo lo que eso supuso, me niego rotundamente. Más que nada porque no me gustaría que otra persona inocente pasara por lo que yo tuve que pasar en su día. Es algo doloroso e innecesario para una criatura que no ha pedido venir a este mundo.

Con paso tranquilo, me acerco a la algarabía que están montando mis amigos en un extremo apartado del jardín. Alison me mira desafiante y sonrío. «Te vas a cagar, nena.

Como que me llamo Arthur Preston que voy a conseguir borrarte esa sonrisa de los labios». Me pongo al lado de Adrien y le paso un brazo por encima del hombro atrayéndolo hacia mí.

—Así que han conseguido cazarte, ¿eh?

—Eso parece...

—Eres un mamón afortunado, te llevas a una chica increíble.

—Lo sé, por eso he dejado que se saliera con la suya.

Río con ganas.

—Estabas perdido de todas las maneras, James.

—Algún día seré yo el que me ría en tu cara.

—Sí, cuando el infierno se congele.

—Tiempo al tiempo...

Niego con la cabeza.

—Felicidades, amigo, te lo mereces.

—Gracias, Preston.

Cojo las manos de Caitlin, que me mira risueña, y le doy un apretón cariñoso.

—No sé si alegrarme por ti o compadecerte. ¿Estás segura de que sabes lo que haces?

Sus carcajadas me hacen reír a mí también.

—Completamente. No hay nada que desee más en este mundo que a él.

—Entonces no queda más remedio que felicitarte.

—No esperaba menos de ti.

La abrazo y beso su mejilla.

—Deseo de corazón que seáis muy felices.

—Gracias, Arthur.

No, no soy un cínico, lo digo de corazón. Puede que para mí no quiera esto, pero no todo el mundo es igual que yo, ni vivió lo que yo viví. Mis amigos tienen todo lo que la palabra familia engloba y, con su más y sus menos, aquí siguen, juntos y unidos. Posiblemente yo pensara de diferente manera si tuviera lo que ellos tienen.

Por desgracia no es así.

Theo se burla de Adrien por permitir que fuera Caitlin la que pidiera su mano y todos reímos. Éste aguanta como un campeón las pullas y no se corta en entrar al trapo. Tras eso, vuelven las felicitaciones, los abrazos y los besos entre todos.

Excepto entre Alison y yo que nos miramos con desconfianza.

—¿Ya les has contado a tus amigos la buena nueva? —murmura por encima de mi hombro con retintín.

Sonrío con desdén.

—Aún no.

—Cobarde.

—Lo que tú digas, acosadora.

La ignoro y vuelvo al buen rollo del grupo.

«Lo de esta mujer no tiene nombre».

Van pasando los segundos, los minutos y las horas. En todo este tiempo, comemos, bebemos, reímos y participamos, de buena gana, de los juegos organizados por los anfitriones.

Alison está pendiente, en todo momento, de mis movimientos. Lo sé porque, aunque no quiera, mis ojos la buscan constantemente. Parece estar impaciente por verme hablar con sus hermanos. Eso me pone nervioso y consigue hacerme dudar.

«Y si es verdad que yo soy el padre, ¿qué?».

—Pareces pensativo.

Theo me ofrece una cerveza y la acepto.

—Nada de otro mundo—miento.

—Te he visto hablando con mi hermana.

Asiento, con los huevos de corbata.

—¿Fue bien la cosa?

Bebo de la botella.

—¿Qué os traéis entre manos vosotros dos?

Adrien se pone a mi derecha.

«Genial, ahora estoy flanqueado por los dos».

Trago el sorbo de cerveza.

—Le he pedido a Preston que trate de acercarse a Alison e intente sonsacarle quién es el padre del bebé.

—Buena idea, hermano. ¿Y bien? —me mira—. ¿Has conseguido algo?

Me sudan las palmas de las manos.

Trago saliva.

—No, sólo la he felicitado, nada más.

—Aún es pronto, no te tiene confianza.

—Será pan comido en cuanto se instale aquí, igual que pasó contigo, Adrien.

—¿Le pediste a Preston que me sonsacara mis secretos?

—No, le dije que eras un mamón y que no te lo tuviera en cuenta. De lo otro ya te encargaste tú solito.

—Capullo.

Theo se encoge de hombros.

La mirada de Alison, no muy lejos de donde estamos, se encuentra con la mía.

Parece tensarse.

Bebo y sonrío con suficiencia.

Ahora empezará a preguntarse de qué estamos hablando. Si les estoy contando a sus hermanos que yo soy el padre de su bebé. Estará expectante esperando una reacción por parte de alguno de los tres. Una reacción que no llegará, porque no tengo ninguna intención de crucificarme innecesariamente. Confieso que, aunque no tenga el propósito de decir nada de nada, me tiemblan las piernas como a una nenaza.

Adrien apoya una mano en mi hombro y aprieta, no demasiado fuerte.

—Ten paciencia con ella, Preston, Alison puede ser desquiciante.

—¿Como tú? —se me escapa.

Ríe.

—Más o menos.

—¿Por qué es tan importante para vosotros saber la identidad de ese tipo?

—¿Si fuese tu hermana no querrías saberlo?

—No lo sé Theodore, es su vida y es cosa suya, ¿no?

—Lo único que queremos es que nadie se aproveche de ella y sufra—
masculla Adrien.

—No parece estar sufriendo...

Los tres la miramos a la vez.

Ella sólo parece tener ojos para mí.

Yo pongo cara de circunstancia.

—No, pero parece preocupada, ¿no crees, Theo? —inquire Adrien.

—Más bien asustada.

—Yo estaría ambas cosas si os tuviera como perros guardianes a los dos.

—Exagerado—responden al unísono.

En ese momento, afortunadamente, aparece Rebeca para llevarse a su marido a bailar. Poco después es Adrien el que va en busca de su prometida. Yo me dedico a hacer tiempo para ir en busca de mi acosadora y apretarle las tuercas.

Deambulo de aquí para allá durante un rato. Pendiente de ella. Su risa, ronca y sexy, me tiene anonadado. Nunca me había fijado en los hoyuelos que se le forman en las mejillas al sonreír. Tampoco en la forma en que parecen brillar sus ojos cuando lo hace. O en las comisuras de sus labios estirados hacia arriba en una perfecta media luna. Paseo la mirada por su cuerpo. Lleva unos vaqueros ajustados y una camiseta rosa.

Parece una adolescente y, en cambio, es toda una mujer. Una mujer con muy mala baba si es capaz de mentir para hacerme creer que soy el padre de su bebé. ¿Por qué hacerme algo así? Entiendo que no quiera tener a sus hermanos metiendo las narices en su vida, pero ¿qué culpa tengo yo?

Chasqueo la lengua, con rabia.

La veo mezclarse entre la poca gente que va quedando, para luego desaparecer por el sendero que lleva al lago.

Apuro la cerveza que tengo en la mano y espero diez minutos, de reloj, para seguirla. Se para junto a un roble y mira al frente, hacia el agua. Sus hombros ascienden y descienden, como si estuviera haciendo respiraciones profundas tratando de calmarse. Lleva las manos a la cabeza, se toca el pelo y luego se lo trenza con una agilidad asombrosa. De repente se inclina hacia

adelante y se convulsiona ligeramente. Apuro el paso para llegar junto a ella.

—¿Te encuentras bien? —pregunto, en voz baja.

Se sobresalta y se gira con cara de susto.

—Lo siento, no pretendía asustarte. ¿Estás bien? —repito.

—Sólo son náuseas..., ya sabes, por el embarazo.

Asiento.

—¿Puedo hacer algo por ti?

—No.

Guardamos un incómodo silencio.

Vine tras ella con intención de darle un escarmiento y, al verla así, pálida y algo demacrada, no puedo evitar sentir lástima y olvidar mi venganza.

—Suelo venir aquí cuando me siento agitada, la brisa siempre es más fresca a la orilla del lago—suspira—. Has hablado con mis hermanos, ¿verdad?

La angustia en su voz me sorprende.

—Alison...

—Te dije que eras el padre porque pensé que me darías una tregua—me interrumpo.

—¿Una tregua?

—Sí. No era mi intención hacerlo, me refiero a implicarte en esto, pero mis hermanos son tan protectores conmigo..., tan neandertales... Pensé que si te decía que tú eras el padre te asustarías y no correrías a confesarte. Eso me daría algo más de tiempo para mentalizarme a lidiar con ellos.

A prepararme. No quiero casarme, Preston, ni contigo ni con nadie, ¿entiendes?

«Joder, está más loca de lo que pensaba».

Empiezo a acojonarme.

—¿Y por qué íbamos a casarnos tú y yo?

—Ellos querrán que lo hagamos. Insistirán en que es lo mejor para el bebé. Para mí. Para nosotros.

Se lleva las manos a las sienes y las presiona, desesperada. Un escalofrío me recorre el cuerpo de pies a cabeza.

—Oye, no sé qué cojones te he hecho para que la hayas tomado conmigo—me mira desconcertada—. Primero me acosas en la boda de tu hermano, para echar un polvo, y ahora me haces pasar por esto. No tiene ni puta gracia, Alison. Si querías asustarme y reírte de mí, lo has conseguido. Adelante, ríete, pero ya basta, no sigas con esta charada, ¿vale? Olvídate de

mí y de lo que sea que tengas en mente.

—¿Crees que esta situación me la he inventado para reírme de ti, para hacerte pasar un mal rato?

—Sí. Fuiste tú quien me buscó hasta conseguir lo que querías. Nada de reproches, nada de malos rollos, ¿recuerdas? —asiente—. ¿Entonces a qué viene esta pantomima?

Sus ojos refulgen de furia.

—Dios, ¿piensas que todo esto es por ti?

—Dímelo tú.

—Joder, con razón me caes como el puto culo. Eres... Eres...

—Pues para no caerte bien no dudaste en perseguirme durante horas para que te follara.

Resopla con fuerza y me fulmina con la mirada.

—¡Y ni te imaginas lo arrepentida que estoy de ello!

—¡Ya somos dos!

Nuestras miradas se retan durante segundos.

—No es ninguna broma, Preston, el bebé es tuyo.

—¡Pero yo no quiero ser el padre de ningún bebé, joder!—grito.

—¡Nadie te lo ha pedido!

—¿Entonces por qué me lo has dicho?

—Porque si alguien puede hacer que mis hermanos se mantengan al margen de mi vida, eres tú.

—¿Y ya está? ¿Eso es lo único que quieres de mí?

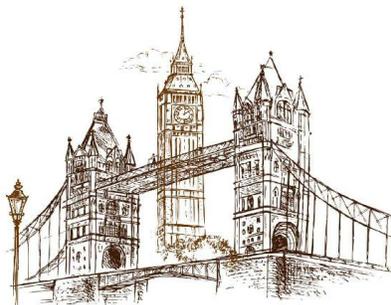
—Sí.

Los pulmones se me contraen.

—Vale, me encargaré de ello.

No sé cómo voy a hacerlo. En realidad, ahora mismo me da igual. Sólo quiero desaparecer.

CAPÍTULO 3



Lo que acaba de pasar es surrealista. En realidad, casi todo lo sucedido en el día de hoy lo es. Vengo tras ella, con el firme propósito de cantarle las cuarenta y hacerla pasar un mal rato, y al que parece que haya arrollado una apisonadora es a mí.

No acabo de creermelo que esto esté pasando. Prefería un millón de veces que fuera una puta broma a tener que vivir esta situación.

¡Yo no quería esto, joder!

«Pues haberte puesto un condón, imbécil».

Cierto.

En lugar de echar a correr, que es lo que me pide el cuerpo y la mente, correr hasta desaparecer del puñetero planeta, camino alrededor del roble como un autómatas. Con una única frase en mi cabeza, que retumba tan fuerte, y tan clara, que me tiene contraídas las entrañas: «¡Voy a ser padre!

¡Voy a ser padre! ¡Voy a ser padre!»). Me paro en seco, con la respiración demasiado agitada, y apoyó las manos en las rodillas inhalando con fuerza. Estoy asustado, pero no paralizado, como hace unas horas. Creo que, en el fondo, sabía que esto podía pasar. Es lo que tiene jugar con fuego, que uno se quema sin remedio. Nunca, desde que tuve la edad de empezar a follar, lo hice sin tomar precauciones. Hasta hace un par de meses, con ella. Me hizo perder la razón y olvidarme de todo. Todo es por su maldita culpa.

«¡Acosadora!».

Levanto la cabeza y la miro con rabia.

Tiene los brazos alrededor de su cintura, abrazándose; la mirada perdida en la semioscuridad que se cierne sobre nosotros, en el lago. Las lágrimas que se deslizan por sus mejillas brillan, haciéndolas más notorias a mi escrutinio.

Hace un momento sentí lástima por ella. Ahora no. Ahora siento ira, angustia y ganas de gritar. De gritar a pleno pulmón que estoy completamente jodido. No lo hago, claro. Alguien podría escucharme, aparte de ella, y la cosa iría a peor. Hasta el momento tengo la suerte de que sus hermanos no lo saben, aunque ella cree que sí.

Se me encogen las pelotas al pensar en Theodore y Adrien. Veo sus caras de horror al enterarse de que me he tirado a su hermana. Siento crujir sus puños y sus dientes porque he sido yo el que la ha dejado embarazada. Yo, el mejor amigo de ambos. Me he pasado por el forro de los cojones una de las reglas básicas de la amistad: nada de follarse a hermanas ni exnovias de tus

amigos.

He roto nuestra amistad por un polvo.

—Soy hombre muerto... —susurro—. Soy hombre muerto... Soy hombre muerto... Soy hombre muerto... —entro en un bucle desesperado—. Soy hombre muerto... Soy hombre muerto... Muerto... Muerto...

—Arthur, para.

No lo hago.

Sigo pronunciando las mismas tres palabras una y otra vez.

—¡Para!

No la escucho.

—Por favor, para—solloza.

Yo sigo poseído por esa jodida frase.

Siento sus manos en mis hombros.

Me zarandea con fuerza.

—¡He dicho que pares, joder!

¡Zas! ¡Zas!

Un par de hostias me cruzan la cara de lado a lado, cortando el bucle al instante.

La miro con los ojos muy abiertos, sorprendido.

—¿Por qué cojones has hecho eso? —me froto las mejillas, que me arden.

—Parecías un pelín histérico y empezabas a asustarme.

—Me has hecho daño.

Se encoge de hombros.

—Al menos he conseguido que dejaras de repetir que eras hombre muerto.

—Gracias.

—Lo siento—masculla.

—Lo necesitaba—admito.

—Me refiero a todo. A esta situación...

Asiento.

—Yo también lo siento.

Suspiro, cerrando los ojos, centrándome en recuperar la calma.

«Menuda mierda».

Respiro hondo.

Capto el sonido de la música a lo lejos, el de las cigarras y el chapoteo de algún pez en el agua; voces apagadas y algunas risas quedas;

nuestras respiraciones, el roce de sus manos en los vaqueros y el pum, pum, algo más acompasado, de mi corazón.

—No les he dicho nada a tus hermanos—digo con la vista ahora clavada en la oscuridad.

—¿No?

Niego con la cabeza.

—No, pero tarde o temprano tendré que hacerlo, son mis amigos.

—¿Puedo sugerir que sea más bien tarde?

—No sé si me dejará la conciencia.

—¿Pero tú tienes de eso? —se guasea.

Intento sonreír, sin conseguirlo.

—Más de lo que te imaginas.

No es sólo la conciencia, también está mi lealtad como amigo, aunque yo mismo me haya encargado de joder nuestra amistad, se lo debo a ambos.

—En serio, Alison, ¿qué vamos a hacer?

—Seguir con nuestras vidas, supongo.

—¿Y cómo sigue alguien con su vida después de fastidiarlo todo? ¿Cómo puedo seguir con mi vida, sabiendo que soy el culpable de que una criatura que no ha sido buscada ni querida va a nacer dentro de unos meses? ¿Cómo?

—No sé por qué pasan las cosas, Preston, pero pasan.

Tú y yo nos conocemos, pero no somos amigos. Te acosé para que te acostaras conmigo, sí, en aquel momento lo necesitaba y te provoqué hasta conseguirlo. Quedarme embarazada no entraba en mis planes ni de coña, pero los antibióticos que tomé para un resfriado anularon los efectos de la píldora anticonceptiva y ahora lo estoy. Pude abortar, de hecho, lo pensé, pero de repente descubrí que ser mamá me hacía feliz... Sigo adelante porque, sin ser buscado, es lo que quiero—me mira—. Ambos tenemos claro que no queremos casarnos y, mucho menos por obligación. Seguir adelante es mi decisión, sólo mía. Jamás podré reprocharte que tú quieras seguir con la tuya sin mirar atrás si es lo que quieres.

—¿Estás segura de eso?

—No es mi intención obligarte a hacer algo que no quieras.

—No lo parecía hace dos meses...

Sonríe.

—Vamos, Preston, lo deseabas tanto como yo.

—Me obligaste.

—No vi ninguna pistola apuntándote a la cabeza para que lo hicieras. Aunque sí había otra cosa que apuntaba a...

—Déjalo, Alison, no me lo recuerdes.

—¿Tan malo fue?

La miro con intensidad.

—El mejor rock and roll de mi vida.

—Fue increíble, ¿verdad? Puede que algún día tú y yo volvamos a bailar juntos.

—No pienso volver a bailar contigo, jamás—exclamo categórico.

Ríe.

—¿Estás bien?

—Si te refieres a si se me han quitado las ganas de lanzarme al lago para que no sean tus hermanos los que acaben con mi vida, sí. ¿Y tú?

—Ahora que no gritas como una gallina que vas a ser hombre muerto, también.

«Qué graciosa».

Caminamos juntos por el sendero, en silencio. Acompañados por los murmullos nocturnos de la naturaleza. Nuestras manos se rozan por casualidad e, inconscientemente, entrelazo mis dedos con los suyos y los presiono con delicadeza. Mentiría si dijera que no tengo la cabeza hecha un lío, porque la tengo. Ahora mismo es un caos. Un caos que me aplasta las costillas y atenaza mi garganta. No sé cómo voy a hacer para solucionar esto y salir indemne de ello. La verdad que lo tengo muy jodido. Atravesamos la celosía de buganvillas que delimita el jardín del resto de la finca y, antes de seguir avanzando y mezclarnos de nuevo con la gente me paro y, sin soltarle la mano, la miro a los ojos.

—Mañana hablaré con tus hermanos antes de irme.

—Creía que habíamos acordado que lo harías más bien tarde.

—No puedo hacer eso, mi obligación es hablar con ellos y ser sincero.

—Se van a cabrear mucho contigo, Arthur.

—Lo sé, aun así, es mi deber.

—Pero tratarán de obligarte...

—No, no lo harán—la interrumpo—. Adrien sufrió durante tres años porque Caitlin se vio en la obligación de seguir las normas de primogenitura para salvarle el culo a su padre. Y Theodore se siente culpable por ser partícipe de ello.

No van a obligarnos a nada, Alison.

—Estás muy seguro de ello.

—Los conozco. Quieren lo mejor para ti, pero no te obligarán a hacer algo que no deseas.

—¿Y qué va a pasar contigo?

—No te preocupes por eso.

—Puedes decirles que he conocido a alguien y que ese es el motivo de que no vayamos a estar juntos.

—¿Y es cierto? —pregunto curioso.

—No, pero nunca se sabe—se encoge de hombros.

—Les diré la verdad.

Asiente.

—¿Seguro?

—Sí.

—Entonces te acompañaré a hablar con ellos.

—Alison, no es necesario que...

—No voy a dejar que te enfrentes tú solo a esos cavernícolas, Preston, estamos juntos en esto. Los dos tenemos claro lo que queremos.

—Vale.

—¿A las doce en la biblioteca?

—Perfecto.

—Bien.

Volvemos a guardar silencio.

—Eh, vosotros dos, ¿qué hacéis ahí?

Ambos nos sobresaltamos al escuchar la voz de Theodore.

—Me encontraba algo mareada y Preston me estaba haciendo compañía.

Trago saliva cuando se acerca a nosotros y le pasa un brazo a su hermana por los hombros, atrayéndola hacia sí.

—¿Y ya te encuentras mejor?

—Sí.

—Se ha marchado casi todo el mundo y a Caitlin se le ha ocurrido hacer un duelo de karaoke en el salón grande, ¿os apuntáis?

—¿Karaoke? ¡Por supuesto!

Parece entusiasmada, pero creo que sólo está fingiendo para que su hermano no haga preguntas.

—¿Preston?

Theo me mira suspicaz.

—Va a ser que no, ya sabes que canto como una rana afónica y evito las actuaciones en público a toda costa.

—Vamos, hombre, a nadie le importa que no sepas entonar, estamos en familia. Echémonos unas risas y pasemos el rato.

«Para echarme unas risas estoy yo...».

Pero claudico, y acabo entrando con ellos en el salón grande donde Rebeca y Caitlin preparan todo el tinglado del karaoke.

La verdad que no tengo muchas ganas de estar aquí con ellos disimulando estar bien y tranquilo cuando no es cierto. Sin embargo, según va pasando el tiempo y se va caldeando el ambiente, entre duelo y duelo, me descubro disfrutando de lo lindo de las actuaciones de mis amigos.

Actuaciones penosas y caóticas que podrían dejar sordo a un elefante y que me hacen reír a carcajadas. Olvidándome de que puede que esta sea la última vez que esté en compañía de las personas que tanto significan para mí. Personas con las que he vivido los mejores momentos de mi vida: las fiestas en la universidad, la puesta a punto del Libertine en Ibiza, los comienzos con las reuniones de BDSM. Personas a las que he visto enamorarse, sufrir por ese amor, y luego reconciliarse para ser felices el resto de sus días. Al menos esa es la intención. Personas que me han dado mucho y a las que he correspondido por igual. Personas que en cuestión de unas horas se sentirán traicionadas por mis actos y olvidarán que no soy un mal tipo y que jamás fue mi intención hacer algo así.

No los culpo, supongo que yo haría lo mismo en la misma situación.

En un momento dado, mientras Rebeca y Caitlin cantan a pleno pulmón “Mamma mía” de Abba, Theodore se descojona, y Luis menea el esqueleto, soy consciente de cómo Adrien acorralla a su hermana junto al aparador que hay cerca de uno de los grandes ventanales del salón. Él gesticula con energía y ella pone los ojos en blanco. Luego resopla y, finalmente, achica los ojos y aprieta los dientes. Le da un manotazo en el hombro y, clavando el dedo índice en su pecho, suelta una retahíla de palabras que no llego a escuchar por culpa del ruido de la habitación. Tampoco es que necesite ser muy inteligente para hacerme una idea de cuál es el tema de conversación, o más bien de la discusión, que hay entre ellos. Adrien cruza los brazos sobre el pecho, los descruza y menea la cabeza de lado a lado enérgicamente. Alison patatea el suelo con un pie, se lleva las manos a la cara, desesperada, y grita:

—¡Basta, Adrien, es mi vida!

Se hace el silencio en el salón y ya no soy el único que los observa.

—Sólo quiero saber su nombre, joder, ¿qué problema hay en ello?

—¡Deja de agobiarme!

—¡Pues dímelo!

Lo fulmina con la mirada.

—Theo, por favor, dile algo... —le suplica a su hermano.

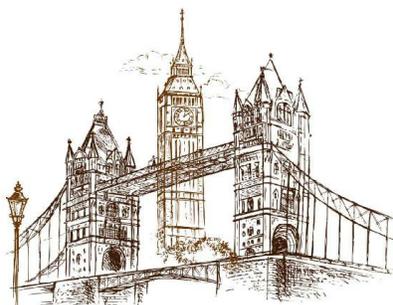
—Lo siento, Ali, pero esta vez estoy con Adrien. No va a pasar nada porque nos digas su nombre y nos hables de él.

Nuestras miradas se encuentran, como tantas veces a lo largo del día de hoy.

Me yergo en el sillón, dejo la cerveza en la mesita central y asiento.

Ha llegado el momento de que dé un paso al frente y entone el mea culpa.

CAPÍTULO 4



Están todos tan centrados en la discusión entre Alison, Adrien y Theodore, que nadie se percató de que me he puesto en pie y que camino hacia ellos. Alison es la única que sabe mis intenciones y, su cara de espanto, no me detiene a la hora de poner una mano en el hombro de Adrien y llamar su atención.

—Ahora no, Preston—dice mirándome de reojo.

—Ahora sí, Adrien.

Se gira de medio lado.

—Esto no va contigo, joder.

—Ya lo creo que sí.

—Oye, que te hayamos pedido tu ayuda no significa que sea tu problema.

—Pero lo es.

Theodore clava sus ojos en mí.

—Arthur...—a Alison le tiembla la voz al pronunciar mi nombre.

—Tranquila, Alison.

—¿Qué cojones has hecho, Preston?

Las pupilas de Theo son letales, y eso que aún no he soltado la bomba.

—Queréis saber quién es el padre del bebé, ¿verdad?

Asienten, con toda su atención puesta en mí.

—¿Vas a decirnos que, en apenas unas horas, has conseguido lo que nosotros llevamos intentando varias semanas? —inquire Adrien incrédulo.

—Así es. Pero antes de que os diga su identidad, tenéis que prometerme algo.

—¿Qué? —preguntan ambos a la vez.

—Que una vez que lo sepáis, la dejaréis en paz. No más presiones. Ni reproches. Nada.

Alison se separa de sus hermanos y se pone a mi lado. Hombro con hombro.

Las miradas de sus hermanos van de uno a otro, suspicaces.

Theodore ladea la cabeza y achina los ojos.

Los músculos de la mandíbula de Adrien palpitan.

Rebeca, Caitlin y Luis, contienen las respiraciones.

—¿De qué va esto? —masculla Theo entre dientes.

—No he escuchado vuestra promesa. ¿La dejaréis en paz?

Asienten, sin más.

Siento los dedos temblorosos de Alison rozar mi mano.

El corazón me va a mil por hora.

Carraspeo.

—Yo soy el padre del bebé—digo alto y claro.

El sonido del micrófono que Rebeca tiene en la mano, al caer sobre la mesa, nos sobresalta a todos. Es el único ruido que se escucha en el salón.

—Lo siento—susurra.

—¿Qué es lo que has dicho?

Adrien da un paso hacia mí y Alison y yo, instintivamente, reculamos hacia atrás.

—Que el padre del bebé soy yo, Adrien.

Sus carcajadas me sorprenden, pero en lugar de tranquilizarme, me ponen aún más nervioso.

—Tío... —dice sin poder dejar de reírse—, te tomas demasiado a pecho eso de ser un buen samaritano. ¿En serio eres capaz de adjudicarte una paternidad, sólo para que la dejemos en paz? Venga, hombre, tú no...

—Cierra el pico, Adrien —ordena Theo fulminándome con la mirada.

—Vamos, hermano, no pensarás que es cierto lo que dice, ¿verdad?

Ambos sabemos que lo último que él haría sería dejar embarazada a ninguna mujer. Nunca se cansa de repetir que no quiere obligaciones ni...

—Preston... —lo interrumpe Theodore—, explícate.

Una gota de sudor resbala por mi espalda.

Trago saliva antes de volver a hablar.

—No hay nada que explicar, me acosté con Alison el día de tu boda.

—¿Te has acostado con mi hermana? —brama Adrien.

—Sí. No fue planeado, surgió sin más.

—¿Estabas borracho? —indaga Theodore.

—No, había bebido algo, pero no estaba borracho.

—¿Y ella?

—Estoy aquí, Theo, puedes preguntarme directamente a mí. Y no, yo tampoco estaba borracha. Yo tenía uno de mis días, ¿entiendes? —asiente—. Estaba deprimida y...

—¿Te aprovechaste de ella? —Adrien da una zancada brusca hacia mí. Esta vez no me muevo ni un milímetro.

—Al contrario —dice Alison—, fui yo la que...

—No—aprieto su mano.

—Arthur...

La miro y niego con la cabeza.

—Nadie se aprovechó de nadie. Bailamos, charlamos y surgió.

—Pero eso no es...

—Fue así como pasaron las cosas, Alison. Somos adultos, nos atraemos y nos acostamos. Fin de la historia.

—Fin de la historia no, ella está embarazada, de ti—rezonga Theo.

—¿Lo supiste todo este tiempo y no nos dijiste nada? —el dedo de Adrien se me clava en el pecho y aprieto los dientes.

Alison le da un manotazo a su hermano, apartando su mano de mí.

—Él no sabía nada, y no era mi intención que lo supiera, ¿vale? Se ha enterado hoy, igual que todos vosotros.

—Supongo que habréis hablado de lo que vais a hacer al respecto, ¿no?

«Ahora sí que es tu fin, Arthur Preston».

—Por supuesto que lo hemos hablado, Theo, y tanto tú como Adrien sabéis cual es mi postura.

—Alison...

—No, Adrien, prometí que en mi vida no habría nadie más que..., ya sabes, y...

—Esto es por Colin—susurra.

«¿Colin? ¿Quién es ese?».

—Sí.

—Pero él no está, Ali, no puedes querer quedarte sola para siempre. Tienes veintisiete años, por el amor de Dios, tu obligación es ser feliz.

—Y lo soy, Adrien, te lo dije el otro día, ¿recuerdas? Te dije que estaba bien, tranquila. Te dije que ser madre me hacía feliz. Esto no fue buscado, pero ahora es lo que quiero.

—¿Tú no tienes nada que decir? —me pregunta Theo.

—Él no va a formar parte de esto, está decidido.

—Quiero escucharlo a él, Alison, digo yo que tendrá que aceptar las consecuencias de sus actos.

—Ya lo hemos decidido, Theodore, yo seguiré con mi vida y él con la suya.

—¿Preston?

Respiro hondo, tratando de calmar los golpeteos del corazón.

—Me conoces desde hace muchos años, Theo, y sabes qué es lo único que no quiero en mi vida. Lo siento, pero tu hermana tiene razón, no voy a formar parte de esto. Ambos tenemos claro qué es lo que queremos y no es estar obligados a estar juntos porque hayamos cometido un error.

—Tu obligación es hacerte cargo de tu hijo.

—Me haré cargo de su manutención, pero no seré su padre—murmuro aguantando su mirada.

—No puedo creer que estés haciendo esto, Preston...

—¡Maldito hijo de puta! —gruñe Adrien cogiéndome del cuello de la camiseta—. Te guste o no vas a casarte con mi hermana y te harás cargo de ese bebé.

—Suéltame—ordeno con los dientes apretados.

—Te voy a partir la cara, Preston... —me zarandea con fuerza.

—Ni se te ocurra ponerme un dedo encima, Adrien, porque no dudaré en defenderme. Hace dos minutos dijiste que querías que tu hermana fuera feliz, ¿y quieres obligarla a casarse conmigo? ¿En serio? ¿Has olvidado lo que sufriste los últimos tres años porque obligaron a tu prometida a casarse con tu hermano? ¡Vamos, joder! No estamos enamorados, ni siquiera le caigo bien, ¿de verdad quieres eso para ella? Lo dudo mucho.

—Maldito seas, Arthur Preston—me empuja hacia atrás y me suelta.

Que Theodore esté tan callado me preocupa. Imagino cómo debe de sentirse. He dejado embarazada a su hermana y traicionado nuestra amistad. Ojalá supiera lo que está pasando por su mente en estos momentos... No deja de observarnos, pendiente en todo momento de cada paso que damos. Como si estuviera grabando en su cerebro lo que acontece en este instante. Su mirada, acerada y dura, es lo único que me tiene acojonado. Es mi mejor amigo y, no sabría lidiar con su decepción, ni su rabia. Con cualquier otro sí. Con él no.

—Así que, te acuestas con mi hermana, la dejas embarazada y ahora pretendes irte de rositas, ¿lo he entendido bien?

—Theodore... —nuestros ojos se encuentran y no puedo evitar

encogerme un poco—, lo siento, pero debes respetar nuestra decisión. Si nosotros estamos de acuerdo, ¿por qué vosotros no?

—Ponte en mi lugar y quizá lo entiendas—sisea.

—Lo siento, de verdad que sí.

—Yo también. Recoge tus cosas y lárgate.

Agacho la cabeza con pesar y asiento.

—¡No! —grita Alison—. No puedes echarlo, Theodore, no es justo. Es tu mejor amigo, ¿acaso has olvidado todo lo que ha hecho por ti? ¿Por vosotros? —exclama señalando también a Adrien.

—Vosotros habéis tomado vuestra decisión y yo la mía—manifiesta impávido.

—No lo hagas, Theo, por favor...

Éste, con las manos metidas en los bolsillos, se yergue.

—Está hecho.

Giro sobre mis talones, con la firme intención de abandonar el salón y la mansión de los James, pero la mano de Alison, presionando con fuerza mi brazo, me detiene.

—Si él se va, yo también. Desapareceré de vuestras vidas y jamás volveréis a saber de mí—vuelve a situarse a mi lado y entrelaza sus dedos con los míos—. Ya lo hice una vez, Theodore, y no dudaré en volver a hacerlo. Si Arthur sale por esa puerta, yo voy detrás de él.

Me quedo paralizado por su amenaza.

«¿Se ha vuelto loca?».

Los hombros de Theo se tensan, al igual que los puños de Adrien a sus costados. Cruzan sus miradas y luego las dirigen a nosotros dos y nuestros dedos enlazados.

—Alison... —digo soltándola.

—Lo haré, Arthur, me iré.

La intensidad de su mirada y de su determinación, me emociona.

Acojo su cara entre mis manos y clavo mis ojos en los suyos.

—Escúchame, es lógico que ahora mismo no quieran ni mirarme a la cara.

—Pero si a mí no me importa, ¿por qué a ellos sí? No es justo para ti, Preston.

Limpio sus lágrimas con los pulgares.

—Están cabreados porque lo que hice está mal, Alison.

—Pero lo hemos hecho los dos, yo también estaba allí, ¿recuerdas?

—¿Tú qué crees?

Sonríe.

—Pero...

—No más peros, se preocupan por ti y están en todo su derecho a castigarme. Voy a irme y tú te quedarás aquí, ¿vale? Prométeme que no cometerás ninguna locura.

—Pero...

—Alison, promételo, por favor.

Suspira.

—Está bien, les daré unos días para que se calmen y lo asimilen, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

La abraza durante un instante y, antes de alejarme de ella y abandonar el salón, deposito un beso en su frente.

—Cuídate—murmuro.

—Tú también.

No miro atrás cuando salgo por la puerta. ¿Para qué? ¿Para ver la decepción en sus caras? ¿Para ver que se quedan con ganas de partirme los dientes? No, gracias.

—¿Qué ha sido eso? —escucho que Adrien pregunta.

—Sois unos hipócritas—les grita Alison—. Cuando las cosas se han puesto feas en vuestra vida, lo habéis tenido a él a vuestro lado. ¿Y cómo le pagáis cuando la suya se complica? Amenazándolo con partirle la cara y echándolo de vuestra casa.

Meneo la cabeza, admirado.

«Joder, qué bien puestos los tiene esta mujer».

No alcanzo a escuchar ninguna respuesta, en el caso de que la hubiera, porque ya estoy en el vestíbulo.

Theodore ha dicho que recogiera mis cosas. No tengo nada que recoger. Ni siquiera había sacado del coche mi pequeña maleta de viaje.

—Eh—me giro al escuchar su voz—, no hace falta que te vayas ahora, has estado bebiendo.

—Sólo han sido unas cervezas, y eran sin alcohol.

—Aun así...

—Theodore, no pasa nada, lo entiendo, de verdad que sí. Me lo merezco.

—Preston... —abro la puerta de la calle—, conduce con cuidado.

Asiento y salgo, cerrando tras de mí.

«La que has liado... Menuda mierda, joder».

Conduzco hasta Dover y busco un sitio donde pernoctar.

Una vez en la habitación, de una rústica y acogedora posada, me quito la ropa y me meto en la ducha. Una ducha de diez minutos que aligera muy poco la tensión de mis hombros. Me pongo un bóxer, una camiseta, y busco algo fuerte que llevarme a la boca. Sólo hay una botella de ginebra y vino. Opto por la ginebra, no es que me entusiasme mucho, pero...

Le doy un buen trago y se me crispa la cara.

«Joder, qué asco».

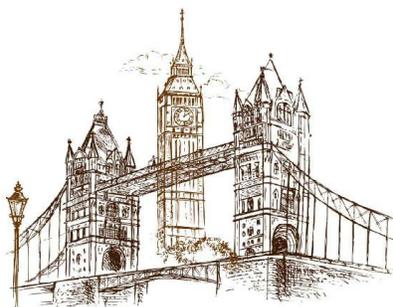
La vuelvo a dejar en su sitio, abro la botella de vino y me sirvo una copa. Inhalo el olor del líquido granate y le doy un sorbo. Me siento en una mecedora de mimbre y me balanceo suavemente con la vista fija en la nada.

Dentro de unos meses nacerá una criatura que, siendo del tamaño de un garbanzo, ya ha trastocado mi mundo y lo ha puesto patas arriba. Una criatura que llevará mi sangre, pero no mi apellido.

El estómago se me contrae, al igual que las pelotas.

«¿Cómo vas a seguir adelante con tu vida sabiendo eso, Preston?».

CAPÍTULO 5



En lugar de coger el vuelo de regreso a Ibiza como tenía planeado, al día siguiente del caótico picnic, decido quedarme en Londres hasta el fin de semana. No es que me entusiasme mucho la idea, no obstante, después de lo ocurrido es mejor que no aparezca por el Libertine. Sé que debo ir, aunque sólo sea para recoger mis cosas, ya que no creo que siga conservando mi empleo en el club. Un empleo que me encanta y que se ha esfumado en un abrir y cerrar de ojos, al igual que mi amistad con los James.

Mentiría si dijera que lo ocurrido no me ha quitado el sueño. Al igual que mentiría si asegurara que no estoy preocupado. Hace tres días lo tenía todo bajo control: trabajo, amigos y mis convicciones intactas. Era feliz dentro de mi mundo y viviendo como me daba la gana. Acostándome con la de turno sin tener que dar explicaciones ni aguantar reproches y pataletas ñoñas. Ya ha quedado claro que eso no va conmigo. Hace tres días, tenía claro cómo iba a ser mi mañana, exactamente igual que el día anterior. O sea, no habría ningún cambio, porque ese era mi deseo. Jamás hubiera imaginado verme viviendo lo que me ha tocado. Bueno, no, mejor dicho..., lo que me he buscado. Sí, yo solito me lo he buscado. No estaría en esta situación si no dejara que me dominara la polla y me olvidara de usar protección a la hora de echar un polvo. «Pero eso no te había pasado antes...».

Cierto.

«Para una vez que se me olvida y mira la que se lía...».

«Estúpido».

Echarle la culpa a mi acosadora, delante de sus hermanos, hubiera sido fácil. Podría haberles dicho que sí, que estaba borracho como una cuba y que ella me persiguió con un único propósito en mente. Que el estado de mi embriaguez era tal, que no era consciente de lo que hacía. Vamos, que

prácticamente me había follado a su hermana en contra de mi voluntad y al borde del coma etílico. Dejarla a la altura de la mierda y de loca salida, ante su familia, hubiera bastado para que la discusión se centrara sólo en ella y alejar la atención sobre mi persona. Pero no soy un hijo de puta sin escrúpulos y, a lo hecho, pecho. Aunque me joda en el alma y reconocerlo me haya alejado de mis mejores amigos y de la única familia a la que, en los últimos años de mi vida, he sentido que pertenecía.

«No fue reconocerlo lo que hizo que Theodore te echara de su casa...»
Lo sé.

Si en lugar de decir que cada uno seguiría con su vida y que yo no iba a asumir mi paternidad como tal, hubiera dicho que estaba dispuesto a casarme con su hermana y criar a nuestro retoño, ahora mismo estaríamos celebrando un compromiso y poniendo fecha a la boda y todos tan contentos. Pues no, todos no, porque tanto Alison como yo, estaríamos aceptando algo por obligación. ¿Cómo pueden ser tan hipócritas después de lo que ellos han vivido en sus propias carnes? ¿Por qué no aceptar nuestra decisión y dejarlo estar?

Joder, que es nuestra decisión, lo que ambos queremos... ¿Tan difícil es de entender que entre nosotros sólo hubo un polvo y que, a pesar de las consecuencias, no queremos estar juntos ni formar una familia? ¿Tan difícil es?

«Por lo visto sí».

Resoplo.

Menos mal que ella tiene un par de ovarios y los huevos que les faltan a muchos hombres para no achicarse antes los neandertales que tiene por hermanos. De lo contrario ya me vería perseguido por los James para hacerme cumplir con ella. Y yo que pensaba que Alison James era una niñata consentida... Joder, no podía estar más equivocado con ella.

«Menuda sorpresa te has llevado con la pequeña acosadora, ¿eh?».

Sonrío a mi pesar.

Pues sí, para qué nos vamos a engañar. Me ha sorprendido muy gratamente, en todos los sentidos. Pero, sobre todo, cuando amenazó con desaparecer de sus vidas si me echaban de Clover House. Joder, qué manera de formármeme un nudo en la garganta al escucharla decir aquello. Que fuera capaz de dar así la cara por mí, me emocionó. Mucho. Muchísimo, de hecho. No me cabe ninguna duda que, de no haberla convencido de lo contrario, hubiera cumplido su amenaza a pies juntillas. De hecho, dijo que ya lo había hecho una vez... ¿Cuándo fue eso? Y lo más importante, ¿por qué? Esos datos

se me escapan. No recuerdo escuchar a Theodore hablar del tema.

Qué raro...

Aminoró la velocidad al enfilarse Regent Street, donde he quedado con mi padre.

Mi padre...

Mi padre era un hombre corpulento, campechano y alegre. Dedicaba su vida al trabajo y a la familia. Compuesta por mi madre y por mí, nada más. Un hombre que daba lo mejor de sí en todo. Atento, cariñoso y comprensivo. Un hombre al que nunca vi ebrio ni cabreado.

Hasta que mi madre empezó a acostarse con sus compañeros de trabajo y terminó liada en serio con su jefe. Momento en el que le pidió el divorcio y nos abandonó sin mirar atrás, destrozando nuestras vidas.

Yo era un niño de doce años con mucho tiempo por delante para olvidar todo ese daño, pero él..., se hundió en la miseria cada día un poco más, amando a esa mujer con toda su alma. Jamás la perdonaré por lo que nos hizo.

Por lo que le hizo a mi padre. ¡Jamás! He sido testigo de ver como un hombre que lo tenía todo: amor, estabilidad económica y emocional, una familia..., lo perdía todo por la avaricia, vanidad e infidelidad de una mujer. La suya. Su amor incondicional por ella permitió que le arruinara la vida. No miento cuando digo que odio a mi progenitora con todo mi ser.

«Pero eso no va a pasarte a ti...»

No, no me pasará porque no amaré a nadie hasta ese punto.

Estaciono el coche alquilado en un aparcamiento subterráneo, a la altura del Café Royal, y camino unos metros hasta llegar al sitio elegido por mi padre para vernos. Una cafetería menos señorial y mucho menos imponente. Más acorde con nosotros, vamos. Lo veo nada más entrar, sentado a la barra con un té frente a él y las narices metidas en alguna novela policíaca.

Sonrío.

Es un lector voraz, ese es su sello.

Camino hacia él y me pongo a su lado. Sin levantar los ojos de las páginas de la novela, dice:

—Llegas tarde, hijo.

—Sólo cinco minutos, papá, el tráfico a estas horas es imposible, ya lo sabes.

—Por eso yo voy en metro a todas partes.

Cierra la novela, la deja sobre la barra y se gira a mirarme, sonriendo.

—Mírate, estás hecho un pincel.

Le paso un brazo por los hombros y le atraigo hacia mí, riendo.

—Tú también estás muy bien.

Y lo digo en serio.

Si no me equivoco, creo que llevaba sin ver a mi padre unos tres meses, cuando celebramos su cumpleaños. Recuerdo que aquel día, al verlo tan mejorado, pensé que lo estaba recuperando, al fin. La última vez que estuve aquí en Londres, para la boda de Theodore, él estaba en un retiro con su grupo de apoyo y por eso no pudimos vernos.

—¿Qué tal estás, papá?

—Bien, hijo.

—Sí, se te ve genial.

Le pido al camarero un café solo, doble, y giro el taburete para sentarme mirándolo de frente.

—Estoy muy contento, Arthur, siento que por fin estoy saliendo del bache.

«Pues ya era hora...», lo miro con cariño.

Ese bache, como él lo llama, ya dura veintitrés años. El mismo tiempo que hace que mi progenitora desapareció de nuestras vidas.

—Me alegro mucho, papá. Lo bueno de caer, es volver a levantarse con muchas más fuerzas, aunque cueste.

—Sí—musita metiendo la mano en el bolsillo de su chaqueta—. Toma.

Me entrega una moneda dorada con un número en una de las caras.

Sonrío, sé lo que es.

—Me la entregaron la semana pasada. Dos años sobrio, hijo.

—Felicidades, estoy muy orgulloso de ti, papá.

Lo abrazo con fuerza y le doy un beso en la sien.

Quiero a este hombre con toda mi alma.

Hace dos años estuve a punto de perderlo. Casi se ahoga con su propio vómito en una de sus tantas borracheras.

Afortunadamente, yo llegaba a casa cuando sucedió y pude evitar la desgracia. Los sanitarios dijeron que había estado muy cerca... Ingresó por voluntad propia en una clínica de desintoxicación, donde permaneció un año recibiendo tratamiento, sin salir de allí. Fue muy duro. Mucho.

Ahora ya sólo va a las reuniones y colabora en un grupo de apoyo.

¿Cómo no voy a estar orgulloso de él?

—Dentro de unas semanas habrá una celebración en el centro en mi honor. Ya sabes, para motivar a los más recientes y concienciarlos de que sí se puede. Tendré que hablar y contar mi historia delante de mucha gente. Me gustaría que asistieras. ¿Podrá ser?

—No me lo perdería por nada del mundo, papá, cuenta conmigo.
Sonríe complacido.

—¿Y a ti cómo te va?

Encojo los hombros.

—Bien.

—No parece que lo digas muy convencido.

«Ay, papá, si yo te contara la que he liado...»

—No te preocupes, estoy bien, de verdad.

Me mira suspicaz.

Joder, echaba de menos esa mirada.

—¿Has venido por trabajo?

—No, los James han celebrado el domingo el picnic anual en Clover House y nos han invitado a todos.

—¿Y cómo es que aún sigues aquí?

«Pues sí que empiezas a ser tú, viejo...»

—Me he cogido unos días de vacaciones.

Ladea la cabeza y me observa con detenimiento.

—Arthur, ¿olvidas que estás hablando con tu padre? A mí no me engañas, hijo.

Suspiro.

—He discutido con Theodore, papá.

—¿Algo serio?

¿Serio?

«No, qué va, sólo me acosté con su hermana, la dejé embarazada y ahora reniego de esa paternidad...»

—Nada importante. Lo solucionaremos cualquier día de estos.

¿Para qué voy a contarle todo el embrollo? ¿Para preocuparle? Mejor no. Empezará a agobiarse si sabe que no tengo trabajo, preguntándose cómo demonios vamos a pagar la clínica y el apartamento en el que vive. Querrá dejar el programa y eso no es una opción. Me niego. Ya me las apañaré. Encontraré otro trabajo. No será tan bueno como ser la mano derecha de Theodore James en Ibiza, ni me reportará los mismos beneficios, pero saldremos adelante.

—¿Estás seguro?

«Ahora mismo no estoy seguro de nada...»

Sonrío.

—Por supuesto.

—¿Dónde estás alojado, en Clover House?

—No, después de discutir con Theo me fui a Dover y alquilé una habitación en una posada.

—Sabes que puedes venir a casa, ¿verdad?

—Lo sé, papá, pero no es necesario, sólo serán un par de días más. El viernes regreso a Ibiza.

«Y probablemente el domingo esté de vuelta...»

—Como quieras.

Tras terminar nuestras consumiciones, nos vamos a comer a “Nopi”, un restaurante de comida mediterránea que hay en Warwick Street que siempre me ha gustado mucho.

Mientras esperamos a que nos traigan la comanda, nos tomamos un refresco. Luego, durante la comida, mi padre me cuenta que está muy entusiasmado con un nuevo proyecto de la clínica en el que participará. Continuamente habla de una mujer llamada Amanda. Una con la que al parecer pasa bastante tiempo y está muy pendiente de él. No creo que sea consciente de cómo le brillan los ojos cuando pronuncia su nombre. Y tampoco de las sonrisas que esboza sin querer.

Algo se agita en mi interior al ver todas esas muestras de afecto que siente con sólo hablarme de ella. Ese algo es un sentimiento de satisfacción tan grande... Hacía tanto tiempo que no lo veía tan risueño... Tan feliz... Tan lleno de vida y motivado...

Más tarde, conduciendo hacia Dover, tras dejar a mi padre en el metro, no puedo evitar emocionarme al verlo tan dispuesto a seguir adelante y a empezar de cero. Hace dos años no me atrevería a dar una libra por él y, en cambio, ahora...

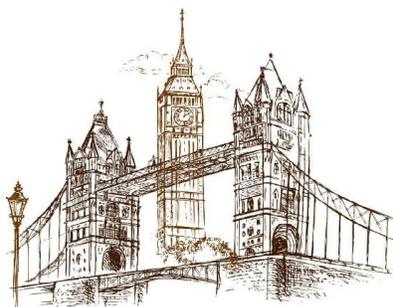
«Al fin vuelve a tener ganas de vivir después del abandono de mi madre...»

Sonrío.

Estoy tan orgulloso de él...

Es mi puto héroe, joder.

CAPÍTULO 6



El avión aterriza en Ibiza a las doce de la mañana, ni un minuto más, ni uno menos. Desciendo, cruzo el túnel de embarque y voy directo a por mi maleta. Una vez que la tengo en mis manos, salgo del aeropuerto y busco un taxi que me lleve al Libertine. Desde esta mañana tengo el estómago encogido y me cuesta un poco hacer que el aire entre en mis pulmones. Sí, son nervios. Nervios por volver a ver a Theodore y enfrentarme de nuevo a él y a su inquisidora mirada. Nervios por el miedo a escucharlo decir las palabras que me llevarán de vuelta a Londres: «estás despedido, Preston».

«Igual tengo suerte y valora tanto mi trabajo que no me despide...»

«Sí, claro, sigue soñando, chaval. Has dejado preñada a su hermana, joder».

Inspiro con fuerza cuando el taxi llega a mi destino y me apeo de él con la maleta en la mano.

Miro la portilla de entrada con aprensión y cuento hasta diez.

Me sudan las palmas de las manos una barbaridad.

«Hay que joderse».

Recorro el camino hasta la puerta y saco las llaves del bolsillo de mi chaqueta. Abro, entro y presto atención. Nada. Ni un ruido. Puede que Theodore no haya llegado todavía y sólo me encuentre con María y su marido Gonzalo. Suspiro algo más aliviado al pensar en esa posibilidad.

No, no soy un cobarde que teme enfrentarse a su amigo. En cualquier otra circunstancia me pasaría el tema por el forro de los cojones, pero en este caso no puedo hacerlo.

Theodore James es muy importante para mí y me jode hacernos pasar a ambos por esta situación. Por eso nunca podría enfrentarme a él tratando de defender una causa que ya está perdida desde el mismo momento en que perdí

la cabeza y cedí a la tentación acostándome con su hermana.

Tengo asumido mi error, mi parte de culpa y acepto las consecuencias. Y si esas son quedarme sin amigos, sin empleo y sin vivienda, pues... ¿Qué puedo decir, aparte de que me lo merezco?

Exacto, nada de nada.

Subo las escaleras y voy a mi habitación. Dejo la maleta sobre la cama y abro la ventana de par en par. Me asomo para contemplar el hermoso paisaje que pronto sólo será un bonito recuerdo. La brisa del mar impacta en mi cara e inhalo el olor a salitre. La angustia que siento me afloja las piernas. «Tú solito te lo has buscado...», chasqueo la lengua y vuelvo dentro. Necesito unas cajas para recoger mis cosas. Y también buscar una empresa de mudanzas que se encargue de hacer el traslado de mis pertenencias a Londres.

«Menuda mierda...»

Bajo al sótano, directamente al almacén, donde sé que encontraré lo que necesito. Cojo unas cuantas cajas de cartón plegadas que hay apoyadas en la pared, cinta de embalaje de una de las estanterías y vuelvo arriba. A mi despacho. Todavía no me he encontrado con un alma por la casa. ¿Dónde estarán todos?

Me encojo de hombros.

«¿Qué más te da?»

Una vez en mi despacho, armo un par de cajas y las dejo en el suelo, dispuestas para ir llenándolas con mis cosas. Empiezo por la estantería de la derecha, donde tengo algunas fotos, libros y algún trofeo ganado en la universidad.

Nunca me imaginé haciendo esto, y mucho menos en estas circunstancias. Lleno una de las cajas, la cierro y la coloco cerca de la puerta, junto a la pared. La segunda la dejo sobre el escritorio, lo rodeo y abro los cajones.

Un carraspeo desde la puerta me sobresalta.

Levanto la cabeza y miro hacia allí.

—Arthur.

—Theodore... —medio balbuceo.

—¿Qué estás haciendo? —indaga con las manos en los bolsillos y cara de pocos amigos.

—¿Recoger mis cosas?

Asiente.

Su mirada implacable hace que sienta las pelotas en el esternón.

—Bien, porque tenía pensado decirte que lo hicieras.

—Ya me lo imaginaba.

Sigo guardando cosas bajo su escrutinio.

Dios, me siento como una puta mierda, lo juro.

Entra en el despacho y se acerca al escritorio con paso lento.

Se para justo frente a mí.

—Me has decepcionado, Preston.

—Lo sé.

—De todas las personas que conozco, tú eras la única por la que pondría la mano en el fuego. Menos mal que no lo hice.

—Lo siento.

—Mi familia es sagrada para mí y lo sabes.

—Sí.

—¿Entonces por qué lo hiciste? ¿Por qué te acostaste con mi hermana, Preston, no había ninguna otra con la que apaciguar tu calentón?

Las imágenes del día de su boda siendo perseguido por su hermana, me taladran la mente: el roce de sus manos, el pellizco en el trasero, su pie ascendiendo por mi pierna hasta masajearme la polla con dedicación...

«Porque es una maldita acosadora».

—Surgió sin más—murmuro.

—¿Con ella precisamente?

«Tu hermana es muy insistente, amigo».

La calma en su voz no me tranquiliza. Lo conozco y sé que puede estallar en cualquier momento.

—Ya te dije que lo sentía.

—¡Eso no me basta, joder! —vocifera.

Trago saliva.

—No hay nada más que pueda decir, salvo que lo siento, Theodore. Terminaré de recoger mis cosas y me largaré, no tendrás que volver a verme la cara, te lo prometo. Supongo que no querrás darme una carta de recomendación...

—¿Una carta de recomendación?

Asiento.

—¿Para qué cojones quieres una carta de recomendación?

—¿Para buscar un trabajo?

—Ya tienes un trabajo, Preston.

—Pero... Pero yo creía que...

—No niego que se me pasó por la cabeza despedirte, pero le prometí a mi hermana que no lo haría. La puñetera cuando quiere es muy insistente.

«Dímelo a mí», evito poner los ojos en blanco.

—¿Significa eso que puedo quedarme aquí?

Sonríe con desdén y niega con la cabeza.

—No. Significa que seguirás recogiendo tus cosas y volverás a Londres.

—¿A Londres? —inquiero suspicaz.

—Sí. Desde el lunes serás el nuevo secretario de Alison, te convertirás en su sombra, atenderás todas sus necesidades y harás todo lo que te pida. Ese es tu nuevo trabajo.

—No puedes estar hablando en serio... ¿Su secretario?

—Veo que no te entusiasma mucho mi decisión.

—Venga, hombre, no me jodas.

—Precisamente por eso, por joder con la persona equivocada.

—No me lo puedo creer...

Tuerce el gesto.

—Para ti hubiera sido mejor que te despidiera, ¿verdad? De esa manera podrías seguir con tu vida sin más, ¿no es cierto? Sin preocupaciones, ni obligaciones, salvo enviar equis dinero al mes para la manutención de tu hijo, ¿me equivoco?

Rechino los dientes.

—Recojo mis cosas porque pensé que estaba despedido, no porque estuviera dispuesto a irme por voluntad propia, Theodore. ¿Eso no te dice nada?

—Sí, que eres un cobarde al que por lo visto le gusta ver los toros desde la barrera. Lo siento por ti, eso no podrá ser... Ir a Londres a trabajar con mi hermana será tu castigo, Preston. Día a día, semana a semana y mes a mes, serás testigo de cómo crece su vientre, sabiendo que lo que hay en su interior es tuyo. A ver qué tal se te da coger el toro por los cuernos, torero.

—¿Piensas que, obligarme a ir allí y trabajar con tu hermana, me va a hacer cambiar de opinión, y dentro de siete meses querré formar una familia con ella? Porque desde ya te digo que no te hagas ilusiones, eso no sucederá nunca. Jamás.

—Eso espero, que no te acerques a ella. De lo contrario, estarás incumpliendo una cláusula instaurada en tu nuevo contrato laboral y, aparte de ser despedido inmediatamente, tendrás que pagar una indemnización a la

empresa.

Lo miro con rabia.

—¿También has obligado a tu hermana a firmar ese nuevo contrato?

—Por supuesto. Y lo ha hecho con los ojos cerrados. Eso me tranquiliza muchísimo.

—Esto es una locura que no tiene ningún sentido.

—Sí que lo tiene..., yo lo llamo el ojo por ojo. Tú jodes a mi hermana, y yo te jodo a ti. Es lo que hay, lo tomas o lo dejas. Puedes dejarme tu renuncia sobre la mesa antes del lunes si decides que esto es demasiado para ti.

Gira sobre sus talones y se dirige a la puerta, donde se para a mirarme por encima del hombro.

—Ah, se me olvidaba, Adrien será el que se encargue de supervisar que se cumplan las normas de la empresa.

«Lo que me faltaba...»

Cierro los ojos y, cuando los vuelvo a abrir, Theodore ya no está.

Me muerdo los nudillos por no ponerme a gritar. Golpeo con fuerza la caja que hay sobre la mesa, tirando todo lo que hay en su interior al suelo y le doy una patada a la silla, con tanta rabia, que el empeine se me resiente.

—¡Me cago en mi puta vida! —gruño encolerizado—. ¡Mierda, mierda y mierda, joder!

Me masajeo el pie y sigo mascullando exabruptos por lo bajo hasta que el dolor se mitiga un poco.

Cuando consigo calmarme lo suficiente, evalúo la situación.

Regresar a Londres y ser el secretario de Alison es una gran putada, pero lo es aún más que Adrien esté tocando los cojones por allí. De sobra sé lo mamón que puede llegar a ser cuando quiere. Renunciar a mi empleo, por mucho que me hayan degradado en él, no es una opción que pueda contemplar a corto plazo. Si lo hiciera, y contando que no encontrara otro trabajo inmediatamente, mi padre sólo podría estar en la clínica un par de meses más, tres a lo sumo. Tendría que dejar su apartamento en ese barrio tan bonito y tranquilo, para mudarse a saber Dios dónde.

Eso sería dar un gigantesco paso atrás en su recuperación y no puedo permitirlo. Él se merece todo lo mejor que yo pueda darle. Además, está el hecho de que con mi renuncia estaría haciéndole un favor a Theodore y, sinceramente, ahora mismo, y visto lo visto, no me da la gana de ponérselo tan fácil.

Digamos que a pesar de que reconozco mi culpa, mi orgullo me impide

tomar esa decisión y salir por la puerta de atrás.

No, no pienso hacerlo. Ni de coña. Lo que sí haré, será empezar a buscar otra cosa en cuanto pise suelo inglés, y cuando tenga algo asegurado, me marcharé de la empresa de los James.

«Ojalá no tuviera que pasar por todo esto...»

Sí, ya sé que yo me lo busqué, aun así, no me parece justo que traten de monopolizar mi vida por el simple hecho de que no quiera formar una familia con su hermana, joder. Es nuestra puta decisión... ¿No pueden entenderlo y dejarlo estar?

¿Siempre tienen que salirse con la suya?

«Pues esta vez no lo conseguirán...»

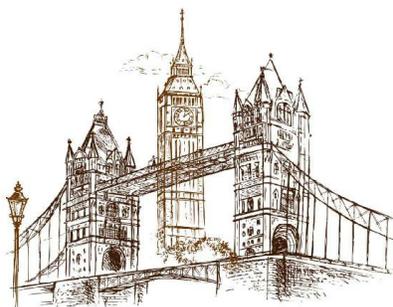
En cuestión de unas pocas horas, consigo que en el despacho y la habitación que ocupaba en la casa, no quede ni rastro de mí. Como si nunca hubiera estado aquí. Como si no hubiera dado lo mejor de mí en el Libertine. Como si no existiera... Llamo a la empresa de mudanzas y lo dejo todo organizado para que el lunes recojan mis cosas y me las envíen a Londres. Por último, hablo con Luis y le pido el favor de que me deje pasar la noche en su casa, ya que no tengo a dónde ir y es tarde para encontrar un pasaje de avión para hoy mismo.

Cuando desciendo las escaleras para salir de la casa en la que tan feliz fui, lo hago con un nudo en la garganta y la sensación de que jamás volveré a tener lo que tenía; de que mi amistad con los James no habrá forma humana de recuperarla y de que, decididamente, este es un punto final y no hay marcha atrás. Antes de salir por la puerta, echo un último vistazo a la estancia donde tantas veces esperé a Adrien para entrar en el club y donde fui testigo de infinidad de cosas que jamás olvidaré.

Suspiro y abro la puerta de la calle.

«En fin... fue bonito mientras duró...»

CAPÍTULO 7



El vuelo de regreso a Londres se me hace eterno, como si en lugar de dos horas y media, durara dieciocho. Cierro los ojos.

Me siento cansado. «Deberían de hacerte pasajero vip...». En un solo día he ido y vuelto de un país a otro, se me ha cerrado un capítulo de mi vida y me han abierto uno nuevo. Uno con el que no contaba y que no buscaría por voluntad propia.

Cuando anoche le dije a Luis lo que pasaba, se quedó patidifuso.

—¿Cómo que te vas? Joder, no me asustes.

—No lo hago porque quiera, me obligan a hacerlo, Luis—respondí con voz cansada.

—Tío, pero ¿cómo se te ocurrió acostarte con la hermana de tu mejor amigo? Fue una locura.

«Será hipócrita, si quería que se la presentara en la celebración del pícnic anual... ¿Qué iba a hacer con ella, tomar el té y jugar al bridge? ¡Vamos, hombre!»

—No estaba planeado, al menos no por mí.

—¿Qué quieres decir, que sí lo estaba por parte de ella?

Le relaté cómo fueron exactamente las cosas con Alison aquel día. Lo desesperado que llegué a estar, escabulléndome cuando podía y tratando de ser un perfecto caballero.

—Joder—exclamó—. ¿Te habías insinuado alguna vez? No sé, digo yo que de alguna manera la alentarías para que hiciera eso, ¿no?

—Que yo sepa, no. Nunca la había mirado con ojos de «quiero follarte» hasta que ella me tenía contra las cuerdas, más caliente que la caldera de una máquina a vapor.

—Entiendo... ¿Y piensas aceptar la decisión de Theodore así sin más?

Porque que yo sepa ella tiene tanta culpa como tú, o más, visto lo visto.

—Supuestamente, Alison también ha firmado, con los ojos cerrados, el mismo contrato que firmaré yo en cuanto me presente en la oficina de Londres.

—O sea que acepta las condiciones y no quiere saber nada de ti.

—Así es.

—¿Y eso no te molesta?

—No. Los dos tenemos claro lo que queremos, y no es estar juntos ni nada que se le parezca.

—Si tan claro lo tenéis, ¿por qué sus hermanos insisten en haceros la puñeta? Es vuestra decisión, ¿no?

—Theodore dijo que este era su ojo por ojo, mi castigo...

—Yo soy tú y le planto la renuncia en su mesa a la de ya.

Suspiré, resignado.

—No puedo hacer eso y él lo sabe, me tiene cogido por los huevos.

—¿Y cómo es eso?

Lo miré dudando si contarle el problema de mi padre. Finalmente lo hice, Luis es mi amigo.

«También lo eran Theodore y Adrien y mira ahora...»

—Joder, lo siento—dijo, apesadumbrado—. Ojalá pudiera ayudarte.

—Ya lo estás haciendo al dejarme dormir aquí en tu casa esta noche.

—Después de lo que has hecho tú por mí con todo el lío de Mila, es lo mínimo que puedo hacer. Eres mi amigo, Preston, y puedes quedarte todo el tiempo que quieras. Me jode que te estén haciendo pasar por todo esto cuando siempre has estado al lado de ellos cada vez que te necesitaron. No me parece justo, qué quieres que te diga.

Me encogí de hombros.

—Bueno, tengo la esperanza de que se den cuenta de que todo este embrollo de enviarme a Londres es una gilipollez.

—Sí, pero mientras tanto eres tú el que está jodido, y eso es lo que no me parece justo.

Me despedí de él esta mañana cuando volvía de su trabajo en Libertine y yo ya estaba preparado para ir al aeropuerto.

—Cualquier cosa que necesites, no dudes en llamarme—dijo, acompañándome a la puerta.

—Gracias, lo haré.

Nos dimos un abrazo y, en ese momento, me di cuenta de que era el único amigo que me quedaba. Los otros dos ahora sólo eran mis jefes. Y el

resto, meros conocidos.

«Qué triste, joder».

Los movimientos de la azafata y su voz robotizada me devuelven al presente. Me abrocho el cinturón de seguridad y miro por la ventana. Las nubes grises que cubren Londres me dan la bienvenida.

«Menuda mierda...»

Una vez que recojo mi equipaje, salgo del aeropuerto y cojo un taxi para ir a casa de mi padre, en el distrito de Greenwich. Resoplo. Ir al trabajo cada día, desde Greenwich a Canterbury, donde está Green Clover, el club y museo de los James, va a ser un puto coñazo.

Suponiendo que pueda utilizar el coche de mi padre, que es una tartana y hace tiempo que no se usa, ya que él se mueve en metro, tardaré una hora en ir y otra en volver.

En el caso de que tenga que coger el tren, me pueden dar las uvas... «Tienes que hacer números y buscar la manera de solucionar eso...» No sé cómo voy a hacerlo, la verdad. Lo que cobraré como secretario, ni de coña se asemeja a mi sueldo actual. Sí, es una putada. Una muy grande, de hecho.

«De cosas peores has salido...»

También es verdad.

El apartamento de mi padre está situado en el centro del barrio, en una antigua villa ahora convertida en tres viviendas individuales. No es muy grande. Cocina, salón, dos habitaciones y un cuarto de baño. Funcional, cómodo y un precio asequible, para la zona en la que está.

Son pasadas las cuatro de la tarde cuando el taxi me deja en mi destino. Rezo para que mi padre esté en casa, si no, no tendré más remedio que esperarlo en la misma acera con todos mis bártulos. En plan mendigo. Contemplo la fachada, la puerta con cristal plomado, en diferentes colores, y suspiro con fuerza. Subo los cinco escalones que llevan a ésta y presiono el botón que reza: Preston. Mi padre no responde. Vuelvo a presionar, esta vez insistiendo más. Nada. «Hay que joderse...» Pongo los ojos en blanco y retrocedo para sentarme en las escaleras y esperar. Mi padre aparece antes de que me dé tiempo a posar el culo en la piedra del escalón.

Se queda parado al verme. Sus ojos van de mí, a las dos enormes maletas que me acompañan. Menea la cabeza y esboza una sonrisa.

—No se han solucionado las cosas con los James, ¿eh?

—Es algo más complicado de lo que parecía en un principio.

—Ya.

Saca las llaves del bolsillo de su pantalón y me las entrega.

—Parece que has venido para quedarte...

Asiento.

—Sí.

—Bienvenido a casa, hijo, me alegra tenerte de vuelta.

«Ojalá pudiera decir lo mismo...»

Me abraza con fuerza y le doy un beso en la mejilla.

Luego, con paso lento, abro la puerta del que será mi nuevo hogar en esta nueva etapa de mi vida.

«Vamos, Arthur, no será tan malo. Ya lo verás».

Mi nueva habitación tiene lo básico: una cama, una mesita, un armario, una cómoda antigua y un butacón junto a la estrecha y pequeña ventana. El baño, al fondo del pasillo, no tengo más remedio que compartirlo con mi padre. Es lo que tiene que sólo haya uno. Cuando vienes de una casa enorme en la que puedes pasarte todo un día sin tropezarte con el resto de los ocupantes, no puedes dejar de pensar que ahora vives en una caja de cerillas.

«Resignación...»

Dejo las dos maletas a los pies de la cama y vuelvo al salón.

Mi padre me mira preocupado.

—¿Quieres que hablemos de ello? —pregunta, cauteloso.

—Todo está bien, papá, no te preocupes, ¿vale? —le paso una mano por el hombro y trato de sonreír.

—¿Cómo quieres que no me preocupe si estás aquí dispuesto a quedarte?

—Será temporal.

—Si tú lo dices... ¿Has comido algo?

—No tengo hambre. Puede que el vuelo me haya revuelto un poco el estómago. ¿Y tú?

—Para mí ya casi es la hora de la cena, hijo, recuerda que aquí los horarios de las comidas no tienen nada que ver con los de allí.

Paseo la vista por el salón y sonrío al ver un dibujo pintado por mí y que le regalé un día del padre.

Mi padre carraspea a mis espaldas.

—¿Te han despedido, Arthur?

Niego con la cabeza.

—No, papá, sólo me han trasladado al Green Clover.

—¿Seguro? Porque yo puedo...

—Será una lata ir cada día a Canterbury, pero me acostumbraré. Por cierto, ¿tu coche sigue funcionando?

Porque me temo que voy a necesitarlo.

—Podemos echarle un vistazo, si quieres.

En el contrato de alquiler del apartamento, también viene una pequeña plaza de garaje. Es allí donde nos dirigimos para examinar a la vieja tartana. Compruebo el aceite, el motor y los pedales de embrague, freno y acelerador. Damos una vuelta en el coche por el vecindario. Salvo por algún pequeño detalle, todo parece estar en orden. Eso me deja algo más tranquilo. Tener que coger el tren para desplazarme, sería un puto suplicio.

—Oye, hijo... —murmura mi padre de vuelta en casa.

—Dime.

—Había quedado con unos compañeros del programa de rehabilitación para ir al cine y...

—No canceles tus planes por mí, papá—lo interrumpo.

—Pero me sabe mal dejarte solo en casa.

—Estaré bien, además, puede que coja el coche y vaya a Londres a dar una vuelta. Me vendrá bien distraerme un poco.

—¿Estás seguro de que no te importa?

—Pues claro.

Media hora después, estoy despidiendo a mi padre en la puerta.

—Pórtate bien, papá, y si ligas ya sabes, usa protección.

«¿Como tú?»

¡Mierda!

—Qué cosas tienes, hijo... Anda, sal a divertirte, que la noche es joven—sonríe—. Ah, y ten en cuenta tus propias palabras—me guiña el ojo.

«Demasiado tarde...»

De mala gana, excepto una muda, coloco el resto de mis cosas en el armario y los cajones de la mesita y la cómoda.

Luego me doy una ducha y me visto. Antes de salir de casa, me como un sándwich de jamón y queso, me lavo los dientes y cojo las llaves. Cuando me doy cuenta, estoy conduciendo hacia Canterbury, al Green Clover club, no hacia Londres.

«¿Te has vuelto loco?»

Al parecer sí.

El club no ha cambiado mucho desde la última vez que estuve en él. Buena música y buen ambiente. Justo lo que necesito. Me acerco a la barra y

pido una cerveza sin alcohol. La camarera me mira golosa y sonríe. Parece que la noche pinta bien... Paseo la mirada por la amplia estancia y me gusta lo que veo. Un montón de mujeres, elegantes y espectaculares, dispuestas a pasarlo bien. Como yo. También hay hombres, por supuesto.

En ellos no me fijo, no son lo que me va, evidentemente. Un grupo de seis llama mi atención. No el grupo, sino la morena que parece monopolizar la conversación. Tiene el pelo largo, cayendo en ondas por su espalda. La falda, recta y ajustada, de color negro, marca perfectamente un culo prieto y delicioso.

Las piernas, enfundadas en unas medias de seda negras, me hacen suspirar de deleite y noto vida propia por debajo de mi cintura. «¡Aleluya!» Ya me estoy poniendo cachondo y acabo de llegar.

No tenía una erección desde que supe que mis bichitos habían dado en el blanco de la diana equivocada. La noche mejora, sí señor... Me muevo entre la gente y me acerco un poco más.

No soy capaz de apartar los ojos de esa mujer. Joder, me atrae muchísimo.

Y necesito sexo para desestresarme y todas esas cosas. Con urgencia. El movimiento de sus manos es grácil y delicado. Las imagino sobre mi piel desnuda y se me corta la respiración.

«Tío, estás muy necesitado...» Y es verdad, hace la hostia de tiempo que no echo un buen polvo. Ni bueno ni malo, en realidad. Por eso la calentura... Le doy un trago a la cerveza y voy hacia la derecha, acortando la distancia. Cuando estoy a unos cuatro metros de ella, se gira lentamente. Muy lentamente. «Eso es, nena, date la vuelta, quiero verte la... ¡Hostias!» Agacho la cabeza y me parapeto detrás de unos tíos enormes. Sin atreverme a mirar de nuevo en su dirección, reculo hacia atrás, escondiéndome entre la gente para que ella no me vea. Tropiezo con brazos y piernas, de hecho, creo que tiro alguna copa en mi patética retirada. Me disculpo azorado y medio tartamudeando. Me tiemblan las piernas, joder.

Cuando consigo ponerme a salvo y lo más lejos posible de ella, respiro aliviado.

«Por los pelos...»

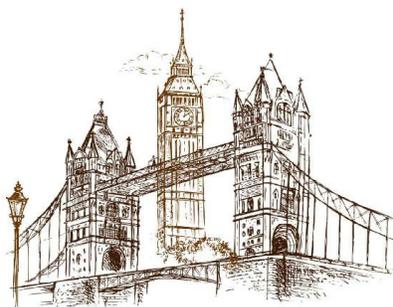
Suelto una risita histérica.

He estado a punto de meter la pata de nuevo.

Y esta vez sin que me acosara.

¡Maldita Alison James y su culo prieto y delicioso, joder!

CAPÍTULO 8



Cuando suena el despertador el lunes a las seis de la mañana, lo único que me apetece es azotarlo por la ventana. Después, como si no hubiese sido suficiente tortura no poder olvidar mi huida del sábado por la noche, las imágenes acercándose a la morena con intenciones nada honestas, me golpean con fuerza. «Joder, qué cerca has estado...». En mi defensa alegaré que sentirse atraído por una mujer, aunque esta sea Alison James, no es ningún pecado. Aunque si soy sincero conmigo mismo, ayer domingo estuve a punto de ir a la iglesia a confesarme y que me pusieran una penitencia o lo que sea. Sin ninguna duda los hermanos James me la hubieran puesto. O puede que me sacaran los ojos y luego se los dieran de comer a los cuervos. Sí, estoy dramatizando un poco, o puede que no, quién sabe. La verdad es que los creo capaz de todo.

Ahora mismo los veo como los capos más peligrosos de una mafia que sólo existe en mi cabeza. «Menos mal que no te dejaste en evidencia, imbécil».

Me levanto de la cama, salgo al pasillo y me dirijo al baño.

Mientras me doy una ducha y me acicalo, pienso en la manera de atormentarme todo el día de ayer con la historia. Tratando de convencerme de que no pasaba nada. Que, si le hubiera visto la cara antes de tener pensamientos impuros con ella, me hubiera ahorrado la vergüenza y la humillación de esconderme entre el gentío hasta verme a salvo de sus miradas.

«A partir de ahora, nada de fijarse en morenas, sólo rubias y pelirrojas, por si la moscas». Así me ahorraré llevarme estos disgustos, joder. Además, desde hoy voy a trabajar con ella. Pasaremos muchas horas juntos y no me conviene verla como algo apetecible, de lo contrario estoy seguro de

que me caparán sin dudarlos.

Cojo aire por la boca y me meto debajo del chorro de agua. Me aclaro el pelo y el cuerpo. Salgo de la ducha y me enrosco una toalla alrededor de la cintura. Me afeito, me lavo los dientes y me echo desodorante. Vuelvo a mi habitación y saco un traje de tres piezas, junto a una camisa y una corbata, del armario. Me visto con parsimonia. Mentiría si dijera que no estoy nervioso. No sé lo que me voy a encontrar cuando llegue a mi nuevo puesto. En temas de secretariado estoy un poco perdido y no tengo muy claro cuáles serán mis funciones. Y, saber que voy a ser mirado con lupa por Adrien, lo complica todo un poco más.

Suspiro hondo y desenchufo el teléfono del cargador.

Tengo un nuevo mensaje de texto de hace un par de horas.

Luis: suerte en tu primer día de trabajo. Llámame para contarme qué tal te fue.

Sonrío y tecleo.

Yo: gracias, amigo. Te llamaré.

Me pongo la chaqueta del traje, cojo las llaves y la cartera y salgo de casa.

Son las siete menos veinte y empieza a amanecer.

«Vamos allá...»

Una hora y diez minutos después, estaciono el coche en el aparcamiento de Green Clover. Por la ausencia de vehículos, debo de ser el más madrugador. Me miro en el espejo retrovisor durante unos minutos, mentalizándome para lo que sea que vaya a encontrarme una vez que cruce las puertas. «Sé tú mismo, tío, no dejes que toda esta locura te cambie...» Decido que, a partir de ahora, ese será mi mantra: ser yo mismo y no cambiar en ninguna circunstancia.

Las oficinas aquí están en la parte de atrás de la finca, en lo que antiguamente eran las caballerizas. Recorro el sendero de grava que lleva hasta ellas y me encuentro con un guardia de seguridad que está haciendo su ronda.

—Buenos días —saludo acercándome a él—. Soy Arthur Preston y hoy es mi primer día en las oficinas.

—Bienvenido, señor Preston, es usted muy madrugador.

—Vengo de lejos y no quería llegar tarde.

—Ya veo... Sígame. Para entrar necesita una tarjeta como esta—me la enseña—, al escanearla aquí—señala un cajetín junto a la puerta—, aparecerán sus datos personales y automáticamente se abrirá la puerta. ¿Lo ve?

Asiento.

—No parece complicado...

—No lo es—dice mirándome como si yo fuera tonto o algo así.

Le doy las gracias y entro con la sensación de que, en realidad, sí lo soy.

Lo primero que hago, y ya que estoy solo, es echar un vistazo a mis anchas. Un recibidor con un mostrador más bien pequeño, estanterías y archivadores; ocho puertas cerradas a cal y canto, con llave. Sí, lo he comprobado. En cada puerta una placa de metal con el nombre de la persona que lo ocupa y el cargo: Cinthia Watson, relaciones públicas. Leslie Hoover, actividades lúdicas... Las leo una por una hasta llegar a la última, al final del pasillo, y deduzco que la más grande:

Alison James, gerente. Junto a éste, un cubículo de unos tres metros: Kimberly Stewart, secretaria. «Vamos, hombre, no me jodas...» Me da un escalofrío sólo de pensar el tiempo que voy a pasar ahí dentro. No veo la de Adrien por ninguna parte. Puede que tenga suerte y sólo venga de vez en cuando, lo justo para tocar los cojones y largarse. «Sí, sobre todo a tocar los cojones...» Los aseos, una sala de descanso y una cocina, muy bien equipada, completan las oficinas. Doy una vuelta sobre mí mismo y suspiro.

«Resignación, Arthur, resignación...»

Entro en la cocina y enciendo la cafetera. Supongo que ese será uno de mis tantos quehaceres a partir de hoy. Miro el reloj, las ocho en punto y no tiene pinta de que esté a punto de llagar nadie. ¿No se supone que tendría que estar todo el mundo aquí a esta hora? Me encojo de hombros y busco una taza en uno de los armarios. Saco leche de la nevera y me sirvo un café. Me pongo cómodo y espero. Pasados quince minutos, escucho la puerta, el sonido de unas llaves y taconeo. Aparto la mirada de la puerta en cuanto veo que es Alison dispuesta a entrar en su despacho.

No me ha visto.

Y yo paso de seguir mirando.

«Más vale prevenir...»

Pego un brinco cuando la escucho decir:

—Kimberly, ¿puedes venir un momento, por favor?

«Esa debes de ser tú, ahora te llamas Kimberly...», pongo los ojos en blanco, salgo de la cocina y camino hacia su despacho. Desde la puerta veo que éste está dividido, por una especie de paneles de madera, en dos. Muebles clásicos, de madera maciza, y una bonita decoración. Me gusta.

—¿Kimberly?

Inspiro y espiro varias veces antes de entrar y, cuando me decido a hacerlo, creo que aún estoy más nervioso que antes. Alison está detrás de su mesa, de pie y enfrascada en un documento que tiene en las manos. En cuanto noto que mis ojos van más allá de sus manos, desvío la mirada a una de las ventanas.

Carraspeo para llamar su atención.

—¡Joder! —exclama—. Tú no eres Kimberly.

La miro.

—No me digas... ¿En qué lo has notado? ¿En que no llevo falda? —sus ojos recorren mis piernas—. ¿La falta de maquillaje, tal vez? —ahora se clavan en mis pupilas—. ¿La gravedad de mi voz sensual? —enarco una ceja.

—Muy gracioso. Me había olvidado de ti.

Me llevo la mano al pecho y exagero mi consternación.

—¡Auuu! Acabas de herir mis sentimientos. Y yo que pensaba que era inolvidable...

—Ya sabes a qué me refiero, a que no recordaba que hoy te incorporabas. Ni siquiera me paré a leer el nuevo contrato, tenía mejores cosas que hacer.

Meneo la cabeza.

—Eso, eso, tú arréglalo... —camino hacia ella y me paro a menos de un metro—. ¿Cómo estás?

Deja el documento sobre la mesa y sonrío.

—Muy bien, ¿y tú?

Me encojo de hombros.

—Aquí...

Cruza los brazos sobre el pecho.

—Siento muchísimo que mi hermano Theodore te haya hecho esta putada. Si te soy sincera, creí que renunciarías.

—Renunciar no es una opción.

«Al menos de momento...»

—¿Por qué? —indaga.

—Porque no.

Asiente.

—¿Has tenido algún problema para entrar?

—Ninguno.

Nos observamos durante unos segundos en silencio.

Carraspeo.

—¿Y bien? ¿Qué necesitabas de mí?

—Qué voy a necesitar de ti, nada.

—Me has llamado hace unos minutos. No pongas esa cara de horror, mujer, has gritado: Kimberly, puedes venir un momento, ¿por favor? y luego has dicho: —aflauto la voz y la imito— ¿Kimberly? Y aquí estoy, así que dime.

La comisura de sus labios se eleva en una media sonrisa.

—Yo no hablo así.

—Bueno, tampoco yo soy Kimberly. Es lo que hay.

—Tienes razón... Antes que nada, ve a Recursos humanos y busca a mi hermana Amber para firmar tu nuevo contrato laboral, ella te explicará algunas de tus nuevas funciones aquí. Luego, cuando vuelvas, te presentaré a tus nuevas compañeras de trabajo.

—¿Compañeras?

—Sí, desde hoy estarás rodeado de mujeres, qué suplicio, ¿eh?

Su retintín me hace sonreír.

—Estar rodeado de mujeres no es ningún suplicio, se me da de perlas tratar con vosotras.

Chasquea la lengua.

—Me temo que esta vez no te resultará tan sencillo y puede que sí algo violento.

Achino los ojos.

—¿A qué te refieres con eso?

—Bueno, digamos que te has acostado con la mayoría de ellas y no has vuelto a llamarlas, puede que te guarden un poco de rencor.

«Mierda, esto no me lo esperaba...»

Se me encogen las pelotas.

—¿Crees que corre peligro mi integridad física?

Suelta una carcajada.

—Más tarde lo descubriremos, ahora ve a la segunda planta del museo y busca a Amber.

Me hace un gesto con la mano para que me vaya y obedezco sin rechistar. En realidad, la cabeza me da vueltas ahora mismo tratando de recordar si los nombres que leí en las puertas me suenan de algo. Y no, no tengo ni puta idea.

«Menudo marrón, joder».

—¿Arthur Preston?

Pego un brinco al escuchar mi nombre pronunciado con tanta sorpresa a mis espaldas.

«No te gires, sigue caminando...»

—¿Eres tú? —insiste la voz chirriante.

Me paro, contengo la respiración y me giro.

Una mujer, de unos cuarenta años, está justo detrás de mí con las manos apoyadas en las caderas y los ojos abiertos de par en par. No es una belleza, pero tampoco está mal. Nunca he sido un remilgado a la hora de follar, suelen servirme todas. Eso sí, nunca hago nada sin el consentimiento de ellas. No las engaño haciéndoles promesas de amor eterno.

Mis rollos son de una noche.

Punto.

—¿No te acuerdas de mí?

—Lo siento, yo...

—Soy Marion, nos conocimos hace tres años en la fiesta de navidad que da la empresa, ¿no lo recuerdas?

Trago saliva.

—Tú y yo... eh... ya sabes... ¿nos acostamos? —balbuceo.

—No puedo creer que hayas olvidado nuestro encuentro en el guardarropa, con razón no has vuelto a llamarme.

«Nunca llamo».

—Lo lamento, pero...

—¿Qué haces aquí? —me interrumpe.

—Trabajo aquí.

—Ya sé que trabajas en la empresa de los James.

—Me refería a que a partir de hoy trabajo aquí—señalo con la mano todo lo que me rodea.

—¿En serio? —suelta una carcajada—. Verás cuando se enteren las demás, van a alucinar.

«Genial, mi propio club de no fans... No sé si reír o llorar».

—Marion, discúlpame, pero tengo algo de prisa y...

—Uy sí, sí, perdona, no te entretengo más—me interrumpe de nuevo.

Odio que me hagan eso.

—Nos vemos—me despido y me giro.

—Cuenta con ello—masculla por lo bajo.

«Y sólo son las nueve y cuarto de la mañana, joder».

La cálida bienvenida de Amber, me sorprende. En estos momentos debe de ser la única de los James que no me odia. Bueno, Alison tampoco, o eso creo. Antes de firmar el contrato, lo leo punto por punto y sí, la cláusula que me obliga a mantener las distancias de mi acosadora está bastante clara.

«Como si tuvieras algún interés en acercarte a ella...» Resoplo y planto mi nombre en el documento. Después de eso, Amber me explica perfectamente cuales son mis funciones desde hoy: atender el teléfono, facilitar documentación, tomar apuntes en las reuniones... En fin, lo que hace una secretaria, vamos.

—¿Lo tienes claro? —me pregunta.

—Sí, bastante.

—Perfecto. Si en algún momento te surge alguna duda lo hablamos, ¿vale?

—Sí, gracias, Amber, eres muy amable.

Sonríe y me tiende la mano.

—Bienvenido a esta parte de la empresa, Arthur, es un placer tenerte aquí.

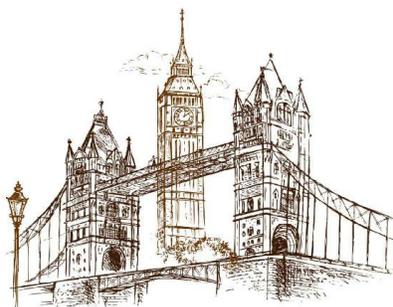
«Ojalá pudiera decir lo mismo...»

Estrecho su mano y salgo de su despacho.

Regreso a las oficinas, cabizbajo y pensativo. Mi vida ha dado un giro de ciento ochenta grados y no para bien, precisamente. Ahora mi vida es una ruina. Un caos. Una auténtica mierda. Trabajaré codo con codo con una mujer que lleva en su seno una criatura sangre de mi sangre. Rodeado de mujeres que me harán la vida imposible por haber follado con ellas y no llamarlas después. Tendré que vestirme cada día con una coraza y aguantar el chaparrón. Como decía mi abuelo, nunca llueve eternamente.

«Y no lo hará».

CAPÍTULO 9



Me siento a mi mesa y observo a mi alrededor. Dos mujeres están junto a la fotocopidora y me miran de soslayo. Seguro que no tendrán nada bueno que decir de mí. Tampoco es que me importe mucho, la verdad sea dicha, pero teniendo que ver sus rostros cada día..., bueno, sería mejor que tratáramos de llevarnos bien. Eso aliviaría muchas tensiones y aligeraría el enrarecido ambiente que se respira desde hace rato por aquí. Justo desde que se sabe que yo trabajaré con todas ellas.

Me froto la cara con las manos y suspiro resignado. Estoy tan descentrado que no recuerdo si Alison me pidió que hiciera algo después de firmar mi contrato. Ah, sí, dijo algo de presentarme a mis nuevas compañeras de trabajo, me parece.

«Pues casi es mejor que no lo haga, visto lo visto...»

—Vaya, vaya, vaya, ¿tenemos chica nueva en la oficina?

Aprieto los ojos con fuerza al escuchar la guasa en la voz del inconfundible mamón de Adrien.

Tardo diez largos segundos en abrirlos y clavar mis ojos en él.

—Como si no supieras que ibas a encontrarme aquí—rezongo entre dientes.

—Pues para ser sincero, no. De hecho, pensé que ya no trabajabas con nosotros.

—¿Ahora te incluyes como propietario de la empresa?

—Soy un James.

Silbo.

—Hay que ver lo que cambian las cosas de la noche a la mañana, ¿eh? Sus ojos me taladran.

—Me lo dices o me lo cuentas... Fíjate en ti, hace cuatro días eras la

mano derecha del jefe, y mira dónde estás ahora. ¿Se puede caer más bajo?
«Gilipollas».

—Siempre se puede caer más bajo, James, tú mejor que nadie deberías de saberlo. ¿Necesitaba algo el señor?

Tamborileo con los dedos en la mesa esperando su respuesta.

—De momento tráeme un café al despacho de Alison. Ya sabes, solo y sin azúcar.

Sonrío de medio lado.

—¿Seguro que quieres que te lleve un café?

Percibo la duda en sus ojos.

—Por supuesto.

Me encojo de hombros.

—Sus deseos son órdenes para mí, señor James.

—Ve cambiando ese tono cuando te dirijas a mí, Preston, de lo contrario...

—¿Qué? ¿Vas a despedirme?

—Qué más quisieras.

Me deja con la palabra en la boca y entra en el despacho de su hermana.

Me dirijo a la cocina y, con toda la parsimonia del mundo, preparo su café. «Ojalá me atreviera a echarle un escupitajo, por imbécil». No lo hago, claro. Aparte de que es una asquerosidad, aún sigo considerándolo mi amigo. Y yo no hago esas cosas, aunque se lo merezca.

Llamo a la puerta y, sin esperar a que me den permiso, porque sé que eso le joderá, entro. Ambos están sentados a la mesa de Alison, uno frente a otro. Parecen tensos, enfadados.

—Su café, señor James—pongo la taza a su derecha y sonrío ladino.

Mira la taza con escepticismo y la acerca a su nariz.

—Confío en que no hayas hecho nada de lo que puedas arrepentirte.

Mi sonrisa se ensancha mostrando todos los dientes.

Lleva la taza a los labios bajo mi atenta mirada y le da un pequeño sorbo.

—¿Está a su gusto, señor James? —pregunto con retintín.

Alison ahoga una carcajada y le guiño un ojo.

Entonces me fijo en su aspecto, que ya no luce como hace un rato. Ahora está pálida, incluso algo demacrada y cansada.

Me olvido del mamón que tengo a mi lado y me centro en ella.

—¿Te encuentras bien?

—Sólo estoy un poco mareada.

—¿Necesitas algo?

Sonríe.

—No es nada, Arthur.

—¿Ahora eres su puta enfermera?

Fulmino a Adrien con la mirada.

—No, sólo su secretario, y como tal me aseguro de que tenga todo lo que necesita.

—Déjanos solos.

—A la orden, señor.

«Si me pongo a darte collejas me quedo tonto...»

—Arthur—miro a Alison con la mano en el pomo de la puerta—, gracias.

Asiento.

—La próxima vez que vuelvas a entrar sin que te den permiso recibirás una amonestación, Preston, ¿lo tienes claro?—amenaza Adrien, sin mirarme.

Le pongo los ojos en blanco y vuelvo a guiñarle el ojo a ella.

—Como el agua, señor.

Cierro la puerta tras de mí.

—Te comportas como un idiota, Adrien.

—Vamos..., es divertido.

—Lo será para ti, a mí no me parece que tenga ni pizca de gracia. La próxima vez que vuelvas a hablarle así, tú y yo tendremos problemas, ¿lo entiendes? Respetarás a Preston, ¿me oyes?

—Aguafiestas.

Se me escapa la risa al escuchar la reprimenda que le está dando a su hermano y suspiro complacido al ver que tengo una aliada.

«Gracias, pequeña acosadora».

Frunzo el ceño al ver a una rubia menuda sentada a mi mesa. Una rubia que no conozco de nada, o eso creo. Me aproximo con cautela, no vaya a ser que sea otra integrante de mi club de no fans, y carraspeo con los huevos de corbata.

—Disculpa—digo.

Alza la mirada de la pantalla del ordenador y me mira.

—¿Puedo ayudarle en algo, señor?

«No parece que te conozca...»

Vuelvo a carraspear.

—Esta es mi mesa.

—No, no lo es—dice—, es la mía.

—Me parece que no.

—Aquí lo dice, ¿ve? —me interrumpe y señala la placa de metal que hay sobre su mesa—. Kimberly Stewart—deletrea como si yo fuera bobo y no supiera leer—. Esa soy yo. ¿Y usted es...?

Extiendo la mano.

—Preston. Arthur Preston. Acabo de incorporarme a la empresa y pensé que esta era mi mesa, lo siento.

Sus ojos se agrandan.

—¿Ha dicho Arthur Preston? ¿El del buen movimiento de caderas? ¿Ese Arthur Preston?

—¿Cómo dice?

Se ruboriza hasta las cejas.

—Oh Dios mío, no puedo creer que haya dicho eso en voz alta, discúlpeme.

—¿Te puedes explicar, por favor?

Suelta una risita de niña pequeña y me hace un gesto con el dedo para que me acerque.

—Algunas de las chicas hablan de usted y de su movimiento de cadera —susurra moviendo las cejas sugestivamente.

—Me estás tomando el pelo, ¿verdad?

—Me temo que no. Juro que su nombre sale a relucir en todas nuestras salidas de chicas.

Ahora el que se ruboriza hasta la raíz del pelo, soy yo.

De repente, recuerdo una conversación mantenida hace un par de meses:

—Cualquiera diría que te escondes de mí...

—¿Qué quieres, Alison?

—Reclamar mi baile.

—No sé bailar.

—Los rumores dicen que tienes un buen movimiento de caderas...

«Mierda, pensé que me estaba vacilando».

Sacudo la cabeza.

Puede parecer halagador que hablen de uno y de su movimiento de cadera, pero en mi caso no es así. No me gusta saber que estoy en boca de estas mujeres, me hace sentir muy incómodo e incluso violento. Yo no voy por

ahí contando mis intimidades ni haciendo comparaciones. Lo considero de muy mal gusto y una falta de respeto hacia ellas, joder. Si en lugar de ellas fuera yo el que corriera la voz sobre sus movimientos de caderas, pelvis o lo que sea, me acusarían de a saber Dios qué.

«Esto es una puta pesadilla que va de mal a peor...»

Me aflojo un poco la corbata.

—¿Cuál es mi mesa, entonces? —indago.

—La única que está libre es la de ahí dentro—señala el despacho de Alison—, supongo que será esa. ¿La señorita James no le dijo nada al respecto?

Niego con la cabeza.

—¿Quiere que entre y le pregunte?

—No, no es necesario. Ahora está reunida con el señor Adrien, yo me ocuparé en cuanto quede libre, gracias.

«Lo dicho, vamos de mal a peor sin ninguna duda...»

—¿Y va a quedarse mucho tiempo con nosotras, Preston?

«No si puedo evitarlo».

—Puedes tutearme, Kimberly—suspiro—. El tiempo que estaré aquí es indeterminado así que...

—Bueno, si puedo ayudarte en algo, no dudes en decírmelo.

Sonríe.

—Gracias.

Mientras espero a que Adrien salga del despacho de Alison, sigo lamentando mi mala suerte, y la mala baba de Theodore James que, no sólo me envía aquí a trabajar con su hermana como castigo, sino que encima tengo que compartir espacio con ella. «Tócate los cojones». ¿Se puede ser más manipulador y entrometido? Tratándose de los James, no tengo ninguna duda de que sí.

«Miedo me da de lo que aún me pueda deparar el día...»

Me siento en una silla a esperar. Cuando me canso de estar sentado, deambulo por la estancia contemplando el ir y venir de gente. Entro en la cocina y me bebo un vaso de agua. Al final, después de cuarenta y cinco minutos de aburrida espera, la puerta del despacho de Alison se abre y Adrien sale tan campante con las manos metidas en los bolsillos.

—¿No tienes nada mejor que hacer que vigilar mi salida? —pregunta.

—Estaba pensando en pintarme las uñas, pero me he dejado el esmalte en el coche.

—Ponte a trabajar, para eso se te paga, las uñas déjalas para cuando estés en casa viendo algún culebrón.

«Mamón».

Espero a que salga del edificio para girarme y llamar a la puerta de su hermana, que no contesta. Vuelvo a golpear la puerta con los nudillos, varias veces. Nada. A no ser que haya salido por la ventana, está dentro, por eso me preocupa no obtener respuesta. Me debato entre esperar o entrar sin permiso. Antes no tenía buena cara y puede encontrarse mal, por eso no tardo en decidirme y abrir la puerta.

—¿Alison? —llamo al ver que no hay nadie dentro.

Unos ruidos, al fondo de la habitación, llaman mi atención. Me acerco sigiloso. Hay una puerta entreabierta en la que no me había fijado porque está panelada en la misma madera que la pared. Echo un vistazo por la rendija y la veo de rodillas en el suelo y con la cabeza prácticamente metida en el inodoro. El corazón me palpita con fuerza en el pecho y me asusto. Cuando me quiero dar cuenta, estoy junto a ella con una mano apoyada en su frente y la otra sujetándole el pelo.

—Tranquila —murmuro—, te pondrás bien.

Permanecemos así unos minutos y, cuando parece que ya no le queda nada más por echar, se sienta en el suelo y cierra los ojos con fuerza. Aprovecho ese instante para coger una toalla, humedecerla, y pasársela por la frente y el cuello.

—Seguro que has comido algo en el desayuno que te ha sentado mal— suspira—. Te puedo traer una manzanilla, dicen que es buena para asentar el estómago—vuelve a suspirar—. ¿Prefieres que llame al médico?

Abre los ojos y los centra en los míos.

—Estoy embarazada, Arthur, vomitar es algo normal en mi estado.

Me echo hacia atrás, como si me hubiera dicho que tiene la peste, y ríe.

—Tranquilo, no es contagioso.

—Lo siento.

Vuelvo junto a ella y me acuclillo a su lado.

—No pasa nada.

La ayudo a ponerse en pie, parece tan débil...

El estómago se me contrae.

«Está así por tu culpa, capullo...»

—Te traeré esa manzanilla.

Asiente.

Regreso pocos minutos después con la bebida caliente, que dejo sobre su mesa, y espero a que salga del baño. Cuando lo hace, ha recuperado el color de sus mejillas, pero sigue pareciendo cansada.

—¿Te encuentras mejor?

—Sí, siento que hayas tenido que presenciar eso y...

—No lo sientas—la interrumpo—. ¿Te pasa muy a menudo?

—Cuando menos me lo espero. No acabo de acostumbrarme, vienen y van.

—¿Y será así todo el tiempo?

Se sienta a la mesa y vierte el azúcar en la manzanilla.

—El médico dijo que suele mejorar después del primer trimestre.

—¿Puedo hacer algo por...?

—Ya lo hemos hablado, Arthur, no estás obligado a nada, ¿de acuerdo?

—Sí, pero...

Mira el reloj.

—Nada de peros, es la hora del descanso, las chicas estarán reunidas en la cocina tomándose el café. Este es un buen momento para que te las presente.

«¡Yupi! No sé si reír o llorar».

—Necesito preguntarte algo.

—Tú dirás.

—¿Esa de ahí es mi mesa?

Señalo a mis espaldas y ella asiente.

—Sí, con todo el trajín de tu llegada y la visita de Adrien se me olvidó decírtelo. Por cierto, respecto a mi hermano, no le tengas en cuenta su forma de dirigirse a ti, quiere hacértelo pasar mal, cree que es divertido—coge la taza y se pone en pie—. Le pedí que dejara de hacerlo, o tendrá problemas conmigo.

—Gracias, pero no deberías de preocuparte por mí, sé cómo lidiar con tus hermanos. Y no quiero que tengas más problemas con ellos por mi culpa. Ya se cansarán.

—Eso mismo pienso yo...

Salgo del despacho tras ella y la sigo a la cocina. Hay siete mujeres reunidas alrededor de la mesa ovalada. «Mira, como en un aquelarre, pero en plan moderno», río para mis adentros por la ocurrencia y me coloco al lado de Alison, que no tarda en empezar a hablar, dándome la bienvenida a esta parte de la empresa. Excepto cuatro de ellas, que supongo que son con las que he

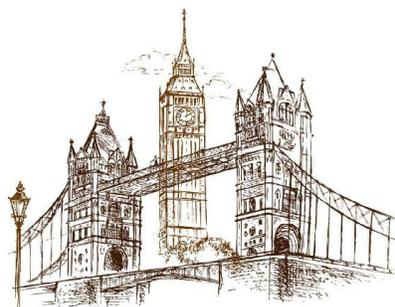
mantenido relaciones sexuales, las demás me reciben de buen grado y entusiasmadas por tenerme allí. Sobre todo, Kimberly, con la que creo que puedo llegar a hacer buenas migas y no dudará en ponerme al corriente de todo lo que se cueza por aquí.

El resto del día pasa lento, pero sin sobresaltos.

En el trayecto de vuelta a casa, evalúo la situación y llego a una conclusión: tomármelo con filosofía a partir de hoy, así me ahorraré muchas comeduras de cabeza.

«Si no puedes con el enemigo, únete a él, dicen...»

CAPÍTULO 10



Como cada mañana, salgo de casa a las siete menos veinte y conduzco hasta Canterbury. Hoy es el cuarto día que hago el mismo recorrido, ida y vuelta. El tiempo que pierdo en el puto trayecto me mata y me crispa los nervios. Son dos horas que podría dedicar a dormir algo más y a poder pasar más tiempo con mi padre, al que apenas veo. Cuando llego a casa, él ya ha cenado y está a punto de irse a la cama. Por decir que me espera despierto para saber cómo me ha ido el día, de lo contrario ni siquiera llegaríamos a vernos. Está acostumbrado a unos horarios en los que yo no quiero interferir. Las normas de la clínica son muy estrictas y, aunque ya lleve sobrio dos años, debe cumplirlas al pie de la letra. Mañana viernes, que salgo antes del trabajo, le prepararé la cena y pasaremos un rato juntos, algo que no hacemos desde... nunca. Sorprendente, ¿verdad? Pues es cierto. Jamás he compartido con mi padre, espacio y tiempo, sin que él estuviera bebido.

Cuando estuvo ingresado en la clínica e iba a verlo, al principio esas visitas eran supervisadas porque él no estaba en sus plenas facultades. Luego, cuando empezó a recuperarse y su conciencia hizo acto de presencia, se sintió tan avergonzado que se negó a recibir mis visitas. Afortunadamente esa etapa sólo duró un par de meses. Ahora, por circunstancias de la vida, volvemos a estar juntos bajo el mismo techo. Ya es hora de recuperar el tiempo perdido.

«Dicen que no hay mal que por bien no venga...»

Salgo de la carretera y cojo el desvío a Green Clover.

Trabajar con Alison está resultando más fácil de lo que en un principio creí. Es una mujer que se toma muy en serio las funciones de gerente. Es metódica, concienzuda y tenaz. Me recuerda a su hermano Theodore una barbaridad. Está consiguiendo tirar por tierra la preconcebida imagen que tenía de ella. La de una mujer caprichosa de tomo y lomo capaz de hacer

cualquier cosa con tal de salirse con la suya. Nada más lejos de la realidad. A veces me descubro observándola más de lo que debiera. Supongo que es algo inevitable teniendo en cuenta que compartimos despacho y que, cada vez que levanto la vista de lo que estoy haciendo, la encuentro ahí.

«Para tu desgracia...»

También me he dado cuenta de que todo el mundo la aprecia, incluso la adoran. Sobre todo, el resto de las chicas.

Más que jefa y empleadas, parecen amigas. Igual que me pasaba a mí con Theodore y Adrien.

«Qué tiempos aquellos...»

Echo de menos nuestra amistad y complicidad.

Entro en el patio de Green Clover, aparco el coche y cojo la bolsa de papel, con mi almuerzo, del asiento del copiloto.

«Veamos qué te depara hoy el día...»

Mis compañeras de trabajo, hasta el momento, son unas cabronas conmigo. Todas. Bueno, todas no, Kimberly parece compadecerse de mí por momentos. Unas por lo que ya se sabe, que me he acostado con ellas y blablablá. Y las otras, imagino que por conmiseración hacia sus amigas. Digo yo, porque apenas he cruzado más de dos palabras con ellas, la verdad. Hasta el momento he pasado por alto sus perrerías de patio de colegio: dejar la fotocopidora sin papel, desenchufarme el teléfono fijo o esconderme el almuerzo en los parterres de los alrededores, entre otras cosas. Les he dado de plazo un par de semanas para que se desquiten. Si a partir de ahí no cambian las cosas, no tendré más remedio que actuar en consecuencia y ponerme a su altura.

Yo también sé jugar a ese juego, joder.

«No será necesario, eres un tío encantador y te las ganarás...»

Saco la tarjeta de identificación, la paso por el aparato y entro. Enciendo las luces y voy a mi despacho a comprobar que todo está como debe de estar: teléfono, ordenador e impresora, conectados; bolígrafos con su capuchón correspondiente... «Bien». Voy a la cocina y pongo agua a hervir. De la bolsa que llevo en las manos, saco un tarro con hojas de menta y unas galletas saladas, y vuelvo a mi despacho a dejar mi almuerzo en uno de los cajones, que cierro con llave, por si las moscas. Echo un vistazo a la agenda: reunión a las nueve con Amber y Leslie, finalizar el presupuesto de una visita guiada y poco más. «Bien». Regreso a la cocina, echo un puñado de hojas de menta en el agua hirviendo, lo retiro del fuego y tapo la infusión. Vacío el

paquete de galletas saladas en un plato y preparo el café. «Bien». Luego, vierto la infusión de menta en una taza, me sirvo un café y miro el reloj: «cinco, cuatro, tres, dos, uno...», antes de que llegue a cero, escucho el taconeo apurado de Alison en la estancia. Espero diez minutos y, con la infusión en una mano, y las galletas saladas en la otra, entro en el despacho. Antes de que me dé tiempo a dejarlo todo sobre su mesa, sale del baño, pálida y ojerosa.

Nuestras miradas se encuentran.

La mía cargada de sentimiento de culpa.

La suya no sabría decir...

—¿No sabes llamar a la puerta? —exclama enfadada.

—Buenos días a ti también, dado que compartimos despacho, no creí que fuera necesario.

—Adrien tiene razón, necesitas una amonestación. Desde que estás aquí no tengo intimidad, invades mi espacio y es incómodo. Estoy harta de... ¿qué es esto? —señala su mesa.

—Infusión de menta y galletas saladas, leí que iban bien para calmar las náuseas del embarazo. La menta relaja el estómago y... —tuerce el gesto con desagrado—. Tranquila, ya me la tomo yo, no hace falta que pongas esa cara, sólo trataba de ayudarte, eso es todo. No quería hacerte sentir incómoda ni nada por el estilo. Yo...

—¡Cállate!

Asiento.

«Que te den».

Salgo del despacho dando un portazo, sin importarme que ya hayan llegado mis compañeras y me miren con recelo.

«Esto te pasa por imbécil, por preocuparte y sentirte culpable».

Exhalo con fuerza y entro en la cocina.

Tiro a la basura el tarro con las hojas de menta y las pocas galletas que quedaban en el paquete. No sé ni para qué me molesto, joder. No sé para qué entro en internet y busco información sobre las náuseas del embarazo y los remedios naturales para combatirlos. No sé para qué voy a la tienda de la esquina en mi calle y compro lo necesario para intentar hacer que se sienta mejor, si lo único que consigo con ello es que me grite y me trate como una mierda, sin valorar el puto gesto.

Inspiro y espiro para calmarme y no liarla parda, porque si me dejo llevar...

Poco después regreso al despacho y, sin dirigirle la mirada, cojo la agenda, la abro y leo:

—A las nueve tienes una reunión con Amber y Leslie.

Después del almuerzo tendrás sobre tu mesa el presupuesto de la visita personalizada a ese director de cine, me pondré con ello en cuanto salgamos de la reunión.

—Arthur...

Mantengo la vista en la agenda y sigo leyendo:

—Marion necesita repasar contigo el tema de los horarios de otoño y...

—Por favor, Arthur, escúchame...

Alzo la mirada y la clavo en sus ojos.

—¿Vas a hablarme de trabajo?

—No.

—Entonces no me interesa. Te espero en el despacho de tu hermana, recuerda que la reunión es dentro de diez minutos.

La reunión dura poco más de hora y media. Durante ésta, me limito a escuchar y tomar notas, para luego realizar el informe diario y archivarlo en su correspondiente lugar. No cruzo ni media palabra con Alison y evito a toda costa mirarla. Eso sí, doy mi opinión cuando se me pide y me involucro en el tema lo necesario. No sé si Amber se da cuenta, pero el ambiente entre nosotros es demasiado tenso y podría cortarse con un cuchillo. No me gusta trabajar en estas condiciones, pero es lo que hay. Estoy aquí porque de momento no tengo más remedio. Eso no significa que deba callarme y agachar la cabeza cuando se me trata injustamente.

No me lo merezco, joder.

Una vez en nuestro despacho compartido, ella hace amago de entablar conversación y la ignoro sin más. Transcribo lo acordado en la reunión, modifico algunos puntos específicos y archivo el informe. Cojo la carpeta del presupuesto que debo terminar y me pongo con él. Me cuesta un triunfo concentrarme en los putos números, porque siento los ojos de Alison clavados en mí. Tamborileo con el bolígrafo en el teclado del ordenador. Su escrutinio me pone nervioso y, no ceder al impulso de devolverle las miradas, lo empeora. Es lo que ella busca, que la mire y le pregunte qué quiere o qué pasa. No pienso darle el gusto.

—¿Puedes dejar de hacer eso? —refunfuña.

—¿El qué? ¿Esto? —tamborileo más fuerte.

—Sí. Ese maldito ruido está consiguiendo sacarme de quicio.

«Mira, pues igual que tus miradas a mí...»

La ignoro.

—Lo haces a propósito para molestarme, ¿verdad?

Sonrío, irónico.

—Claro mujer, no tengo nada mejor que hacer que molestarte a ti. Vivo para eso, ¿no lo sabías?

—Eres como una mosca cojonera que...

«Mira quién fue a hablar...»

—¿Sabes? —la interrumpo—. Veo tus labios moverse, pero lo único que escucho es: blablablá... Blablablá... Blablablá.

—¿Cómo te atreves a...?

—Ni te molestes, acosadora, ya te digo que no te escucho.

—¡No me llames así!

—Perdón, ¿decías algo? —llevo la mano a la oreja e inclino la cabeza en su dirección—. ¿Nada? Bien, eso me parecía.

Su respuesta es un gruñido infantil que, muy a mi pesar, me hace sonreír.

A las doce y media, tras dejar sobre su mesa el presupuesto y coger mi comida del cajón, salgo al patio y me siento en un banco a comer. Solo.

«Mejor solo que mal acompañado...»

Aprovecho para llamar a Luis y desahogarme un poco. Le hablo de la mañana de mierda que llevo. De la frustración que siento por intentar hacer las cosas bien y que sólo consiga lo contrario. De las quejas absurdas de Alison y sus cambios de humor. De las putaditas de mis queridas compañeras y de lo difícil que me está resultando hoy el día.

—No sé qué decir... —murmura aguantando la risa.

—No hace falta que digas nada, basta con que me escuches. Y puedes reírte, supongo que visto desde fuera todo parece muy gracioso.

Suelta una carcajada.

—Lo siento, pero imaginarte en esas situaciones que cuentas, lo es. Oye, este fin de semana hay reunión de BDSM, ya sabes, ¿por qué no te subes a un avión y vienes? Necesitas eliminar todo ese estrés que te genera estar ahí. Te vendrá bien.

—No puedo, Luis, y para ser sincero, tampoco me apetece gran cosa.

—Joder, pues sí que tienes que estar pasándolo mal para no disfrutar de una reunión de las tuyas.

—No tengo el cuerpo ni la mente para mucho ajetreo, ya me entiendes.

—Sí, pero podías animarte.

—No, gracias.

—¿Para la próxima?

—Tal vez. ¿Cómo van las cosas por ahí?

—Van bien. Pablo y Javier te mandan saludos. Los veo cada noche en el Libertine y te echamos de menos. También han preguntado por ti algunos de los miembros, sienten curiosidad por tu marcha. Por lo demás sin novedad.

—¿Y Mila, has sabido algo de ella? —me atrevo a preguntar.

—No, ni nos vemos, ni hablamos, es lo mejor. Sé por Theodore que sigue cabreada conmigo y, sinceramente, me la suda.

—¿Tú estás bien?

—Sí, cada día mejor.

—Me alegro por ti, amigo. Diles a los chicos que yo también os echo de menos a todos.

—¿A todos?

—Sí, a todos, yo sigo considerándolos mis amigos, Luis.

—Eres un buen tío, Preston.

—Lo intento.

—Lo eres.

Cuando me despido de él, lo hago con un nudo en la garganta.

«Joder».

Tiro a la papelera los restos de mi comida y vuelvo dentro con intención de tomarme un café antes de volver al trabajo. Saber que las brujas del lugar estarán sentadas alrededor de la mesa de la cocina, me pone el vello de punta. Aun así, me armo de valor y entro en la estancia, que se queda completamente en silencio en cuanto cruzo la puerta.

Las miro una por una.

—¿Poniéndome verde?

Dos de ellas se encogen de hombros y el resto evita el contacto visual conmigo.

«Miedo me dan...»

Abro el armario, saco una taza y vierto café en ella. Echo un par de cucharadas de azúcar y remuevo. Siento sus curiosas miradas en mi espalda y me dan escalofríos. Me doy la vuelta y me apoyo en la encimera tarareando una canción por lo bajo. No quiero que crean que me tienen acojonado. Aunque confieso que un poco sí lo estoy. Dan repelús, joder.

Compongo una gran sonrisa, sólo para molestarlas, y le doy un buen sorbo al café. Sorbo que escupo en el fregadero, para mi humillación, en cuanto noto su sabor salado en la garganta.

«Qué asco, hostia».

Las carcajadas no tardan en llegar.

—¿Te has quemado la lengua, Preston?

Las fulmino con la mirada.

—¡Me tenéis hasta los putos cojones con vuestras bromitas! —bramo muerto de rabia y vergüenza saliendo por la puerta.

—¿Qué pasa ahora? —indaga Alison saliendo de su despacho.

La fulmino a ella también.

—Cada día me levanto con la intención de no permitir que, tanto sus bromas pesadas por despecho y tus cambios de humor, me saquen de mis casillas. Juro que esa es mi intención al salir de mi casa. Pero es imposible. ¡Imposible! Sacaríais de quicio hasta a un muerto, joder.

—Arthur...

—¡Si tanto os molesta mi presencia aquí decídselo a vuestro jefe y que me eche!

—¿Adónde te crees que vas?

—A cualquier sitio donde os pueda perder de vista. ¡Me tenéis harto!
¡Harto!

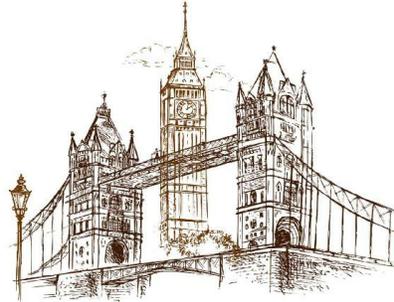
—Arthur, por favor, espera...

Mi respuesta es levantar bien alto el dedo corazón.

—Que os den, ahí tenéis otro motivo para que me despidan.

«A tomar por culo ya hombre, no las aguanto más».

CAPÍTULO 11



De camino a casa, me cago en la madre que las parió una y mil veces. Y mil más. Con razón me miraban así. Las muy arpías sólo estaban pendientes de ver cómo me bebía el café para descojonarse vivas. No sé cómo puedo ser tan estúpido, joder.

Lo de cambiar el azúcar por la sal debe de ser la primera broma que se inventó en el mundo y acabo de caer como un pardillo. En el fondo no estoy cabreado, sino herido.

Sí, herido. Yo ahí, dándomelas de pasota, tarareando una canción y sonriendo, mientras ellas esperaban el desenlace de su fechoría. Menos mal que supe disimular la arcada que me dio cuando me estaba tragando el café, de lo contrario las hubiera puesto perdidas. Aunque, ahora que lo pienso, haberlas vomitado me hubiera hecho reír a mí también, y puede que a ellas no les hiciera tanta gracia... Dios, cada vez que trago saliva noto ese asqueroso sabor en la garganta y me dan ganas de echar las tripas fuera.

«Zorras».

Sonrío para mis adentros.

«Me las van a pagar todas juntas».

A medio camino empiezo a arrepentirme de mi reacción. Pero dar la vuelta y volver con el rabo entre las piernas las haría sentirse todavía mejor y yo quedaría peor de lo que ya he quedado.

Por norma general, suelo tomarme las cosas de otra manera, soy muy positivo y trato de buscar siempre el lado bueno de cualquier circunstancia, pero hoy ha sido imposible. Digamos que la bromita de los cojones fue la gota que colmó el vaso. Un vaso que ya rebosaba gracias a Alison y su personalidad bipolar.

No hay quién la entienda, de verdad. En un momento me está defendiendo de los ataques de su hermano y, al siguiente, es ella la que me salta a la yugular. Así es imposible llevar la situación bien. Y mira que lo intento, pero joder, que me maten si no empiezo a creer que todo esto terminará volviéndome tarumba. Trabajar con ella es fácil, sí, no obstante, sus cambios de humor me desconciertan y, cuando creo que voy por buen camino y pienso que la cosa puede funcionar, todo se va a la mierda por cualquier tontería.

Suspiro.

«Tienes que empezar a buscar otra cosa...»

Para cuando enfilo la calle donde vivo con mi padre, tengo claro que este fin de semana me dedicaré a tantear algunas empresas que conozco, cuanto antes empiece a informarme, mejor. También he trazado un plan para vengarme de las brujas de Green Clover y terminar con la tontería de una maldita vez. Eso si aún tengo trabajo, claro, que igual se han tomado mis palabras al pie de la letra y a estas horas ya están hablando con Theodore para que me largue de la empresa.

«Normal, le has hecho una puñeta a la jefa... ¿Cómo diablos se te ocurre semejante cosa?»

Jamás le había faltado así el respeto a un superior. Antes de hoy, nunca se me habría pasado por la cabeza ser un grosero.

Ni siquiera en las peores discusiones que haya podido tener con Theodore, ya fueran por trabajo o no.

Y mira que hemos tenido broncas a lo largo de todos estos años. Tampoco con Adrien, y él es un experto en sacar lo peor de cualquiera.

En fin, creo que lo de hoy es señal de que todo esto me está afectando más de lo que creía... Dejo el coche en su plaza y, en lugar de ir a casa directamente, decido ir a la tienda de la esquina. He pensado que, ya que estoy en casa temprano, haré la cena y también prepararé algo que las víboras de mis compañeras no puedan olvidar. Puede que así entiendan que yo puedo jugar a hacer bromas tan bien como ellas. Y qué cojones, donde las dan las toman.

Sonrío.

«Sí, eso, donde las dan las toman».

Compro lo necesario para hacer una lasaña vegetal y unas magdalenas. Lo guardo todo en unas bolsas y, algo más tranquilo, salgo de la tienda y me dirijo a casa. Cocinar siempre me ha relajado. No es algo que suelo hacer muy

a menudo, los últimos años he tenido la gran suerte de que prácticamente me lo dieran todo hecho y no ha sido necesario.

Es hora de retomar algunas viejas costumbres que siempre me han gustado y de las que he disfrutado en su momento.

Una vez en casa, lo primero que hago es cambiarme de ropa y ponerme algo más cómodo. Después, pongo música y entro en la cocina dispuesto a dejar salir mi vena culinaria, empezando por dejar todos los ingredientes al alcance de la mano. En agua templada, dejo las láminas de pasta para la lasaña, para que ablanden. Lavo y corto las verduras: pimientos, cebollas, champiñones, un par de ajos, espinacas, puerro y calabacín. Saco una sartén del armario, vierto un poco de aceite de oliva, y al fuego. En cuanto tengo lista la lasaña, la meto en el horno y empiezo con la mezcla para las magdalenas. Bato huevos, los mezclo con la leche y la levadura; una pizca de sal, azúcar y a remover con brío. Las rellenaré con algo especial, que prefiero guardarme para mí, y luego les daré un baño de almíbar de frutos rojos. Sólo por ver las caras que se les van a quedar, ya pienso que el día de mañana será grandioso.

—Si no lo veo no lo creo...

Pego un brinco al escuchar la voz de mi padre tras de mí.

—Sorprendido, ¿eh?

Me río y me acerco a darle un beso.

—¿Cómo es que ya estás en casa y con este despliegue en la cocina?

—He tenido un pequeño percance en el trabajo y he salido primero.

—¿Quieres hablarme de ello?

—No es nada importante, papá.

—¿Y esas magdalenas?

—Están esperando su turno, ya casi está lista la lasaña para la cena. ¿tienes hambre?

—Ahora sí.

—¿Por qué no vas a ponerte cómodo?

Mientras mi padre se da una ducha y demás, aprovecho para guardar los ingredientes que he usado para el relleno de las magdalenas, no vaya a ser que me gane una reprimenda si él llega a verlas. Si supiera lo que he preparado en realidad, no dudo de que me caería una buena bronca.

Después, saco un par de refrescos de la nevera y preparo la mesa del salón para cenar.

—Huele que alimenta, hijo—dice mi padre entrando en el salón.

—¿Verdad que sí?

Asiente.

—Siempre se te ha dado bien eso de la cocina, debes de haberlo heredado de tu...

—Ni la nombres, papá—lo interrumpo.

—Es tu madre, Arthur.

Aprieto los dientes y mascullo:

—No, es la mujer que me trajo al mundo, pero no es mi madre.

El corazón se me encoge al terminar de pronunciar esas palabras.

«Eso mismo podría decirlo de ti, el día de mañana, el bebé que va a tener Alison...»

¡Mierda!

—¿Qué ocurre? Te has puesto pálido de repente.

—Nada, ¿no huele un poco a quemado?

—Yo no noto nada.

—Ahora vuelvo.

No, no huele a quemado, pero necesitaba una excusa, una que fuera un poco creíble para que mi padre deje de hacer preguntas que no estoy preparado para responder, y también para calmar esta sensación tan rara que acabo de sentir en el pecho. ¿Culpabilidad tal vez? Lo cierto es que no lo sé, pero se aproxima bastante. Las manos me tiemblan al sacar del horno la lasaña e introducir las magdalenas.

«Joder, necesito una copa...»

A falta de alcohol porque, evidentemente, en esta casa no hay de eso, inspiro profundamente varias veces y bebo un vaso de agua hasta atrás. Poco a poco, el corazón vuelve a latir de forma regular y el temblor de las manos desaparece.

«No pienses en ello, Arthur. No pienses en ello...»

—Tenías razón, papá, no olía a quemado, sólo eran imaginaciones mías—digo volviendo al salón con la lasaña en las manos.

Asiente.

—Ambos sabemos que no ha sido eso lo que ha hecho que te pusieras pálido. Supongo que no estás preparado para contarme lo que sea que te pasa, pero confío en que tarde o temprano lo harás.

Suspiro.

—Es complicado, papá.

—Cuando estés preparado para hablar de ello, aquí estaré.

—Lo sé, gracias por no presionarme.

Me siento frente a él y sirvo sendas porciones de lasaña en nuestros platos. Levanto las copas con los refrescos y lo miro proponiendo un brindis.

—Por ti, papá, y por tu lucha constante.

Sonríe.

—Y por ti, hijo, y tu perseverancia para salvarme. Te quiero.

—Y yo a ti, papá. Y yo a ti.

Ambos ahogamos la emoción en nuestras voces con un trago de refresco. Somos hombres y los hombres no lloran. Mentira cochina, los dos hemos llorado infinidad de veces por lo que nos ha tocado pasar y no me avergüenza reconocerlo. Llorar significa que hay sentimiento.

Y mientras haya sentimiento, también hay vida.

—¿Y bien? ¿Cómo va la preparación de ese discurso? ¿Necesitas que te eche una mano con él?

—Va bien, Amanda me está ayudando a realizarlo.

—Amanda, ¿eh? —sonríe—. Parece que pasas mucho tiempo con esa mujer, ¿hay algo que quieras contarme sobre ella?

Mi padre se ruboriza y yo ahogo una carcajada.

—Es una amiga.

—¿Te gusta? Ya sabes, como mujer...

—¿Eso supondría un problema para ti?

—Pero ¿cómo va a suponer eso un problema para mí? Papá, si hay alguien en el mundo que merezca ser feliz, eres tú. Y si Amanda es la persona que has elegido, adelante, ve a por ella.

—Ya lo he hecho—murmura tímido.

Río.

—Granuja...

Me cuenta que, de momento, su relación con ella no es nada serio, pero que va camino de serlo. Que empezaron compartiendo lectura y que, más tarde, se animó y la invitó al cine.

Es viuda desde hace muchos años y no tiene hijos. Colabora en la clínica porque su hermano era adicto a la heroína y que, aunque hicieron todo lo que pudieron por ayudarlo a salir de su adicción, no lo lograron.

Por desgracia, murió de una sobredosis. Después de la muerte de su hermano, siguió colaborando en la clínica porque le gusta ayudar a los demás. Papá dice que es una gran mujer y que tiene un corazón que no le cabe en el pecho. Con saber eso me basta y me sobra y, sin siquiera conocerla, ya siento un absoluto respeto hacia ella. Primero, por salir indemne de lo que sin duda

fue una vida complicada. Y segundo, por hacer que a mi padre le brillen los ojos y sonría como lo hace cuando habla de ella.

«Gracias, Amanda».

Algún día, espero que no muy lejano, se las daré en persona.

Más tarde, después de que mi padre ya se ha acostado, dejo preparadas las magdalenas en una bandeja de cartón, dentro de la despensa, escondidas detrás de una caja de leche. No vaya a ser que mi padre se levante por la noche y le dé por comerse una, si las viera en la encimera de la cocina. Más vale prevenir que lamentar... Capaz sería de darme de collejas y dejarme tonto, que nos conocemos. Luego, animado por lo que sé que va a ocurrir mañana a la hora del descanso, en la oficina, me acuesto con la intención de ver una película de acción en el ordenador.

No lo hago. Sin saber cómo ni por qué, me quedo en la inopia rememorando el rock and roll con Alison. Nuestros cuerpos desnudos y acompasados. El roce de nuestras caderas y el calor que desprendían. El vaivén de nuestras lenguas, buscándose con desenfreno... Llegando a notar la misma excitación que aquel día. El mismo deseo de hundirme en ella.

Y las mismas ganas de saborear cada centímetro de su piel.

Gimo, frustrado.

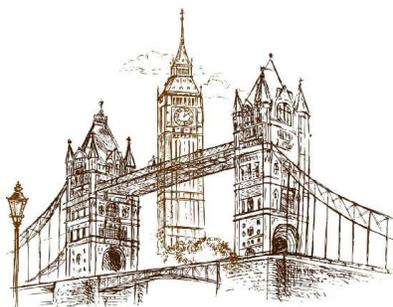
«Arthur Preston, necesitas un polvo con urgencia...»

Es cierto, lo necesito. De lo contrario no estaría pensando en algo que realmente quiero olvidar.

«¿Estás seguro de eso, amigo?».

A estas alturas no estoy seguro de nada, joder.

CAPÍTULO 12



Creo que hoy es el primer día, desde que estoy aquí en Londres, que me levanto con ganas de llegar al trabajo. Que siento ansias de recorrer la distancia hasta Canterbury e incluso de ver a mis compañeras. «Lo que les

espera...», sonrío para mis adentros al coger dentro de la despensa la bandeja con las magdalenas. Mentiría si dijera que no me siento un pelín avergonzado por mi salida de tono de ayer, pero bueno, a todos nos ha ocurrido alguna vez, ¿no? Que nos saquen de quicio y todas esas cosas... Al no recibir ningún mensaje de Theodore, al respecto, imagino que sigo siendo el secretario de la pequeña de los James, de lo contrario, ya se hubiera puesto en contacto conmigo para informarme de mi despido.

«No te alegres tanto, aún estás a tiempo de llevarte una sorpresa...»

Esta vez, el trayecto hasta Green Clover se me hace corto, no como las veces anteriores; aunque he tardado el mismo tiempo en recorrerlo, la hora y diez minutos que dura pasa volando. Al menos esa es mi percepción. Como siempre, dejo el coche en el aparcamiento, cerca de un gran roble. Saco la bandeja del maletero, lo cierro y enfilo el sendero que me lleva a las oficinas, tarareando una canción.

«Pues sí que estás contento...»

Supongo que se deba a que casi saboreo el dulce sabor de la venganza.

Paso la tarjeta de identificación por el lector y me quedo en la puerta observando con atención. «Alguien debió dejarse las luces encendidas de la cocina ayer...». Eso, o una de mis compañeras ha decidido llegar antes. Espero que no sea Marion, esa mujer me mira como si quisiera devorarme y no me gusta la idea de estar a solas con ella más de lo necesario, por lo que pueda pasar. Toso con fuerza, para hacer notar mi presencia, y me dirijo a la cocina. Todos los despachos están cerrados a cal y canto. No parece que haya nadie más, aparte de mí.

Respiro aliviado.

El olor a café recién hecho inunda mis fosas nasales al cruzar la puerta de la cocina. «Esto es muy raro...» Dejo la bandeja de magdalenas sobre la mesa, mi almuerzo en el refrigerador y miro a mi alrededor. «Sí, muy, muy raro...» Abro el armario y, voy a coger una taza, cuando me percató de que el tarro de hojas de menta está en el estante de arriba, junto al café, el azúcar y demás. «Hostias, juraría haberlo tirado ayer a la basura...» Algo se remueve en mi interior.

Algo que no sabría explicar y que me hace sonreír. Dejo la taza en su sitio y miro por encima del hombro al despacho que comparto con Alison, el único en el que no me había fijado, hasta ahora. La puerta está entreabierta. Con cautela camino hacia ella. ¿Debería de llamar antes de entrar? «Se supone que este también es tu despacho, ¿no?» Se supone...

Aun así, golpeo con suavidad la madera, no vaya a ser que me gane una nueva bronca por invadir su intimidad.

No obtengo respuesta.

Contengo la respiración.

«¿Por qué estás tan nervioso?»

Ni puta idea.

Abro la puerta poco a poco y asomo la cabeza. Ni rastro de Alison en su zona. En la mía, una taza humeante de café, recién hecho, y un plato pequeño con lo que parece un bollo de canela, sobre la mesa.

Ese algo que sentí antes, se repite. Al igual que la sonrisa. Sonrisa que se acentúa al acercarme a la mesa y leer el pósito rosa que está pegado a la taza: «lo siento». Dos palabras escritas con una caligrafía redondeada y perfecta. Dos palabras que no esperaba y que me emocionan.

«Joder tío, eres un blando».

Alzo la mirada y la encuentro mirándome, con una medio sonrisa dibujada en su cara.

Carraspeo para aclararme la voz.

—Me has traído un bollo de canela...

—Sé que te gustan, los desayunas siempre que estás en Clover House. Es mi ofrenda de paz. Siento mucho lo que pasó ayer. Mi comportamiento y el de las chicas dejó mucho que desear.

—Gracias, disculpas aceptadas. Yo también lo siento, lo de la puñeta estuvo fuera de lugar, no debí hacerla.

Asiente.

—Tenías razón, las galletas saladas y la infusión de menta mitigaron las náuseas.

—Me alegro.

—Y no es cierto que Adrien tenga razón. No siento que invadas mi espacio y mi intimidad. Ayer fue un mal día, no había dormido nada la noche anterior, estaba cabreada y lo pagué contigo. Lo siento, me cuesta aceptar tantos cambios.

—Créeme, sé de qué hablas.

—No eres tú el que está embarazado.

—No, no lo soy, pero mi vida también ha dado un giro de ciento ochenta grados, Alison. He perdido mi puesto en la empresa y a mis amigos. Tengo treinta y cinco años y vivo con mi padre en una ciudad que lo único que me trae son malos recuerdos. Tu hermano dijo que este era mi castigo y trato

de aceptarlo, asumirlo y hacerlo lo mejor que sé. Lo intento cada día al levantarme, de verdad que sí, pero ni tú ni las chicas me lo ponéis fácil.

—Tienes razón, debí ponerme en tu lugar cuando a Theodore se le ocurrió esta locura y disuadirlo.

—No hubiera servido de nada.

—Claro que sí, puedo ser muy persistente si me lo propongo.

—No me digas, ¿en serio? —exclamo con recochineo.

Ríe.

—Qué te voy a decir que no sepas... —se acerca a mí y, no sé por qué, contengo la respiración—. ¿Estamos bien? —indaga rozándome con su aliento.

La miro a los ojos y, antes de que estos se desvíen a su boca, asiento.

—Estamos bien.

—Hablaré con las chicas para que dejen de molestarte.

Sonrío.

—No, no lo harás, de eso me encargo yo.

—¿Qué vas a hacer?

—Ya lo verás, por lo pronto ni se te ocurra coger una de las magdalenas que hay sobre la mesa de la cocina.

—¿Debo preocuparme?

—No.

—Vale.

«¿Por qué demonios estamos tan juntos, susurrando? ¿Y por qué narices siento latir el corazón en la garganta?»

—Arthur...

—Dime.

—No me odies.

—No lo hago.

Esta vez no puedo evitar mirar sus labios, que se acercan peligrosamente. Cuando están a punto de rozar los míos, escuchamos las voces de las chicas entrando en la oficina y ambos damos un paso atrás. Mientras ella, azorada, sale a saludar, yo me doy un puñetazo mental.

«¿Qué cojones ha sido eso?»

Sacudo la cabeza, tratando de espantar lo que sea que me presiona el cerebro y me siento tras mi mesa. Dios, hemos estado a punto de... No quiero ni pensarlo, joder. «Claro que quieres». Por supuesto que no, sería una puta locura. «¿Entonces por qué estás tan molesto?» No lo sé. «Sí lo sabes». Cierra el pico, hostia. «Querías que te besara, se te ha puesto dura sólo con su roce».

Que te den...

Enciendo el ordenador y, mientras recobra vida, sonrío contemplando el café y el bollo de canela. Ha sido todo un detalle por su parte, la verdad; sobre todo acordarse de que mi desayuno favorito cuando estoy en la mansión de los James, son los bollos de canela que hace la cocinera. Cojo el bollo, le doy un mordisco, y un jadeo de placer escapa de mi boca. Está esponjoso, dulce y delicioso. «Qué bueno, joder». Podría acostumbrarme a esto, sin ningún problema, todas las mañanas. Le doy un sorbo al café, y otro más...

«Por supuesto que podría acostumbrarme».

Con el estómago lleno, abro la página de la empresa y selecciono los correos electrónicos de mayor a menor urgencia para que Alison les eche un vistazo. Cuando ésta regresa al despacho, pasa por delante de mi mesa como si nada. Como si hace diez minutos no hubiéramos estado a punto de compartir algo más que palabras y susurros. Si para ella no tiene importancia, tampoco debería de tenerla para mí. Pero muy a mi pesar la tiene. La miro con disimulo. Lleva una falda, recta y gris, que le llega por encima de las rodillas. Una blusa, de color magenta y raso, sometida por la cinturilla de la falda. Zapatos de tacón... El conjunto realza sus curvas. Mis ojos se clavan en su incipiente barriguita. Apenas se le nota nada. No sé muy bien cómo van estas cosas, pero calculo que debe de estar cerca de las doce semanas de gestación. Me pregunto qué sentirá ella cuando piensa en los cambios que traerá ese bebé. Si se siente preparada para afrontar la maternidad en solitario. Si tiene miedo...

«¡Para!»

Parpadeo y aparto la mirada.

«¿Qué diablos te pasa, tío? Nada de mirarla y hacerse preguntas, joder».

—Arthur, ¿puedes venir un momento, por favor?

Pego un brinco en la silla.

—¿Qué?

—Que, si te puedes acercar, necesito que me aclares una duda que tengo con el presupuesto que dejaste sobre mi mesa ayer.

—Sí, sí, claro—me pongo en pie y voy a su mesa—. Dime.

—Es sobre esta cantidad de aquí, no me cuadra.

Al inclinarme para ver la cantidad que me señala, me fijo en el par de botones de la blusa que lleva desabrochados, en el encaje rosa del sujetador, que asoma por allí, y en los pezones que se perciben a través de las telas.

Trago saliva.

—¿Arthur?

—¿Sí? —exclamo con los ojos fijos en su escote.

Ríe.

—Ahí no encontrarás la cantidad que te digo, prueba un poco más abajo.

—¿Más abajo?

—Sí, justo aquí, en el papel, no en mis tetas.

Automáticamente me pongo del color de la grana.

«¡Mierda!»

—Lo... lo siento—balbuceo—, no era mi intención, ya sabes, mirarte ahí.

Asiente.

—Entonces deja de mirar.

—¿Qué? Ah, sí, sí, perdón.

«Joder».

No sé cómo lo hago, pero consigo centrarme en lo que me está diciendo y salir del bache sin volver a dirigir la mirada a ninguna parte de su cuerpo.

Una vez aclarada la duda, vuelvo a mi mesa y, esta vez, me doy dos puñetazos mentales. Sí, dos. Como siga así, acabaré dándome una paliza antes de que acabe el día.

A la hora del descanso, hago todo lo posible por ser el último en entrar en la cocina. Cuando lo hago, las brujas de Green Clover, y Alison, están sentadas a la mesa mirando con recelo la bandeja de magdalenas y murmurando entre ellas. Aguanto la risa que me provoca verlas así y me preparo un café, cerciorándome que el azúcar es azúcar y no cualquier otra cosa. Me apoyo en la encimera y las observo. Las magdalenas tienen una pinta estupenda y no se atreven a coger una. Hacen bien, yo tampoco lo haría, pero si quiero que piquen, tendré que darles un empujoncito.

—¿Qué pasa, le tenéis miedo a las magdalenas o qué? —pregunto cogiendo una.

—¿Las has traído tú? —Marion me mira suspicaz.

—Sí señorita, las hice porque me sentía fatal por la forma en que me marché ayer y por lo que os dije. Se me fue un poco la pinza y lo siento.

—Si las has hecho tú, entonces yo paso, no me fío—Cinthia tuerce el gesto.

—¿Cree el ladrón que todos son de su condición? —inquiero.

—No vamos a picar, Preston, a saber qué llevan esas magdalenas, seguro que algún tipo de laxante.

—Vamos chicas, Arthur se ha tomado la molestia de hacernos unas magdalenas para el desayuno. ¿No os parece que es un detalle muy bonito? — Alison me guiña un ojo—. Pues yo pienso comerme una, o dos, porque tienen una pinta... —coge una y la lleva a su nariz—. Dios, huelen deliciosas...

Me tenso al ver cómo se la lleva a la boca.

«Ni se te ocurra», le digo con la mirada.

Sonríe.

—Bueno, está visto que sólo tú y yo probaremos este manjar, Arthur.

Me encojo de hombros.

—Ellas se lo pierden, disfrutémoslas nosotros entonces.

—Venga va, yo también cogeré una—dice Kimberly—, soy demasiado golosa para resistirme. ¿Chicas? —hace un gesto hacia la bandeja.

Poco a poco, todas van cediendo y cogen una magdalena.

—¿Seguro que no nos pasará nada? —Leslie me mira fijamente.

—Mujeres de poca fe... —le pego un mordisco a mi magdalena.

«Su puta madre, qué asco».

Me relamo.

—Mmmm, están cojonudas, qué buen cocinero soy, hostia.

Una a una, abren la boca, muerden y mastican con ganas.

«Tres, dos, uno...»

Arcadas, lágrimas y sudores surcan sus caras y yo río. Río como hacía tiempo que no reía al verlas escupir en sitios diferentes: el fregadero, servilletas, el cubo de la basura... Se abanicen la boca y se lanzan a beber agua como poseídas por el demonio. Alison llora de risa al ver el caos formado en la cocina. Me doblo sobre mí mismo, sujetándome la barriga.

—Eres un hijo de puta, Preston, ¿qué mierda les has echado? —Brooke me fulmina con la mirada.

Me limpio las lágrimas.

—Harina, huevos, levadura, aroma de vainilla y relleno de tres clases distintas de chile fresco, aderezado con unas cuantas cucharadas de pimienta cayena. Por último, les di un baño de almíbar de frutos rojos para disimular el olor del chile. ¿Te quema la lengua, guapa?

—¡Cabrón!

—Zorro de mierda.

—Juro que nos las vas a pagar.

Las miro una por una.

—Bien, ahora que tengo toda vuestra atención, quiero deciros algo. Siento mucho lo que haya podido hacer os en el pasado, en ningún momento fue mi intención hacer os daño.

Lo juro. Ahora somos compañeros de trabajo, podemos dar por zanjado el asunto aquí y ahora, y llevarnos bien, o seguir con esta absurda guerra. Como habréis comprobado, soy un buen contrincante y no dudaré a la hora de devolver cada golpe. Vosotras decidís.

—Creo que ya es hora de enterrar el hacha de guerra, chicas, ¿no os parece?

—No has traicionado, Alison, estabas compinchada con él...—sisea Leslie.

—Después de cómo lo habéis tratado, era lo justo.

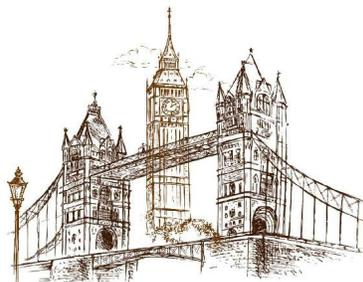
—¿Qué decís, empezamos de cero o me vais a obligar a pensar en la siguiente?

A las diez en punto, y para mi alivio, queda oficialmente enterrada el hacha de guerra entre las brujas de Green Clover y un servidor.

Cuando horas más tarde salgo del trabajo, lo hago sintiéndome vencedor.

Y los vencedores siempre celebran sus victorias.

CAPÍTULO 13



Lo que en un principio iba a ser un fin de semana loco, de caza, para celebrar mi victoria y porque lo necesitaba con urgencia, se convirtió en un calvario y todas mis expectativas se fueron al traste. Aun así, confieso que me divertí como nunca.

Mi plan era quedarme en casa el viernes por la noche, cenar con mi padre, ver algo en la televisión con él y dormir como un tronco hasta bien entrada la mañana del sábado, para estar descansado, y, al oscurecer, salir a quemar la noche. Solo.

¿Con quién iba a salir si aquí no tengo amigos? Al llegar a casa comenzó a torcerse mi plan, pero claro, yo aún no lo sabía. Mi padre me había dejado una nota pegada al frigorífico con un imán. En ella decía que había salido con Amanda y que no lo esperara para cenar. Me encogí de hombros y me alegré por él. Me di una ducha y me puse cómodo. Como estaba solo, me hice un bocadillo para cenar y abrí una cerveza sin alcohol. Me tumbé en el sofá y vi un documental de la India en la televisión. A eso de las once, me metí en la cama y me dormí al instante. Me desperté sobresaltado poco después, al escuchar un quejido en el pasillo. Me incorporé y busqué el teléfono para ver la hora: la una de la madrugada. Me disponía a levantarme, creyendo que a mi padre le pasaba algo, cuando escuché una voz de mujer que decía:

—Finn, ¿estás seguro de que tu hijo no está en casa?

—Es viernes, Amanda, seguro que se ha ido de fiesta con sus nuevos compañeros de trabajo.

—Eso espero, porque me moriría de vergüenza si me encontrara aquí.

—Tranquila, no se enterará. Madrugaremos y saldremos a desayunar fuera.

Meneé la cabeza y sonreí.

«Qué granuja...».

Cerré los ojos, con intención de volver a dormirme, pero fue imposible. En cuanto la puerta del dormitorio de mi padre se cerró, para mi desgracia, escuché lo que nunca un hijo debe escuchar: jadeos y palabras subidas de tono; más jadeos, risas y grititos de placer que, joder, me sacaron todos los colores del arcoíris. Así durante horas interminables. Una y otra vez. De nada sirvió envolver la cabeza con la almohada. Y juro que eché de menos tener unos auriculares a mano, o unos tapones, cualquier cosa con tal de no seguir oyéndolos.

No es por nada, pero descubrir que tu padre tiene más vida sexual que tú, es frustrante y envidiable.

«Ahora ya sé de quién heredé el buen movimiento de caderas...»

Eran pasadas las cinco de la madrugada cuando el ruido cesó y pude volver a dormirme; sólo para despertarme tres horas más tarde con un dolor de cabeza espantoso. Cabreado y más cansado que nunca, me levanté. Antes de salir de mi habitación, presté atención a los sonidos de la casa.

Nada, todo en silencio. Una de dos, o los tortolitos seguían durmiendo, o ya se habían ido a desayunar para que yo no me enterara de nada. Como no estaba seguro, abrí la puerta, eché una ojeada al pequeño pasillo y, al cerciorarme de que parecía estar solo, salí bostezando, arrastrando los pies y rascándome el pecho. Al entrar en el baño, a buscar un ibuprofeno, el grito de una mujer, acicalándose frente al espejo, casi me deja sordo.

—Joder, lo siento—balbuceé, azorado—. No quería... Yo no...

Los ojos de la mujer, abiertos como platos, me recorrieron de pies a cabeza.

—Madre del amor hermoso...

—Amanda, ¿qué pasa, estás bien?

Mi padre salió, apresurado y a medio vestir, de la habitación.

—Finn, no me habías dicho que tu hijo era tan apuesto—dijo

«Esto es surrealista...»

—Por el amor de Dios, hijo, ve a ponerte algo de ropa.

Parecía avergonzado, no sé si porque yo iba sólo con un bóxer negro, o porque había pillado a su novia en el baño.

«Lo dicho, surrealista total...»

—Qué bochorno... —murmuró ella en cuanto entré de nuevo en mi habitación—. Se parece a ti.

«La madre que me parió...»

Cerré la puerta, me tapé la cara con la almohada y me reí. Me reí a

carcajadas hasta que se me saltaron las lágrimas y me dolió la barriga.

La presentación oficial fue poco después, cuando ya vestido y aseado, entré en la cocina.

—Buenos días, tortolitos—dije para quitar hierro al asunto—. Siento lo de antes.

—Amanda, este es mi hijo Arthur. Arthur, ella es Amanda.

—Tu novia.

—Sí.

Sonreí y extendí la mano hacia ella.

—Encantado de conocerte, Amanda.

—Lo mismo digo.

—Bueno, ya no es necesario que salgáis a desayunar para que yo no me entere, ¿eh?

Ella se ruborizó y mi padre me miró suspicaz.

—Estabas en casa cuando...

—Sí. Todo el tiempo. Estás hecho un toro, papá—dije con guasa, palmeando su espalda.

A ambos se les escapó la risa.

—Pensábamos que no estabas.

—Ya me di cuenta, ya. Voy a salir a comprar algo para el desayuno, id preparando café.

Amanda resultó ser como me imaginaba. Una mujer sencilla, de voz dulce, amable y cariñosa. Y lo más importante, parecía estar muy enamorada de mi padre. Me lo dijeron sus gestos, sus ojos y su sonrisa constante cuando se dirigía a él. Si ya me gustaba antes de conocerla, después, a pesar de nuestro encuentro matutino en el baño, me cautivó. Era tan agradable..., tan atenta... No me extrañaba nada que mi padre hubiera caído rendido a sus pies. Hacían muy buena pareja.

El sonido del portero automático interrumpió la conversación y mi padre y yo nos miramos.

—¿Esperas a alguien? —me preguntó levantándose a ver quién era.

—No, a nadie.

—Pues parece que sí es para ti.

—¿Qué dices? ¿Para mí? —exclamé extrañado.

—Ve a abrir la puerta, anda.

Hice lo que me mandó y me quedé esperando, apoyado en el quicio de ésta. Me enderecé en cuanto vi quién subía el último tramo de escaleras.

—Hostias, ¿qué haces aquí?

—He venido a pasar el fin de semana con mi amigo, ¿no te alegras de verme?

Sonreí con ganas.

—Joder, claro que sí, Luis, ¿cómo no voy a alegrarme?

Le di un abrazo, cogí la bolsa de viaje que traía en la mano y lo hice pasar.

—Te he sorprendido, ¿eh?

—Ya lo creo, no me lo esperaba para nada.

—Ya sabes, si Mahoma no va a la montaña... Tío, tienes un aspecto horrible.

Puse los ojos en blanco.

—Ya te contaré...

Le presenté a mi padre y a Amanda y se sentó a la mesa a desayunar con nosotros.

Joder, no me lo podía creer... Luis estaba aquí para pasar el fin de semana conmigo y eso era un gran detalle por su parte, la verdad. Ese gesto me emocionó y me sentí afortunado por contar con él.

—Si no te importa dormir en el sofá, puedes quedarte aquí—le dijo mi padre.

—Oh, no se preocupe, señor Preston, alquilé una habitación en un pequeño hotel que hay tres calles más arriba. De hecho, debería de ir a confirmar el registro y dejar la bolsa de viaje.

—Llámame Finn, muchacho.

—A no ser que quieras descansar, te acompañaré.

El hotel, bueno, mejor dicho, la posada, quedaba relativamente cerca de mi casa y fuimos dando un paseo.

Después de preguntar por las personas que me importaban y había dejado en Ibiza, y ponerme al día sobre el club y la reunión de BDSM, de este fin de semana, acordamos no volver a hablar de ellos y tampoco de Mila y Alison. Este era nuestro fin de semana de desconexión, así que estuvimos de acuerdo en no hablar de los problemas.

—¿Dices que hoy es el debut de Adrien en la reunión?

Me constaba que ese mamón se había estado preparando para ello.

—Sí, Theodore estaba nervioso. Dijo que le resultaba violento ver a su hermano en plan sumiso con Caitlin.

—Con razón estos días no ha pasado por la oficina a tocarme los cojones. Alguien se estaba encargando de tocar los suyos...

Luis soltó una carcajada y yo también.

Lo acompañé mientras se registraba y luego quedé en pasar a buscarlo en un par de horas.

De camino a casa, fue cuando me di cuenta de que el fin de semana que había planeado, no estaba resultando para nada como esperaba.

No había cenado con mi padre la noche anterior, ni visto la televisión con él. Tampoco dormí como un tronco, ni desperté tarde. Y con Luis aquí, estaba claro que no iría de caza solo. Esto último me hizo ilusión. Era la primera vez que saldríamos juntos a quemar Londres.

Sonreí animado, la cosa pintaba muy bien.

Pasamos el día en la capital. Comimos en un pub irlandés y luego paseamos por Hyde Park; nos hicimos unas fotos en la entrada del palacio de Kensington y nos cachondeamos, como adolescentes, del cambio de la guardia real. Degustamos unas Guinness y jugamos unas partidas de billar en otro pub, donde terminamos cenando también.

—¿Vas a llevarme al club de los James? Recuerdo que me gustó cuando Rebeca y yo vinimos a la convención sexual que preside Lord James.

—Está un poco lejos, pero si quieres ir...

—No parece que te entusiasme mucho la idea.

—Lo que no me entusiasma es encontrarme con Alison.

—¿Crees que estará allí?

—Probablemente.

—Pues entonces nada de ir al Libertine Green Clover.

Terminamos en el Soho, concretamente en el Club 49, un pub nocturno que unas amables personas nos recomendaron. Es lo que tiene no estar acostumbrado a salir de fiesta por Londres, que uno no tiene ni idea por dónde moverse.

El club estaba bien, tenía muy buen ambiente y la música no era estridente. Pedimos unas copas en la barra, la mía ya sin alcohol, y nos mezclamos con la gente hasta dar con un rincón que nos gustó. Pared tapizada de piel, sillones haciendo juego, y mesas bajas rodeadas de pequeños taburetes. Era un milagro que el rincón estuviera vacío y ocupamos una de las mesas sin dudarlo.

No llevábamos ni diez minutos allí sentados, cuando vinieron a echarnos.

—Lo siento, chicos—dijo un tío fornido y guaperas—, pero no podéis estar aquí, esta zona está reservada y...

—No me lo puedo creer—exclamó una voz que conocí al instante.

Miré por encima del hombro del tío y se me secó la boca, la garganta y creo que, hasta el esternón, si eso es posible.

Justo ahí empezó mi calvario.

—¿Esa no es...? —me susurró Luis al oído.

Asentí.

—Lo es. Y viene acompañada del aquelarre al completo.

—Deberíamos haber ido al club de los James.

—Eso parece.

El guaperas se giró y la miró durante demasiado tiempo.

—Señorita James, les estaba diciendo que esta zona está reservada.

Ella sonrió y algo se me removió en el estómago.

—No te preocupes, Tony, nos conocemos.

«Tony, menuda mierda de nombre...»

—Eso es Tony—dije mirando a mi acosadora—, nos conocemos, pero nos iremos de todas formas.

—No es necesario, ¿verdad, chicas? —todas asintieron con los ojos clavados en Luis—. Podéis quedaros y tomar una copa con nosotras.

—A mí no me importa.

Miré a mi amigo, molesto, y luego me acerqué a Alison.

—Ambos sabemos que no podemos estar juntos fuera del horario laboral—murmuré de forma que sólo ella me oyera.

Puso los ojos en blanco.

—¿Y quién va a decírselo a mis hermanos, tú?

—No.

—¿Entonces?

—Alison...

—Vamos, hombre, sólo será una copa.

No lo fue.

Y yo debí marcharme en aquel momento, pero no lo hice.

«Idiota».

Al principio me sentí extraño entre ellas, tenso y algo incómodo. Luis rápido estuvo en su salsa rodeado de tanta fémica. Lástima que todas fueran unas brujas. Dana era la que más parecía gustarle, estaba pegado a ella como una lapa y la miraba todo el tiempo. Igual que ella a él. No me extrañó, mi amigo es guapo y ella un bombón.

Le di un sorbo a mi copa y suspiré resignado.

Enseguida se nos unió más gente, sobre todo tíos. Tíos que las invitaban a más copas y las sacaban a bailar. Uno de ellos parecía especialmente interesado en Alison. Le susurraba al oído, la hacía reír y, de vez en cuando, le acariciaba la espalda o el brazo. Demasiada confianza para ser un simple amigo...

Mis ojos se clavaron en ella y la observé con detenimiento.

Estaba guapa con el pelo trenzado y apenas maquillaje.

Tragué saliva al recorrer su cuerpo enfundado en unos pantalones ajustados y un top drapeado en dorado. Los botines de finísimo tacón hacían que sus piernas parecieran kilométricas. Al instante las imaginé rodeando mi cintura y se me aceleró la respiración. Joder, se me puso dura en un santiamén. Sentí un escalofrío cuando nuestras miradas se encontraron y ella sonrió, como si supiera en lo que estaba pensando, como si pudiera leerme la mente. Me puse nervioso cuando se despidió del tío ese y caminó hacia mí.

Me acojoné, la verdad.

—Dios, estos botines me están destrozando los pies—dijo sentándose a mi lado.

Todos los músculos de mi cuerpo se tensaron.

—Salir de fiesta y no poder beber alcohol es una mierda, ¿qué bebes tú?

—Alcohol no—respondí sin mirarla.

—Vamos, Arthur, relájate.

—Como si eso fuera posible—respondí.

—Te propongo un juego.

Me encogí de hombros.

—Mientras no me propongas un baile...

Río con ganas.

—Veo, veo...

—¿En serio?

—Veo, veo—repitió.

Suspiré y la miré.

—¿Qué ves?

—Un tanga de leopardo.

—¡Venga ya!

—Lo juro.

Paseé la mirada por el concurrido bar fijándome en las mujeres, a ver a cuál de ellas se le veía el tanga.

—Dame una pista.

—No es una mujer.

—No jodas.

Asintió y solté una carcajada siguiendo la dirección de su mirada. Había un tipo en la barra, sentado en un taburete, que enseñaba su preciosa ropa interior.

—¡Dios! —exclamé alucinado.

Ambos nos reímos.

—Veo, veo.

—¿Qué ves? —preguntó.

—Una mano dentro de un sujetador.

—La pareja de la esquina.

—Eres buena...

Jugamos durante un rato largo, riéndonos de cosas de las que nadie más parecía percatarse.

—¿Mejor? —indagó con sus pupilas clavadas en mí.

—Mucho mejor.

—Bien.

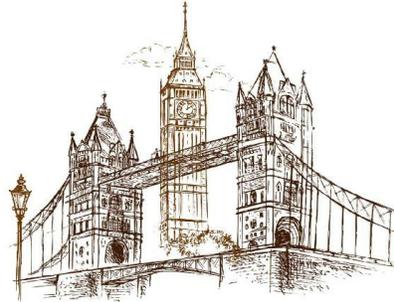
Se quedó a mi lado todo el tiempo. Rozándome cada vez que se movía. Acariciándome con su aliento cuando se acercaba a decirme algo al oído. Dejándome notar el calor que desprendía su cuerpo. Torturándome con el olor de su piel.

No sé si lo hizo a propósito, pero consiguió ponerme cardíaco y muy cachondo.

Más tarde, al llegar a casa y acostarme, me di cuenta de que era la primera vez que disfrutaba de la compañía de una mujer sin tener sexo con ella.

Y que fuera precisamente Alison James, me paralizó.

CAPITULO 14



Hoy es un día importante para mi padre. También para mí, pero, sobre todo, lo es para él. Hoy es el día exacto en que se cumplen dos años de su tratamiento y sobriedad. Hoy hace dos años y tres días que estuve a punto de perderlo para siempre y, ver todo lo que ha conseguido en este tiempo, hace que me sienta orgulloso de él. Lleva toda la semana nervioso, porque tendrá que hablar en público y será el centro de atención, pero lo hará genial; y lo más importante, la gente que está empezando a rehabilitarse, verá en él un claro ejemplo de que sí se puede salir del agujero del alcoholismo.

No es fácil, evidentemente, pero tampoco imposible.

Está claro que querer, es poder.

El evento será en el salón de actos de la clínica a las seis y media de la tarde. El director del centro es el encargado de iniciar una charla de aprendizaje y concienciación general contra las adicciones; presentará al equipo de profesionales que se encargan de las reuniones, y luego le tocará el turno a Finn Preston. Estoy deseando verlo y oírlo, no tengo ninguna duda de que ese será un momento emotivo para ambos. Por último, habrá una pequeña recepción con catering y música, que no nos perderemos. De hecho, mi idea es salir antes del trabajo y llegar temprano a la clínica para ver a mi padre antes de todo el trajín del evento, lo que significa que tengo que pedirle a Alison permiso para ello.

«Alison...»

Después del fin de semana pasado, ese en el que en un principio iba a salir de caza para echar un polvo, y al final lo pasé con ella sentado en un club jugando al veo, veo. Ese en el que descubrí que a pesar de todo me había divertido muchísimo en su compañía. Ese en el que pasé empalmado, por su

culpa, buena parte de la noche y me quedé paralizado por lo bien que me sentí estando con ella... Ese fin de semana, algo entre nosotros, que no sabría explicar, ha cambiado. Puede que sea por los momentos de complicidad compartidos ese día, o puede que, porque ella tenga una buena semana, no lo sé, el hecho es que, no noto la tirantez ni la tensión de los primeros días. No hay malos rollos, ni con ella ni con las brujas de Green Clover, con las que he empezado a compartir el descanso y el almuerzo. No obstante, en lo que a Alison se refiere, procuro mantener las distancias y limitar nuestras conversaciones al plano laboral, lo prefiero así para que no haya motivo de confusión entre nosotros, por si las moscas.

Dicen que más vale prevenir que lamentar...

«Ya la dejaste embarazada, ¿qué problema hay?»

Sí, a veces soy gilipollas y me vienen pensamientos tipo: de tirados al río, pero va a ser que no.

Miro el reloj y, al ver que son casi las diez de la mañana, empiezo a preocuparme porque Alison aún no ha llegado. Echo un vistazo a la agenda, por si se me hubiera escapado alguna reunión de primera hora o algo, pero no, nada. Es tan raro que ella llegue tarde...

«¿Estará bien?»

«¿Habrá pasado mala noche?»

«¿Debería llamarla?»

No.

Voy a la cocina, donde las chicas ya han empezado a tomar el café, y me sirvo uno. Me acomodo en una de las sillas y presto atención a su cháchara. Hablan de ir mañana sábado a un nuevo club y también organizar una barbacoa en casa de una de ellas.

—¿Tu amigo Luis vendrá este fin de semana? —me pregunta Dana.

—No, tiene que trabajar.

—Deberías haber insistido para que te diera su teléfono—dice Cinthia.

—Pensé que saldría de él.

Vuelvo a mirar el reloj.

—¿Alguna sabe por qué Alison aún no ha venido? —indago dándole un sorbo al café.

—Fue al médico—responde Leslie.

Me yergo en la silla.

—¿Le ha pasado algo? ¿Está enferma?

—Tenía que hacerse una ecografía para no sé qué prueba del

embarazo. Sabías que estaba embarazada, ¿verdad? —Kimberly me mira.

Carraspeo.

—Sí, claro.

«Y también sé de dónde salió el ágil espermatozoide...»

Justo en ese momento, suena el teléfono de mi mesa y corro a cogerlo.

—¿Sí? —respondo creyendo que es ella.

—¿Qué manera es esa de responder el teléfono de la empresa, Preston?

«Mierda, Adrien...»

—¿Qué pasa, Adrien, tu novia ya se ha cansado de darte azotes?

—No te pases de listo... Ponme con mi hermana, anda.

—No está.

—¿Y dónde cojones está?

—Ni idea, no soy su niñera.

—A estas alturas pensé que, al igual que con Theodore, ya te habías convertido en su perrito faldero.

—¿Estás insinuando que te gustaría que le lamiera el culo a tu hermana, Adrien?

—Dile que me llame, me urge hablar con ella.

—A sus órdenes, señor James.

Río para mis adentros.

«Mamón».

—¿Qué acabas de decirle a mi hermano de lamerme el culo?

Pego un brinco y se me cae el teléfono de las manos.

Me giro lentamente.

Alison, con las manos apoyadas en sus caderas me mira con cara de ogro.

«Genial».

—¿Qué?

—Arthur...

—Adrien quiere que lo llames, dijo que le urge hablar contigo.

—Arthur... —enarca una ceja.

Resoplo.

—Tu hermano siempre me tachó de ser el perrito faldero de Theodore. Llamó preguntando por ti, le dije que no estabas y soltó una de sus gilipolleces, ya sabes cómo es... Lo de lamerte el culo era la respuesta a su pulla y no era en sentido literal, ¿vale?

—Sois peor que niños, joder.

Pasa como una exhalación, por delante de mi mesa, y se deja caer en su silla.

«Cuidado con lo que dices, Preston, que está cabreada...»

—¿Por qué no me dijiste que ibas al médico?

«¿Qué te acabo de decir, imbécil?»

—¿Y desde cuándo tengo que darte cuenta de cada paso que doy?

—¿Desde que soy tu secretario y necesito saber dónde estás por si surge algo importante?

Coge unos papeles, los ojea, los tira sobre la mesa y me mira.

—¿Ha surgido algo importante?

—No.

—Me lo imaginaba.

—Alison...

—¿En qué habíamos quedado tú y yo, Arthur?

«Cada vez que abres la boca, la cagas, macho».

—Llama a tu hermano.

Salgo del despacho y voy directo a la cocina, que vuelve a estar desierta. Tiro los restos de mi café y aclaro la taza. Me apoyo en la encimera y respiro hondo varias veces.

«¿Por qué quieres saber, si se supone que no te interesa?»

Exhalo con fuerza.

Cuando vuelvo al despacho, está enfrascada en una conversación con su hermano. Abro la carpeta y el archivo en el que estoy trabajando e intento centrarme en ello.

Es inevitable que escuche parte de la conversación:

—Sí, sí, por mí no hay ningún problema, pensaba ir de todos modos...

Sí, ya sé que es a las seis y media y que no puedo llegar tarde... ¿Serás idiota? Suelta una risita y, sin poder evitarlo, mis ojos vuelan a sus labios. Me gusta la forma en que se curvan hacia arriba, formando una media luna.

—Eh... No estoy segura, deja que te lo mire...

Se muerde el labio inferior, concentrada, y luego lo lame, sin darse cuenta.

Contengo la respiración.

«Joder...»

—Por supuesto que se lo he dicho a Theodore, ¿por quién me tomas?

Mis ojos siguen cada uno de sus movimientos: la mano en el pecho, como si se escandalizara; la curva de su cuello al girar la cabeza; el aleteo de

sus pestañas al cerrar los ojos...

Me remuevo incómodo en la silla.

«Deja de mirarla, hostia».

Y aunque me cuesta un triunfo, me obedezco y finjo estar trabajando, cuando en realidad, lo que hago es intentar calmar los latidos de mi corazón.

Inspira, espira. Inspira, espira...

—Arthur... Arthur... ¡Arthur!

—¡Qué!

—¿Qué te pasa? ¿Estás sordo?

La miro sin comprender.

—Te he llamado tres veces.

—No me pasa nada—contesto brusco.

—Nadie lo diría.

—¿Qué quieres?

—Controla esos humos, Preston.

—Cuando tú controles los tuyos.

Suspira.

—Lo siento, son las hormonas, es inevitable. ¿Cuál es tu excusa?

«Tú».

—¿Te gustaría acompañarme esta tarde a un evento? —continúa al ver que no respondo.

Enarco una ceja, sorprendido.

«¿Me está proponiendo una cita?»

—¿Aparte de sordo también te has quedado mudo?

«Me está vacilando... Y no tiene ni puta gracia».

—¿Vas a acompañarme o no?

—No.

—Oye, si te preocupa la cláusula que...

—Ya tengo planes—la interrumpo.

—¿Con quién?

—No es asunto tuyo.

—Eres un borde.

—Y tú una acosadora bipolar.

—Que te den.

—A ver si es verdad.

Ella refunfuña por lo bajo y yo resoplo. Las hormonas deben de estar fundiéndole el cerebro para que se haya atrevido a invitarme a salir. Eso, o

está más loca de lo que creía. Seguro que se ha dado cuenta de que la estaba mirando idiotizado.

«Sólo lo hace para provocarte...»

No volvemos a dirigirnos la palabra en toda la mañana.

Ella se va a la hora del almuerzo despidiéndose hasta el lunes.

Yo lo hago dos horas después, sin haber pedido permiso para ello.

Total, no se va a enterar...

A medio camino entre Canterbury y Londres, el coche se me desliza hacia los lados y automáticamente escucho un: clac, clac, clac.

«No me jodas, hombre...».

Paro en el arcén, me aseguro de que no viene ningún coche más, y me bajo para echar un vistazo. Cuando veo que el neumático izquierdo, de atrás, está pinchado, empiezo a darle patadas cabreado y vociferando:

—¡Tenías que pincharte hoy, joder, ¿precisamente hoy?! ¡Maldito coche de mierda...! —mascullo arremangando las mangas de la camisa hasta los codos.

Abro el maletero, saco el señalizador de emergencia y lo coloco en la carretera a la distancia recomendada. Me pongo el chaleco reflectante, cojo la caja de herramientas, el gato hidráulico y lo dejo todo en el suelo, junto al coche. Cuarenta minutos después, estoy sudando como un pollo y todavía no he conseguido quitar la puta rueda. Los tornillos están algo oxidados y parece que los haya apretado Hulk.

«Me cago en mi mala suerte...»

Para cuando consigo aflojar los tornillos, estoy exhausto y me duelen las rodillas. Ufano, por haber conseguido quitar la puñetera rueda, voy al maletero a coger la de repuesto y se me cae el alma a los pies: también está pinchada. Grito de frustración y mala hostia. Tanto esfuerzo para nada. ¡Para nada! Qué más me puede pasar, ¿que me atropelle un camión?

Exhalo con fuerza.

«Hay que joderse...»

Saco el teléfono del bolsillo del pantalón, busco en internet un servicio de grúas y llamo. Resignado, porque está claro que no me queda otra, me subo al coche a esperar a que vengan a buscarme.

El sonido del teléfono me sobresalta.

—Hijo, ¿dónde estás? Son casi las seis y media—dice preocupado.

Suspiro.

—Lo siento, papá, no voy a llegar a tiempo.

—¿Qué ha pasado? —le cuento y él se lamenta—. Es por mi culpa, se me olvidó arreglar la rueda, hijo.

—No te preocupes, papá, esas cosas pasan. Siento no poder estar ahí en un día tan importante para ti.

—Lo sé, no te preocupes.

Antes de despedirme de él, le deseo suerte y lo felicito de nuevo.

Me siento como una mierda.

Finalmente, tras llevarme la grúa hasta la puerta de casa, darme una ducha y ponerme unos vaqueros y una camisa, llego a la clínica justo a tiempo para escuchar las últimas palabras del discurso de mi padre.

En cuanto cruzo la puerta, nuestras miradas se encuentran, y le guiño un ojo.

Ambos sonreímos.

—Como les iba diciendo, quisiera dedicar este momento a la única persona que no ha tirado la toalla conmigo y luchó con uñas y dientes para que yo tuviera ganas de salir de esta adicción. Una persona que tuvo mucha paciencia con la situación, que vivió y vio cosas que jamás un niño debería de presenciar. Una persona que lo es todo para mí, sangre de mi sangre y con la que no me comporté como se merecía—mi padre me mira, emocionado—. Este triunfo también es tuyo, hijo, gracias por no rendirte conmigo. Sube aquí para que pueda darte un abrazo delante de toda esta gente.

Meneo la cabeza, conteniendo las lágrimas.

—Vamos, hombre, no seas tímido.

Al final, accedo y recorro el pasillo hasta situarme a su lado, frente a todo el mundo. Lo abrazo con fuerza y beso sus mejillas.

—Te quiero, papá, eres mi héroe.

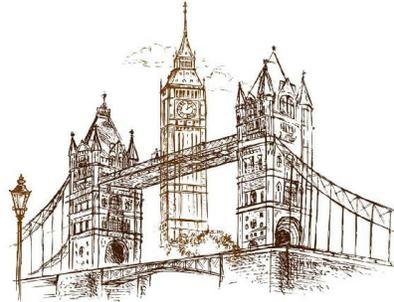
—Yo también te quiero, hijo.

Alzo los ojos, para que todos los allí presentes vean lo orgulloso que estoy de este hombre, y como si fueran atraídos por un imán, se clavan en una de las personas que está sentada en primera fila, y que, mirándome a su vez, se seca las lágrimas con un pañuelo de papel.

El corazón se me paraliza.

«¿Qué cojones hace ella aquí?».

CAPÍTULO 15



Algo azorado y bastante nervioso, por verla sentada en primera fila, a poco más de un metro de mí, ovaciono a mi padre, al igual que el resto de los allí presentes, con un aplauso que me pone los pelos de punta y a él lo hace llorar de emoción. En estos momentos se siente importante y válido.

No es para menos, ha luchado con cada fibra de su ser para estar donde está, se merece todo lo bueno que le pase. Papá, coge mi mano y la aprieta con fuerza, a la vez que expulsa el aire que, por lo visto, retenía en sus pulmones, para luego sonreír agradecido.

—Disfruta de tu logro, papá—le susurro al oído—, esto lo has conseguido con tu esfuerzo y tesón, y estoy muy orgulloso de ti. Extiende la mano libre, con la placa grabada con su nombre y la fecha del día de hoy, y me la da.

—Quiero que la tengas tú, hijo.

Asiento.

Me siento feliz por él.

Por los dos.

El primero en acercarse a felicitarlo, es el director de la clínica; luego, cada una de las personas que forman parte del equipo de rehabilitación: psicólogos, terapeutas, colaboradores y voluntarios, entre ellos Amanda y ella, que roza mi mano al pasar por mi lado y abrazar a mi padre.

Ese roce, casual o no, no lo sé, hace que algo se agite con fuerza en el centro de mi estómago.

Algo que jamás he sentido con nadie, sólo con ella.

Algo que me asusta y que, en este momento, no quiero pensar en lo que pueda significar. Me separo un poco del grupo y contemplo a mi padre, en el

centro de ese enorme círculo que se ha formado a su alrededor, disfrutando de su momento.

Sonrío.

«Eres grande, papá...»

—Se le ve feliz, ¿verdad?

Miro a la mujer que se coloca a mi lado.

Una mujer que le ha devuelto a mi padre las ganas de vivir y de amar.

—Mucho.

—¿Sabes? Cuando habla de ti se le llena la boca de adoración, orgullo y amor. Eres la persona más importante de su mundo. Ambos habéis sabido sacar lo mejor de cada uno en los peores momentos y es... admirable.

Se me llenan los ojos de lágrimas, otra vez.

—Gracias—balbuceo en un carraspeo.

—No, gracias a ti por no abandonarlo a su suerte y luchar por él, eso no lo hace cualquiera. Eres un buen hijo y una gran persona, Arthur Preston, no cambies nunca.

«¿Lo soy?»

Inevitablemente, mis ojos buscan a Alison y se clavan en su abdomen.

«No estoy tan seguro de ello...»

Tras darme un cálido abrazo, Amanda vuelve junto a mi padre.

Yo me quedo allí, absorto en una sola cosa. Mejor dicho, en una sola persona.

«¿Qué estás haciendo conmigo, pequeña acosadora?»

Como si me hubiera escuchado, ésta se gira y me mira, sonriendo. Me hace un gesto con la cabeza y me guiña un ojo.

Le devuelvo ambos gestos. No tengo ni idea de qué hace aquí, en el evento de una clínica privada de desintoxicación, pero no tardaré en averiguarlo.

Algunas de las personas que rodean a mi padre, se van acercando a mí para saludarme y elogiarme con palabras de admiración. Recibir esas palabras me hacen sentir incómodo, no porque no las agradezca, sino porque, a mis ojos, lo único que he hecho ha sido querer a mi padre incondicionalmente.

No ha sido fácil verlo día tras día, semana tras semana, mes tras mes y año tras año hundirse en la miseria del abandono y buscar su muerte poco a poco. No, no ha sido fácil para ninguno de los dos, pero, gracias a Dios, eso ya pasó y no soy yo el que merece la atención, sino él. Él es el único

merecedor del reconocimiento de estas personas que luchan por recuperarse como él hizo. Nadie más.

Los camareros, con bandejas en las manos, llenas de canapés y bebidas, evidentemente sin alcohol, deambulan por el salón, mezclándose entre la gente que, animada, charla con unos y otros. Estoy a punto de llevarme a la boca uno de esos deliciosos canapés, cuando eso que sólo siento estando ella cerca, me golpea las paredes del estómago. No necesito girarme para saber que está detrás de mí, aun así, lo hago y me encuentro con su sonrisa tímida.

«¿Tímida? Esto es nuevo...»

—Así que esta era tu cita... —dice cogiendo el canapé de mi mano.

—Y también tu evento, por lo que veo.

Se mete en la boca la crujiente delicia y mastica con lentitud.

—¿Te das cuenta de que, si no te hubieras puesto tan borde, podríamos haber venido juntos?

—Dijo la mujer que siempre está de buen humor...

—Ya te dije que las hormonas me hacen ser algo voluble.

—Y tus cambios de humor hacen que lo sea yo.

Suspira y lame una de las comisuras de su boca sin que mis ojos pierdan detalle del movimiento de su lengua.

«Joder...»

—¿Qué haces aquí, Alison?

Durante unos segundos parece meditar su respuesta.

—Verás, hace alrededor de dos años que Theodore decidió que nuestra empresa colaborara con la clínica.

—No tenía ni idea.

—Siempre me he preguntado el porqué de esa decisión; y hoy, al fin, tengo la respuesta.

—Mi padre.

—Así es. Me quedé tan sorprendida cuando te vi acercarte a él que..., no sé, no me lo esperaba.

—Bueno, yo tampoco esperaba encontrarte aquí, la verdad.

—Lo sé, te quedaste paralizado.

—¿Tanto se notó?

—Nah, un poquito nada más.

Ambos sonreímos.

Entonces caigo en la familiaridad con la que saludó a mi padre, algo

que en su momento me extrañó.

—No es la primera vez que vienes a la clínica, ¿verdad?

—¿Por qué lo crees?

—Bueno, antes, cuando te acercaste a saludar a mi padre, me pareció que no era la primera vez que hablabais.

—Conocí a Finn pocos meses después de su ingreso, cuando yo era voluntaria aquí en la clínica.

—¿Fuiste voluntaria aquí? —asiente—. ¿Cómo es eso?

—Fue por una amiga, necesitaba hacer un voluntariado para la universidad y una de las clínicas asociadas era esta.

Como a ella le daba vergüenza venir sola, al principio la acompañé con la intención de que sólo fueran unos días, pero luego me gustó poder ayudar a estas personas. Pasé muchas tardes con tu padre, ¿sabes? Me habló de su vida, de ti y de su sufrimiento.

—No tenía ni idea.

—Ni te imaginas la de veces que trató de convencerme para que tuviera una cita a ciegas contigo.

—Pobrecito, y nunca le diste el gusto. ¿Por qué? ¿No tenías ningún interés en conocer al súper hombre del que hablaba mi padre? —digo de broma.

—Por aquel entonces salía con alguien. Alguien que conocí aquí...

Se queda callada, su semblante se torna triste y sus ojos brillan empañados en lágrimas.

El corazón se me encoge.

«Mierda...»

De repente, me acuerdo de algo que ella misma dijo aquel día en el salón de Clover House, cuando mi vida se desmoronó, y amenazó con desaparecer de la vida de los James si me echaban de allí:

—Si él se va, yo también. Desapareceré de vuestras vidas y jamás volveréis a saber de mí. Ya lo hice una vez, Theodore, y no dudaré en volver a hacerlo. Si Arthur sale por esa puerta, yo voy detrás de él.

¿Quién era ese alguien? ¿Había sido él el motivo de que ella decidiera dar de lado a su familia hasta el punto de desaparecer de sus vidas? ¿Cuál había sido el nombre que pronunció aquel día? ¿Cyril? ¿Cory?

«Colin...», ese es el nombre del causante de que en este momento parezca hundida.

«Cabrón».

Me acerco a ella y cojo una de sus manos, que aprieto con ternura. Una lágrima silenciosa rueda por su mejilla y la recojo con mi pulgar. La tristeza que reflejan sus ojos, al clavarse en los míos, me atenaza la garganta.

—Eh, Alison...

Suspira.

—Es... Estoy bien, no es nada.

—No quería que...

—Arthur, estoy bien.

—¿Seguro?

Inspecciono su rostro con minuciosidad y, aunque sus preciosos ojos oscuros siguen tristes, su boca forma esa media luna que me encanta. Sé que este no sería un buen momento, pero que me maten si no deseo perderme en esos labios entreabiertos y degustar su dulce sabor.

Que me maten si entiendo qué diablos me está pasando con esta mujer, joder.

—¿Verdad que hacen buena pareja, Amanda?

Ambos giramos la cabeza al mismo tiempo. Mi padre y Amanda, a nuestro lado, nos contemplan sonriendo de oreja a oreja.

—La cantidad de veces que traté de convencer a esta jovencita para que tuviera una cita a ciegas con mi hijo, y resulta que ya se conocen... ¿Se puede ser peor Celestina?

—Deberías dejar de buscarme novia, papá, ya soy mayorcito.

—Pues no parece tener mucha idea, la verdad.

Amanda y Alison ríen el cachondeo de mi padre.

—Muy gracioso—mascullo—. Alison es mi jefa, la hermana pequeña de Theodore.

—¿En serio? —los dos asentimos—. Eso sí que no me lo esperaba.

—El mundo es un pañuelo, Finn—dice su novia risueña.

—Pues sí, y me alegra mucho que mi chica favorita y mi hijo parezcan tener tan buena relación.

«Sí, una relación de la hostia. Si tú supieras, papá...»

—Hijo, ¿por qué no invitas a Alison a bailar?

Juro que escuchar la palabra bailar me encoge las pelotas.

—Su hijo no me invitaría a bailar ni aunque le pagaran, Finn. La única vez que bailó conmigo, fue en la boda de mi hermano y porque fui muy insistente. Desde entonces me llama acosadora, ¿se lo puede creer?

Me atraganto con mi propia saliva con su reproche.

«¿Qué estás haciendo, mujer?»

Enarco una ceja y busco su mirada.

—¿Acaso estoy mintiendo? —me reta.

«¿Quieres jugar? Bien, juguemos...»

—Tenía entendido que tu música favorita era el rock and roll.

—Pues te equivocas, el rock and roll me gusta hasta cierto punto, según tenga el día; pero en realidad prefiero las baladas.

—¿Las baladas?

—Sí, ya sabes, música para bailar suavemente, sin prisa, pero sin pausa.

El tono sensual de su voz me enciende.

Si estuviéramos ella y yo solos, miraría por debajo de mi cintura y gritaría: «¡quieta!» Pero como no lo estamos, trato de que todo vuelva a su sitio con el poder de mi mente.

No lo consigo.

La carcajada de mi padre me obliga a perder el contacto visual con sus pícaros ojos.

—Vamos, hombre, ¿a qué esperas para invitarla a bailar? Lo está deseando, hijo.

Me giro hacia ella.

—¿Lo estás deseando? —indago.

—Me apetece mucho, la verdad.

—¿Lo dices en serio?

—Por el amor de Dios, hijo, ¿no es evidente?

—Quiero estar seguro, sólo eso—musito sin apartar mis ojos de los suyos.

«Si supieras de qué van nuestros bailes, lo entenderías, papá».

Extiendo mi mano hacia ella y la muevo para que la tome.

—Bailemos, pues...

Sonríe a la vez que entrelaza sus dedos con los míos.

—Bailemos.

La guío hacia el centro del salón, donde varias parejas más se mueven al ritmo de los acordes de una bonita canción que no escucho por los ensordecedores golpeteos de mi corazón.

Enlazo su cintura con mi brazo y la acerco, pegándola a mi cuerpo. Lleva su mano libre a mi hombro y suspira.

—Eres una cabrona, ¿lo sabías? —susurro en su oído meciéndonos de

derecha a izquierda—. Te encanta ponerme contra las cuerdas, ¿no es cierto?

Ríe.

—Cierto.

—¿Por qué?

—Porque reaccionas justo como quiero.

—Manipuladora...

—¿Me habrías invitado a bailar si no hubiera dicho nada?

—¿Tú qué crees? Nuestro último baile nos llevó a una situación embarazosa, nunca mejor dicho.

—Lo que significa que ya no corremos ningún riesgo de que vuelva a pasar.

Nuestras miradas se enredan, intensas y llenas de deseo.

Acaricio su espalda con lentitud, ascendiendo hasta su cuello, donde dibujo círculos con la yema de mis dedos. Su nariz me hace cosquillas al inhalar cerca de mi clavícula.

—Alison... ¿Me estás olisqueando?

—Mmmm—ronronea inhalando de nuevo con los ojos cerrados—, me encanta tu olor. Es intenso, picante...

—Ahí, me estás poniendo cardíaco.

—Vámonos de aquí, Arthur. Llévame a casa.

Durante unos segundos, me debato entre lo correcto y la necesidad. Lo correcto sería separarme de ella y decirle que, lo que sea que estamos haciendo, es un error.

Una barrera que no podemos ni debemos traspasar. Soy consciente de ello.

En cambio, la necesidad de sentirla, acariciarla y devorarla es tan grande, que lo correcto se evapora de mi mente como si fuera humo.

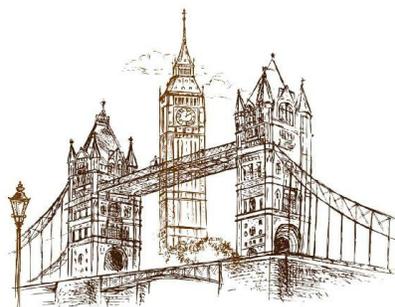
Quince minutos más tarde, nos hemos despedido de mi padre y Amanda y estamos subidos a un taxi que nos lleva a su casa.

«¿De verdad quieres hacer esto...?»

La calidez de su lengua en mi garganta me enciende como una mecha.

«Sí».

CAPÍTULO 16



Pensé que el trayecto hasta su casa enfriaría un poco nuestras ganas, pero me equivocaba. Cuando el taxi nos deja frente a su edificio y pagamos la carrera, mi entrepierna está a punto de reventar y dejarme calcinado. De hecho, es tanta la presión que siento ahí, que hasta caminar correctamente se vuelve un reto. Joder, si hasta abrir la puta puerta del portal se vuelve una odisea. No hemos vuelto a pronunciar una palabra desde nuestra salida del evento de la clínica. Y, salvo por su lengua juguetona sobre mi cuello, tampoco nos hemos tocado. Toda la tensión sexual que planea sobre nosotros la han creado nuestras miradas y suspiros desesperados. Miradas cargadas de anhelo, de ganas de acariciarnos, de sentirnos... Suspiros de contención, de expectación, excitación...

El sonido del ascensor aproximándose a la planta baja me dispara el pulso.

La miro.

Me mira.

Tira de mí cuando las puertas se abren, pegándome a ella y rodeándome el cuello con sus brazos. Su lengua vuelve a deslizarse por mi cuello, lentamente.

Sus inspiraciones sobre mi piel, y el cálido roce de su aliento, hacen que me tiemblen las rodillas como nunca.

Su lengua abrasadora, asciende hasta posarse en mis labios y lamer el inferior con parsimonia.

Ahogo un gemido y entreabro la boca para que profundice la inspección a sus anchas.

En cuanto nuestras lenguas se tocan, un escalofrío me recorre de pies a cabeza y toda la contención se va a la mierda. La aprieto contra mi cuerpo y la devoro con ansia, urgencia y hambre. Hambre de toda ella, como un famélico

que no prueba bocado desde hace una eternidad.

Así me siento.

Así me hace sentir.

Como un puto hambriento.

Salimos a trompicones del ascensor, con las bocas pegadas y nuestras lenguas danzando dentro de ellas, con un compás enfebrecido que nos deja sin aliento y jadeantes. Gime desesperada sobre mis labios cuando muerdo y tiro de su labio superior, intentando dar con la cerradura de la maldita puerta de su casa. En cuanto esta se cierra a nuestras espaldas, la pego a ella, presiono las caderas contra su vientre y me quedo ahí, notando el calor que emana de su cuerpo. Sus manos vuelan a la cinturilla de mis pantalones y a los botones de mi camisa. Las mías, al dobladillo de su vestido y al elástico de su minúsculo tanga. En cuanto noto sus dedos en el glande, me doy cuenta de que estoy a punto de correrme y sólo acabamos de empezar. Exhalo con fuerza, cierro los ojos y pego mi frente a la suya, a la vez que freno el recorrido de sus dedos sobre mi polla.

—Para...—jadeo sobre sus labios—. Despacio, por favor... —ruego—. O acabarás conmigo en un santiamén.

Suspira y coge aire.

—Sí, vale, despacio... —musita asintiendo.

Me coge de la mano y me guía por un pasillo ancho y en penumbras, hasta su habitación. Enciende la luz y se gira para mirarme de frente.

Siento su mirada como un carbón encendido, abrasándome la piel allí donde se posa. La acerco a mí un poco más para poder tocarla. Empiezo por el pelo, la cara, los labios... Sigo con su cuello, la curva que hace este al unirse con la clavícula y el esternón.

Me desvío a su costado, desciendo hasta la cintura y cruzo sus caderas hasta los muslos. Me arrodillo, a la vez que mis manos bajan por sus esculpturales piernas. Le quito los zapatos y subo de nuevo, hasta su estómago, llevándome el vestido en el ascenso y pasándolo por encima de su cabeza, para dejarlo caer al suelo. La ropa interior sigue el mismo camino. La mía también, no iba a ser menos.

—Eres hermosa... —susurro, acercándome a su boca.

La beso con suavidad, tranquilo, pausado. Disfrutando del tacto de su lengua enredándose con la mía, de su sabor...

Nos dedicamos, durante minutos eternos, a explorar nuestros cuerpos. A descubrirnos con caricias tímidas que se tornan urgentes y anhelantes. Que

nos obligan a contener el aliento y las ganas. Que disparan los latidos de nuestros corazones y nos llevan al límite. Nos dedicamos a saborearnos sin dejar ningún rincón de nuestro cuerpo por degustar.

Lamiendo cada recoveco de éste, perdiéndonos en ese sabor que nos vuelve avariciosos, golosos y lujuriosos. Sus manos, ascendiendo y descendiendo por mi polla, a veces con lentitud, y otras con urgencia. Mis dedos, adentrándose en su cavidad húmeda y caliente. Adentro y afuera. Gimiendo, en su caso. Gruñendo, en el mío. Sudorosos... Arqueándonos... Rogando...

—Arthur... Oh, Dios, Arthur... No puedo más...

Me posiciono entre sus muslos y presiono para entrar en ella. Cuando lo hago, todo lo sentido anteriormente en el proceso, se multiplica por mil, cortándome el aliento y obligándome a ralentizar los latidos del corazón.

Exhalo con fuerza.

—Joder, Alison..., me matas...

Me muevo despacio, con sus manos sujetando mis antebrazos y empujando a su vez, apremiándome a acelerar las acometidas. Arquea la espalda y jadea, anclando sus piernas a mis caderas.

Cada uno de sus jadeos, se incrusta en mis tímpanos acercándome al abismo.

Roto las caderas en círculos, tocando algún punto de su interior que la hace gritar mi nombre.

—¡Arthur!

Ese grito entre gemidos entrecortados me nubla la razón y me pierdo, dejándome llevar. Me pierdo en cada embestida profunda. En cada choque de nuestros cuerpos.

Con cada exhalación. Con el sonido de nuestras respiraciones aceleradas y entrecortadas. La siento tanto que me asusta y, a la vez, me llena de algo que no soy capaz de describir porque es nuevo para mí. El azote de un potente orgasmo me atraviesa de pies a cabeza y explota en mi interior, llenándome de euforia y haciéndome convulsionar sobre su cuerpo. Temblores que me erizan el vello de la nuca.

Temblores que me cortan el aliento. Temblores que me dejan exhausto y satisfecho. Cinco minutos después, es ella la que tiembla entre mis brazos, tomada por mi cuerpo y arropada con mi aliento. Me bebo cada uno de los jadeos que sale de sus labios. Jadeos que me saben a gloria y suenan a música celestial porque mi nombre baila en cada uno de ellos.

Sonríe.

Sonríe.

Me acaricia la cara y posa los dedos sobre mis labios. Beso cada uno de ellos con ternura, posando mi mano en su garganta, notando cómo se acompasa su respiración. Llevo mis labios ahí, donde su pulso late, y comienzo a dibujar un sendero de delicados besos hasta la comisura de sus labios, inhalando su olor a mi paso.

«Joder, esto no lo habías hecho nunca...»

Me tenso.

Es cierto, nunca le dediqué mimos y caricias tiernas a mis acompañantes de cama. Los polvos de una noche son eso, polvos de una noche. Sólo sexo. Intercambio de fluidos.

Caricias compartidas por el simple placer de follar. Orgasmos banales ocasionados por la lujuria y la necesidad, sin sentimientos de por medio. Una vez terminada la faena, adiós muy buenas y ha sido un placer. Nunca tuve la necesidad, ni quise, hacer lo contrario. Hasta ahora. Con ella. ¿Por qué?

—¿Estás bien? —pregunta en susurros.

La miro, confundido.

—Te has puesto tenso de repente.

—Estoy bien.

—Pues no lo parece.

Suspiro.

—He vuelto a olvidarme de usar protección.

—No pasa nada, ya estoy embarazada, ¿recuerdas?

—Olvido la facilidad que tienes de hacerme perder la razón.

—¿Y eso es bueno o malo?

—Aún no lo sé...

Sonríe.

—Tengo mucha sed y me muero de hambre.

—¿Ahora?

—Ahora es un buen momento para comer un bocadillo de sobras, ¿me acompañas?

Sale de la cama y se cubre el cuerpo con lo primero que pilla del suelo: mi camisa. La huele mientras se abrocha un par de botones y pone cara de satisfacción. Automáticamente siento un calambre en el estómago. ¿Se puede estar más sexy que ella en este momento?

«Ella siempre está sexy...».

Cierto.

Me pongo el bóxer y el vaquero y la sigo a la cocina, donde ya busca en el frigorífico algo que llevar a la boca. Me apoyo en el marco de la puerta y observo todo lo que va dejando sobre la encimera: pan de molde, queso, jamón loncheado, lechuga, tomate y un recipiente que, por lo que parece, contiene restos de algún tipo de carne.

—¿Piensas comerte todo eso? —pregunto asombrado.

—¿Y tú piensas quedarte ahí mirándome?

Me encojo de hombros.

—Me gusta mirarte.

Sonríe.

—Ven aquí y échame una mano con esto.

—No tengo hambre.

Alza la mirada.

—Arthur, relájate, ¿quieres?

—Es complicado.

—Vale, ¿verdad o atrevimiento?

—¿Qué?

—¿Verdad o atrevimiento? —repite.

—Verdad.

—¿Te arrepientes de lo que acaba de pasar entre nosotros?

—No—respondo sin dudar.

—Pues entonces relájate.

—¿Y tú?

—Créeme, si ese fuera el caso estarías saliendo por esa puerta y no a punto de probar el mejor bocadillo de tu vida.

«Ese ya lo he probado, dos veces...»

Sacudo la cabeza, para espantar esos raros pensamientos de ésta, y me acerco a la encimera dispuesto a echarle una mano con todo lo que hay allí.

—¿Y si hubiera dicho atrevimiento? —indago, curioso.

—Pues te hubiera pedido que hicieras cualquier estupidez.

—¿Como por ejemplo?

—No lo sé... ¿Besarme?

Nuestras miradas se encuentran.

—Eso no es ninguna estupidez—susurro.

—¿No?

—No—digo aproximando mi boca a la suya—, besarte es una

adicción.

Primero lamo su labio inferior y, luego, dejo que estos se fundan en un beso delicado y profundo, con nuestras lenguas acariciándose sin prisa. Olvidándonos del pan de molde, de la lechuga y el tomate. Saciando nuestra hambre con cada partícula de nosotros. Primero allí mismo, en la cocina; y más tarde, otra vez en la habitación.

«Tropezar no es malo, encariñarse con la piedra, sí».

Me despierto sobresaltado al escuchar un ruido. Alison, acurrucada y abrazada a mi cuerpo, duerme profundamente. Presto atención, por si hubiera sido un sueño, pero no. Claramente oigo una puerta cerrarse y el tintineo de unas llaves.

«¿Alison tiene asistenta los sábados?»

—¿Ali? ¿Estás en casa? Te he traído el desayuno de tu confitería favorita.

«Me cago en la puta, Adrien...»

Zarandeo a mi acosadora, que protesta en sueños y se gira, dándome la espalda.

—Alison—murmuro en su oído—. Joder, nena, despierta, Adrien está aquí.

Como un resorte, su cuerpo vota en la cama y abre los ojos de par en par.

—¿Qué?

—Tu hermano, joder—mascullo entre dientes.

Me levanto escopetado y busco mi ropa por el suelo.

—¿Cómo es que tiene las llaves de tu casa?

El pánico se refleja en su cara al mirarme.

—Es que esta no es mi casa, es la suya.

—¿Me has traído a casa de tu hermano? ¿Te has vuelto loca?

—Lo siento, me dijo que pasaría el fin de semana en la finca de los Cooper, no sé qué coño hace aquí.

—Por lo visto traerte el desayuno.

Saco el bóxer de debajo de la cama y me lo pongo, rezongando por lo bajo.

Dos golpes en la puerta de la habitación me obligan a contener la respiración.

«¡Mierda! ¡Joder! ¡Joder! ¡Joder!»

—Tranquilo—me dice Alison.

—¡Tranquilo los cojones!

—Alison, ¿estás despierta? ¿Hay alguien ahí dentro contigo?

—¿Qué? ¡Noooo! —balbucea.

—¿Entonces con quién hablas?

—¿Conmigo misma?

La manilla de la puerta se mueve arriba y abajo.

El corazón está a punto de salirseme por la boca.

—¡Adrien, no entres, acabo de salir de la ducha y estoy desnuda! —

Alison grita a la desesperada.

—Vale, te espero en la cocina que, por cierto, parece una pocilga. Ya me explicarás qué mierda hiciste anoche en ella.

Ambos nos miramos, sabiendo a qué se refiere. En otras circunstancias me reiría, pero ahora estoy demasiado acojonado para eso.

—Sí, sí, ahora te cuento.

Pone los ojos en blanco y resopla.

—Quédate aquí—me dice—, ni se te ocurra moverte.

—Descuida, lo último que quiero es que el mamón de tu hermano me vea.

—Arthur...

—No pronuncies mi nombre, joder, podría estar escuchando.

Me encierro en el baño en cuanto ella sale por la puerta. No sé si darme de cabezazos contra la pared o llenar la bañera y ahogarme en ella.

«Qué mala suerte tienes, joder».

Pasan diez minutos... Veinte... Cuarenta...

Pego un brinco cuando la puerta se abre y aparece Alison, que rompe a reír en cuanto ve mi cara de horror.

—¿Te has hecho caquita, Preston?

—No tiene gracia.

—Sí que la tiene.

Es cierto, la tiene, por eso dejo que sus carcajadas, una vez pasado el susto, me contagien.

—Anda, sal de ahí y vamos a desayunar, me muero de hambre.

—¿Siempre tienes hambre?

—Desde hace tres meses, sí.

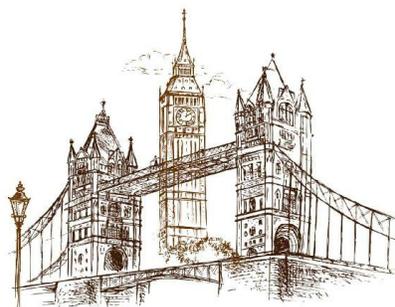
—¿Eso de que las mujeres embarazadas comen por dos no es una leyenda urbana?

—Te puedo asegurar que, en mi caso, no.

Más tarde, ya en mi casa y tumbado en mi cama, al repasar en mi mente lo acontecido esta mañana con la aparición de Adrien, me descojono vivo.

«Te has salvado por los pelos, chaval».

CAPÍTULO 17



Por primera vez en mi vida me siento utilizado por una mujer.

Una mujer que trastoca mi mundo y lo vuelve del revés sin que apenas me dé cuenta. En estos últimos quince días, desde mi último baile con ella o, mejor dicho, bailes, pienso en ello.

Aquel viernes que comenzó siendo una locura, y avanzó hasta casi convertirse en mi pesadilla, terminó siendo uno de los mejores de mi existencia. Sin querer, Alison James formó parte de un día importante para mí: el evento que la clínica celebró en honor a mi padre.

No esperaba para nada encontrarla allí; y me sorprendió enterarme, de sus propios labios, que fue voluntaria y acompañó a mi padre muchas tardes de agonía escuchando sus desahogos e incluso desvaríos.

Lo que significa que, probablemente, sepa toda la historia de esa mujer que me trajo al mundo, a la que no puedo llamar madre y de la que me niego a hablar, porque no significa absolutamente nada para mí.

Que sepa esa parte de nuestras vidas, el sufrimiento que nos tocó vivir, y cuáles fueron las consecuencias, me incomoda un poco. No porque me sienta avergonzado de ello, sino porque es demasiado íntimo y personal.

Además, qué cojones, a nadie le gusta reconocer que fue abandonado, que su padre era alcohólico y que hubo una vez que su vida fue una mierda.

He repasado aquel día en mi mente infinidad de veces, preguntándome qué fue lo que ocurrió para que termináramos en casa del mamón de Adrien bailando como descosidos.

Me costó verlo, pero ahora lo tengo claro: soy su polvo de distracción. O su baile, según se mire. Sí, he dicho polvo de distracción. ¿Que cómo llegué a esa conclusión? Fue muy sencillo, sólo tuve que sumar dos más dos.

Me explico:

Nunca entendí que el día de la boda de Theodore ella me persiguiera y

me arrinconara en un pasillo de Clover House. Lo que en un principio creí que era una broma, se convirtió en un acoso en toda regla. Cuando le pregunté el motivo de aquel acoso, ya que yo no le había dado motivos que la hicieran creer que pudiera estar interesado en ella, dijo que era para probar el movimiento de mis caderas. «Otra broma», pensé. Pero no, no lo era. Claudiqué, me dejé llevar y bailé con ella ese rock and roll que cambió nuestras vidas. Semanas más tarde, cuando mi mundo se resquebrajó, les explicó a sus hermanos que todo había pasado porque tenía uno de sus días y nombró a ese tal Colin. Hace dos semanas, en el evento de la clínica, su estado de ánimo cambió al confesarme que, en su época de voluntaria, había conocido a alguien allí y salió con él. Yo mismo deduje que debía de tratarse, otra vez, de ese tipo, Colin. Ese fue justo el momento en que la noche cambió y ella decidió que tenía que bailar conmigo, otra vez. Para distraerla y no pensar en él. Para no sufrir.

Esa es mi conclusión, que me usa para evadirse de sus tristes recuerdos.

Y no sé cómo sentirme, la verdad, porque ese último día juntos, aunque me jode reconocerlo, para mí fue especial.

Muy especial, de hecho.

En estos últimos días he descubierto que, si ella sonríe, yo sonrío. Que, si ella habla, el tono de su voz me eriza el vello de la nuca. Que, si nos rozamos por casualidad, el pulso se me dispara.

Que, si nuestras miradas se encuentran, contengo la respiración. Que, si pronuncia mi nombre, el corazón pega un brinco dentro de mi caja torácica.

En estos días he descubierto y admitido, que Alison James me gusta. Me gusta como mujer. Me gusta como jefa, compañera y amiga.

Que me guste es una gran putada.

Una que me acojona y me hace preguntarme qué voy a hacer al respecto.

«Nada, eso es lo que vas a hacer, absolutamente nada, ¿no ves que ella te ignora, imbécil?»

Es cierto, me ignora.

Aunque a veces la sorprendo mirándome más de la cuenta.

También me he fijado en que suele ponerse nerviosa cuando estoy demasiado cerca. Y se ruboriza si es ella la que me pilla contemplándola embobado. Algo que me suele suceder más a menudo de lo que quisiera.

«¿En qué quedamos, me ignora o no?»

Pues no lo tengo muy claro...

Luego están sus cambios de humor. Nunca sé cómo acercarme a ella. Tan pronto está tarareando una canción, como soltando sapos por la boca. Entiendo que sus hormonas le juegan malas pasadas y que no las controla; pero joder, a mí están consiguiendo volverme loco de remate. No hay un solo día en el que no tengamos una bronca por cualquier nimiedad.

Y eso me mina la moral y me frustra.

—Arthur, ¿tienes listo el esquema de las visitas guiadas de la próxima semana?

Pego un brinco y la miro.

—¿Qué?

—El esquema de las visitas guiadas, ¿lo tienes terminado?

—Eh... sí, por aquí lo tengo.

—¿Me dejas echarle un vistazo para darlo de paso?

Ese tono de voz no me gusta un pelo.

Carraspeo.

—Claro.

Antes de acercarme a su mesa, la miro disimuladamente tratando de deducir, por su postura, si está en un momento de esos suyos en los que todo lo que hago está mal y es una mierda. No, no le tengo miedo, soy precavido. Es mejor prevenir que luego lamentar. No me gusta discutir, ni con ella ni con nadie. Las broncas me dan bajón y me dejan hecho polvo.

Y si son con ella, peor todavía.

Dejo la carpeta sobre su mesa, con cautela, y me giro para volver a la mía.

—Joder —protesta—, cada vez escribes peor, tu letra es ininteligible.

«Pues sí, parece que toca uno de esos momentos y busca bronca».

—¿Qué coño pone aquí?

«Coños ninguno, palabras un montón...»

Respiro hondo.

—¿Dónde?

—Aquí, ¿no lo ves?

—Igual si quitaras el dedo de encima...

Sus pupilas me taladran.

«Señor, dame paciencia, te lo ruego».

Por su forma de soltar el aire por la nariz, sé que acabo de cometer un error al inclinarme demasiado para traducir lo que ella es incapaz de entender.

—¿Qué es ese olor? —se pone en pie y olfatea el aire.

—¿Qué olor?

—Ese que me revuelve el estómago y me da náuseas, no me digas que no lo notas.

Inspiro por la nariz y, no, no huelo nada raro en el ambiente. Al contrario, el aroma de las flores del jardín se cuele por una de las ventanas y se mezcla con el del ambientador que las limpiadoras usan aquí en la oficina. ¿Será una de sus paranoias? Empiezo a creer que sí cuando su nariz de sabueso la lleva hasta mí. Achina los ojos con desagrado, tuerce el gesto y me mira con cara de asco.

«Lo que te faltaba...»

Todo mi cuerpo se tensa y aprieto los puños a los costados.

«A ver con qué te sale ahora...»

—Maldita sea—gruñe entre dientes—, eres tú.

—¿Yo? ¿De qué hablas, mujer?

—Tu olor, es... aggg.

Doy un paso atrás, ofendido, e inclino la cabeza para mirarla con detenimiento. Está de broma, ¿verdad?

«Pues no, no lo está».

—¿Mi olor es aggg? ¿Aggg?

—No puede ser que no lo notes si está en ti. Apesta, joder.

«Da la vuelta y sal de aquí antes de que os enzarcéis en otra bronca, chaval».

Juro que cada vez que sale con una de sus chorradas hormonales intento mantener la calma, de verdad que sí. Incluso he llegado a hacer eso que Adrien hacía estando en Ibiza, lo de contar mentalmente para no dejarse llevar; pero joder, es tan difícil no entrar al trapo y querer estrangularla con mis propias manos...

«¿A qué esperas? Lárgate».

Como soy imbécil no lo hago, claro.

Lo que sí hago es olerme la chaqueta, la camisa y, por último, las axilas. Sí, me huelo porque es increíble que me esté sugiriendo, a su manera, que soy un guarro, cuando me ducho a diario, uso un buen perfume y me echo desodorante, aunque este último es inoloro. De todos modos, lo hago, no vaya a ser que tenga razón y hoy sea una mofeta andante. Pero no, no lo soy.

«Esto es surrealista...»

—¿Mi olor es aggg y apesto?

«Cierra el pico, Arthur...»

—Exacto.

—Pues perdona que te diga, pero es el mismo olor que hace quince días te hacía ronronear mientras me olisqueabas el cuello en un salón lleno de gente—exclamo con desdén.

Sus ojos refulgen, furiosos.

—No, no lo es.

—Claro que sí, uso el mismo perfume desde hace años, joder.

—Pues entonces se te habrá ido la mano con él.

—O puede que tus narices estén atrofiadas...

Aprieta los dientes.

—Yo no tengo nada atrofiado.

—Tampoco yo huelo mal y aquí estoy, escuchándote decir gilipolleces.

Suspira.

—Arthur...

—Ni Arthur ni pollas—siseo—, ahora vas a decirme que todo es culpa de tus hormonas y que lo sientes—la miro hastiado—. Empiezo a estar hasta los cojones de que me uses como tu saco de boxeo personal, Alison. Está claro que sólo te gusta cuando los recuerdos te abruman y necesitas olvidarle a él.

Ahoga una exclamación.

—¿Qué?

—Oh, vamos, ¿te crees que soy idiota y no sé que soy tu polvo de distracción?

—¿Mi qué? —me mira incrédula.

«Cállate, Arthur...»

—En la boda de tu hermano me perseguiste porque, según tú, tenías uno de tus días y luego lo nombraste a él; y el otro día también era él el que estaba en tu mente cuando me hablabas de tu época de voluntaria en la clínica, ¿vas a decirme que es una puta coincidencia que las dos veces quisieras follar conmigo?

—No tienes ni idea de...

—Claro que sí, sigues enamorada de un tío que, por lo que parece, te hizo daño y no eres capaz de olvidarlo, por eso me utilizas a mí. Pero tranquila, no me importa, puedo follar contigo siempre que quieras, sólo tienes que chasquear los dedos y olisquearme para que el buen samaritano de Arthur esté a tu entera disposición.

Abre los ojos de par en par y se lleva una mano a la garganta.

«La has ofendido...»

¡Que se joda, igual que yo!

Bufa y se aproxima a mí para golpearme el pecho con el dedo índice.

—¡Maldito estúpido, no tienes ningún derecho a...!

Freno su dedo y la fulmino con la mirada.

—Tengo todos los derechos del mundo desde que pusiste tu mirada en mí y decidiste que era perfecto para tu desahogo. Si no te gusta lo que digo te jodes, igual que me jodo yo cuando descargas tu mala hostia conmigo.

—¡No tendría estos cambios de humor si no me hubieras dejado embarazada! —grita sin control.

«Frena esto, Arthur, se os está yendo de las manos».

—¡No estarías embarazada si no me hubieras acosado, joder!

—¡Nadie te obligó, capullo!

—¡Es difícil decir que no cuando te lo ponen en bandeja, como hiciste tú!

La bofetada llega sin que me lo espere y el impacto me gira la cara.

—¡Estás despedido, imbécil!

—Gracias, al fin dejaré de lidiar contigo y tus hormonas cada puto segundo del día.

Nos miramos, dejando traslucir en nuestros ojos toda la rabia que aún nos queda dentro.

El teléfono elige ese momento para sonar y ninguno de los dos se mueve. A mí me tiembla todo por dentro y no podría hacerlo, aunque quisiera.

—Coge el teléfono—ordena.

—Estoy despedido, ¿recuerdas?

Resopla.

—Coge el puto teléfono, Arthur.

De mala gana obedezco y me estiro para alcanzar el aparato que está sobre su mesa.

—Arthur Preston, ¿en qué puedo ayudarle?

—Buenas tardes, soy la doctora Matthews, necesito hablar con Alison James, es urgente.

—Es para ti—pongo el teléfono en su mano y me alejo de ella.

—¿Sí? —la escucho preguntar—. Hola doctora, sí, dígame.

Me asusto cuando la oigo sollozar y en dos zancadas vuelvo a estar a su lado.

Las lágrimas ruedan por sus mejillas. La mano que sujeta el aparato tiembla, descontrolada, al igual que su barbilla. Cierra los ojos y asiente, sin decir ni una palabra. El estómago se me encoge y algo parecido al miedo me paraliza.

—¿Qué sucede? —consigo balbucear.

Sus ojos se clavan en los míos y me parte el alma ver pánico y angustia en ellos.

—Alison, por favor, me estás asustando, dime qué ocurre...

Intenta abrir la boca, pero el llanto no la deja hablar.

—¿Es el bebé?

Asiente y aparta la mirada cubriéndose la boca con la otra mano.

—Gra... Gracias doctora Matthews, yo...

Desesperado por saber, le arranco el teléfono de la mano.

—¿Doctora Matthews? Soy Arthur Preston, ¿podría explicarme qué está pasando?

—Lo siento eh... Arthur, pero es personal y ...

—Por el amor de Dios, doctora, soy el padre del bebé y quiero saber qué sucede.

El primer sorprendido de pronunciar esas palabras soy yo.

Escucho con atención lo que la doctora me dice y asiento.

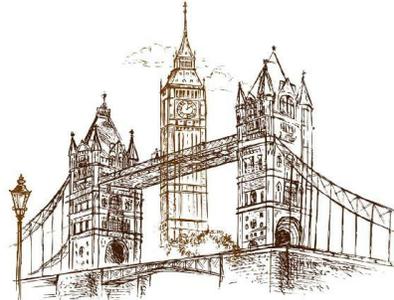
—Está bien, allí estaremos, gracias.

Corto la llamada, dejo el teléfono sobre la mesa y me acerco a Alison, que llora desconsolada. No es para menos, si yo estoy asustado, me imagino cómo debe de sentirse ella. La rodeo con los brazos, a la vez que ella me rodea con los suyos, y acaricio su espalda, arriba y abajo, con suavidad.

—Todo va a salir bien, cielo, ya lo verás—murmuro sobre su pelo.

«Tiene que salir bien, por favor, tiene que salir bien...»

CAPÍTULO 18



Me siento como una mierda. De hecho, hace días que me siento así. Exactamente desde mi última discusión con Alison y la posterior llamada de la doctora Matthews, a la que he conocido en persona el miércoles en su consulta. Me siento como una mierda porque, como ya dije anteriormente, no me gusta nada discutir, y con ella menos todavía. Sobre todo, si es por gilipolleces como mi olor o mi letra ininteligible. Por esas puñeteras tonterías, ambos acabamos diciendo cosas que en realidad no sentimos y después son difíciles de borrar.

Confieso que, antes de que ella recibiera esa llamada, cuando ya me había dado la bofetada y me despidió, antes de todo eso, ya estaba arrepentido de abrir la boca y sacar a la luz mi conclusión echándosela en la cara. Mis propias palabras ya me carcomían por dentro al segundo de soltarlas. Mi intención no era humillarla al asegurar que no me importaba ser su polvo de distracción y que estaba dispuesto a follar con ella cuando así lo quisiera, sólo tenía que chasquear los dedos y allí estaría. No, no quería hacerle daño y, en cambio, fue lo que hice. Soy imbécil, así de simple. Un imbécil que se ha dejado en evidencia al demostrar con palabras que está celoso de sus recuerdos. No, de sus recuerdos no, de la persona que los ocasiona.

¡Celoso!

¡Yo!

¡Manda huevos!

No sé qué hubiera pasado si esa llamada no llega a producirse.

Probablemente yo hubiera recogido mis cosas y salido de allí sin pensar en las consecuencias.

Ojo, no estoy agradecido porque la doctora Matthews eligiera ese preciso momento para darle los resultados de unas pruebas a Alison; no

obstante, confieso que sirvió para que dejáramos de hacernos daño y nos centráramos en algo realmente importante, como es la salud del bebé. La angustia me atenaza al recordar las imágenes de Alison llorando desconsolada, el miedo reflejado en su rostro y el temblor de su cuerpo, que a duras penas la sostenía. Me partió el alma verla así. No sé por qué, pero sentí toda su angustia y el miedo, y deseé poder ser capaz de hacer algo que mitigara todo ese sufrimiento que parecía atormentarla mientras escuchaba lo que la doctora le decía. La necesidad de saber qué ocurría me pudo y no dudé en arrebatarse el teléfono de sus manos y ocupar su lugar. Las palabras: «soy el padre del bebé», salieron de mi boca sin pensar y en ese momento me di cuenta de que, aunque en mi cabeza me negaba a ello, mi corazón ya había tomado la decisión de aceptarlo. Ese hecho, aunque me asustó, también me liberó y emocionó. Iba a ser padre y mi hijo, nuestro hijo, parecía no estar desarrollándose dentro de los parámetros establecidos, así lo indicaba la medición del pliegue nuchal, una prueba que Alison se había hecho un par de semanas antes y que a mí me sonaba a chino.

Acepté sin dudar la cita con la doctora al día siguiente, necesitaba saber qué significaban todos aquellos tecnicismos médicos y cuáles eran los riesgos. En cuanto colgué la llamada, mi prioridad fue Alison, tenía que tranquilizarla de alguna manera y convencerla de que todo saldría bien, que pasara lo que pasase, estaría a su lado.

Era lo mínimo que podía hacer.

La abracé y me abrazó, desconsolada. Escondió la cara en mi pecho y lloró mientras acariciaba su espalda con suavidad.

—Todo va a salir bien, cielo, ya lo verás—murmuré sobre su pelo.

Su llanto se hizo más desgarrador. Apreté el abrazo y la levanté en brazos, llevándola conmigo hasta su silla, donde me senté y la coloqué sobre mi regazo. Acunándola como si fuera una niña. Estuvimos así bastante rato. Yo, acariciándola con ternura y susurrándole palabras de aliento. Ella, acurrucada junto a mí, rodeándome la cintura con sus brazos y liberando su angustia con el llanto.

—Lo siento—dijo en un murmullo apenas audible—, siento haberme cabreado contigo y darte una bofetada.

—Yo también siento lo que dije, tienes razón, no tengo ningún derecho a reprocharte nada. Y la bofetada me la diste con motivos, me la merecía.

—Gracias—musitó.

—¿Por qué? ¿Por ser un capullo?

—No, por esto. Por estar aquí conmigo, consolándome.

—Es lo menos que puedo hacer.

—No es cierto, podrías haberte ido y, en cambio, aquí estás... No eres el hombre que yo creía, Arthur.

—Bueno, tú tampoco eres como imaginaba.

Sus ojos, anegados en lágrimas, me miraron y se enredaron con los míos.

—¿Qué voy a hacer si...?

—No vamos a hacer nada, Ali, porque todo va a salir bien, ya lo verás.

—¿De verdad lo crees?

—Estoy convencido de ello.

No era cierto, estaba muerto de miedo, igual que ella, pero no iba a decírselo, evidentemente.

—Le... Le... Le dijiste a la doctora Matthews que eras el padre del bebé...

Sonreí.

—¿Y no lo soy?

—Sí, es sólo que... ya sabes, tú no... —balbuceó—. Tú no... no...

—Yo no qué.

Cogió aire por la nariz y lo expulsó por la boca, con lentitud.

—Que no es necesario que mañana me acompañes a hablar con ella.

—Alison, no le des vueltas, ¿vale? Soy el padre y mañana iré contigo, te guste o no.

—Me gusta—confesó tímida.

—Bien.

—Vale.

A la mañana siguiente, ambos estábamos a la hora indicada en The Portland Hospital, uno de los mejores hospitales de maternidad aquí en Londres, para nuestra cita con la doctora Matthews.

—Has venido... —dijo en cuanto me vio entrar en la sala de espera.

—Pareces sorprendida.

—Un poco.

—No me lo digas... Pensabas que me echaría atrás, ¿verdad?

Se encogió de hombros.

—Algo así.

Meneé la cabeza y me senté a su lado.

—¿Cómo estás? —indagué buscando en sus ojos la respuesta.

—Nerviosa. ¿Y tú?

—También—reconocí—. ¿Has dormido algo?

—No, nada.

—Yo tampoco.

—Arthur...

—Dime.

—Gracias.

Asentí, incapaz de pronunciar palabra, estaba acojonado.

Pocos minutos después, entramos en la consulta de la doctora. Una mujer de unos cincuenta años, regordeta y de sonrisa amable y tranquilizadora que, en cuanto tomamos asiento frente a ella, antes de comenzar con sus explicaciones, se centró en tranquilizar a la mujer que a mi lado temblaba como una hoja mecida por un viento huracanado.

—Alison—su voz era clara y dulce—, estas cosas ocurren más veces de lo que crees. Entiendo cómo debes de sentirte, de verdad que sí, pero no debemos dar nada por hecho hasta que no tengamos todas las pruebas, ¿de acuerdo? Trata de respirar hondo y tranquilizarte, el bebé nota tu angustia y no es bueno para él.

Alison asintió y yo atraje su mano hacia mí para enredar mis dedos con los suyos.

La doctora abrió una carpeta, leyó algo y luego clavó la mirada en nosotros. Comenzó a hablar y al segundo me perdí. No tenía ni idea de qué era la prueba de triple screening, ni el pliegue nuchal y mucho menos la amniocentesis. Todo me sonaba a chino y, la verdad, asistir a su consulta para no enterarme de nada, no tenía sentido. Por eso la interrumpí y le pedí que, por favor, tratara de dejar de lado los tecnicismos médicos y me hablara en cristiano para que pudiera entenderla.

Me sonrió amable y asintió.

—Lo siento—se disculpó—, lo hago por inercia.

—Entiendo— musité.

—Bien, a Alison se le realizó, en la semana doce, la prueba del pliegue nuchal y también la de triple screening. La prueba del pliegue nuchal se trata de una prueba fundamental para detectar malformaciones cardíacas o Síndrome de Down. Consiste en hacer una ecografía y comparar con las tablas percentiles preestablecidas el tamaño del embrión, las semanas de gestación y el grosor de la translucencia nuchal. La translucencia nuchal es el acúmulo de

líquido en la nuca y parte posterior del cuello del feto, bajo la piel—asentí—. Bien—continuó—, la prueba de triple screening, es una prueba de rastreo que se realiza para detectar posibles alteraciones genéticas mediante la extracción de una muestra de sangre. En ella se valoran tres bioquímicos presentes en la sangre de Alison que, junto con la translucencia nucal, se emite un algoritmo de control que mide las posibilidades de que el feto tenga una anomalía—suspiró—. Y por eso estáis hoy aquí, porque los resultados de dichas pruebas nos indican que puede haber alguna anomalía.

Los dedos de Alison se tensan en mi mano.

—¿Qué tipo de anomalía? —balbuceé.

—Para poder responderte a esa pregunta necesitamos realizar una amniocentesis.

—¿Una qué?

—Amniocentesis, mediante una punción abdominal y del útero, se extrae líquido amniótico y se estudian los posibles trastornos fetales.

—Pero esa prueba es peligrosa, doctora Matthews... —murmuró Alison con la voz tomada.

—A ver, no voy a mentiros y, aunque es una técnica segura, es cierto que implica riesgos.

—¿Qué tipo de riesgos? —pregunté.

—La mayor complicación de la amniocentesis es el riesgo de aborto, aunque las probabilidades son mínimas, están ahí.

Alison ahogó una exclamación y negó con la cabeza.

Le di un ligero apretón en la mano y carraspeé.

—¿Cuándo tendría que realizarse esa prueba, doctora?

—No pienso hacérmela, Arthur, no si ello implica que pueda perder al bebé.

—Alison...

—No, ni de coña.

—¿Doctora?

—Alison, infinidad de mujeres realizan la prueba y no ocurre nada, ven nacer a sus hijos y son felices, de verdad. Tendrás que estar en reposo unos días y luego podrás hacer vida normal. Los resultados estarán en tres semanas, aproximadamente. Es conveniente que te la hagas, para eliminar cualquier duda, ¿entiendes?

Se miraron durante segundos eternos antes de que ella asintiera.

—¿Cuándo? —volví a preguntar.

—Déjame ver... —repasó la ficha que tenía sobre la mesa—. En estos momentos está de catorce semanas, tendríamos que hacerla dentro de dos, en la dieciséis.

—Díganos día y hora y aquí estaremos—dije.

Cogió su agenda y observó el calendario, luego nos dio una fecha y la hora.

—¿Estás de acuerdo, Alison? —preguntó.

—No hay otra alternativa, ¿verdad? —murmuro ésta.

—No, no la hay, lo siento.

Alison suspiró.

—Entonces supongo que estoy de acuerdo.

Desde entonces está apática, triste, ojerosa... Sé que no duerme bien y que la preocupación la supera. Me parte el alma verla así y, juro que, si pudiera cambiarme por ella, no dudaría en hacerlo. Pero no puedo. Se pasa horas delante del ordenador leyendo foros y blogs, donde mujeres que han pasado por la misma situación, cuentan su experiencia.

A veces la encuentro llorando y, mientras la abrazo, para consolarla, no puedo evitar sentirme culpable y acojonado. Ahora que estoy tan pendiente de ella, soy consciente de cómo día a día va cambiando su cuerpo.

Cómo se van ensanchando sus caderas. Cómo va creciendo su tripita, redondeándose... Lo bien que le sienta la ropa más holgada... Esta preciosa, joder. Y pensar que, dependiendo de los resultados de la amniocentesis tendrá que tomar una decisión, porque yo acataré lo que ella quiera hacer sin dudar, me destroza por dentro porque sé que para ella será un duro golpe. Lleva poco más de tres meses haciéndose a la idea de ser madre y amar a ese bebé. Formar su propia familia junto a él... Disfrutarlo... Amarlo... Criarlo... Interrumpir el embarazo a estas alturas sería un trauma que estoy seguro le costaría mucho superar y no quiero que pase por ello.

Odio esta maldita situación.

Con todas mis fuerzas.

Sus hermanos no tienen ni idea de lo que está pasando, se niega a decirles nada porque entonces la agobiarían y Adrien estaría continuamente pululando por las oficinas sin darle un respiro.

Hace unos días, éste, entró en la oficina y nos pilló en uno de esos momentos que últimamente tengo con ella cuando se viene abajo. Tenía las manos acunando sus mejillas y limpiaba sus lágrimas con los pulgares, mientras nos mirábamos a los ojos y le susurraba que no la dejaría sola. La voz de Adrien, a mi espalda, nos sobresaltó a ambos:

—¿Qué cojones te crees que estás haciendo, Preston? Quítale las manos de encima a mi hermana, joder.

En dos zancadas se aproximó a nosotros y Alison se tensó.

—¿Qué le has hecho? ¿Por qué está llorando?

Noté el gesto imperceptible de su cabeza y le guiñé un ojo.

—No está llorando, James, se le ha metido algo en el ojo, eso es todo.

Pero ya está, sólo era una molesta pestaña.

Ambos sonreímos, cómplices.

Más tarde fue cuando me pidió que por favor mantuviera el pico cerrado y no le dijera nada a sus hermanos de la prueba.

Le dije que sus deseos eran órdenes para mí.

Yo tampoco los quiero pululando a nuestro alrededor.

Y mucho menos ahora que estamos más unidos que nunca.

CAPÍTULO 19



Es sábado y me despierto más temprano de lo que quisiera. En lugar de levantarme, me quedo en la cama observando el techo. Desde que he vuelto a Londres, bien por unas cosas u otras, no he sido capaz de dormir un solo día hasta tarde. Me siento agotado física y emocionalmente. Sobre todo, esto último.

No consigo dejar de pensar en la prueba que el lunes le harán a Alison y, aunque delante de ella me mantengo sereno y en apariencia relajada, lo cierto es que tengo miedo. Miedo por ella.

Miedo por el bebé. Nuestro hijo. Mi hijo. No termino de acostumbrarme al cosquilleo que siento en el estómago cada vez que pronuncio esas palabras. Palabras simples con un significado enorme y que me abruman. Suspiro. No sé hasta qué punto estoy preparado para ejercer de padre.

De hecho, creo que no lo estoy en absoluto, joder. ¿Cómo voy a estarlo si es algo que no entraba en mis planes y me ha pillado por sorpresa? Vuelvo a suspirar. Al menos ya no noto esa losa que sentía sobre los pulmones. Supongo que, poco a poco, me estoy haciendo a la idea y que sólo será cuestión de tiempo acostumbrarme a ello.

«Sí, sólo es cuestión de tiempo, ya lo verás...».

Un estruendo en la cocina me sobresalta. Hace rato que escucho a mi padre trasteando en ella. Hoy, aunque no tengo ni pizca de ganas, porque no fui capaz de convencer a Alison para que también fuera, acepté ir a la barbacoa que Brooke da en su casa, y él se empeñó en hacer el postre para que no fuera con las manos vacías.

Una tarta de tres chocolates y que es la favorita de su novia, Amanda. Está preocupado por mí. Por mis silencios. Por mi abatimiento. Cuando ayer le hablé de mis planes para hoy, se entusiasmó tanto que, cuando quise darme cuenta, ya buscaba en los armarios los ingredientes para el postre y hablaba sin parar de lo bien que me lo iba a pasar.

Como si yo fuera un niño pequeño que va a su primera excursión del colegio. Verlo tan entregado conmigo, después de todo lo vivido, me hace pensar que yo también seré capaz, algún día, de hacer lo mismo con mi hijo.

«Tienes que contarle que va a ser abuelo...»

Miro el reloj que descansa sobre la mesilla de noche. Las ocho y cuarto de la mañana y yo dándole vueltas al coco sin parar. Ojalá existiera un botón de desconexión para poder relajar la mente, aunque solo fuera por un par de horas al día, joder. Estiro la mano y cojo el móvil al sentir su vibración sobre la madera. Es Luis, acaba de subir al avión y en cuestión de tres horas estará aquí. Como cada fin de semana que hay reunión de BDSM en Libertine, no duda en viajar para pasar tiempo conmigo.

Digo yo que también tendrá algo que ver que él y Dana parezcan tener algo más que una simple amistad. Que yo sepa se enrollan cada vez que viene. Incluso ha dejado de reservar la habitación de la posada de aquí al lado porque se queda en casa de ella.

Tengo que preguntarle al respecto, de este fin de semana no pasa que él y yo tengamos una charla. Sonrío. Me parece que ambos tenemos muchas cosas que contar.

«Sobre todo tú, papaíto...»

Aparto la sábana a un lado y me levanto. Me pongo una camiseta y el pantalón del pijama. Desde aquella vez que Amanda y yo tuvimos un encontronazo en el baño, me aseguro de estar completamente vestido antes de abandonar mi habitación, por si las moscas. Abro la puerta y sonrío al escuchar a mi padre tararear alguna vieja canción en la cocina.

Voy directo al baño y me contemplo en el espejo. Tengo un aspecto horrible por la falta de sueño y las preocupaciones. No importa, en cuanto pase todo esto de la amniocentesis y tengamos los resultados, que seguro serán positivos, recuperaré todas esas horas y volveré a ser el mismo. Hago un pis, lavo las manos, la cara y enjuago la boca.

Los aromas del chocolate y el café recién hecho, inunda mis fosas nasales cuando salgo del baño y me dirijo a la cocina. El estómago me ruje al ver el plato de tortitas con sirope sobre la mesa.

—Buenos días, papá—saludo entrando en la estancia y acercándome a él para darle un beso en la mejilla—. Parece que has estado atareado.

—Hola, hijo, y tú no parece que hayas dormido mucho. Espero no haberte despertado yo.

—No, tranquilo, es mi reloj interno, por eso de madrugar tanto durante la semana, supongo.

—Ya, supones...

Desvió la mirada de su rostro y la centro en el desayuno.

—Esas tortitas huelen de maravilla.

—¿Café?

Asiento.

—¿Tú ya has desayunado?

—No, quería hacerlo contigo y así poder hablar.

Pone delante de mí la taza de café y se sienta a la mesa.

—¿Pasa algo? —pregunto al ver, de repente, su gesto serio.

—No lo sé, dímelo tú.

—¿Yo?

—Hijo, no soy tonto y sé que hay algo en esa cabecita tuya que te preocupa. Y ya he esperado demasiado tiempo a que saliera de ti el contármelo, así que desembucha. Soy todo oídos.

—Papá...

—Arthur...

—Es complicado.

—Cuéntamelo.

Resoplo.

—Está bien. ¿Recuerdas aquella discusión que tuve con Theodore? —asiente—. Fue por su hermana Alison.

—¿Alison?

—Sí.

Su semblante se torna preocupado.

—¿Qué has hecho, hijo?

Nos miramos durante algunos minutos sin que me atreva a abrir la boca. Me avergüenza que sepa lo idiota que soy y me preocupa su reacción. Finalmente, y bajo su atento escrutinio, le voy desgranando todo lo acontecido desde aquel día del pícnic anual en Clover House. El día que mi perfecta y cómoda existencia, comenzó a resquebrajarse.

—Me cago en la madre que te parió, Arthur...

—Sí, yo también suelo acordarme de esa señora desde entonces y por el mismo motivo—digo con desdén.

—Pero ¿cómo se te ocurre, hijo?

—Papá, conoces a Alison, ¿qué hombre con sangre en las venas se resistiría a su acoso?

—¿Uno que sea el mejor amigo de su hermano? Por Dios, hijo, no sé en qué estabas pensando.

«En hundirme en ella y saborear cada partícula de su cuerpo, por ejemplo».

—Está claro que en aquel momento no pensé gran cosa, ¿no?

—No entiendo por qué no me lo dijiste cuando viniste a verme después de eso.

—Bueno, no estaba muy orgulloso de mí mismo por lo que hice y dije aquel día.

—Continúa.

Noto cómo se va horrorizando con mis palabras. Aquellas que intercambiamos Alison y yo junto al lago. Cuando yo dije que no quería ser padre bajo ningún concepto y ella estuvo de acuerdo. Cuando los dos dimos nuestra opinión al respecto y hablamos del papel que jugaríamos en la vida del bebé que, en mi caso, sería ninguno. Mi padre se lleva las manos a la cabeza y frunce los labios en una mueca que no sé descifrar.

—Eso es por mi culpa—rezonga en murmullos.

—¿Qué es por tu culpa?

—Lo de ser padre. Bueno, más bien el hecho de que no quieras serlo. Es por mí, lo sé, no he sido un ejemplo para ti ni me he comportado como un padre normal.

—Pero ¿qué dices, papá? No tiene nada que ver contigo.

—Claro que sí, no fui un buen padre para ti y tienes miedo de ser como yo, ¿verdad?

—Por supuesto que fuiste un buen padre para mí.

—Arthur, hijo, estaba siempre borracho y...

—Estabas ahí, papá, no me abandonaste. Siempre tenía un plato de comida en la mesa y me llevabas al colegio. A pesar de todo, te preocupabas por mí y nunca me dejaste solo. Me mantuviste a tu lado, aun cuando tu vida se había derrumbado.

Sus ojos se humedecen.

—Te quería y eras lo único que me quedaba... Cada mañana, al

despertarme, me decía que no iba a volver a beber, que tú no volverías a verme en ese estado nunca más, pero era débil..., y beber me hacía olvidar y mitigaba mi dolor. Nunca se me pasó por la cabeza abandonarte a tu suerte, hijo, antes muerto que deshacerme de lo único que había hecho bien en la vida. Tú eras lo más importante para mí, y, aun así, no fui capaz de dejar el alcohol hasta que le vi las orejas al lobo.

—No te atormentes, papá, ya hemos superado esa larga etapa y estoy muy orgulloso de ti.

Asiente, emocionado.

—Si no es por mí, ¿por qué entonces no quieres reconocer a ese bebé si es tuyo?

Inspiro hondo.

—Porque las personas actuamos sin pensar en las consecuencias de nuestros actos. Porque nos volvemos egoístas y sólo pensamos en nosotros mismos. Porque si estoy solo, si no quiero a nadie, tampoco le haré daño ni lo defraudaré. No haré que su vida sea una porquería y que sienta que no vale nada, que fue un error.

—Tú no fuiste un error, hijo...

—Para ti no.

—Ese bebé no tiene la culpa de lo que haya hecho tu madre y, al igual que yo no pagué con nadie lo que hizo, tú tampoco debes hacerlo—sus ojos buscan los míos—. Haz las cosas de tal manera que tu conciencia esté limpia, hijo, porque los remordimientos de ésta no te dejarán vivir tranquilo. Piénsalo bien antes de que cometas una estupidez y te arrepientas toda tu vida.

—No hay nada que pensar, ya está decidido.

—Arthur...

Le hablo de los resultados de las últimas pruebas de Alison y de los riesgos de hacerse la amniocentesis.

—Ese bebé es mío y no pienso abandonarlo, papá—aseguro categórico—, ni ahora ni nunca. Siempre me tendrá ahí, a su lado, igual que hiciste tú conmigo.

Alarga la mano y coge la mía, que descansa sobre la mesa, y me da un ligero apretón.

Por último, salen a relucir mis miedos, todos juntos y a la vez. La angustia que me crea pensar que haya que interrumpir el embarazo. La tristeza que me embarga cuando veo a Alison en ese estado de impaciencia y pesadumbre. La impotencia que siento por no poder hacer nada para evitar

todo esto. La desazón... El pánico... La culpabilidad...

—Sólo Dios sabe por qué permite que pasen las cosas, hijo, debes de quedarte siempre con lo positivo. Entiendo tus miedos, y más ahora que has aceptado ejercer el papel que te toca y que cabe la posibilidad de que no llegues a hacerlo. No obstante, quédate con eso, con que esta situación te ha hecho abrir los ojos y querer ser el padre de ese bebé cuando te negabas a ello. Esos miedos han despertado tu instinto paternal, puede que ese fuera el cometido de Dios con esta prueba.

—¿Desde cuándo te has vuelto tan religioso?

—Desde que Dios se apiadó de mí a las puertas de la muerte y me dio una segunda oportunidad. Cada día le doy las gracias por ello—suspira—. Una segunda oportunidad que no pienso desaprovechar, hijo. Una segunda oportunidad llena de cosas buenas: mi rehabilitación, tú, aquí en casa conmigo, Amanda, y ahora voy a ser abuelo, ¿qué más se puede pedir? Nada. Bueno, sí, que algún día llegue a verte casado y feliz. Lo que me lleva a preguntarte..., ¿qué sientes por Alison? ¿Estás enamorado de ella?

Suelto una carcajada.

—¿Enamorado? Nooo, ni de coña.

—Pareces muy seguro de ello.

—A ver, me gusta estar con ella, es muy divertida y me hace reír. También me saca de quicio, sobre todo con sus cambios de humor, aun así, nos llevamos bien—sonríó—. Está como una puta cabra y tiene los ovarios bien puestos. Tenías que ver cómo les baja los humos a sus hermanos, sobre todo a Adrien, es increíble; pero no, no estoy enamorado de ella. Sólo somos amigos.

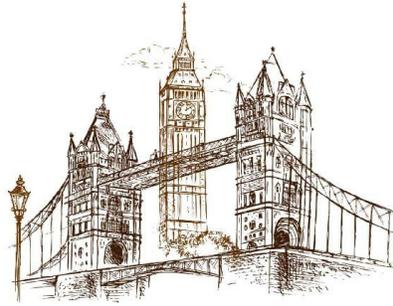
Enarca una ceja y me mira ¿divertido?

El teléfono y el timbre de la puerta eligen ese preciso momento para sonar ambos a la vez.

Mientras voy a abrir la puerta, noto la felicidad en el tono de su voz al responder la llamada y decirle a Amanda que va a ser abuelo.

«Ojalá nada empañe esa felicidad...».

CAPÍTULO 20



Conduzco hasta Dover, exactamente hasta la zona de la playa, y enfilo la calle que me lleva a las casas unifamiliares y de color blanco, donde vive Brooke y se celebra la barbacoa. Luis, a mi lado, me ha ido desgranando los últimos días en el Libertine. Lo agradable que está siendo la experiencia de trabajar en el club de caballeros más distinguido de la isla y lo bien que se lo pasa con Javier y Pablo en algunas de sus salidas nocturnas. No obstante, admite echar de menos el Lust, el club que ayudó a poner en funcionamiento, y trabajar codo con codo con Rebeca y Mila.

Esta última, por lo visto, ha intentado ponerse en contacto con él vía mensajes, supuestamente para saber cómo le va. Aunque, sinceramente, yo creo que ahora que mi amigo se ha distanciado de su vida, es ella la que empieza a mostrar interés. Caía de cajón que sería así si a ella le importaba un poco Luis. De momento parece que no me equivocaba, pero bueno, eso tampoco significa que esté en lo cierto.

—¿Y le has respondido a los mensajes? —indago con curiosidad.

—Si nunca le importó cómo estaba cuando me dejó, ¿por qué iba a hacerlo ahora? No, no le respondí. No quiero saber nada de ella y tampoco que ella sepa nada de mí. He pasado página, al menos lo estoy intentando.

Asiento.

—¿Qué me dices de Dana?

—¿Dana?

—Sí. ¿Qué hay exactamente entre vosotros?

—Básicamente sexo. Un sexo cojonudo, la verdad.

—¿Sólo sexo? ¿No hay ningún otro sentimiento?

Se queda pensativo unos segundos y niega con la cabeza.

—De momento, no. La chica me gusta, no te lo voy a negar, porque es divertida y, Dios, está muy buena, pero no voy a cometer el mismo error que cometí con Mila, te lo aseguro.

—¿La estás utilizando para olvidarla?

—No, simplemente me gusta y punto.

—Luis..., duermes con ella cada vez que vienes y...

—No duermo con ella, Arthur, follo con ella, que es muy diferente— resopla—. Mira, he tenido una etapa jodida con todo eso de Mila y lo que menos busco ahora es complicarme la vida, ¿entiendes? Lo único que quiero es divertirme, sin ataduras, sin sentimientos, nada de nada. Sólo sexo, fin de la historia.

—¿Y ella lo sabe? Quiero decir, ¿no se estará haciendo ilusiones contigo? Porque tengo la sensación de que Dana no piensa lo mismo que tú. Siempre está hablando de ti, tío, te saca a relucir en todas las conversaciones y, bueno, no es que la conozca mucho y la considere mi amiga, pero, no me gustaría que le hicieras daño, ¿sabes?

—No te preocupes, amigo, sé lo que me hago, entre nosotros todo está claro. Ya te dije que no quiero que ocurra lo mismo que con Mila. Por eso antes de enrollarme con Dana fui sincero con ella. Lo nuestro no es una relación, es un desahogo sexual, nada más.

—Vale, mientras los dos lo tengáis claro, me parece estupendo.

—¿Y qué me dices de ti? ¿No tienes ningún desahogo a la vista? Últimamente estás un pelín raro y hablamos muy poco.

Suspiro y aparto los ojos de la carretera un instante para mirarlo a la cara.

—He tropezado con la misma piedra, Luis—suelto.

Sus ojos se agrandan en cuanto capta el significado de mis palabras.

—¿Estamos hablando de esa piedra, de Alison? —asiento—. ¡No jodas!

«Eso es precisamente lo que he hecho, sí, joder con ella...»

—Pero ¿cuándo? Y... Y... ¿Cuándo?

Me río.

—Pareces algo sorprendido.

—¿Sorprendido? ¿Sorprendido? Nooo, sólo empiezo a pensar que te has vuelto loco. Tío, ¿lo dices en serio?

—Totalmente en serio.

—Desembucha, joder, me tienes en ascuas.

Y lo hago.

Le hablo del evento de la clínica y lo sorprendido que me quedé cuando la vi allí; de lo que hablamos y lo picotera que fue, delante de mi padre, para que la invitara a bailar; que me fui con ella a su casa, que luego

resultó ser la de Adrien, y que estuvo a punto de pillarme allí; de las discusiones en la oficina, ocasionadas por sus cambios de humor y las putas hormonas de los cojones, y de la llamada de la doctora Matthews.

—¡Me cago en la puta! —exclama.

Suelto una carcajada.

—¿Eso es lo único que vas a decir? ¿Me cago en la puta?

—Hostias, Arthur, esto es muy serio, tío, que le has dicho a la doctora que eras el padre del bebé, ¿tienes idea de qué significa eso?

—Sí, la tengo, y se me ha quitado un peso de encima al aceptarlo.

—¡Madre mía, vas a ser padre...! Quiero decir que..., que...

—Sé lo que quieres decir, Luis, te entiendo y quiero hacerlo, de verdad que sí.

—Entonces hay que celebrarlo, macho—ríe y me da una palmada en la espalda—. ¿Y Alison qué opina? Ya sabes, me refiero a que en un principio cada uno iba a hacer su vida y, ahora..., bueno, de una manera u otra eso ha cambiado.

—No lo sé, con todo esto de las pruebas no lo hemos hablado, pero espero que no se lo tome a mal, sinceramente, no me gustaría tener que lidiar con abogados y todas esas historias para reclamar mis derechos como padre.

—Bueno, entonces habrá que esperar, ¿no?

—Sí, en cuanto tengamos los resultados de la amniocentesis, el siguiente paso será sentarnos y hablar de ello, supongo.

—¿Sabes? Nunca entendí por qué te negabas a asumir lo del bebé. Tus motivos tendrías, evidentemente, pero, confieso, aunque nunca te lo dije, que me cabré contigo por mostrarte tan frío con el tema. Soy de esas personas que piensa que, a lo hecho, pecho, y siempre tuve la esperanza de que recapacitarías. Eres un buen tío, Arthur, y no esperaba menos de ti. Vas a ser un padre cojonudo, ya lo verás.

Asiento, emocionado.

«Eso espero...»

Cuando la monótona voz que sale del GPS me dice que he llegado a mi destino, busco un lugar donde aparcar el coche. Lo encuentro unos pocos metros más allá de la casa de Brooke, quito la llave del contacto y ambos salimos del coche. Saco del maletero la tarta de tres chocolates y un par de cajas de cerveza. Luis me ayuda con estas últimas y recorremos el corto camino hasta la puerta.

—No parece que te entusiasme mucho estar aquí—me dice Luis antes

de llamar a la puerta.

—No mucho, la verdad.

—¿Entonces por qué has venido?

—Supongo que, porque necesito desconectar un poco, además Brooke me dio mucho la tabarra y me supo mal negarme.

—Seguro que lo pasamos bien.

—Seguro.

«Si Alison estuviera aquí, sería mucho mejor...»

Inspiro y llamo a la puerta.

Enseguida escuchamos al otro lado los pasos de alguien que se acerca a abrir.

Luis me mira y me guiña un ojo.

Brooke nos recibe con una sonrisa de oreja a oreja. La seguimos por una gran estancia, que supongo es el salón, y salimos al jardín por unas amplias puertas de cristal correderas. Un jardín muy bien cuidado, con una gran barbacoa de piedra a la derecha y una mesa alargada llena de viandas y bebidas de todo tipo, donde dejamos la tarta y las cervezas. Allí fuera, hay alrededor de unas veinte personas. Personas en las que no me fijo porque, automáticamente, unas piernas bronceadas y bien torneadas, llaman mi atención.

Unas piernas que no dudo en recorrer con la mirada, desde el dedo gordo del pie, hasta los muslos. Un cosquilleo me recorre la columna vertebral. Unas piernas que sé más que de sobra a quién pertenecen y que han estado abrazadas a mis caderas, instándome a moverlas.

Mi mirada asciende por el resto de su cuerpo, con lentitud, apreciando cada detalle de éste: la camisola blanca y lunares azul marino, que cubre su ya redondeada barriguita de embarazada, y con sólo dos botones abrochados; sus pechos, que suben y bajan, motivados por una respiración que no parece pausada, y algo más llenos desde que puse mis manos y mi lengua sobre ellos la primera vez; su cuello esbelto, donde mis labios se recrean y mi nariz cosquillea al inhalar su olor; los labios curvados hacia arriba, en esa media luna que me cautiva, y sus preciosos ojos color chocolate, clavados en mí. Trago saliva.

«Joder...»

—¿Ves algo que te guste, Preston? —pregunta burlona sin moverse del sitio.

Varias cabezas se giran en mi dirección y prestan atención.

Sonrío de medio lado.

—Nada de otro mundo.

—¿Entonces por qué te brillan los ojos?

—Porque tengo conjuntivitis.

Tuerce el gesto, antes de echarse a reír.

—Qué lástima... —musita altanera dándome la espalda.

Río.

Luis me da un codazo en las costillas.

—Parece que la piedra acaba de ponerse a tiro, amigo mío, tú verás si la esquivas o te la llevas por delante...

—Capullo.

Cogemos un par de cervezas de encima de la mesa, la mía sin alcohol, y cada uno toma una dirección distinta. Él, en busca de Dana, y yo, evidentemente, de mi preciosa piedra.

«Creo que tienes un problema, chaval...»

Antes de llegar hasta donde está, como si presintiera que soy yo el que se acerca, se vuelve y me dedica una de sus espectaculares sonrisas.

—Hola, mirón—saluda inclinando un poco la cabeza.

—Hola, acosadora—respondo imitando el gesto—. No esperaba encontrarte aquí, sobre todo después de que me mandarás a paseo por tratar de convencerte de que vinieras.

—Lo siento, ayer fui un poco grosera contigo.

—Como siempre.

—Eso no es cierto.

Sonrío.

—No, no lo es, puedes ser un encanto cuando quieres... ¿Cómo estás?

—Ansiosa por que llegue el lunes.

—Yo también.

—Estás muy guapo—dice como si nada.

—¿Qué? —la miro sorprendido.

Se le escapa una carcajada.

—Que estás muy guapo, Arthur Preston, esa sonrisa pícara te sienta de maravilla, al igual que esos tejanos ajustados y desgastados que llevas. Seguro que te hacen un culo espectacular.

«Te está vacilando, tío...»

—¿Quieres que me gire para que puedas comprobarlo?

Se encoge de hombros.

—No necesito comprobar nada, lo sé a ciencia cierta.

No sé por qué, pero me ruborizo por su comentario.

«¿Qué cojones te pasa con esta mujer, macho?»

—¿Cómo está tu padre? —pregunta quitándome la cerveza de las manos y bebiendo de ella.

«Feliz porque sabe que va a ser abuelo...»

—Bien, feliz porque su hijo socialice por una vez. De hecho, hizo una tarta de tres chocolates para que no viniera con las manos vacías.

—Se preocupa por ti.

—Lo sé.

—¿Nunca has tenido novia?

Enarco una ceja.

«¿A qué viene esa pregunta?»

Achino los ojos.

—Si vamos a jugar a verdad o atrevimiento, prefería escoger atrevimiento.

—¿Por qué? ¿Porque la pregunta no te gusta?

Doy un par de pasos, pegándome un poco más a ella.

—No. Porque me mandarás alguna estupidez, como, por ejemplo, besarte.

Sonríe.

—Pero dijiste que eso no era una estupidez, sino una adicción... —susurra con la voz entrecortada.

—Cierto.

Nuestros ojos colisionan y se enredan.

Nuestras respiraciones se aceleran.

La piel hormiguea...

«Joder, Arthur, no hace ni veinte minutos que estás aquí y ya la tienes dura como una piedra...»

—Eh, colega, no somos capaces a encender el fuego de la barbacoa, ¿nos echas una mano? —dice Luis a mi lado—. Ostras, perdón, no quería..., yo no...

—Ahora voy—digo sin apartar la mirada de la de ella.

—Claro, tómate tu tiempo.

En cuanto Luis nos deja solos, entre comillas, porque en realidad estamos rodeados de gente, inclino la cabeza, acerco mi boca a la suya y musito sobre sus labios:

—Toda tú eres una adicción, Alison James. Y no, nunca he tenido novia—entonces rozo sus labios con mi lengua y me separo antes de que podamos saborearnos como quisiéramos—. ¿Seguimos luego con esta interesante conversación? —asiente, incapaz de pronunciar palabra—. Ni se te ocurra acosar a nadie que no sea a mí.

Suelta una carcajada.

—Idiota.

Le guiño un ojo.

Sólo cuando estoy a unos metros de distancia, soy capaz de respirar con normalidad.

«¿Qué cojones estás haciendo, chaval?»

CAPÍTULO 21



Llego al The Portland Hospital con una hora de antelación, solo.

Podría haber pasado a buscar a Alison por el apartamento de Adrien, pero, con el miedo de que él y Caitlin podrían llegar en cualquier momento de su fin de semana en Ibiza, y el riesgo que eso supondría para mí, si me vieran allí, decidimos que era mejor que nos encontráramos aquí en el hospital.

Si llegan a enterarse de lo que está pasando entre nosotros, estaría acabado y arruinado.

Lo sé, debería de mantener las distancias con ella y que nuestra relación fuera estrictamente laboral, como se acordó en un principio.

No obstante, no sé qué me pasa con mi acosadora que, es verla y olvidarme de todo: de sus hermanos, de la cláusula, de que ninguno de los dos quiere atarse a alguien... Durante todo el día de ayer, me he preguntado qué cojones estaba haciendo con mi vida, aparte de buscarme una ruina, claro.

Aún no lo sé, sigo sin tener una respuesta clara. En cuestión de mes y medio, he pasado de no querer ser padre, a desearlo. He pasado de apenas fijarme en Alison, a tenerla continuamente en el pensamiento.

He pasado de pensar en alejarme lo máximo posible de esta situación, a todo lo contrario: cuanto más cerca mejor para no perderme nada de nada. Y eso me asusta.

Me asusta porque veo que todas mis convicciones y las cosas que yo quería para mi vida se resquebrajan a pasos agigantados sin que esté haciendo nada por evitarlo, cuando debería de estar luchando con uñas y dientes para que mi mundo siga intacto, como a mí me gusta.

En cambio, aquí estoy, en la sala de espera de un hospital, angustiado porque a la madre de mi hijo le van a realizar una prueba que entraña

riesgos para el embarazo.

Preocupado y rezando para que esa prueba salga bien y su resultado sea positivo. Sintíendome liberado por asumir mis responsabilidades y aceptando el hecho de que Alison James me gusta más que comer con los dedos.

¿Qué será lo próximo?

Inspiro con fuerza y meneo la cabeza de lado a lado, como si ya estuviera resignado a lo que esté por venir.

Me acerco a la máquina expendedora a por un café, que seguro sabrá a demonios. Mientras me lo tomo, sentado en una de esas incómodas sillas de plástico, dejo que las imágenes del sábado, con ella, campen a sus anchas por mi cerebro. Recordar la intensidad de nuestras miradas hace que se me corte el aliento.

Al igual que el roce de nuestros dedos, o los susurros compartidos. Las bromas... Los silencios cómodos... El paseo por la playa, cuando todos los demás se estaban dando un baño... Su risa... Mis carcajadas... Sus suspiros... Los míos... Las ganas... Eternos preliminares que nos iban indicando el camino a seguir. Un camino que nos condujo a su apartamento cuando el resto decidió seguir la fiesta en los pubs de moda de Dover.

Hicimos el corto trayecto en silencio, mirándonos de soslayo. Con la tensión sexual flotando en el ambiente, electrizando cada partícula que nos rodeaba.

Al menos así lo sentía yo, que tenía el corazón a mil por hora y notaba la piel, aparte de otra parte de mi cuerpo, tirante y ardiente por la expectación.

No obstante, una vez en su apartamento, no nos lanzamos el uno al otro como hicimos las veces anteriores. Al contrario, nos lo tomamos con calma, haciendo que el deseo creciera a la vez que lo hacía la necesidad. Fue una deliciosa tortura no tener prisas en arrancarnos la ropa, aunque en realidad sí que la teníamos, al menos yo. Prolongar el momento fue una experiencia inolvidable, como tantas otras que estaba compartiendo con ella.

Suspiro con fuerza y cierro los ojos, para que las personas que están allí en la sala no sean testigos de mi anhelo, y sigo recordando. Recordando la vibración de su voz cuando me dijo que me pusiera cómodo y preguntó si quería tomar algo.

A lo que sólo pude responder negando con la cabeza, porque tenía la garganta demasiado seca como para decir nada. Recordando el temblor de sus manos cuando se quitó la chaqueta y la colocó en el respaldo de una silla.

Sus mejillas sonrosadas o el subir y bajar de su pecho por la respiración algo agitada. El sonido de sus pisadas al caminar hacia mí y sentarse a mi lado, como si de repente se hubiera vuelto la mujer más vergonzosa del mundo, cuando ambos sabíamos que no era así.

El chispazo que me recorrió el cuerpo cuando nuestros ojos se encontraron y se mantuvieron ahí, observándose, durante minutos eternos.

La lentitud con la que su aliento me rozó los labios, entreabiertos, cuando me aproximé a ella y bajé la cabeza para besarla. En ese momento, justo cuando nuestras bocas se unieron, juro que sentí que el corazón se me paralizaba y se saltaba unos cuantos latidos.

Entonces, su primer gemido, entrecortado y ronco, enardeció mis sentidos y tuve que obligarme a parar y ralentizar mi respiración.

—¿Qué estamos haciendo, Arthur? —pronunció con la voz quebrada.

Me reí.

—Mal vamos si tengo que explicártelo.

—Me refiero a...

Acallé sus dudas y mis miedos con otro beso largo y profundo.

Ya no hubo vuelta atrás.

Sin separar nuestras bocas, y con las lenguas unidas en una danza húmeda y cadenciosa, desabroché su camisola y acaricié su piel por encima del sujetador, notando los desenfrenados latidos de su corazón en la palma de mi mano.

La mantuve ahí, agradeciendo no ser el único que parecía descontrolarse cuando estábamos juntos y sonreí para mis adentros, complacido. Luego, fui deshaciéndome de cada una de sus prendas con parsimonia, regodeándome en que mi tacto le ponía piel de gallina allí donde se iban posando mis manos: el cuello, la clavícula, los pechos, el vientre... Un vientre abultado que lamí con dedicación y lentitud, hasta que enterré la cara entre sus muslos y el olor del deseo que yo estaba provocando, me descontroló.

Estaba tan húmeda... Tan caliente... Tan receptiva... Degusté el salado sabor de sus fluidos con gula y enterré mi lengua en su cavidad, a la vez que con el pulgar presionaba y trazaba círculos sobre su clítoris. Sus jadeos me llegaron ahogados y me gustó la fuerza con la que sus dedos aprisionaron mi pelo y tiraron de él.

Paré antes de que se corriera. Lo hice porque quería que fuera mi polla la que estuviera dentro de ella cuando llegara ese momento, y no mi lengua.

Ese instante en el que se convulsionaba, apretándome y exprimiéndome, era simplemente glorioso.

No perdí el tiempo en desvestirme, desabroché el pantalón, liberé mi endurecida polla, y me hundí en ella ahogando una exclamación. «¡Joder...!» Cerré los ojos y me relamí: su interior era el puto paraíso y me hacía sentir bienvenido.

Me moví con lentitud, adentro y afuera, con las manos separando sus muslos y los ojos clavados en los suyos, que me miraban sin ver, perdidos en el éxtasis del momento.

Sus caderas se balanceaban siguiéndome el ritmo y su espalda se arqueaba, cual gata estirándose al sol, ronroneando de placer. Preciosa... Entregada... El orgasmo me sobrevino de repente, como un estallido de fuegos artificiales explosionando en mi interior, dejándome atolondrado. Poco después, fue ella la que pareció quedarse en la inopia tras gemir mi nombre una y otra vez.

¿Qué nos estaba pasando?

Me sobresalto al sentir una mano presionando mi hombro y abro los ojos de par en par. El miedo en los suyos es lo primero que veo, luego la furia. Está enfadada conmigo y con razón.

—¿Qué haces aquí? —espetá.

—Quedamos en vernos aquí, ¿no?

—Sí, pero eso fue antes de que el sábado de madrugada te marcharas de mi casa sin decir nada.

Es cierto, lo hice.

Me fui al descubrir la magnitud de lo que sentí cuando, al abrir los ojos horas más tarde en su cama, un tipo enmarcado en plata y protegido por fino cristal, me observaba desde la mesilla de noche, burlándose de mí mientras la abrazaba a ella, que lo miraba encandilada, emanando amor por cara poro de su piel. Una punzada de celos me atravesó el esternón y me asusté. Busqué mis ropas en el salón, me vestí y salí por la puerta sin mirar atrás.

Era hora de marcar las distancias, de lo contrario...

—¿No vas a decirme por qué te marchaste?

—¿Acaso importa?

—No.

—¿Entonces por qué estás tan cabreada?

—Porque yo no soy una de tus amiguitas, Arthur.

—¿Y qué eres? ¿Qué somos nosotros, Alison?

En lugar de responder, me fulmina con la mirada.

—Ya imaginaba que no encontrarías una palabra que nos definiera...

—rezongo.

—Cállate.

—Si me callo no podré ahuyentar ese miedo que sientes en este momento y que hace que quieras saltarme a la yugular para no enfrentarte a él. Cualquier excusa es buena para dejar de pensar, ¿no?

—¿Tanto se nota?

Asiento.

—Cuando te sientes vulnerable siempre vas a saco.

—Y tú siempre entras al trapo.

—Es lo que buscas cuando me atacas, que te confronte. Te doy lo que necesitas. Creo que ya tengo asumido que soy tu saco de boxeo personal.

—Eres un buen contrincante.

Sonrío.

—Lo sé.

—La próxima vez déjame una nota o algo así.

—No será necesario.

—¿No vas a volver a huir en mitad de la noche?

—No, no habrá una próxima vez—digo convencido.

Sus ojos buscan los míos.

—¿A qué tienes miedo tú, Arthur?

«A enamorarme de ti...»

—A que esto se nos vaya de las manos—respondo señalándonos a ambos.

—Eso no pasará si los dos tenemos claro lo que queremos.

«Ese es el problema...»

—¿Tú lo tienes claro? —pregunto, ansioso por saber cuál es su respuesta.

—Por supuesto. ¿Tú no?

«Creía que sí...»

—Claro—musito—. Anda, ven y siéntate—tiro de su mano y enredo los dedos con los suyos—. Todo va a salir bien, Ali, ya lo verás.

Asiente sobre mi hombro y suspira.

—Eso espero.

Poco después, una enfermera pronuncia su nombre desde la puerta.

Ambos nos ponemos en pie.

—Usted no puede entrar con ella—me dice.

—¿Puedo al menos acompañarla hasta la puerta de la consulta?

—Siempre y cuando no se quede en el pasillo a esperar, sí.

Seguimos a la enfermera por el blanquísimo pasillo en silencio, cogidos de la mano. Al llegar a la puerta de la consulta, la abrazo con fuerza y alzo su barbilla para mirarla a los ojos.

—Si en algún momento ahí dentro, te vienes abajo, piensa en lo capullo que soy y en cuál será la siguiente bronca que me vayas a echar, eso hará que te distraigas.

Se le escapa una carcajada.

—Eres idiota.

—Puede que lo sea un poco, sí.

—Gracias—murmura antes de darme un beso casto en los labios y entrar dentro.

La espera, aunque apenas dura veinte minutos, se me hace eterna. Las agujas del reloj no parecen avanzar y la angustia empieza a apoderarse de mí cuando veo su rostro aparecer de nuevo por la puerta. Me pongo en pie, como impulsado por un resorte y me acerco a ella.

—¿Cómo estás? —indago escudriñándola.

Suspira.

—Bien, tengo que esperar una hora antes de que pueda irme, por si acaso.

La ayudo a sentarse y me acuclillo frente a ella.

—¿Te ha dolido?

—No, ha sido más bien una sensación rara, no dolor.

—¿Seguro que estás bien?

—Sí, lo estoy.

La siguiente hora transcurre en un constante tira y afloja. Ella se empeña en ir a su apartamento, en Dover, y quedarse allí los días que debe estar de reposo. Yo me niego porque es una locura y un riesgo que se quede sola.

Evidentemente discutimos, manteniéndose cada uno en sus trece. Ella que sí, y yo que no. Así durante una eternidad, sacándome de quicio.

Si ella se niega a decirle nada a su familia, para que cuiden de ella; y yo insisto, porque no debe estar sola, por lo que pudiera pasar, sólo hay una solución posible.

Una que a ninguno de los dos nos hace ni pizca de gracia.

CAPÍTULO 22



Antes de coger la autopista hasta Dover, para dejarla en su apartamento, paso por mi casa y meto en una bolsa de viaje: varias prendas, artículos de aseo, el portátil, un libro y poco más. Luego, con prisa, escribo una nota para mi padre y la dejo en la puerta del refrigerador sujeta por un imán de la isla de Ibiza que le traje hace ya algunos años.

Por último, me cercioro de que llevo todo lo necesario para estos días y cierro la puerta tras de mí con la sensación de que voy directo a la boca del lobo.

Instalarme con Alison estos días para cuidarla, no es precisamente la idea que tenía en mente para marcar las distancias, aun así, prefiero sacrificarme a tener que lamentarme más adelante en el caso de que a ella le pasara algo estando sola.

Mi conciencia no lo resistiría y nunca dejaría de sentirme culpable por haber dejado que se saliera con la suya. Esto no lo hago por mí.

Ni siquiera por ella. Lo hago por nuestro bebé. Suspiro. Está bien, lo reconozco, también lo hago por ella, para qué vamos a engañarnos.

Dejo la bolsa en los asientos traseros del coche y me pongo al volante.

Alison resopla con impaciencia, varias veces.

—Suéltalo de una vez—mascullo entre dientes.

—Sigo pensando que es una gilipollez que te empeñes en cuidar de mí, puedo hacerlo perfectamente yo sola.

Pongo los ojos en blanco y cuento hasta diez.

—¿Y qué pasaría si comienzas a sangrar? ¿O si pierdes el conocimiento por lo que sea? Dime, qué harías entonces, ¿eh? Podría llevarte a Clover House, pero eres tan sumamente cabezota que te niegas a que tu

familia sepa nada de lo que está pasando y te ayuden; así que..., esto es lo que hay, Alison, o te cuidan ellos o lo hago yo, tú eliges.

—No me gusta que invadan mi intimidad, ¿vale?

—Por el amor de Dios, sólo serán unos días, no voy a instalarme contigo para siempre, joder.

Vuelve a resoplar con fuerza.

—Prefiero tener que lidiar contigo a hacerlo con ellos.

—Bien, decisión tomada. Prometo que ni siquiera notarás mi presencia en tu apartamento.

—Sí, como si eso fuera posible—musita por lo bajo.

La miro.

—¿Por qué dices eso?

—Por nada.

—Alison...

—Arranca de una maldita vez, ¿quieres?

—Borde.

—Mandón.

Sonrío.

Esta mujer me vuelve loco, en todos los sentidos.

«Ya veremos si sonrías cuando pasen estos días, listo».

Dos horas más tarde, estoy entrando en Cannon Mills, la urbanización donde está su apartamento y en la que no me había fijado la vez anterior que estuve aquí. Imposible hacerlo si todo mi interés estaba centrado en ella y en lo que pasaría una vez estuviéramos en su casa, ¿verdad?

Aparco el coche en la primera plaza que encuentro libre frente al edificio de tres plantas.

Respiro hondo antes de abrir la puerta y salir.

¿Sabes dónde cojones te estás metiendo, idiota?

«Sí, tengo una ligera idea...»

Cojo la bolsa de los asientos de atrás, la sigo hasta el portal número ciento cuatro y subimos a la última planta. Tampoco me había parado a observar su apartamento, hasta ahora, que será mi hogar durante toda esta semana. Es espacioso, luminoso y moderno. Paredes en blanco, crema y gris. Muebles de madera clara y suelos de parqué. Sencillo, elegante y coqueto. Como ella.

Me gusta.

«Mira, también como ella...»

—Puedes dejar tus cosas en esta habitación—farfulla señalando una puerta, de mala gana.

—¿Vas a estar todo el tiempo en este plan? ¿Refunfuñando y protestando por todo?

Se encoge de hombros.

—Si no te gusta te fastidias. Como tú dices, es lo que hay.

—Tú misma.

—Exacto, yo misma.

Poso la bolsa sobre la cama y saco mis pocas pertenencias, que coloco en la cómoda y el armario. Dejo los artículos de aseo en el neceser y el portátil encima de una de las mesitas. Miro el reloj. Debería de ir a la oficina y ponerme al día con mi trabajo y el suyo. Pero no lo haré hasta asegurarme de que ella está bien instalada y con todo lo que pueda necesitar en mi ausencia al alcance de la mano. Cuando vuelvo al salón, ya se ha puesto cómoda: pantalón corto y camiseta holgada. Se ha recogido el pelo en una cola de caballo y está tumbada en el sofá, mirando algo en su teléfono.

—Adrien me ha llamado unas cinco veces—dice con un mohín de niña pequeña.

—Normal, se preocupa por ti.

—¿A ti también te ha llamado?

Saco el teléfono del bolsillo trasero de los pantalones y lo miro.

—Pues sí, varias veces.

—¿Crees que habrá pasado algo en la oficina?

—No, no lo creo. Seguro que se ha pasado por allí a tocar un poco los cojones y al no estar ninguno de los dos, ya sabes...

—Sí, lo sé. Oye, si hablas con él dile que hemos tenido un desayuno de negocios.

—¿Con quién?

—Y yo qué sé, Arthur, con el primero que se te ocurra.

—Deberíamos de ponernos de acuerdo para que nuestras explicaciones coincidan, ¿no te parece?

—Sí, tienes razón.

Al final, quedamos en decirle que nuestro desayuno fue con un empresario interesado en contratar una visita guiada, para sus empleados, por el museo.

Luego, voy a la cocina y preparo una bandeja, que encuentro en uno de los armarios, con un sándwich, algo de fruta, una botella de agua, un paño de

cocina y servilletas. Lo dejo todo sobre la mesita central, que hay frente al sofá. Busco el mando de la televisión y lo pongo junto a la bandeja.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —espeta molesta.

—¿Ponerte las cosas fáciles para que no tengas que moverte del sofá y puedas descansar?

—Puff, ya te dije que no era necesario.

—Por favor, deja de quejarte y permite que te cuide.

—¡Y tú deja de pulular a mi alrededor, me pones de los nervios!

Nos retamos con la mirada e inspiro con fuerza, frustrado.

—Está bien, tú ganas. Ahí te quedas.

—¿Adónde coño vas? —grita cuando ve que me dirijo a la puerta.

—A pulular alrededor de alguien que sea más agradecido que tú.

—Arthur...

—Si necesitas algo llama a tu familia, seguro que estarán encantados de venir a aguantar tu buen humor.

Antes de salir por la puerta, cojo las llaves del apartamento y las meto en el bolsillo.

—¡Arthur! —vocifera.

Mi respuesta es un buen portazo, a ver si así se le bajan los humos.

Me saca de quicio, joder.

De camino a Green Clover, me convenzo de que lo que estoy haciendo es lo correcto y de que la reacción de Alison no es normal. Si yo estuviera en su lugar, me sentiría agradecido y no trataría de joder a la persona que se ha ofrecido a ayudarme. Pero claro, ella se sale de lo normal, no es como nadie que haya conocido. En realidad, excepto a Caitlin y Rebeca, nunca le había dedicado a una mujer el tiempo necesario para llegar a conocerla.

Hasta ahora. Joder, es igual de testaruda que sus hermanos. Cabezota y gruñona. Con la de piedras que hay en el camino, y he tenido que tropezar precisamente con esta. ¡Manda huevos!

«¿De verdad preferirías que fuera otra?»

Joder, preferiría que no fuera ninguna.

Una vez en el aparcamiento de Green Clover, veo que tengo una llamada perdida de mi padre, otra de Luis y varios mensajes de ella. Respondo a la llamada de mi padre y le explico lo que hay: Alison está bien, tiene que estar en reposo y me quedaré con ella estos días.

Me dice que lo entiende y que lo mantenga informado de todo. Antes de despedirnos, me pide que le dé un beso de su parte y que tenga paciencia

con ella.

«Qué remedio...»

Luego marco a Luis y hago lo mismo. Éste se ríe cuando escucha la explicación que le doy para quedarme con ella en su casa. Me desea suerte y quedo también en mantenerlo informado de la evolución de todo.

Por último, leo los mensajes de Alison. Sé que debería de haber empezado por ella, por si no se encontrara bien. Supongo que, si ese fuera el caso, me llamaría en vez de escribirme. Además, conociéndola, seguro que sólo escribe para seguir fastidiándome.

Alison: eres un bruto, qué pretendías dando ese portazo, ¿hacer la puerta giratoria?

«Que supieras lo que me molesta que me trates así...»

Alison: este sándwich sabe rancio, ¡qué asco!

«Pues no lo comas...»

Alison: el agua está caliente, podías haber cogido una botella de la nevera.

Pongo los ojos en blanco.

«¿Paciencia? ¡Los cojones!»

No tenía pensado contestar, no obstante, cuando me doy cuenta estoy tecleando con rapidez.

Yo: no te preocupes, ahora mismo le digo a tu hermano lo que pasa y seguro que en nada lo tienes ahí, con un bocadillo que no sepa a rancio y una botella de agua helada, para que la señorita deje de protestar.

Automáticamente llega su respuesta:

Alison: ni se te ocurra o eres hombre muerto, Arthur Preston.

Yo: pues entonces deja de tocarme los cojones.

Alison: que más quisieras que te tocara ahí.

Sonrío, a mi pesar.

Yo: ya lo has hecho varias veces y no porque yo insistiera, más bien porque tú no puedes mantener las manos alejadas de mí, acosadora.

Alison: ja, ja, idiota.

Yo: Petarda.

Alison: tráeme helado de vainilla y nueces, por favor, me apetece muchísimo.

Suelto una carcajada.

Esta mujer está como un puto cencerro.

Yo: ya veremos...

Alison: gracias, caballero de brillante armadura.

Río.

Yo: pelota.

Entro en la oficina con una sonrisa de oreja a oreja. Sonrisa que se borra ipso facto al abrir la puerta de nuestro despacho y ver quién está sentado a su mesa con cara de pocos amigos.

«Adrien...»

—Al fin—gruñe—. ¿Se puede saber dónde demonios estabais? Os he llamado a los dos un montón de veces.

—Hola a ti también, James, ¿todo bien? ¿Sí? Vaya, me alegro, hombre.

—Deja el sarcasmo, Preston, no te pega. ¿Y bien?

—Estuvimos desayunando con un empresario interesado en contratar una visita guiada por el museo.

—¿Y cómo fue?

—Bastante bien.

Enciendo el ordenador y ojeo la agenda.

—¿Alison no ha venido contigo?

—No, dijo que tenía cosas que hacer.

—¿Qué cosas?

—Y yo qué hostias sé.

Me mira suspicaz y tamborilea con dedos sobre la mesa.

—¿Por qué tengo la sensación de que no estás siendo del todo sincero conmigo?

—¿Porque eres un paranoico?

—Te conozco, Preston, evitas el contacto visual y pareces nervioso—sus ojos se achinan—. ¿Cómo te va con mi hermana?

Un escalofrío me recorre la columna vertebral.

—¿Te refieres al trabajo?

Se pone en pie, camina hasta mi mesa y coge una carpeta.

—¿A qué otra cosa podría referirme?

«¡Mierda!»

Trago saliva.

—¿Qué quieres, Adrien? Aparte de tocarme las pelotas, claro.

Ríe.

—Vaya, evades darme una respuesta..., interesante.

—Déjate de gilipolleces, joder. Con Alison todo va bien, ¿vale?

—¿Todo?

—Adrien...

—Theodore quiere celebrar el día de Acción de Gracias por todo lo alto.

—¿Pero eso no es en Estados Unidos?

—Sí, pero se ha empeñado en hacerlo por Rebeca, ya sabes, para que no eche de menos celebrar ese día.

—Entiendo.

—Será aquí mismo y necesita que Alison y tú lo organicéis.

—Vale, se lo diré a tu hermana, que se ponga en contacto con él y le dé los detalles.

—Bien.

—¿Algo más? —pregunto viendo la poca intención que tiene de marcharse.

—No, por el momento.

—Genial, pues entonces ve a que tu novia te dé unos azotes y te quite esa cara de culo que tienes.

—Gilipollas.

—Mamón.

—Cuidado, Preston, soy tu jefe.

—Uyy, qué miedo...

En cuanto cierra la puerta tras de sí, respiro aliviado.

¿Sabrá algo de la no relación que tenemos Alison y yo?

«Nah, imposible...»

El resto de la jornada pasa sin más, poniendo al día el trabajo pendiente y evitando, como puedo, el interés de las chicas, por Alison, y sus constantes preguntas.

Al llegar a Dover, voy a un supermercado del centro y, aparte de comprar una tarrina de helado de vainilla y nueces, tamaño extragrande, también cojo algunas cosas para la cena. Cuando llego a casa, y veo que Alison está plácidamente dormida en el sofá, no puedo evitar quedarme embobado observándola.

«¿Qué estás haciendo conmigo, pequeña James?»

CAPÍTULO 23



Los dos primeros días de convivencia con Alison son complicados. A veces tengo la sensación de que lo que hace, ser una borde de tres pares de cojones, lo hace como método de protección. Como si hubiera trazado una línea que no quiere que yo cruce, o algo así.

Nunca me he visto en la tesitura de medir cada paso que doy, cada palabra que pronuncio.

Es frustrante tratar con una persona que igual te sonríe, como se echa a llorar, o te da un par de contestaciones que hacen que te apetezca mandarla a la mierda y que se quede allí para siempre.

En las últimas cuarenta y ocho horas, me he preguntado infinidad de veces qué huevos hago aguantando tanta tontería. Sólo tengo que mirar su tripita para dar con la respuesta.

¿Cómo puedo haber cambiado tanto en tan poco tiempo?

¿De verdad ser padre es tan radical?

«Por lo visto sí».

Luis, que es la única persona con la que me permito ser sincero, siempre me dice que tengo el cielo ganado por el simple hecho de haber tratado con tres de los James.

Luego, me anima asegurando que, si he sido capaz de sobrevivir, primero a Theodore, y luego a Adrien, también lo conseguiré con Alison.

«Mira la parte positiva, al menos las reconciliaciones con ella son más ardientes y placenteras», llegó a decirme con guasa. Tiene razón, lo malo es que ahora ya no mantenemos relaciones sexuales.

No porque no la desee, sería un hombre sin sangre en las venas si no lo

hiciera; sino porque, aparte de que está haciendo reposo, sigo manteniéndome en mis trece de mantener las distancias.

Tarea que se complica a pasos agigantados al convivir con ella.

«Sí, joder, es una puta tortura...»

Sobre todo, cuando uno se levanta por las mañanas y la encuentra saliendo del baño con una toalla enrollada en el cuerpo y gotas de agua deslizándose por sus hombros y canalillo... O cuando se enfunda esas mallas ajustadas que le marcan el trasero y las estilizadas piernas... Cuando gime y se relame, al meterse una cucharada de helado de vainilla y nueces en la boca, y pone esa cara de placer... No, no es plato de buen gusto tener la polla como un garrote la mayor parte del día.

De hecho, empiezo a temer que un día de estos se me gangrene por la falta de riego, joder. Aun así, lo voy llevando. Lo consigo masturbándome en la ducha para aliviar la tensión de los testículos. Y sí, por supuesto, lo hago pensando en ella.

Aunque esos segundos de éxtasis no se asemejan, para nada, a lo que sentía cuando me enterraba en su cuerpo y me exprimía hasta dejarme seco.

Lo sé, soy consciente de que si estoy así es porque me da la gana y que la decisión de mantenerme alejado la he tomado yo solito, que podría ir a algún pub y follarme a cualquier mujer que estuviera dispuesta a pasar un buen rato en lugar de matarme a pajas.

El problema es que empiezo a creer que ya no me sirve cualquier otra. Sí, ese es el puto problema, y hasta que no tenga claro lo que quiero y lo que siento, seguiré dándome placer hasta que se me caiga la mano al suelo.

Punto.

Suspiro, cansado.

Llevo despierto media noche, joder.

Miro la hora en el teléfono móvil, son las ocho de la mañana y hoy no tengo que ir a trabajar porque es festivo. Lo que significa que estaré encerrado aquí en casa con ella todo el día. Y no es por nada, pero si se levanta en plan tocapelotas, no sé si seré capaz de soportarlo.

Más que nada porque, al llevar varias noches sin dormir y lidiando con sus cambios de humor, me noto irascible y con los nervios a punto de explotar. Me vendría de perlas tener un puñetero día de paz y tranquilidad. Algo de lo que no disfruto desde aquel día en el que me enteré de que iba a ser padre y todo cambió.

«Mierda de todo, joder».

Me levanto de la cama, abro la ventana y salgo de la habitación. Voy a la cocina, enciendo la cafetera y saco la tostadora de uno de los armarios. Hago zumo de naranja, tuesto pan y preparo la mesa del salón. Mientras el café se termina de hacer, hago la cama, recojo la habitación y preparo una colada. Estoy sirviéndome una taza de café cuando escucho sus pasos por el pasillo. Frotándose los ojos y somnolienta, entra en la cocina olfateando el aire.

—Dios, huele de maravilla, Arthur.

—Esperemos que sepa mejor. ¿Cómo te encuentras? —indago observando su rostro.

—Bien, he dormido como un lirón.

«Suerte la tuya...»

—¿Sigues sintiendo esa molestia en el vientre?

Lleva las manos a la barriga y la acaricia.

—Sí, pero es más leve, casi ni la noto.

—Eso es bueno.

—Sí.

—Anda, ve al salón, enseguida llevo el desayuno.

Me mira durante unos segundos, como si quisiera decirme algo y no se atreviera.

—¿Qué ocurre, Alison? —inquiero a la defensiva.

Traga saliva antes de hablar.

—He sido una grosera contigo. Una auténtica bruja y, en lugar de marcharte, sigues aquí, lidiando conmigo cada día. Preparándome el desayuno, la comida y la cena. Encargándote de todo y procurando que no me falte nada.

Cumpliendo la promesa de no invadir mi intimidad encerrándote en la habitación... ¿Por qué lo haces? ¿Por qué sigues aquí si no lo merezco?

—Porque soy el padre del bebé y es lo mínimo que puedo hacer.

—Sí, pero ambos sabemos que tú no quieres eso, quedó claro cuando lo hablamos en Clover House. No quieres ser padre y yo estoy tratando de ponerte las cosas fáciles para que te vayas y no tengas remordimientos. No quiero que sientas que estás obligado a nada Arthur, ¿entiendes?

—¿Me estás diciendo que eres así de borde y arpía por mí? ¿Para que me canse y me largue? ¿Es eso? ¿Crees que me haces un favor?

Asiente.

—Así es. Hace semanas que pasas todo el tiempo conmigo.

—Y piensas que lo hago por obligación...

—Sí.

Sonrío y me acerco a ella.

—Yo nunca hago nada por obligación, Alison, si estoy aquí contigo es porque quiero.

—Pero ¿por qué? —murmura con la mirada clavada en la mía

—Porque he cambiado de opinión y, a riesgo de que montes en cólera, quiero formar parte de la vida de mi hijo. Nuestro hijo.

Sus ojos se agrandan, sorprendidos.

—¿Lo dices en serio? —pregunta incrédula.

—Totalmente.

—¿Cuándo...? ¿Cuándo...?

—¿Cuándo cambié de opinión? —hago la pregunta que a ella parece atascársele en la garganta. Asiente—. Fue cuando te quité el teléfono de las manos y hablé con la doctora Matthews. El miedo que sentí porque al bebé le pasara algo malo me abrió los ojos y lo supe, lo tuve claro. Fui un completo gilipollas por pensar y decir que no lo quería, también me di cuenta de eso— me encojo de hombros—.

Espero que no te moleste mi decisión.

—¿Molestarme? Para nada. Te dije que no te obligaría a hacer algo que no quisieras, Arthur, y lo decía en serio. Por eso llevo días comportándome fatal contigo. Pero si lo que realmente quieres es formar parte de la vida de nuestro hijo, entonces no hay más que decir.

—Gracias por no enfadarte.

—No podría hacerlo, aunque quisiera.

Rodea con sus brazos mi cintura, apoya la cabeza en mi pecho e inhala profundo.

—Ni se te ocurra ronronearme en el cuello—advierto con sorna.

Ríe sobre mi camiseta.

—Eres un buen tío, Arthur Preston.

Un cosquilleo me atiza las entrañas.

Alzo su barbilla con el dedo índice y me concentro en sus ojos.

—¿Lo soy?

—Sí.

—Pues hasta hace diez minutos yo creía que eras una maldita bruja y...

—¡Serás idiota! Has roto este precioso momento.

«Eso pretendía...»

—Vamos a desayunar, se enfría el café.

Llevo el resto de las cosas a la mesa del salón, donde me espera untando mantequilla y mermelada en una tostada, y me siento frente a ella.

—¿De verdad pensabas que era una bruja?

Suelto una carcajada.

—Joder, sí, estos días has sido muy borde conmigo, estaba a punto de un colapso nervioso.

—Exagerado.

—Te lo juro.

—Lo siento, pensé que lo hacía por tu bien.

—No pasa nada, no hablemos más de ello y disfrutemos del desayuno.

Y lo hacemos.

Durante más de dos horas, permanecemos allí sentados degustando una taza de café tras otra, mientras hablamos de la organización que Theodore nos ha encargado. Los dos estamos de acuerdo en que el salón de actos del museo es el sitio idóneo para tal menester y enseguida empezamos a trazar planes e ideas en una hoja de papel. Joder, estoy tan a gusto que el tiempo me pasa volando.

—Hace un día precioso, ¿verdad? —se levanta y se acerca a la ventana—. Es una pena que yo esté en reposo y no podamos salir a pasear.

—No, no podemos, pero ¿qué te parece si hacemos un picnic en el jardín de atrás, junto a la piscina? Podemos seguir organizando Acción de Gracias tumbados en la hierba, ¿qué me dices?

—Es una idea fantástica, Arthur.

—Pues no se hable más.

Mientras ella se cambia de ropa y se pone algo más abrigado, estamos en otoño y la temperatura es muy traicionera, yo me encargo de preparar lo necesario para nuestro improvisado picnic y dejarlo todo junto a la puerta de entrada. Después, voy a mi habitación y me pongo unos vaqueros, una camiseta y un jersey.

Por último, cojo el par de mantas que hay perfectamente dobladas en el respaldo del sillón, y le digo a Alison que enseguida vuelvo a buscarla.

Bajo a la zona comunitaria de la urbanización, a la piscina, y extendiendo las mantas al sol, en un lugar apartado del resto de vecinos que parecen haber tenido la misma idea que yo y a los que voy saludando al pasar. Luego, el resto de las cosas.

Cuando lo tengo todo preparado, subo a buscarla. La encuentro sentada en el sofá, esperándome ansiosa.

—¿Lista?

—Sí.

Bajamos en el ascensor y, una vez en el vestíbulo, la cojo en brazos.

—¿Qué haces? Bájame.

—Ni hablar, no quiero que camines y te canses.

—Pero si sólo son unos pasos de nada Arthur, por Dios...

—Estás en reposo, Ali, y te voy a llevar así lo quieras o no.

Deja de protestar cuando ve mi mirada de advertencia.

La gente sonrío al vernos pasar y ella se ruboriza, muerta de vergüenza.

«Joder, es adorable...»

—Ahora entiendo por qué las mujeres están locas por ti, Preston—dice una vez que se ha puesto cómoda.

—Las mujeres no están locas por mí, sólo quieren sexo conmigo. En realidad, no me conocen—suelto sin más.

—¿Y de quién es la culpa? —coge una uva y se la lleva a la boca—. ¿Tuya o de ellas?

—Mía—admito.

—¿A qué tienes miedo?

—A nada. Simplemente no quiero que se hagan ilusiones con algo que nunca podrá ser.

—Eso lo dices porque no te permites encontrar a la mujer adecuada. Una mujer que te vuelva loco y ponga tu mundo del revés.

—Tú me vuelves loco y has puesto mi mundo del revés, ¿significa eso que eres la mujer de mi vida? —suelto sin pensar.

Ríe.

—Tú y yo sólo somos amigos. Amigos con derecho a roce.

—También vamos a ser padres...

—Cierto.

—¿Y qué pasaría si ese roce se convirtiera en algo más para uno de los dos?

Se pone seria de repente.

«¿A qué mierda viene esa pregunta, tío?»

—Eso no pasará nunca.

—Pareces muy segura de ello.

—Lo estoy. Yo no soy la mujer de tu vida, Arthur, nunca podría serlo—sus ojos se llenan de lágrimas.

«No, no podrías porque sigues enamorada de él...»

Ese pensamiento duele como el demonio.

Como si me hubieran dado una patada en los putos cojones.

Y sé el motivo.

Estoy perdidamente enamorado de Alison James.

Y por extraño que pueda parecer, tratándose de mí, no estoy
acojonado.

Todo lo contrario.

CAPÍTULO 24



¿Y ahora qué? ¿Qué se hace cuando descubres que estás enamorado de alguien que no te da la más mínima posibilidad? ¿Que, ese alguien ama tan profundamente a otra persona que no está dispuesta a darse una oportunidad de nuevo? ¿Luchar o abandonar? Se supone que debería de estar muerto de miedo al sentir lo que siento.

Que debería de echar a correr porque, esto, enamorarme y desear con todas mis fuerzas ser padre, no entraba en mis planes.

Ni a corto ni a largo plazo. Nunca. Jamás. En cambio, aquí estoy, tranquilo, emocionado por la fuerza de mis sentimientos.

Ya sé que siempre dije que no me enamoraría en la vida; que ver sufrir a mi padre y destruirse hasta el punto de casi perder la vida, por el abandono de la señora que me trajo a este mundo, me bastaba y me sobraba para tener claro que eso no iba a pasarme a mí porque no lo permitiría.

Nadie iba a tener tal poder sobre mi persona, lo tenía claro; pero, no sé, supongo que los sentimientos no te avisan de su llegada, o sí y yo no supe verlo.

La falta de experiencia, quizá, o que estoy más ciego de lo que creía y, ya se sabe que no hay más ciego que el que no quiere ver.

Lo cierto es que estoy enamorado hasta las trancas y no tengo ni idea de cuándo sucedió.

Puede que aquella noche en el Club 49, cuando consiguió que me relajara con ella jugando al veo, veo. O tal vez fue su humildad al verla en el evento de la clínica con toda aquella gente que necesita apoyo, incluido mi padre. O que cuando estoy con ella me siento a gusto y no pienso en otra cosa

que no sea nosotros, enredados entre las sábanas y bailando.

Confieso que nuestros tira y afloja también tienen su punto, y que me encanta que no sea una mujer que se achante ante nadie, que tenga las ideas tan claras y sepa lo que se hace.

Me hace reír como nunca y también me saca de quicio como nadie había hecho, ni siquiera el mamón de su hermano Adrien me enfurece como ella, aun así..., qué puedo decir, creo que salta a la vista que fue todo el conjunto lo que me cautivó y no me da miedo reconocerlo. Amo a Alison James, mi pequeña acosadora, mi piedra en el camino...

«¿Luchar o abandonar?»

No soy un hombre de los que se acobarda y abandona a las primeras de cambio sin haber intentado hacer algo al respecto. No, no soy ese tipo de hombre por muy complicado que sea el reto que tiene ante sí. Y joder, hacer que Alison se enamore de mí será una tarea ardua, complicada y frustrante, lo tengo más que claro.

No obstante, estoy dispuesto a quemar todos los cartuchos y poner toda la carne en el asador para conseguirlo. Lo que tenga que ser, será. Al menos tendré la certeza de haberlo intentado.

«¿Y cómo piensas hacerlo?»

Buena pregunta para la que no tengo respuesta. Si mi relación con Theodore y Adrien fuera distinta, no dudaría en pedirles consejo, ya que conocen a su hermana mejor que nadie y saben cómo fue su historia con ese tipo, el tal Colin de los cojones. En cambio, en vista de que la amistad que teníamos, a estas alturas, es inexistente, no tengo más remedio que buscarme la vida.

De mano, no cambiaré mi comportamiento con ella, seguiré actuando como hasta ahora, de lo contrario no sería yo mismo. Tampoco actuaré como un hombre enamorado, eso la espantaría y todo habría terminado antes de empezar.

Podría hablar con Luis, al fin y al cabo, él sabe mucho más que yo de eso de estar enamorado. Aunque, pensándolo bien, no sé si él, después de lo ocurrido con Mila, será el más indicado para orientarme.

Lo que tengo claro, es que quiero y necesito saber qué paso con él, con Colin. Sé que se conocieron en la clínica de rehabilitación cuando ella era voluntaria allí.

¿A qué era adicto? ¿Drogas? ¿Alcohol? ¿Era un voluntario más? ¿Qué pasó para que no sigan juntos si su amor era tan fuerte como para enfrentarse a

su familia por él? Joder, son tantas las preguntas que me hago que me va a estallar la puta cabeza.

Inhalo con fuerza, frustrado.

Cierro los ojos y me masajeo las sienes para aliviar un poco la tensión que siento en ellas. Ojalá me hubiera atrevido a hacerle todas esas preguntas hace dos días, cuando plantamos nuestros traseros en una manta y, sin saber cómo, nos enzarzamos en aquella conversación tan extraña. Una conversación que empezó a modo de broma y se convirtió en mi gran descubrimiento.

Lo sé, ese era el momento idóneo para profundizar en el tema, pero fui un maldito cobarde y cerré el pico por miedo a estropear el momento, cuando ella propuso seguir trabajando en la organización del puñetero día de Acción de Gracias.

Ahora no tendré más remedio que propiciar otra ocasión para aplacar todas mis dudas. Y sólo de pensarlo, se me encojen las putas pelotas, joder.

Me aterroriza que admita con sus labios que sigue amando a ese tipo, cuando eso es lo único que tengo claro hasta ahora.

Supongo que la esperanza es lo último que se pierde y que, dentro de mi cabeza, albergó la falsa ilusión de que esas lágrimas que llenan sus ojos cuando piensa en él, no sean porque lo echa de menos, sino porque lo odia profundamente.

«Iluso...»

Apago el ordenador, al que llevo un buen rato sin prestar atención, y recojo la pila de papeles que hay sobre mi mesa en su correspondiente carpeta. Esta semana he sido yo el encargado de realizar todo el trabajo.

El encargado de asistir a todas las reuniones en nombre de Alison. A su hermana Amber le hemos dicho que está algo resfriada y que por eso se ha tomado unos días para recuperarse, por lo que no se extraña cuando me ve a mí aparecer por su despacho todas las mañanas. Adrien no ha vuelto a venir por aquí, lo que supone un gran alivio para mí. Bastante tengo con lidiar con su hermana como para tener que aguantarlo a él también.

No gracias, con un James al día tengo más que suficiente. De Theodore no sé nada de nada. No hemos vuelto a hablar desde aquel día en Ibiza en el que me dijo cuál sería mi cometido desde ese momento. Mi cometido y mi castigo, cierto. Sigo pensando que esta ha sido su estrategia para acercarme a su hermana.

Lo conozco desde hace demasiado tiempo y me consta que nunca hace nada al azar. Le echo de menos. Esta es la primera vez, desde que nos

conocimos, que pasamos tanto tiempo sin hablar y me duele que, con estrategia o sin ella, me haya tratado así. En fin, es lo que hay, qué le vamos a hacer.

Me pongo la chaqueta y miro hacia la mesa de Alison.

A ella también la echo de menos, a pesar de que duermo cada noche en su casa.

Cojo mis cosas de encima de la mesa y salgo por la puerta, cerrándola con llave tras de mí. Las chicas hace tiempo que se han ido. Al ser viernes, suelen terminar su jornada laboral un par de horas después del almuerzo.

Yo he tenido que terminar el presupuesto del último encargo de Theodore, por eso sigo aquí. De lo contrario ya estaría en Dover con ella.

Apago todas las luces antes de salir del edificio y miro al cielo. No ha dejado de lloviznar desde esta mañana. Había olvidado cómo era el otoño aquí en Londres. Es lo que tiene llevar unos años viviendo en Ibiza, que el tiempo allí siempre es tan magnífico, que te olvidas de lo demás. Otra cosa más que echo de menos de mis días en la isla. Aun así, no me importaría quedarme a vivir aquí permanentemente, si ello significara que tengo una oportunidad con Alison.

«Sigue soñando, chaval...»

El teléfono suena en el bolsillo interior de mi chaqueta.

Sonrío pensando en cuál va a ser ahora el antojo de mi acosadora.

No es ella. Es Luis.

—¿Te puedes creer que Mila ha tenido la desfachatez de presentarse en mi trabajo? —ladra antes de que me dé tiempo a saludar.

—Vaya, alguien está de un humor de perros...

—No tiene gracia, Arthur, en estos momentos estoy muy cabreado, joder.

—Lo siento—abro el coche y entro—. ¿Qué quería?

Bufa con fuerza.

—Sacarme de quicio, eso es lo que quería.

—Explícate.

—Dijo que no le había dejado otra opción porque no respondo ni a sus mensajes ni a sus llamadas. ¿Acaso eso no es suficiente para que entienda que no quiero saber nada de ella? Joder, la tenía por una mujer inteligente, coño...

—Relájate.

—¿Que me relaje? —vuelve a bufar—. ¿Tienes idea de la cantidad de veces que traté de hablar con ella antes de presentar mi renuncia en el Lust? ¿La cantidad de mensajes y llamadas mías que no obtuvieron respuesta, como

para que ahora se sienta ofendida?

—Me lo puedo imaginar. ¿Qué hiciste?

—Pues me faltó bien poco para mandarla a la mierda, la verdad. Sobre todo, cuando se empeñó en cenar conmigo para hablar de lo nuestro. ¿Lo nuestro? ¿Qué cojones lo nuestro si para ella nunca existió un nosotros? ¿Ahora me va a venir con gilipollecitas? Pues no señor, por ahí no paso.

Evidentemente, le dije que ella y yo no teníamos nada de qué hablar y que ya sabía donde estaba la puerta. Tío, se puso hecha un basilisco y terminé marchándome yo, ¿te lo puedes creer?

Sonrío.

—Puede que ahora que ya no estás tan pendiente de ella se dé cuenta de lo que ha perdido.

—Pues ahora ya es demasiado tarde, joder, ya no me interesa.

—¿Estás seguro de eso?

—Por supuesto que lo estoy. Empiezo a sentirme agobiado por su maldito acoso.

Suelto una carcajada.

—Ay, amigo, ten cuidado con las acosadoras, suelen conseguir lo que quieren. Recuerda que así empezó mi historia con Alison y ahora me tiene rendido a sus putos pies.

—¿De qué cojones estás hablando?

Cojo aire y lo expulso con suavidad.

—Pues de que me he enamorado como un idiota de ella, Luis.

—¡Hostias!

—Sí.

—¿Me tomas el pelo?

—No.

—¿Tú, el que presumía y aseguraba que eso no estaba hecho para el amor, enamorado?

Ahora el que ríe es él.

«Cabrón...»

—Como un condenado, amigo—admito—. Y lo tengo muy jodido.

—¿Por qué dices eso?

Le hablo de lo poco que sé de ese personaje del que ella no es capaz de olvidarse. De la emoción que percibo en su mirada cuando sus recuerdos la invaden. De cómo me hace sentir eso a mí. La impotencia de no saber qué hacer...

—No te agobies, Arthur, yo creo que ya tienes medio camino recorrido.

—¿De verdad?

—Por supuesto que sí.

—Si supieras lo perdido que estoy, Luis...

—Te entiendo. Quién te lo iba a decir, ¿eh?

—Ya te digo.

Guardamos silencio unos segundos.

—Mira—dice—, si tú, que tan convencido y seguro estabas de que jamás ibas a enamorarte, has sido capaz de cambiar respecto a eso, ¿quién dice que a ella no le pase lo mismo y también caiga rendida a tus pies?

—No es lo mismo. Yo nunca he sentido por nadie lo que siento por ella, todo esto es nuevo para mí. En cambio, ella..., por su forma de actuar, ha amado y ama a ese tipo con todo su ser. Tengo la sensación de que compito por su amor con un fantasma, Luis, no sé, es complicado.

—Hombre, si eso es así, fácil no lo tienes, pero tampoco es imposible. Eres un buen tío, Arthur, leal, positivo, divertido, joder, lo tienes todo para conquistarla. Además, a ella tampoco le eres indiferente, ¿por qué si no iba a permitir que te instalaras en su casa y mantener ese roce que os traéis entre manos?

—No lo sé...

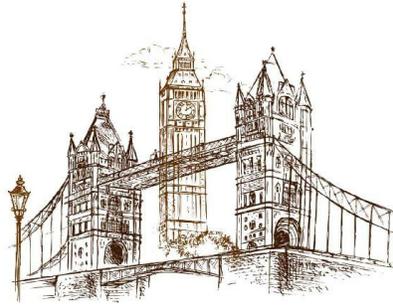
—Ve a por todas y no te rindas, amigo.

Nos despedimos poco después.

Él más calmado y yo más animado.

«Tú puedes, Arthur...»

CAPÍTULO 25



Despertar con la cara de Alison enterrada entre mi cuello y la clavícula, y con su mano descansando sobre mi pecho, no tiene precio. Tenerla tan pegada a mí, sin que haya pasado nada entre nosotros, en una postura tan íntima, me provoca una sonrisa instantánea y también, para qué negarlo, una erección de caballo.

Su aliento, cálido, me roza la piel con su respiración pausada y tranquila, alterando la mía, al igual que el tacto de la yema de sus dedos.

La miro de soslayo, por miedo a despertarla si llegara a moverme. ¿Cómo puede siquiera llegar a pensar, que esto que tenemos, es una simple amistad con derecho a roce? ¿Es que no se da cuenta de que entre nosotros hay algo más? Si yo, que para estas cosas soy bastante nulo, por mi falta de experiencia, me doy perfectamente cuenta de ello, y también que como pareja tenemos mucho potencial, ¿por qué no lo ve ella? Supongo que es otro ciego más, de tantos como hay por el mundo, que se niega a ver.

«Como eras tú antes de ella...»

Cierto.

«Tengo que hacerla ver que ella y yo somos más, mucho más».

Automáticamente, recuerdo el momento en el que ayer entré en casa después del trabajo y la encontré recostada en el sofá, con un libro en las manos. Me miró y sus labios se curvaron hacia arriba, mostrándome mi media luna favorita.

El corazón me golpeó la caja torácica con fuerza y, por si albergaba alguna duda de mis sentimientos hacia ella, en ese mismo instante se disiparon.

Dios, daría lo que fuera porque siempre me mirara y me sonriera así, como si yo fuera el centro de su mundo.

Le devolví la sonrisa e hice algo que me salió del alma. Acercarme a ella y saludarla con un beso tierno en los labios, que me devolvió sin dudar, como si fuera lo más natural del mundo entre nosotros. Le pregunté cómo

estaba.

Respondió que se encontraba bien y que la molestia del abdomen había desaparecido por completo.

Dejó el libro sobre la mesita del café y me siguió a la cocina, donde deposité, sobre la encimera, las bolsas que traía del supermercado.

Mientras vaciaba éstas y guardaba la compra, la conversación entre nosotros fluyó con naturalidad. Yo le hablé de la reunión mantenida con Amber y Marion; de los adelantos que había hecho con el encargo de Theodore y de los tres grupos de personas que habían visitado el museo de Green Clover.

Ella me dijo que había pasado la mañana en el sofá, viendo una serie de vampiros que la traía loca, que después de comer se quedó dormida, y que no hacía mucho que se había despertado y puesto a leer.

¿Acaso no era eso lo que hacían las parejas? ¿Compartir lo vivido durante el día?

«Apuesto a que sí...»

Entre los dos, decidimos qué hacer para cenar y, mientras yo troceaba el pollo y lo aliñaba, ella se sentó en uno de los taburetes y fue troceando las verduras.

La conversación no decayó en ningún momento, al contrario. Hablábamos como si hiciera siglos que no nos veíamos y me encantó.

Me encantó compartir con ella cada minuto, joder. Cada frase... Cada sonrisa... Incluso la cerveza sin alcohol que bebimos mientras se hacía la salsa al curry para el pollo. La complicidad entre los dos era palpable y confieso que también el deseo. Las miradas... Los gestos... Los roces de dedos..., de caderas... Pero, sobre todo, cuando le daba a probar lo que estábamos cocinando.

Joder, qué manera de ponérseme dura con sus ronroneos de placer cada vez que le acercaba la cuchara a la boca. O cuando su lengua lamía el labio inferior y cerraba los ojos.

«Ay, Dios...»

Todavía ahora me duelen las putas pelotas; aunque, claro, no me extraña si casi la tengo encima de mí.

Durante la cena, me pidió que le contara cómo había conocido a Theodore y lo hice. Le hablé de nuestros años locos en la universidad de Harvard junto a Oliver Hamilton. Se escandalizó un poco cuando supo que fuimos asiduos a las fiestas más perversas de las hermandades y que de ahí había salido la idea, tanto de Oliver como de su hermano, de regentar clubes

sexuales. Guardó silencio cuando le expliqué el motivo de mi decisión de estudiar tan lejos de casa: necesitaba distanciarme de toda la mierda que mi progenitora había esparcido a mi alrededor con su abandono; de todo el sufrimiento que, tanto mi padre como yo, padecíamos desde entonces.

Fue inevitable hablar de esa mujer y el daño que nos hizo. Algo que ella ya sabía porque mi padre se lo había contado poco después de ingresar en la clínica de rehabilitación.

—Ella es la culpable de que nunca hayas querido enamorarte, ¿me equivoco?

—No, no te equivocas.

—No todas las mujeres somos como tu madre, Arthur...

—Lo sé, pero ver que el amor que mi padre sentía por ella lo destruyó hasta el punto de casi perder la vida, me hizo jurarme a mí mismo que nadie tendría ese poder sobre mí.

«Hasta ahora...»

—Tu padre ahora está recuperado y es feliz con Amanda. Un claro ejemplo de que de todo se sale si se quiere, y que nunca es tarde para empezar de nuevo.

—¿Me lo estás diciendo a mí o a ti misma? —exclamé sin pensar.

Suspiró.

—A ti, yo ya estuve enamorada una vez.

—Háblame de él—pedí.

—No sé...

—Por favor—rogué.

Sin querer tenía ante mí la oportunidad de dar respuesta a todas mis preguntas y no quería perderla.

Me miró y asintió.

—Está bien. Conocí a Colin en la misma clínica donde estaba ingresado tu padre.

—¿También era voluntario?

—No, un paciente. Era adicto al juego.

—¿Ludópata?

—Sí. Llevaba mucho tiempo rehabilitándose, de hecho, ya sólo acudía a las reuniones de seguimiento. Enseguida conectamos y nos enamoramos—sonríe—. Mis hermanos se pusieron furiosos cuando les hablé de nuestra relación. No entendían qué había visto en él, un don nadie adicto al juego.

Recuerdo que llegaron a decir que sólo estaba conmigo por interés.

Que me haría daño. No tenían ni idea... Para mí lo era todo: guapo, cariñoso, atento, protector... Fue amor a primera vista.

Me conquistó en un abrir y cerrar de ojos...

Joder, sus palabras duelen como puñaladas. Aun así, me limito a escuchar cada una de ellas sin interrumpirla.

—... Es cierto que no tenía nada, perdió la casa y el trabajo por culpa de su enfermedad y, bueno, lo nuestro iba tan bien que a los tres meses de estar juntos se vino a vivir conmigo.

Mis hermanos pusieron el grito en el cielo, me llamaron loca y niñata caprichosa y consentida. Me enfadé tanto con ellos... Dios, en aquel momento los odié con todas mis fuerzas, lo juro. Los odié tanto que, en una de las visitas a Clover House, acompañada de Colin, tuvimos la bronca del siglo.

Los amenacé con desaparecer de sus vidas y me retaron a hacerlo creyendo que no me atrevería, que me estaba marcando un farol—suspiró, con pesar—. ¿Sabes? No dudé a la hora de cumplir mi palabra, salí de la mansión familiar sin mirar atrás y dejándolos con un palmo de narices. Colin murió poco después en un accidente de tráfico—solloza—. Fue horrible, el dolor más insoportable que he llegado a experimentar en la vida. Sentí que el corazón se me hacía añicos cuando mis hermanos me llamaron para darme la noticia.

Me recuperé con la ayuda de mi familia y los psicólogos.

«Hostias... Cuando le dije a Luis que tenía la sensación de competir con un fantasma, por su amor, no tenía ni idea de que fuera tan literal...»

—Lo siento—balbucí—, no quería..., yo no...

—No pasa nada, Arthur.

—Aún duele, ¿verdad?

Asintió.

—Sí, aunque con menos intensidad.

—Algún día lograrás hablar de él sin llorar, ya lo verás.

—Lo dudo mucho, era el amor de mi vida, Arthur, y nadie ocupará su lugar en mi corazón.

«Otra puñalada más que me perfora el alma...»

—Pero eres muy joven, Alison, no puedes asegurar eso.

—Lo prometí sobre su tumba y cumpliré mi palabra.

«Joder, si supieras el golpe mortal que acabas de asestarme...»

Me guardé el dolor que me estaba causando, sin saberlo, y me levanté de la silla para abrazarla y consolarla. Nos mantuvimos en silencio durante

demasiado tiempo. Yo no tenía nada que decir, salvo que lo sentía; y ella, bueno, ¿qué más podía añadir?

Después de eso, se acostó en su cama y yo me limité a recoger la cocina y el salón, dándole su espacio para seguir llorando su pérdida. Medité sobre lo que ahora sabía y el corazón se me estrujó en el pecho. ¿Cómo se luchaba contra eso? ¿De verdad creía que tenía una mísera oportunidad con ella? ¿Estaba dispuesto a seguir adelante, aun sabiendo que lo más probable era que no consiguiera nada? Me metí en la ducha con la cabeza hecha un lío y, para cuando volví a salir, lo tenía claro: era la primera vez que me enamoraba en la vida y no pensaba rendirme.

¡Ni de coña!

Una vez con el pijama puesto, me acerqué a la puerta de su habitación y llamé un par de veces con los nudillos. Estaba a punto de dar media vuelta, creyendo que ya estaba dormida, cuando escuché el tono lastimero de su voz.

—Pasa.

Abrí un poco la puerta y asomé la cabeza por el hueco. Estaba acurrucada en un lado de la cama, con las mantas cubriéndola hasta la barbilla. Entré y, con paso sigiloso, me acerqué y me acuclillé a su lado.

—¿Cómo estás?

Se encogió de hombros y clavó sus ojos en los míos.

—Bien.

Asentí.

—Descansa—murmuré depositando un beso en su frente.

Enredó sus dedos alrededor de mi muñeca cuando me puse de pie.

—No te vayas.

—Alison...

—¿Te apetece ver una película conmigo?

—¿No prefieres dormir y descansar?

Negó con la cabeza.

—Está bien—murmuré—, entonces vayamos al salón y veamos una película.

—No, en el salón no, aquí.

—¿Aquí?

—Sí.

Se sentó y apartó las mantas del otro lado de la cama.

Mentiría si dijera que no se me pasó por la cabeza que, al igual que las otras veces que él había salido a relucir en su cabeza, Alison quería de mí

algo más que ver una película. Si me guiaba por su modus operandi, conmigo, querría que bailáramos hasta el amanecer. No voy a negar que a mí me apetecía mucho menear el esqueleto con ella, pero no estaba dispuesto a hacerlo sólo porque quisiera dejar de pensar en él.

Por eso me sorprendió que, simplemente, se acurrucara a mi lado y me diera el mando de la televisión.

—¿Qué te apetece ver? —pregunté.

—No sé, algo que me haga reír.

«Yo podría hacerlo, si me dejaras...»

Presioné el botón de la guía televisiva y, después de buscar durante unos minutos, elegí Zoolander, una disparatada comedia, ya vieja, de Ben Stiller y Owen Wilson.

Risas aseguradas.

La rodeé con uno de mis brazos, la pegué más a mí, y así estuvimos durante la hora y media que duró la película: desternillándonos de risa abrazados el uno al otro.

Así fue cómo terminé en su cama.

Juntos, pero no revueltos.

Inclino un poco la cabeza y la observo dormir, embobado. Es la mujer más hermosa que he tenido el placer de conocer.

Una mujer que me ha conquistado sin ni siquiera proponérselo. Una mujer en la que nunca había reparado, hasta que tuvo la osadía de acosarme para que bailara con ella.

Una mujer que me ve como al padre de su hijo, un amigo y un roce ocasional, cuando ella se ha convertido en todo lo que quiero tener. En todo mi mundo.

¿Cómo cojones hago para hacerla cambiar de opinión?

«Quizá tengas que variar la estrategia y no mostrarte tan solícito con ella...»

«O acosarla hasta que no tenga más remedio que ceder, igual que hizo ella contigo».

Sonrío.

Creo que el rock and roll se ha convertido en mi baile favorito.

CAPÍTULO 26



No sé cuánto tiempo permanezco observándola. A riesgo de pillar tortícolis, podría pasarme así el día entero. Acaricio su costado con la yema de los dedos.

Una caricia para nada sexual. Se mueve, poniendo un poco de distancia entre nuestros cuerpos. Exclama una protesta que no llego a entender, porque la hace en susurros.

Noto que su respiración comienza a agitarse y me incorporo. Gime y se mueve. Creo que está teniendo una pesadilla. Me siento del todo, dispuesto a despertarla, para que deje de sufrir. La zarandeo con suavidad y pronuncio su nombre en un murmullo quedo:

—Alison... —nada—. Alison...

De repente, me parece escucharla pronunciar mi nombre y me quedo quieto, esperando.

De nuevo nada.

Me acerco otra vez y, ahora sí, mi nombre sale de su boca acompañado de un gemido ronco y muy erótico.

Enarco una ceja, flipando.

¿Está soñando conmigo?

Gime, se retuerce y arquea la espalda.

—Oh, Dios, Arthur, no pares, joder, no pares...

¡Me cago en la hostia, está teniendo sexo conmigo en sueños!

¿O me está vacilando?

«Joder, pues si está fingiendo lo hace de puta madre, la verdad...»

Se me pone tiesa la segunda vez que me apremia a que no pare y se lo dé todo.

«La madre que me parió».

Trago saliva.

¿Qué hago?

—Sí, Arthur, sí, más rápido...

Me recuesto sobre el cabecero de la cama y la miro, anonadado.

—Oh, sí... sí... síiii

Su cuerpo convulsiona unas cuantas veces y se queda en silencio.

Sonrío para mis adentros.

«Joder, eres bueno hasta en sueños, chaval».

Estoy a punto de hacerme una ola a mí mismo, cuando abre los ojos y me mira.

—Buenos días—murmura desperezándose.

Suelto una risita.

—¿Qué pasa? ¿A qué viene esa risita? —bosteza.

Me encojo de hombros.

—A nada.

—Arthur Preston, desembucha.

Se sienta, con los brazos cruzados sobre el pecho, esperando.

Desvío la vista a sus pezones aún tiosos e, inconscientemente, me relamo.

—¿Me estás mirando las tetas? —inquieta incrédula.

—Mujer, después del espectáculo que acabas de dar, me gustaría hacer con tus tetas algo más que mirarlas, la verdad.

—¿De qué coño estás hablando?

—De momento de ninguno, sólo de tus tetas. ¡Ñam!

Se le escapa la risa.

—Eres idiota. ¿De qué va esto? ¿Te has despertado gracioso?

Niego con la cabeza.

—Esto va de que hace diez minutos estabas gimiendo y retorciéndote mientras me rogabas que no parase y te lo diera todo.

Resopla.

—No seas ridículo, eso es imposible.

—¿Imposible? ¡Ja! La cosa fue exactamente así—me tumbo y la imito —. Oh, Dios, Arthur, no pares, joder, no pares... Sí, Arthur, sí, más rápido... Oh, sí... sí... síiii, y te corriste, ahí, delante de mis narices.

Se ruboriza hasta la frente.

—Eso no es verdad.

—Te lo juro por lo más sagrado. De hecho, mira cómo me has puesto
—tiro de su mano y la coloco sobre mi dura polla.

La aparta en el acto, como si quemara.

—Los tíos siempre os despertáis empalmados...

—Cielo, te aseguro que mi polla estaba en estado catatónico antes de
que tú empezaras a gemir y susurrar mi nombre. El mío—recalco.

Se frota la cara con las manos.

Abre la boca, la cierra y la vuelve a abrir.

—¿Lo dices en serio?

—Totalmente. Puedes comprobarlo metiendo la mano entre tus piernas
y palpando la humedad que hay entre ellas.

Exhala con fuerza y cierra los ojos.

—¡Qué vergüenza, joder!

—Nada de vergüenza, al menos has llegado hasta el final y parecías
disfrutarlo mucho. Soy bueno, ¿eh? —digo con retintín.

—¡Cállate!

—Soy tan, tan bueno, que me deseas hasta durmiendo.

—¡Cierra el pico!

—Soy tan, tan bueno, que hago que te corras sin tocarte.

Ríe.

Me pongo de rodillas, me acerco a ella, como un depredador, y tiro
con suavidad, tumbándola en la cama.

Me inclino hacia su cuello e inhalo el olor de su piel, ahí.

—Soy muy, muy bueno en sueños, pero te aseguro que aún soy mejor
en persona, y lo sabes—lamo la zona donde late su pulso.

—¡Para! —exclama en voz baja.

—Antes suplicabas todo lo contrario—atrapo un pezón entre los
dientes y presiono, haciéndola soltar un gritito.

—Arthur, no podemos...

—Shsss, relájate y deja trabajar al experto.

—Pero...

La silencio con un beso.

Un beso lento, largo y sensual.

Ambos gemimos en la boca del otro.

—Mmmm—ronronea.

—¿Lo ves? Y esto sólo es el principio, nena.

Que no podamos marcarnos un “Home run” no significa que no

paseemos por el resto de las “bases” a nuestras anchas.

Por eso la siguiente hora la pasamos retozando entre las sábanas, comenzando en la primera base. Su pecaminosa boca y su húmeda lengua, que se enrosca con la mía en una danza caliente. Con tranquilidad, pero sin pausa.

Aumentando el ritmo de nuestras respiraciones. Mordiendo labios superiores y lamiendo los inferiores, hasta que notamos que la piel nos arde por el contacto.

Contacto que aumento al pasar a segunda base, acariciando sus tetas con la palma de mis manos.

Aprisionando uno de sus pezones con el índice y el pulgar, y chupando y lamiendo con fruición. Primero uno y luego el otro.

Con ansia. Ansia que me obliga a jadear cuando desplaza sus muslos a los lados, haciéndome hueco entre ellos.

Un hueco que no puedo llenar, pero sí tantear, no sin antes deleitarme en su redondeado vientre, que acaricio y beso con ternura.

—Mamá no está teniendo una pesadilla—murmuro—, está haciendo realidad su sueño.

Automáticamente recibo una colleja.

—¡Oye! —me quejo.

—¡A lo tuyo!

Río.

—Mamá tiene la mano muy larga y es una mandona, pero yo sé qué hacer para dejarla noqueada.

—Oh, Dios... —gruñe en cuanto lamo su hinchado clítoris.

A partir de aquí, sus gemidos se hacen más audibles y mis manos más posesivas, acariciando todo lo que pillan al alcance. Glúteos, muslos, estómago... Mis dedos juegan entre sus pliegues, al igual que mi lengua y mis dientes. Separando, lamiendo, chupando, mordiendo... Joder, me duelen las pelotas como nunca. Presiono el glande con la mano libre y se me ponen los ojos en blanco: «Ay, mierda, me voy a correr en nada...» Sigo jugando entre sus piernas, a la vez que lo hago con mi polla, llevándonos al límite a los dos.

Es tanto el placer que siento a su lado que, cuando me quiero dar cuenta, me estoy bebiendo sus jugos mientras deposito los míos, con violencia, sobre las sábanas. Cuando mi cuerpo y el suyo, dejan de temblar, repto por este último hasta tener la vista clavada en la suya.

—¿Soy o no soy mejor en persona que en sueños?

Suelta una carcajada.

—Pues no sabría decirte... ¿Podrías repetirlo otra vez a ver?

—Avariciosa.

—Presumido.

Le doy un beso en los labios y sonrío.

—Si te portas bien, puede que te haga otra demostración más tarde.

—Entonces seré una santa todo el día.

—Más te vale.

El resto del sábado es, simplemente, perfecto.

Juntos, preparamos el desayuno y, juntos, lo degustamos en el salón mientras decidimos no hacer planes para pasar el día. En teoría, el reposo de Alison era solo de tres días, en la práctica, lleva seis, lo que significa que, si el sol sigue calentando, puede que proponga ir a dar un paseo por la playa y luego a comer en la terraza de algún restaurante.

Mientras yo me encargo de hacer la limpieza de la casa, ella repasa las decisiones que ayer tomé para la celebración del día de Acción de Gracias. La veo fruncir el ceño y hacer anotaciones en una libreta.

Me tenso. Sólo de pensar que lo rehaga todo de nuevo, me cabrea. Con la de horas que llevo dedicándole al puto encargo de los cojones, como para que ahora ella lo deseche en un abrir y cerrar de ojos.

—Me gusta mucho esta idea para los centros de mesa—dice—. ¿Cómo se te ha ocurrido?

La idea en cuestión es un jarrón de cristal lleno de piñas de pino, hojas de árboles en tonos ocre y velas en los mismos tonos que las hojas.

—Vi algo similar en internet, ¿de verdad te gusta?

—Sí, no usamos la calabaza, que sería lo más típico. Tu idea es original y diferente. ¿Crees que habrá alguna floristería que venda las hojas?

La miro horrorizado.

—¿Pretendes comprarlas en una floristería cuando tienes una finca enorme llena de árboles?

—Ni de coña voy a ir a Clover House a recoger hojas, Arthur.

—Pero es absurdo gastar un dineral cuando pueden salirnos gratis, ¿no te parece?

—Pues vete tú.

—Y una mierda, yo ya me estoy encargando de todo lo demás.

—También yo.

—¿Y si enviamos a Adrien?

Suelta una carcajada.

—¿Lo dices en serio?

—¿A ti qué te parece?

—Me parece que tus ideas cada vez son mejores. Te estás superando, Preston.

Le guiño un ojo y sonrío.

—Decidido, pues.

Dos horas más tarde, la veo quitar el pendrive del ordenador, cerrar éste y guardar la libreta en un cajón.

—¿No vas a hacer ningún cambio en el proyecto? —indago.

—No, ninguno. Está perfecto.

—¿Y por qué antes, mientras lo repasabas, fruncías el ceño?

—Me extrañó que, para ser hombre, tuvieras tan buen gusto en cuanto la elección de la decoración y todo lo demás.

—Mujer, yo tengo buen gusto en todo. En realidad, todo lo que hago...

—No empieces—me interrumpe.

—¿Qué?

—Vamos, sabes de sobra que ibas a decir que eres bueno en todo y bla, bla, bla.

Meneo la cabeza.

—Tratas de pincharme para que te haga otra demostración de lo bueno que soy antes de comer, ¿verdad?

—¿Cuela?

—Ya lo creo que cuela.

La cojo en volandas y, con sus gritos y carcajadas, retumbando por toda la casa, la llevo a su habitación. Donde me dedico a hacerla gritar de otra manera, con mis buenas artes amatorias y sin usar el movimiento de mis caderas.

Movimiento que, para qué vamos a engañarnos, echo horrores de menos. Confieso que, con su boca y mis manos, tengo unos orgasmos bestiales, pero nada comparado a cuando estoy enterrado en ella y su calor me envuelve hasta dejarme seco.

Finalmente, su cama se vuelve nuestro refugio del sábado, de la que no salimos a no ser que sea estrictamente necesario. En ella comemos, nunca mejor dicho, dormimos, reímos y hablamos.

Hablamos de montones de cosas: de su infancia en Clover House y de algunas de las putadas que llegaron a hacerle sus hermanos, por ser la más pequeña; de sus años de universitaria y de lo buena que fue durante estos, no

saliéndose nunca de la estricta educación inculcada por sus padres; de sus comienzos en la empresa familiar y la amistad que se ha ido afianzando con la mayoría de las brujas de Green Clover.

También hablamos de mí, por supuesto, pero no de nosotros. Saca a relucir el tema del Libertine, y me dice que no entiende cómo puede gustarnos pasar tiempo en un club exclusivamente de caballeros.

Y mucho menos que asistamos a los fines de semana locos de BDSM. No nos tacha de enfermos, como fue el caso de Adrien, sino de pervertidos. Se queda alucinada cuando le explico lo que me hace sentir participar en dichas reuniones. La liberación, el morbo, la expectación y la excitación que me provoca todo ello.

Admito ser Amo y Sumiso, ambas cosas, dependiendo de mi estado de ánimo. Si ella quisiera y me dejara, no tendría ningún problema en iniciarla en ese mundo.

Para mi sorpresa, cuando Alison duerme plácidamente acurrucada junto a mí, descubro que también estaría dispuesto a dejarlo si me lo pidiera. De hecho, desde que estoy aquí no he vuelto a ir a ninguna reunión.

Tampoco me he acostado con nadie más.

Sólo con ella.

«Estás pillado hasta las trancas, tío...»

Cierto, lo estoy.

Y ver la foto de ese tipo sobre la mesita cada vez que giro la cabeza, me retuerce las entrañas.

Aunque ya no con la misma intensidad de la primera vez.

Al fin y al cabo, yo soy el que está aquí, no él.

CAPÍTULO 27



Son casi las doce de la noche, del domingo, cuando aparco el coche frente al edificio donde vivo con mi padre. No podía pasar ni un minuto más en aquella casa, con ella.

No después de la monumental bronca acaecida tras un tonto comentario realizado por mi parte. Un comentario inocente y sin más significado que lo que quería expresar con él. Decir que estoy cabreado, es quedarse corto, joder.

Creo que con ella siempre va a ser así, una de cal y otra de arena, y, sinceramente, empiezo a estar hasta las pelotas de que cada vez que pienso que hay esperanza para nosotros, de un solo plumazo lo haga desaparecer, quedándose tan ancha.

¿Cabreado? ¡Los cojones! ¡Estoy que me llevan los demonios, joder!

Abro la puerta y, afortunadamente para mí, compruebo que no hay nadie en casa. Ni siquiera me paro a pensar en que es muy tarde para que mi padre no esté allí. Supongo que estará con su novia, o vete a saber, ahora mismo me da igual.

Todo me da igual. No, miento. Si eso fuera verdad, no estaría hirviendo de ira y frustración. No tendría ganas de romper algo y ponerme a gritar hasta reventar los pulmones y quedarme sin voz.

Agradezco que mi padre no esté, de lo contrario tendría que explicar los motivos de mi estado y, ahora mismo, es lo que menos me apetece hacer. Mejor que él no sepa nada. No quiero que se preocupe por mí.

El teléfono suena en el bolsillo interior de mi chaqueta. Sé que es ella antes de siquiera mirarlo. No pienso contestar, total, para qué. Ya sé qué me va

a decir, lo mismo de siempre: que lo siente y que todo es culpa de las putas hormonas. Una disculpa que ya empieza a sonarme a cuento chino, para qué nos vamos a engañar. Una disculpa que ya suena a disco rayado y de la que me he cansado.

Se acabó. Esta vez tendrá que ser más original e inventarse algo nuevo. Cuando en realidad los dos sabemos cuál es el motivo real de que suelte por la boca lo primera que le venga a la mente sin pensar, sin filtrar: el fantasma de Colin y la promesa hecha en su tumba.

Resoplo desquiciado por el maldito sonido del móvil y lo silencio.

Entro en mi habitación y tiro la bolsa con mis cuatro pertenencias a los pies de la cama. Me quito la chaqueta, la dejo por ahí, en cualquier parte, y me froto la cara con las manos. Empiezo a sentirme bastante desesperado con la situación.

Una situación que me sobrepasa y me desconcierta. Una situación que ha hecho que me enfrentara a mí mismo y a lo que quería de la vida, llegando a aceptar que las cosas pasan y punto.

Que Alison James se quedara embarazada no entraba en mis planes, mucho menos enamorarme de ella, pero pasó y aquí estoy, dispuesto a todo por formar una familia a su lado.

¿No ve que estoy loco por ella? ¿No se da cuenta de que beso el puto suelo que pisa? Sabe de sobra cómo era yo antes de ella, joder, ¿acaso cree que esto para mí es un juego? ¿Que cuando nos cansemos, si te he visto no me acuerdo? Maldita sea, yo también he sufrido la pérdida de alguien que supuestamente debía de quererme incondicionalmente.

Yo también me hice una promesa, joder, y no pasa nada por romperla. Somos humanos, no predecimos el futuro y no manejamos los hilos del destino.

Es una hipócrita. Sí, una hipócrita. Me habla como si fuera la voz de la experiencia, diciéndome que no todas las mujeres son igual que mi madre y que me debo dar la oportunidad de conocer a una y enamorarme. Bueno, pues ya lo he hecho, me he enamorado de ella, así de simple.

«Díselo..., háblale de tus sentimientos y pon las cartas sobre la mesa...»

Suspiro parado frente a la ventana, pensando en cómo me sentí esta mañana al despertar de nuevo a su lado, con su redondeada barriga pegada a mi espalda y rodeado por su brazos y piernas. Recuerdo esa sonrisa que se dibujó en mi boca y se me contrae el estómago.

«Con lo bien que había empezado el día...»

Desperté a eso de las nueve y, al igual que la mañana anterior, se me fueron los minutos observándola dormir.

Mientras lo hacía, pensé en lo a gusto que me sentía con ella. En la complicidad que teníamos, dentro y fuera de la cama. En lo que me hacía reír con sus comentarios... Pensé en todos los cambios que mi vida había experimentado, en tan corto espacio de tiempo, y deseé que fueran para toda la vida, a su lado y al lado de nuestro bebé. Cuando ella abrió los ojos, se encontró con los míos, y también con esa sonrisa embobada que últimamente luzco, por su culpa.

—Buenos días, preciosa—murmuré pegándola más a mí.

Ronroneó en respuesta.

—¿Has dormido bien?

—Como un lirón— respondió inhalando el olor de mi cuello—, ¿y tú?

—Me quedé frito en cuanto sentí tu respiración pausada. Estaba exhausto...

Soltó una carcajada.

—Yo también, menudo día el de ayer—puso los ojos en blanco—. Por nuestra salud, es mejor que hoy salgamos de la cama y, a ser posible, de casa.

Reí con ganas.

—¿Qué propones?

—No sé, podemos dar un paseo por la playa y después comer por ahí, ¿te parece?

Asentí.

—Un plan perfecto que pondremos en marcha en cuanto te dé los buenos días como te mereces—dije lamiendo su labio inferior.

—Eres insaciable, Arthur Preston.

La miré con intensidad.

—Tú provocas que esté famélico y quiera devorarte a cada segundo.

Le hice el amor con la boca, con los dedos... Lamí cada parte de piel expuesta a mí, cada recoveco oculto. Degusté su salado sabor, hasta que se retorció cual culebra, sobre el colchón, gimiendo una y otra vez mi nombre, con desesperación. Chupé sus sensibles pezones. Jugué con su clítoris, presionando, mordiendo, rotando. Dejé que ella me devorara a conciencia, que me transportara al más allá con la cadenciosa caricia de su lengua y sus succiones.

Me arqueé cuando presionó mi polla con la mano y la movió con un ritmo frenético, volviéndome loco y sintiéndome desesperado por colarme en

su interior y, literalmente, empotrarla contra el colchón y hacerla mía una y otra vez.

Nos corrimos dos veces, una allí, en la cama; después, en el baño, mientras nos duchábamos. Así deberían de empezar siempre todas las mañanas.

¿Insaciable yo?

Insaciables los dos.

Caminamos por el paseo marítimo cogidos de la mano. El continuo roce de nuestros dedos me hormigueaba la piel y aligeraba mi corazón, sólo por el hecho de ir así con ella por la calle, como si fuéramos una pareja más de enamorados.

Tomamos un té en la terraza de una cafetería, mientras elegíamos la música para el día de Acción de Gracias, y luego compramos unos bocadillos, que comimos sentados al pie de uno de los muros del castillo.

Nos tumbamos en la hierba y, con su cabeza apoyada en mi pecho y su mano en mi estómago, jugamos a buscar figuras en las nubes esparcidas por el cielo.

A media tarde, bajamos a la playa y, descalzos, nos adentramos en la orilla del mar, dejando que las pequeñas olas rompieran a nuestros pies. Hablamos, reímos, nos acariciamos... El día iba estupendamente bien, hasta que llegamos a casa y a mí se me ocurrió decir, porque así lo sentía, que podría acostumbrarme a aquello sin problema.

Recordar cómo se tensó su cuerpo, me enerva la sangre.

Los dos estábamos en el sofá, dispuestos a ver un capítulo de esa serie que tanto le gusta a Alison. Una de vampiros buenorros y hombres lobo de escándalo. En la mesa baja, teníamos un par de cervezas sin alcohol y un bol con palomitas de colores, de esas super dulces. En mi mente, aquella era la imagen perfecta de lo que sería mi vida si la compartiera con ella y sonreí sintiéndome bien, cómodo.

Suspiré y la miré.

—¿Sabes? —murmuré—. Podría acostumbrarme a esto sin problema —nos señalé a ambos.

La tensión en sus hombros fue automática, se envaró y apartó sus ojos de los míos.

—No lo hagas—masculló entre dientes.

—¿El qué?

—Acostumbrarte a esto, a mí.

—Joder—me puse en pie y la encaré—, nunca sé a qué atenerme contigo. Sólo estaba manifestando que, en este momento, aquí y ahora, me siento a gusto y cómodo, ¿tan grave es?

—No quiero que te hagas ilusiones, Arthur.

—Sólo era una expresión, Alison, una maldita expresión que indica cómo me siento, joder, no estaba pidiendo compartir tu vida ni nada por el estilo.

—No entiendo por qué te pones así.

—Si no lo entiendes es que estás más ciega de lo que creía.

—A lo mejor es que no quiero ni me interesa verlo—exclamó con desdén.

—Claro, ¿por qué ibas a querer ver que lo que hay entre nosotros es algo más que una amistad con derecho a roce, cuando sigues enamorada de alguien que no está y nunca va a volver? Es mejor vivir de recuerdos que crear otros nuevos, ¿verdad? Eres una cínica, joder.

Me fulminó con la mirada.

—Al menos yo sé lo que es amar y sentirse amada, no como tú, que te has pasado toda tu vida despreciando a las mujeres porque tu madre te abandonó siendo un niño.

—Eso ha sido un golpe bajo, Alison.

—No más bajo que el que me has lanzado tú.

Suspiré y dejé caer las manos a mis costados, rindiéndome.

—Tú ganas.

Giré sobre mis talones y salí del salón.

Ella me siguió a la habitación.

—¿Por qué no puedes simplemente ceñirte a las normas en lugar de complicarlo todo? —inquirió desde la puerta.

—¿Qué normas? ¿No acostumbrarme a esto? ¿No hacerme ilusiones contigo? ¿Hablas de esas normas que sólo te interesan a ti?

—Cuando hablamos por primera vez en Clover House del bebé, ambos lo teníamos claro, ¿no es así?

—Aquel día tenía también claro que no quería ser padre bajo ningún concepto, y ahora es lo que más deseo del mundo. Si ese hecho ha cambiado, ¿por qué no pueden cambiar los demás?

—Porque yo no quiero que cambien.

Sonreí con inquina.

—Claro, sólo se trata de ti y de lo que quieras tú, ¿no? Qué importa lo

que queramos los demás, ¿verdad? ¿Qué importa que mi maldito mundo se haya vuelto del revés, que haya perdido a mis amigos y el trabajo de mi vida? ¿Qué importa que cada puto día, desde hace dos meses, sólo viva por y para ti? Nada importa porque a la señorita Alison James ni le interesa ni quiere ver lo que pasa a su alrededor ni lo que provoca a su paso, ¿cierto?

—Estás siendo muy injusto conmigo.

—¿En serio? ¿Eso crees? —torcí el gesto—. Pues déjame decirte, cariño, que aquí la única injusta que hay eres tú.

Abrí los cajones de la cómoda, saqué mis escasas pertenencias y las deposité encima de la cama, con rabia.

—¿Qué estás haciendo?

—¿Recoger mis cosas?

—Arthur, por favor...

—Por favor nada, Alison, te estoy dando lo que quieres.

Tu espacio, tu intimidad y tu vida. Ya sabes, para no coger costumbres innecesarias—cerré la cremallera de la bolsa de viaje y la miré—. Cuando estés dispuesta a abrir los ojos y ver lo que hay más allá de tus narices, sabes dónde encontrarme.

Fue lo último que dije antes de salir por la puerta.

Lo último que vi, fueron las lágrimas que se deslizaban por sus mejillas.

¡Y cómo me escocieron esas lágrimas, joder!

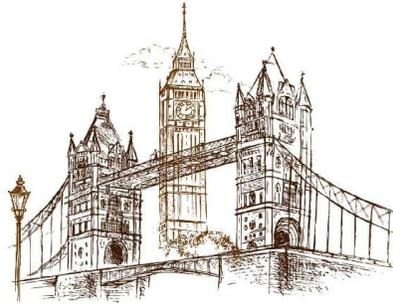
Aun así, aquí estoy, ignorando sus llamadas y cabreado como nunca.

Puede que ésta sea la única manera de que se dé cuenta de que lo nuestro es algo más que una simple amistad con derecho a roce.

Y si no es así..., bueno, tampoco será tan difícil olvidarme de ella, ¿no?

«Iluso..., es la madre de tu hijo».

CAPÍTULO 28



La primera semana en el trabajo, tras nuestra bronca, es un calvario. Un calvario por varias razones, pero, principalmente, porque compartir tiempo y espacio con ella, cuando lo que de verdad quiero es mantenerme lo más alejado posible, es una agonía.

Me hormiguean los dedos, porque me muero por acariciar su piel. Se me corta el aliento, cuando la tengo demasiado cerca y sé que no puedo besarla.

Me aclaro la voz, infinidad de veces, porque Alison James, para bien o para mal, siempre consigue dejarme sin palabras. Echo de menos las risas, los roces y nuestra complicidad. Aun así, me mantengo firme, estoico, sin ceder ni un milímetro. Se acabó eso de ser el chico para todo y estar tan disponible.

Se acabó ser el buen samaritano. Se acabó ser el tonto a las tres que siempre lo perdona todo.

Se acabó.

El lunes, vuelvo a mi antigua rutina al llegar a la oficina: encender las luces, preparar el café, echar una ojeada a la agenda y todas esas cosas.

Para cuando son las nueve de la mañana, y ella aún no ha llegado, empiezo a preocuparme. Sí, soy así de gilipollas, y me cuesta la misma vida no llamarla, pero lo hago. Ni llamo ni pregunto.

Nada, como si en realidad no me importara, aunque sí que me importa. Me importa mucho, joder.

Aparece cerca de las once, como si tal cosa, y me pilla enfrascado en el balance trimestral.

—Buenos días, Preston.

Su saludo, frío y profesional, es como una bofetada dada a mano abierta.

Sin apartar la vista del ordenador, respondo:

—Señorita James.

Por el rabillo del ojo, veo que se quita la chaqueta y la cuelga en una

de las perchas. Lleva un vestido de esos premamá, de punto y rayas horizontales de diferentes colores, que me hace salivar. Se sienta a la mesa y tamborilea con los dedos en la mesa.

—¿Y bien? —inquire.

—¿Y bien qué?

—¿Me vas a decir cuál es el orden del día o tengo que adivinarlo?

Mentalmente pongo los ojos en blanco, cojo la agenda y me acerco a su mesa.

—A las once y media tienes la reunión trimestral con Amber. A la una, almuerzo con el señor Jones para ultimar la visita del próximo fin de semana. Y a las tres, otra reunión con Dana, Brooke y Gilliam.

—Gracias.

—De nada, para eso me pagan.

Sin dirigirle ni una sola mirada, vuelvo a mi mesa y me centro de nuevo en la pantalla del ordenador.

—¿Tienes el teléfono estropeado?

La ignoro y sigo tecleando.

—Te estoy hablando, Preston.

—¿Ah sí? Pensé que era el zumbido de la impresora.

—¿Puedes mirarme a la cara cuando hables conmigo, por favor?

—Claro—lentamente, giro la cabeza y clavo las pupilas en las suyas

—. ¿Decías?

—¿Tienes el teléfono estropeado?

—No que yo sepa.

—¿Por qué no respondiste a ninguna de mis llamadas?

Me encojo de hombros.

—Porque no quería hablar contigo.

—Entonces supongo que tampoco leíste el mensaje que te envié.

—No, no lo hice, la disculpa de las hormonas ya no cuela.

—No era una disculpa.

Asiento, dolido.

—¿Puedo seguir trabajando?

—Vengo de la revisión con la doctora Matthews.

«Mierda, te olvidaste de la cita...»

—¿Y?

—Todo está bien, ya puedo hacer vida normal.

—Me alegro.

—Gracias.

—¿Algo más?

Suspira y se muerde el labio inferior.

«Aquí viene tu disculpa...»

—Sí, tráeme un té de menta.

Tuerzo el gesto.

«¡Los cojones tu disculpa!»

—¿Algún problema?

—Ninguno—mascullo.

—Lo suponía, porque para eso te pagamos, ¿verdad, Preston?

—Exacto.

Esta es la conversación más larga que mantenemos a lo largo del día. Un día que, a cada minuto que pasa, se vuelve más y más tedioso. Para cuando llego a casa, lo hago sintiéndome mentalmente agotado.

El martes, más de lo mismo. Malas caras, bufidos sin venir a cuento, preguntas absurdas y respuestas monosilábicas. La tensión entre nosotros se palpa a leguas.

Hasta las chicas lo notan y nos evitan cuando estamos en la misma habitación.

Por eso he vuelto a comer solo, para que ella pueda hacerlo, con tranquilidad, sentada a la mesa con sus amigas.

Lo sé, no se me da bien eso de ejercer de cabrón sin sentimientos, pero soy así, no puedo cambiar de la noche a la mañana. Por la noche, mi padre me pregunta qué es lo que pasa y se lo cuento. Le hablo de lo reacio que siempre estuve a enamorarme, del motivo que me llevó a prometerme a mí mismo que nunca lo haría y de por qué ahora han cambiado las cosas.

Si él es capaz de rehacer su vida, cuando ha sido el más perjudicado en esta historia, ¿por qué no voy a hacerlo yo? Desnudo mi corazón ante él y le muestro todos mis miedos, que se resumen en uno sólo: que la única mujer que se ha adueñado de mi corazón, no me quiera.

—¿Y por qué no iba a quererte?

—Vamos, papá, acabo de decírtelo, sigue enamorada de su novio fallecido. No puedo competir contra un fantasma por el que ella estuvo dispuesta a dejarlo todo.

—¿Sabes? Conocí a Colin y nunca me gustó. Me parecía un jeta, un interesado y un maleducado.

Aunque claro, cuando ella estaba cerca se mostraba diferente,

mostraba otra personalidad. En cambio, tú no tienes dobleces, hijo, eres tal cual te ves, leal, honesto, sencillo...

—Sigue amándole a él, papá, a mí ni siquiera me da una oportunidad.

—En eso te equivocas, Arthur, sí que te está dando una oportunidad, aunque puede que ella todavía no lo sepa.

—¿A qué te refieres?

—Por Dios, hijo, dejó que te quedaras en su casa una semana, cuidándola.

—Sí, pero sólo porque insistí y porque vamos a tener un hijo.

—Tu madre y yo te teníamos a ti y eso no impidió que ella se fuera sin mirar atrás. Lo que quiero decir, es que no todas las parejas que comparten vuestra situación tienen lo que vosotros tenéis.

Puede que tú no lo veas y ella tampoco, pero los que estamos a vuestro alrededor sí que nos damos cuenta, pregúntale a Amanda si no me crees.

Suspiro.

—En realidad, yo también pienso que lo nuestro es diferente y, claro, me hago ilusiones... Luego, cuando menos me lo espero ¡zas! Me suelta una de las tuyas y pienso todo lo contrario. No sé qué hacer, papá, me estoy volviendo loco, joder.

—Sigue siendo tú mismo, hijo, no cambies ni un ápice de lo que hay en ti. Dale tiempo y verás que acabará dándose cuenta de lo especial que eres para ella.

—¿Cuánto tiempo?

—Si la amas, el que sea necesario.

No es por nada, pero que mi padre crea que tengo posibilidades con Alison, me motiva a no rendirme.

Por eso decido cambiar la estrategia y darle un empujoncito a esa loca mujer, para que decida si me quiere en su vida o no.

El miércoles sigue la misma dinámica que los días anteriores. Apenas nos dirigimos la palabra y, cuando lo hacemos, ni siquiera nos miramos a la cara.

Eso sí, cuando ella está enfrascada en algún asunto de la empresa, la observo sin que se dé cuenta. Es inevitable no hacerlo y desear que toda esta situación fuera distinta y le diera una oportunidad a lo nuestro. Me alucina lo cabezota que puede llegar a ser, joder. Me revienta que no sea capaz de dar el brazo a torcer. Y todavía me jode más quedarme en la inopia cuando la tengo cerca y darme cuenta de que no existe nada más a mi alrededor aparte de ella.

Como por ejemplo en este mismo momento, que sonrío como un idiota al ver cómo se lleva el bolígrafo a la boca y muerde compulsivamente el capuchón.

Si pudiera, me daría de collejas hasta dejarme tonto, de verdad. Las que suelo darme mentalmente parece que han dejado de surtir efecto y necesito algo más contundente para dejar de hacer el gilipollas en su presencia.

«Mal vas como sigas así, chaval...»

Justo en este instante, suena el teléfono en el bolsillo de mi chaqueta. Me levanto a por él y, de repente, se me ocurre que este es un buen momento para comprobar si para Alison soy tan invisible como parece.

Sonrío para mis adentros.

—¡Ornella! —saludo con énfasis—. Cuánto tiempo sin saber de ti, preciosa, ¿cómo te va?

Percibo la tensión en sus hombros al segundo.

«Bien...»

—¿Qué Ornella ni qué niño muerto? Soy yo, Luis.

—Lo siento, he estado muy ocupado últimamente..., no, nada importante, ya sabes, trabajo.

Ahora es su mandíbula la que se tensa.

«Vamos bien...»

—¿Qué te has fumado, tío?

—¿Que si me gustaría verte este fin de semana? —los ojos de la pequeña James se clavan en mí y me giro, ocultando una gran sonrisa—. Por supuesto, siempre es un placer verte, nena—estas últimas palabras las pronuncio: alto, claro y con un toque picante.

—Vale, creo que ya lo pillo, Alison James está contigo y quieres darle celos, ¿me equivoco?

—Para nada.

—¿Qué ha pasado ahora? ¿Sus hormonas han vuelto a atacar?

El cabrón se ríe a carcajadas.

—¿Este sábado? No, no tengo nada que hacer, salvo disfrutar de tu encantadora compañía.

—Bueno, a mí también me gusta verte, pero qué quieres que te diga, prefiero a Dana, ella me hace cosas...

—Sí, claro que conozco ese local—lo interrumpo—, está en el Soho, ¿verdad? Deja que lo apunte...

El carraspeo de Alison a mis espaldas casi me hace reír.

—Muy bien, más tarde te llamo y concretamos nuestra cita.

—Vale, tesorito, pero llámame sin falta, ya sabes que me muero por tus huesos londinenses.

—Idiota—mascullo en susurros.

—Anda, tontito, mándame un beso.

Me río y aclaro la voz antes de volver a hablar.

—Nada de mandarte un beso, prefiero dártelo en persona..., no, no será sólo uno, ya sabes que una vez que empiezo, no puedo parar... Eso es, nena, nos vemos el sábado.

—Estoy impaciente.

Guardo el teléfono de nuevo en el bolsillo y me giro para volver a la mesa.

Ver la mirada de furia de Alison y su boca torcida en un gesto de disgusto, me hace sentir bien y mal a la vez. Bien porque todo indica que está celosa y no le parece bien que quede con otras mujeres; y mal, pues porque no me gusta ser así y hacerle daño, de verdad que no. Pero es lo único que se me ha ocurrido como toque de atención, que vea que sí hay otras mujeres interesadas en mí, aunque eso ya lo sabe. Pero, sobre todo, quiero que empiece a pensar en que yo estoy libre como un pájaro y que si no se espabila puede perderme. Igual que le pasó a Mila con Luis.

Sus bufidos de gata enrabietada me hacen sonreír, pero disimulo.

—¿Te pasa algo? —indago por meter el dedo en la llaga.

—Nada.

—¿Seguro?

—Sí.

—No sé, pareces un poco tensa.

—No lo estoy.

—Lo que tú digas.

—Eso es, lo que yo diga—responde borde.

—¿Se puede saber qué mosca te ha picado ahora? —meto el dedo un poco más en esa llaga que parece escocer.

Resopla y se pone en pie, fulminándome con la mirada.

—La llamada de tu amiguita y vuestra conversación me han desconcentrado y me he olvidado de lo que iba a hacer.

Pongo cara de horror.

—Qué feo por tu parte escuchar una conversación ajena, Alison.

—La próxima vez que recibas una llamada personal en horario laboral,

te pondré una amonestación, ¿estamos?

—¿Y si es mi padre, que me llama porque resulta que le ha pasado algo?

—Si es tu padre respondes y punto.

—Entonces, ¿esta nueva norma que te acabas de sacar de la manga sólo atañe a mis amiguitas?

—Atañe a todo el mundo que no sea tu padre.

—Entendido y lo siento, sólo estaba poniendo en práctica tu consejo.

—¿De qué consejo hablas? —se cruza de brazos.

—Ya sabes, que me dé la oportunidad de enamorarme de alguna de esas mujeres que me rondan.

—Ah, ése...

—Sí.

Nos miramos intensamente durante minutos y, finalmente, ladra:

—Deja de perder el tiempo y ponte a trabajar de una puñetera vez.

Sonríó ampliamente e inclino la cabeza.

—A sus órdenes, jefa.

Y lo hago, me pongo a trabajar sin rechistar y sin borrar esa amplia sonrisa.

Más tarde, ya en casa y acostado, trazo un plan para el sábado.

«Te vas a cagar, pequeña acosadora».

CAPÍTULO 29



El jueves pasa sin pena ni gloria, salvo por la llamada que le debía a Luis, no ocurre nada que no haya contado antes. Mis esperanzas con Alison van y vienen, según sople el viento.

Unas veces creo que todo es posible y, otras, que me iría mejor la vida

si me rindiera y me olvidara de ella. Me cuesta horrores levantarme cada mañana e ir a trabajar. Paso tantas horas en tensión, porque nunca sé a qué atenerme con ella, que me duele todo.

Y cuando digo todo, quiero decir absolutamente todo, joder. Los músculos, por la tensión. El corazón, por el rechazo. Y la polla por el deseo acumulado y la necesidad de sentirla rodeándome con sus piernas.

Mi vida se ha convertido, precisamente, en lo que no quería: verme penando por el amor de una mujer que no me corresponde. Mi peor pesadilla hecha realidad.

«Una puta ruina, vamos...»

En casa, mi padre ha dejado caer que a final de mes se muda a casa de Amanda, lo que quiere decir que vuelvo a quedarme solo.

No, no me estoy quejando, lo que pasa es que, en estos últimos días, y con la revolución de sentimientos que estoy experimentando, todo me parece mal.

Claro que él tiene derecho a rehacer su vida, faltaría más. Soy yo, que ya no tengo muy claro si voy o vengo, la verdad.

«Se te está yendo la pinza, chaval».

Puede ser...

El viernes, parece que me levanto de la cama algo más animado. Puede que tenga que ver con que ya es fin de semana y lo que le tengo preparado a Alison, ya que cree que he quedado con Ornella.

Iré, como quien no quiere la cosa, dejando datos de mi cita ficticia, por la oficina. Si ella está tan pendiente de mí como creo, no tardará en tener toda la información en su poder: hora, lugar y esas cosas. Lo que haga con dicha información, será lo que me empuje a dar el siguiente paso.

Entro silbando en las oficinas y voy directamente a la cocina. Enciendo las luces, la cafetera y pongo el agua a hervir para la infusión de la jefa. Seguro que hoy, que no se me ha olvidado hacerlo, a la señorita no le apetece el té de menta, pero bueno... Un ruido, proveniente de nuestro despacho, llama mi atención y miro el reloj, «demasiado pronto para que ella ya esté pululando por aquí...» Extrañado, me acerco con cautela y abro la puerta.

«Mierda, Adrien...»

—Joder, Preston, ni que hubieras visto a un fantasma—exclama.

Lo primero que me viene a la cabeza es que Alison no se encuentra bien.

Entro como un vendaval, angustiado.

—¿Ali está bien? ¿Le ha pasado algo?

Enarca una ceja y me mira.

—¿Ali?

—¿Por qué estás aquí? ¿Ella está bien?

—¿Ali? —repite.

—Responde.

—¿Desde cuándo llamas Ali a mi hermana?

Resoplo, empezando a perder la paciencia.

—Te he hecho una pregunta, Preston.

—Yo he preguntado primero.

Camina con calma hasta plantarse delante de mis narices y nos retamos con la mirada durante unos minutos.

—Dime desde cuándo te tomas tantas libertades como para llamar a mi hermana Ali, en lugar de señorita James o Alison.

Sonrío de medio lado, va listo si cree que me voy a achantar.

—No lo haré hasta que tú me digas si ella está bien.

Él tensa la mandíbula y yo los puños.

—Qué bonito, una pelea de gallos a las ocho y cuarto de la mañana.

Ambos giramos la cabeza hacia la puerta.

El alivio que siento al ver a Alison, aunque sea con cara de ogro, es instantáneo.

—¿Puedo saber por qué narices estáis ya con las espadas en alto?

De repente me siento como un niño pequeño amonestado por su tutora.

Carraspeo.

—Yo sólo quería saber si estabas bien, me extrañó tanto que Adrien estuviera aquí tan temprano que...

—Gracias por tu preocupación, Arthur, estoy bien—desvía la vista a su hermano—. ¿Adrien?

—Te llamó Ali.

—¿Y?

—¿Qué confianzas son esas?

—Las que yo le permito, ¿hay algún problema?

Adrien niega con la cabeza y yo sonrío.

—¿De qué te ríes? —inquire éste, amenazante.

«Sonrío porque me encanta tu hermana, toda ella, de pies a cabeza».

—No me río de nada, James, de nada...

—Más te vale, capullo.

—¡Basta! —grita Alison—. Arthur, prepara el dossier con el proyecto de Acción de Gracias, cuatro copias, en quince minutos tenemos una reunión en el despacho de Amber, te esperamos allí. Y tú—señala a su hermano—, deja de comportarte como un gilipollas y ven conmigo.

«Dios, cómo me pone esta mujer...»

Sé que la reunión no pinta bien para mí, cuando llevo veinte minutos sentado a una mesa con ellos y Alison no deja de criticar mi trabajo. Puedo soportar que haga eso cuando estamos ella y yo solos, pero que me lo haga delante de sus hermanos me mata, joder. Es humillante y rastrero por su parte y, aunque trato de evitarlo, la ira se va apoderando de mí con cada minuto que pasa.

—Los centros de mesa no sé, no acaban de convencerme y...

«Mentirosa, la semana pasada te encantaban...»

—... Creo que la música es un poco vulgar, demasiado... ¿cómo decirlo?

«¿Vulgar? Pero si la escogiste tú misma conmigo...»

Juro que estoy alucinando.

Y también muy cabreado.

—Lo que no te guste lo cambias y listo—comenta Amber.

—Sí, eso haré, está claro que este no es trabajo para un hombre, ¿verdad? Algunas ideas no hay por dónde cogerlas...

Nuestras miradas se encuentran y ella sonrío de medio lado.

—¿Algunas ideas no hay por dónde cogerlas? —mascullo con los dientes apretados.

—Vamos, Arthur, no te ofendas, sabes que...

Me pongo en pie, perdiendo los papeles por completo.

—¿Hablas de esas ideas que el sábado pasado, mientras repasábamos el proyecto en tu casa, te parecían fantásticas? —la interrumpo—. ¿Eres bipolar o algo así? Porque no entiendo que algo que parecía gustarte y entusiasmarto hace unos días ahora no te convenza—grito.

—Te estás pasando, Preston, baja el tono y cálmate.

—¿Que me calme, Adrien, me lo dices en serio? ¿Tienes idea de la cantidad de horas que le he dedicado al proyecto, como para que ahora me diga que es una mierda?

—Yo no he dicho que sea una mierda.

La miro con rabia.

—Poco te ha faltado, ¿no crees?

—Tengo derecho a cambiar de opinión.

—Juro que no te entiendo, joder, estabas completamente de acuerdo con todo y de repente...

Entonces, como si se me encendiera una bombilla en la cabeza, lo tengo claro: esta es su venganza por la llamada ficticia de Ornella.

«Mierda, ¿cómo no te has dado cuenta antes?»

Muy a mi pesar, sonrío para mis adentros.

«Eres imbécil, macho».

—¿Cuál es el motivo que te llevó a cambiar de opinión, Alison?

—No hay un motivo concreto.

—¿No?

Asiente.

Apoyo las manos en la mesa y me inclino para observarla de cerca.

—¿Segura? Porque algo tiene que haber pasado para que, de la noche a la mañana los centros de mesa ya no te convenzan, y la música que elegimos juntos te parezca hasta vulgar.

—No ha pasado nada.

—¿Nada de nada?

Un leve rubor cubre sus mejillas.

—¿Es a mí, o a ti también te parece que ya no hablan sólo de trabajo, Amber?

Ambos desviamos la mirada hacia ellos.

Amber se encoge de hombros y Adrien ríe burlón.

—¿De qué te ríes, James?

—De nada, hombre, de nada. Seguid a lo vuestro, no hay prisa.

Resoplo, frustrado.

Putos James, entre todos me están volviendo tarumba.

Recojo los dosieres con los documentos de encima de la mesa y, bajo la atenta mirada del resto, enciendo la máquina trituradora de papel.

—¡Ni se te ocurra hacerlo, Arthur!

—¿Por qué no, Alison?

—Porque... Porque..., yo...

—¿Tú qué?

La veo tragar saliva y, joder, que me maten si no me encanta verla sufrir un poquito.

Al ver que no contesta, encajo el primer dossier en la ranura.

—¡Arthur!

—¿Sí?

Vuelve a tragar saliva.

Sin apartar mis ojos de los suyos y con mucha lentitud, voy empujando el dossier, que va cayendo hecho trizas en el depósito de abajo. Y así con todos, hasta que no queda ni rastro de mi trabajo.

—Listo, ya no hay proyecto, ya puedes hacerlo a tu gusto. Supongo que se acabó la reunión, ¿verdad?

Y sin más, salgo del despacho de Amber, dejándolos sentados a la mesa, diría que bastante sorprendidos.

—¿De qué ha ido todo esto, hermana?

Sonrío al escuchar la voz de Adrien al cerrar la puerta.

«Oh, amigo mío, eso ha ido a que mi pequeña acosadora está muerta de celos...»

Lo sé, soy gilipollas. Acaba de cargarse el trabajo de una semana y en lugar de llevarme los demonios, bueno, en realidad estuvieron a punto de hacerlo, ahora, estoy feliz, por eso digo que soy gilipollas. Vale, lo confieso, no se ha cargado nada porque el trabajo lo tengo en un archivo, guardado en el ordenador, pero ella no lo sabe. Y joder, su cara de espanto mientras la máquina se tragaba el papel, no tiene precio.

No llevo ni diez minutos en el despacho, cuando entra ella como un ciclón, a punto de arrasarlo todo.

—¿Te has vuelto loco?

—Dijo la cuerda...

Apoya las manos en las caderas y achina los ojos.

—Ahora mismo estoy muy cabreada por tu estupidez, Arthur.

—Pues no sé por qué, después de todo mi trabajo no te gustaba, ¿no?

—¡Por supuesto que me gustaba!

—Joder, estás fatal, Alison, aclárate porque lo tuyo es de psiquiátrico.

—Sólo quería fastidiarte, ¿vale? Pretendía hacerte trabajar mañana y estropear tu cita, ¿contento?

—Estás celosa...

—¿De qué hablas? Por supuesto que no estoy celosa, simplemente me dio rabia, eso es todo.

—¿Por qué?

—Porque no me parece justo.

—Que no te parece justo, ¿que tenga citas con otras mujeres?

—Algo así—admite.

—Eso son celos, Alison.

—Qué más quisieras.

Me frote la cara, desesperado.

Esta mujer va a acabar conmigo, joder.

—Pues sí, me encantaría que estuvieras celosa porque eso significaría que sientes algo por mí.

Abre los ojos sorprendida por mis palabras.

—¿Tú quieres que yo...?

Me acerco a ella y acaricio su mejilla.

—Estoy loco por ti, Alison, ¿tu qué crees?

Aparta la mirada y retrocede unos pasos, marcando la distancia entre los dos.

—Creo que mañana deberías de tener esa cita.

—¿Lo dices en serio? —mascullo incrédulo.

—Completamente.

—Por el amor de Dios, Alison, deja de confundirme y enviarme señales contradictorias, ¿quieres? Deja de jugar conmigo porque estás acabando con mi bendita paciencia.

—¡No estoy jugando contigo!

—¡Claro que lo haces, joder! No quieres que me haga ilusiones contigo y me acostumbre a ti y, resulta que, cuando te hago caso, te enrabetas porque he quedado con otra mujer; tiras por tierra mi trabajo, haciéndome pasar un mal rato delante de tus hermanos, humillándome, sacándome de quicio. Cómo cojones llamarías tú a eso, ¿eh? ¿Cómo?

—Arthur, yo...

—¿Qué quieres de mí, Alison? Dímelo y acabemos con esto de una puñetera vez.

Su barbilla tiembla y se muerde el labio inferior, dudosa.

—No lo sé—solloza—. No sé lo que quiero, ¿vale?

—No, no me vale porque esta situación me está matando, así que, decídate y dime si quieres que lo intentemos o no, pero no me tengas en tu vida como un comodín y me uses a tu antojo, porque me haces daño.

—Lo siento, yo no...

—Si me alejo y voy a esa cita, no es porque yo lo desee, sino porque tú así lo quieres. Todo tiene un límite, Alison, y yo estoy a punto de sobrepasar el mío. Luego no me vengas llorando y suplicando, porque será demasiado tarde.

Asiente.

—Tu trabajo...

Suspiro resignado, dándome cuenta de que todo lo que acabo de decir, se lo ha pasado por el arco del triunfo.

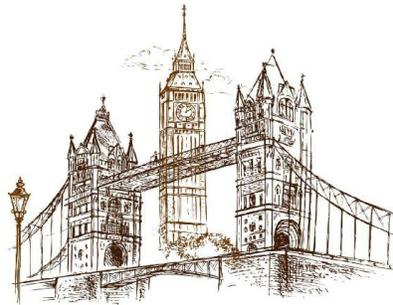
—No te preocupes por mi trabajo, tengo una copia guardada en mi ordenador.

Sonríe aliviada y a mí me dan ganas de gritar.

El resto del día trabajamos en silencio, cada uno a lo suyo. Por la noche, al llegar a casa, ya no me quedan esperanzas y me doy por vencido.

Se acabó.

CAPÍTULO 30



Me siento agotado, hastiado, agobiado... Con lo bien que vivía yo hace unos meses, joder. Pasar las noches en el Libertine y buscar una compañera de cama, eran mis únicas preocupaciones.

Preocupaciones que no eran tales porque, trabajar en el club de caballeros era mi pasión, y acostarme con una tía, cada noche, mi desahogo carnal.

Un desahogo que no era más de lo que la propia palabra significa y, después, a otra cosa mariposa, sin comeduras de cabeza, sin remordimientos, con la conciencia bien tranquila, porque nunca he engañado a nadie.

Nunca prometí nada. Nunca quise nada. Hasta ahora.

Algunos dirán que merezco lo que me está pasando: que la mujer de la que me he enamorado me ignora por completo. Están equivocados. No en que no me lo merezca, cada uno es libre de pensar lo que le dé la gana, sino en que ella me ignora.

Si de verdad me ignorara, no se molestaría en hacerme las putadas que me hace, sólo por llamar mi atención. Atención que ella, en su bipolaridad, se

empeña en desviar cada vez que las cosas entre nosotros parecen ponerse serias.

Eso es lo que me agota, lo que me destroza, que por su cobardía a enfrentar lo que siente, no le importe hacerme daño.

Dice que no siente nada por mí, pero luego sus actos la delatan y me muestran todo lo contrario.

Me aleja y me acerca a su antojo, sin pensar en las consecuencias. Siempre lo digo, no soy un experto en este tema, no obstante, no hace falta ser una lumbrera para darse cuenta de que sabe que lo nuestro es especial y tiene miedo.

Puedo entenderla hasta cierto punto, aun así, con el pasar de los días y al verla obcecada en mantenerse en sus trece, me consume y juro que no sé qué hacer.

Ojalá supiera qué ficha toca mover.

«Te has rendido...»

No, no lo he hecho, simplemente mantengo las distancias, que es muy diferente a rendirse. Estoy intentando, por mucho que me cueste, seguir el consejo de mi padre: tener paciencia y darle tiempo.

Aunque visto lo visto, no veo que sirva de gran cosa, la verdad. Entre nosotros todo sigue igual, ni avanzamos ni retrocedemos. Vivimos en un punto muerto constante y con riesgo de convertirse en infinito.

Un sinvivir, una agonía y una puta mierda, vamos. Si al menos no tuviera que verla a diario y pasar tantas horas junto a ella, sería más llevadero, digo yo. Por algo dicen que ojos que no ven, corazón que no siente, ¿no?

«¿Entonces por qué no te centras también en el consejo de Luis y no sólo en el de tu padre?»

Su consejo fue que hiciera lo mismo que hizo él cuando lo de Mila se convirtió en una pesadilla: pasar página y buscar otro trabajo.

Sólo de pensar en ello, me angustio. Además, con Alison nunca podré pasar página del todo, porque vamos a tener un hijo y eso, lo quiera o no, me atará a ella por el resto de mis días.

Mi situación y la de Luis son parecidas y, a la vez, no tienen nada que ver. Mi consuelo es que hasta el momento no he tenido que presenciar sus escarceos sexuales como le pasó a él. Eso fue lo que provocó que mi amigo tomara la determinación de romper con todo.

Algo totalmente entendible y lógico. Supongo que yo también lo haría si viera a mi acosadora cada noche con un hombre diferente. No lo soportaría.

Me rompería el corazón sin ninguna duda.

«Pero a él le ha dado resultado, ahora es Mila la que muestra interés...»

Pero ese interés llega demasiado tarde, porque ahora él está con Dana.

¿Quién dijo que los hombres no sufrimos por amor?

¿Quién dijo que no nos comemos la cabeza y que nuestros sentimientos son banales? Porque me gustaría tener delante a esa persona y decirle que no tiene ni puta idea, que he visto a tres de mis amigos destrozados a causa de una mujer, y que yo mismo estoy pasando por ello. Desmontaría su teoría en cuestión de segundos, con un chasquido de dedos, en un abrir y cerrar de ojos. ¡Zas!

«Seguro que fue una mujer despechada...»

Sí, probablemente, porque si no, no me lo explico.

Por otro lado, Alison hace poco más de tres semanas que se hizo la amniocentesis y los resultados no acaban de llegar. No saber a qué atenerme tampoco con eso, me preocupa.

Ni siquiera con ella hablo de este tema, así están las cosas entre nosotros, que ni fu ni fa. La doctora Matthews dijo que, de estar todo bien, enviarían los resultados por correo ordinario, de lo contrario, llamarían por teléfono.

La llamada no se ha producido, eso es buena señal, así que, supongo que la carta estará al caer. El ansia de saber de una maldita vez los resultados, me paraliza por momentos.

«Todo saldrá bien...»

Bebo un sorbo de agua y miro el reloj. El tiempo para el almuerzo se ha esfumado sin que apenas me dé cuenta, y me resigno a volver dentro y encerrarme en ese despacho en su compañía.

Me pongo en pie, tiro la botella en la primera papelera que encuentro y recorro el sendero hasta las oficinas.

Una vez dentro, voy directo a la cocina a por un café bien cargado. Las chicas siguen con su conversación, sin prestarme atención. Cojo una taza del armario, me sirvo el café y le pongo un par de cucharadas de azúcar.

Remuevo con parsimonia, intentando captar algún retazo de la conversación. Creo que hablan de pasar un día en el castillo de Dover, en plan tranquilo.

—Arthur, ¿te apuntas?

—¿Apuntarme a qué, Cinthia? —indago sin girarme.

—Como la jefa no quiere salir por la noche, por el embarazo y tal, estamos planeando pasar el próximo sábado en el castillo, en plan tranquilo. ¿Te animas?

Miro a Alison por encima del hombro y tuerce el gesto.

—No, ya tengo planes, pero gracias por contar conmigo.

—Vamos, ánimo, Luis también vendrá—exclama Dana.

—En otra ocasión, quizá.

No estoy mintiendo, es cierto que tengo planes. Mi padre se muda en cuestión de días con Amanda y he prometido ayudarlo a embalar sus libros en cajas.

—Venga ya, no puedes decir que no, tu amigo se va a sentir solo.

—No insistas, Dana, ya te ha dicho que tiene otros planes, seguro que con alguna de sus tantas amiguitas.

Me giro del todo, me apoyo en la encimera y soplo el café, sonriendo de medio lado.

—Cómo me conoces, Alison...

Se encoge de hombros.

—Los tipos como tú nunca cambian.

Le doy un sorbo al café y lo saboreo, mirándola.

—Algunos se ven empujados a ser así porque la mujer con la que quieren pasar tiempo los rechaza.

Desvía los ojos a sus manos, ruborizada.

—No creo que exista en el mundo una mujer que te rechace, Preston.

—Gracias, Kimberly, pero sí que la hay, ¿verdad, Alison?

Todas guardan silencio y nos observan, curiosas. Hace días que sospechan que pasa algo entre nosotros, pero no tienen claro qué.

«Están tan perdidas como tú...»

Ella carraspea y se pone en pie.

—Vamos, es hora de volver al trabajo.

—Puedes traerte a tu amiga, si quieres.

Miro a Kimberly y luego a Alison, que se ha quedado paralizada en el quicio de la puerta, fulminándola con la mirada.

Asiento.

—Me lo pensaré—aseguro en su dirección.

Soy el último en salir de la cocina.

Debería de mantenerme firme y no entrar en su juego, pero sus indirectas constantes y sus pullas me dan vidilla y son las que me mantienen en

pie. Soy así de gilipollas, qué le vamos a hacer.

Suspiro, aclaro la taza y la meto en el lavavajillas.

—No vuelvas a hacer insinuaciones sobre nosotros delante de las chicas, Arthur—me amonesta en cuanto cierro la puerta del despacho.

—¿Acaso he dicho alguna mentira?

—No tienes ningún derecho a...

—Pues deja de tocarme los cojones, Alison, no soy yo el que te deja en evidencia, eres tú misma con tu comportamiento y tus malditas indirectas. Lo único que hago yo es defenderme con la verdad.

—¿Yo?

—Sí, tú. Cada vez que digo que tengo planes abres la boca para nombrar a todas mis supuestas amiguitas, joder. Con cuántas de ellas me has visto en estos tres meses, ¿eh? ¿Cuántas, si siempre estoy contigo, las chicas y Luis?

—Te has acostado con cuatro de las chicas.

Resoplo.

—Maldita sea, mujer, eso fue hace millones de años, y no veo que a ellas les preocupe con quién estoy o dejo de estar. En cambio, a ti...

—Las he oído hablar de ti infinidad de veces, de lo que te harían si pudieran... Las has traído locas durante demasiado tiempo y yo..., yo...

—¿Tú qué, Alison, también estás celosa de ellas? ¿De algo que pasó hace tiempo? ¿Es eso?

—¡Maldita sea, yo no estoy celosa!

Bufo.

—Pues perdona que te diga, pero no lo parece.

—Pues no es eso, ¿vale?

—Entonces explícate porque no entiendo nada de nada, joder. Ni siquiera sé por qué estamos teniendo esta puta discusión.

—No quiero que sepan que he estado contigo.

El corazón se me paraliza.

—¿Qué?

—Lo que oyes.

Cierro los ojos e inhalo y exhalo con lentitud.

Cuando vuelvo a abrirlos, los centro en los suyos y musito:

—Por favor, Alison, dime que no te avergüenzas de lo nuestro, de que sea el padre de ese bebé, porque si es así..., yo..., tú...

«... me hundes en la miseria...»

—No, lo que pasa que, cada vez que ellas te alababan y te ponían por las nubes, yo hacía todo lo contrario. Te critiqué, Arthur, te insulté y las insulté a ellas llamándolas estúpidas por prendarse de un tipo como tú, ¿entiendes? Si ellas supieran que yo..., que yo...

Trago saliva.

—¿Que tú qué, Alison?

—Joder, Arthur, ¿qué pensarán de mí cuando sepan que te acosé para acostarme contigo después de todo lo que les dije de ti?

—O sea que se trata de ti, no de mí. Todo vuelve a girar a tu alrededor.

—No lo entiendes...

—Por supuesto que no lo entiendo. No entiendo tu actitud. No entiendo que busques excusas absurdas para alejarme y luego a la mínima ocasión muestres lo contrario.

Me vuelves loco con tus idas y venidas—suspiro, cansado de todo esto—. ¿Qué quieres de mí, Alison? ¿Qué sientes cuando me ves? ¿Qué sientes cuando te toco o te beso? Dímelo. Porque yo de ti lo quiero todo, lo bueno y lo malo.

Cuando te veo, se me ilumina el alma. Cuando te toco, me cosquillea la piel y me arde y, cuando te beso, el corazón me estalla en el centro del pecho con tanta fuerza que me deja sin aliento.

No sé cómo, ni cuándo, pero me he enamorado de ti, Alison. Así que, por favor, dime qué quieres de mí y acabemos con esto de una santa vez, porque esta situación me está matando, joder.

—Yo... Yo... —tartamudea.

—¿Sí?

—No sé lo que quiero, Arthur, no lo sé.

Asiento frustrado.

—No lo sabes...

Niega con la cabeza.

«Si estuviera enamorada de ti lo sabría sin dudar...»

¿Cómo describir lo que siento en este momento? ¿Cómo se explica el sonido que hace un corazón cuando se parte en mil pedazos? Supongo que no hay palabras para tal cosa, al menos yo no las tengo, no las encuentro.

—Arthur...

—No.

—¿Adónde vas? —farfulla cuando ve que me dirijo a la puerta.

—Al despacho de Amber.

—¿Por qué? ¿A qué? Arthur... —agarra el bajo de mi chaqueta y tira con fuerza.

Me giro y sujeto su mano.

—Esto no va a funcionar, Alison, no puedo quedarme y seguir trabajando contigo. No puedo seguir lidiando día tras día con nuestros enfrentamientos y seguir como si nada. No lo soporto, ¿entiendes? Nos estamos haciendo daño y no me gusta.

Sus lágrimas me duelen.

—Pero Arthur, yo... —solloza.

—Es mejor así, Alison.

Y lo digo en serio, es mejor que no nos veamos, a estar machacándonos constantemente. Puede que de esta manera me eche de menos y no tenga dudas de sus sentimientos.

«Es hora de llevar a cabo el consejo de Luis y quemar el último cartucho».

CAPÍTULO 31



Nunca me imaginé haciendo lo que hice hace unas pocas horas: plantarme en el despacho de Amber James, directora de recursos humanos, y renunciar a mi puesto voluntariamente.

Mucho menos que me viera obligado a ello como última opción, para poner contra las cuerdas a la mujer que amo.

Decir que sorprendí a la primera, es quedarse corto. La pobre mujer se quedó sin palabras en cuanto le pedí que me preparara el finiquito y que, desde la fecha de hoy, comenzaban a contar los quince días de preaviso antes de abandonar la empresa. Cuando fue capaz de recuperar el habla, lo hizo tartamudeando:

—Pero... Pero... Ar... Arthur, tú..., ¿por qué? ¿Qué ha pasado? ¿Has tenido algún problema?

Negué con la cabeza.

—No. No me encuentro cómodo trabajando aquí, eso es todo.

—Vaya, no me lo esperaba. Quiero decir que, a mí me dio la sensación de que después de todo te encontrabas a gusto trabajando con nosotras. ¿Lo has hablado con Theodore?

—No, sólo Alison lo sabe, bueno, y ahora tú, evidentemente.

Asintió.

—¿Tiene algo que ver con mi hermana? ¿Con vuestra situación?

—Mentiría si dijera que no, pero si no te importa, prefiero no hablar del tema, es personal.

—Entiendo. ¿Estás seguro de que esto es lo que quieres? ¿No hay nada que pueda hacerte cambiar de opinión?

«Sí, que tu hermana reconozca que me quiere y está enamorada de mí, como yo de ella».

—Sí, estoy seguro y, no, no hay nada que puedas hacer, gracias.

—Sabes que Theodore pondrá el grito en el cielo cuando sepa que te marchas, ¿verdad?

—Lo sé.

—Está bien, si es lo que quieres, me pondré con el papeleo.

—Gracias—dije poniéndome en pie, sonriendo.

—Arthur...

—¿Sí?

—Tienes quince días para pensártelo bien, ¿vale? Me entristece que te vayas de la que fue tu casa durante los últimos años.

—No hay nada que pensar, pero gracias.

Salí de su despacho y, quince minutos después, mi teléfono comenzó a sonar sin parar. Primero fue Theodore, luego Adrien y, por último, Luis.

No respondí a ninguna de las llamadas. No tenía ganas de dar explicaciones, y mucho menos a los James, con Luis ya hablaría más tarde. Eso fue lo que pensé de camino a las oficinas, pero claro, me olvidaba de que los James suelen ser muy insistentes y que no desistirían, así como así, de hablar conmigo, sobre todo Theodore.

Conociéndolo, y conociéndome él, fijo que esto era lo que menos esperaba de mí. Estaría confuso, sorprendido y cabreado como una mona, no me cabía ninguna duda de ello.

Por eso no me extrañó encontrarme a Alison, teléfono en mano, tratando de explicar algo que ni ella misma parecía entender, y eso que se lo había dejado bastante claro.

Escuché sin ser visto.

—Te digo que no ha pasado nada, Theo, no sé por qué te empeñas en echarme la culpa si no... Adrien puede decir misa si quiere... Sí, sé que no me comporté como debería en la última reunión, pero...

Se pasó una mano por la frente, luego la llevó al abultado vientre y allí la dejó. Parecía cansada.

—Deja de gritarme, ¿quieres? No he hecho nada para perjudicarlo, al contrario... Estás empezando a sacarme de mis casillas, Theodore, y créeme, ya tengo bastante mierda encima, joder. Por supuesto que le diré que te llame... Sí, lo haré en cuanto lo vea. Claro, claro, lo que tú digas... Adiós.

Me vio cuando se giró para dejar el teléfono sobre la mesa.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí escuchando?

—Diez minutos.

—Podías haberme avisado.

—No quiero hablar con nadie, y menos con él.

—Está muy cabreado y me culpa a mí de todo.

—Y tiene toda la razón.

Resopló.

—No entiendes nada, ¿verdad? —musitó.

—Pues la verdad es que no.

—Arthur, estás cometiendo una estupidez al abandonar la empresa. Tu padre...

—La estupidez la cometí hace unos meses, en la boda de Theodore.

—¡Eso es, fue una estupidez, y mira adónde nos ha llevado! Crees que estás enamorado de mí y...

—No lo creo, lo estoy al cien por cien. Jodidamente enamorado de ti, y esa estupidez es lo mejor que me ha podido pasar en la vida y jamás me arrepentiré de haberla cometido.

—Pues yo sí que me arrepiento, y no quiero que estés enamorado de mí.

Me encogí de hombros.

—Demasiado tarde, lo hecho, hecho está.

—Por el amor de Dios, Arthur, ¿te has olvidado del contrato que firmaste al llegar aquí? ¿De lo que supondría...?

—¡Maldita sea, me importa una mierda esa cláusula, joder!

—¡Pero a mí no! —gritó fuera de sí.

En ese momento entendí que la puta cláusula de los cojones era la culpable de que Alison no reconociera sus sentimientos por mí: no estaba dispuesta a perder su privilegiado puesto en la empresa familiar y mucho menos a pagar una desorbitada cantidad de dinero por incumplirla.

Otro golpe más que ayudaba a hacer trizas mi ya destrozado corazón.

¿Merecía la pena seguir arrastrándome?

«No».

—¿Sabes? Siempre pensé que eras una chica consentida y caprichosa que la vida se lo había dado todo mascado—mascullé, dolido como nunca—.

Luego, cuando cometí esa estupidez, al ir compartiendo tiempo contigo, me dije que no podía estar más equivocado respecto a ti, que eras todo lo contrario: trabajadora, inteligente, decidida, valiente, hermosa...,

perfecta en todos los sentidos—continué a pesar de sus lágrimas—. Hoy, ahora, en este momento, creo que eres aún peor de que lo que imaginé en un principio y que todo gira alrededor de ti.

—Arthur, deja que te explique, porque sigues sin entender que...

—No—la interrumpí—, por primera vez, desde que empezó este calvario, lo tengo perfectamente claro. Vives en tu mundo, conviviendo contigo misma y nadie es más importante que tú, excepto el amor que sigues sintiendo por esa persona que ya no está. Bien, entendido, no volveré a molestarte, ni siquiera volverás a verme.

—Pero no es eso lo que quiero Arthur, yo no... —sollozó, desconsolada.

—No te molestes, ya no merece la pena.

—Arthur, por favor, escúchame...

Recogí mis cosas sin dirigirle ni una sola mirada.

A la mierda con todo.

Abandoné Green Clover sin mirar atrás. Experimentando por primera vez la sensación de que mi mundo, sin ella, se iba a pique. Hundido... Destrozado... Con la garganta atenzada y los pulmones oprimiéndome el pecho.

Con ganas de expulsar a golpes la rabia y la frustración contenidas. Entendiendo, también por primera vez, a Theodore, a Adrien y a Luis, sus reacciones cuando fueron sus mundos los que se trastocaron por el amor de una mujer.

Entendiendo que el amor es un sentimiento complicado y no siempre correspondido. Que llega cuando menos lo esperas y que, por mucho que te empeñes en negarlo, si te toca, te toca. Que crece dentro de ti sin que te des cuenta, enraizándose en el alma y en cada poro de tu piel, hasta convertirse en tu todo y dejarte sin aliento, consumiéndote.

«Puto amor de los cojones...»

Beber hasta perder la consciencia fue lo único que se me ocurrió. Necesitaba desesperadamente dejar de pensar y compré una botella de whisky en la primera estación de servicio que encontré de camino a Dover.

Si iba a emborracharme hasta desmayarme, al menos que fuera en la playa y lejos de Londres y mi barrio, donde mi padre no pudiera verme hasta que no se me hubiera pasado el efecto del alcohol. Botella en mano, deambulé por el paseo marítimo. Eran cerca de las seis de la tarde, lloviznaba y apenas había gente pululando por allí.

El escenario perfecto para lamirme las heridas, en soledad.

«Menuda mierda...»

¿Dónde estaban los amigos cuando se les necesitaba?

«Tú no tienes amigos..., te quedaste sin ellos cuando sucumbiste al puto rock and roll».

Me senté en el suelo, sin importarme que estuviera mojado y las puñeteras piedrecitas de la playa se me metieran en los zapatos. Desenrosqué el tapón de la botella y olí el contenido de ésta, antes de darle un sorbo. No me sorprendió la arcada que me sobrevino después de ese primer trago.

No me gusta el sabor del whisky, de hecho, no me gusta el sabor de ningún licor. Odio el alcohol y odio lo que le hace a las personas débiles y vulnerables. Hoy yo soy una de esas personas y lo necesito.

Necesito entumecer los sentidos y los sentimientos, joder. Dispuesto a beberme todo el contenido de la botella, la acerqué de nuevo a la boca, conteniendo la respiración. No pude hacerlo, las imágenes de mi padre tirado en el suelo, ahogándose en su propio vómito, me devolvieron la cordura y estrellé la botella, con rabia, contra una roca; decepcionado conmigo mismo por haber pensado que esa era la solución a mis problemas y que emborracharme me ayudaría a lidiar con mis sentimientos no correspondidos.

Error de principiante, supongo.

Suspiré y cerré los ojos.

Mi mente se colapsó con imágenes de Alison: en la oficina, mordiéndose el labio inferior, pensativa; su sonrisa, el día de la barbacoa, mientras caminábamos cogidos de la mano por la playa; su mirada, pícara, cuando me acosó en la boda de su hermano: su cuerpo temblando bajo el mío, cada vez que hicimos el amor... El sabor de sus labios, el tacto de su piel, el calor de su interior... La preocupación por la prueba, el desconsuelo, las discusiones y las reconciliaciones... Todo.

Todo pasó por mi mente en cuestión de minutos, arrancándome más y más suspiros, convirtiéndome en lo único que nunca quise ser: un hombre enamorado.

«Patético...»

El sonido del teléfono me arrancó de golpe de mis pensamientos.

Era Luis y respondí.

—¿Qué has hecho, Preston?

—Lo que debería de haber hecho hace tiempo, antes de llegar a estos extremos: renunciar.

—¿Quieres contarme qué ha pasado exactamente para que tomaras esa decisión?

—Todo y nada, Luis, todo y nada.

—Explícate.

Y lo hice.

Le hablé de las absurdas excusas de Alison, el no querer que las chicas supieran que había estado conmigo; las discusiones surrealistas, la implicación de la cláusula en todo el embrollo y de mi reacción al cúmulo de todo lo que sentí.

—¿No crees que te has precipitado un poco?

—¿Te precipitaste tú cuando renunciaste en el Lust?

—No es lo mismo, Arthur.

—Claro que sí.

—Ni de coña. Para empezar, Mila y yo no íbamos a tener un hijo en común y ni siquiera éramos ya amigos, sólo compañeros de trabajo, no como vosotros. Lo vuestro es diferente. Ahí hay química, complicidad, y me atrevería a decir que mucho más.

—Tonterías—aduje, irritado.

—Theodore lleva todo el día tratando de localizarte, está cabreado y desesperado por hablar contigo. Le ha gritado a Adrien, a Alison, a mí..., incluso a Rebeca. Es la primera vez que lo veo así. Deberías de hablar con él.

—No pienso hacerlo, Luis, me echó de su casa, él me puso en esta situación.

—Creo que en esa situación te pusiste tú solito, amigo.

—No, yo fui consecuente con mis actos, prometí que nunca le faltaría nada al bebé, quise quedarme en Ibiza. No respetó mi decisión y, en cierta manera, me obligó a venir aquí, para que recibiera mi castigo.

Lo conozco y sé por qué lo hizo, sus intenciones se veían a leguas, joder—chasquéé la lengua—.

Ganó, me enamoré de su hermana y ahora mi castigo es aún peor. No, no hablaré con él, y tampoco con Adrien.

—Adrien debe de andar como loco buscándote por todo Londres, eso le ha ordenado Theodore, aunque creo que está preocupado por ti. Y yo también.

—Las tormentas siempre amainan, Luis, no sé cuándo, pero volveré a ser el de siempre. Espero.

—Sí, todo pasa, en eso tienes razón. En cuanto a lo de volver a ser tú

mismo...

—Da igual, me quedo con lo primero, ahora mismo es lo que más deseo.

«Mentiroso, no es eso lo que más deseas y lo sabes...»

Quedamos en vernos el fin de semana y hablar más tranquilamente.

Estaba a punto de guardar el teléfono en el bolsillo, cuando me llegó un mensaje de ella.

Alison: «Ha llegado la carta del hospital. Sé que no quieres verme ni hablar conmigo, pero no puedo abrirla sin ti. Estoy muerta de miedo, Arthur...»

Y aquí estoy, en su urbanización, frente a su edificio.

Sin atreverme a bajar del coche.

Acojonado y con el corazón en un puño.

CAPÍTULO 32



Respiro hondo varias veces y miro el teléfono, con intención de llamarla. Decido no hacerlo y plantarme ante su puerta sin más. Me bajo del coche, las piernas y las manos me tiemblan. El corazón me late a un ritmo desenfrenado e intento relajarme.

No puedo. Es imposible hacerlo sabiendo a lo que voy a enfrentarme. Sí, sé que si la carta ha llegado sólo pueden ser buenas noticias; aun así, después de todo lo acontecido hoy, siento angustia y miedo. Un miedo atroz que, por momentos, me deja paralizado y sin saber qué hacer ni cómo actuar.

Vuelvo a respirar hondo y presiono el botón de su piso en el portero automático.

Al momento escucho su voz temblorosa:

—¿Quién es?

—Soy yo—respondo—, Arthur.

El ruido metálico de la puerta al abrirse me sobresalta.

«Por el amor de Dios, tranquilízate...»

Subo las escaleras de dos en dos, hasta el último piso.

Mi respiración al llegar frente a su puerta está agitada.

Cierro los ojos y, de nuevo, vuelvo a coger aire por la boca y lo expulso por la nariz, como si estuviera haciendo ejercicios de respiración. Si ella me ve en este estado y percibe mi nerviosismo, será peor.

Antes de que me dé tiempo a llamar a la puerta, ésta se abre. Se me parte el alma al verla así, con la cara desencajada y los ojos enrojecidos de haber llorado.

Nos miramos, sin pronunciar palabra y, sin que me lo espere, se abalanza sobre mí y me abraza por la cintura, escondiendo su cara en mi

pecho. Suspiro, la rodeo con los brazos y apoyo la barbilla en su cabeza, a la vez que con una mano acaricio su espalda, arriba y abajo, calmándola.

—Yo... Yo... —solloza sin control.

—Tranquila.

Con ella pegada a mí, entro en casa y cierro la puerta a mi espalda.

—¿La has abierto?

Niega con la cabeza.

—No he tenido el valor de hacerlo y, temiendo que tú no vinieras, creo que me dio un ataque de pánico o algo así. Me tiembla todo el cuerpo.

—Ya estoy aquí y lo haremos juntos, ¿vale?

—Gracias—alza la cabeza y me mira directamente a los ojos—. Te fuiste tan cabreado conmigo, que pensé que no volvería a verte.

—Pase lo que pase entre nosotros, el bebé sigue siendo mío y todo lo relacionado con él me interesa, Alison, no lo dudes nunca.

Asiente, sorbiendo por la nariz.

Acaricio su pelo e intento sonreír un poco.

—¿Mejor?

—Sí, ahora que estas aquí, sí.

—¿Dónde está?

Señala la cocina sin mirar.

—Sobre la encimera, al lado de una taza de té que no fui capaz de tomarme.

Enlazo mis dedos con los suyos y tiro de ella.

—Vamos, es hora de saber si nuestro bebé está completamente sano, que lo estará, ya lo verás.

Se tensa a mi lado.

—¿Y si no lo está?

—La doctora Matthews dijo...

—Sé lo que dijo, Arthur, pero el miedo me puede, ojalá pudiera estar tan tranquila como tú.

«¿Tranquilo? Los cojones. Si tú supieras...»

—Venga, no alarguemos más el momento y salgamos de dudas.

Entramos en la cocina en silencio y ambos nos quedamos contemplando el sobre que descansa sobre la encimera, conteniendo la respiración, sin atrevernos a tocarlo.

«Vamos Arthur, sé valiente y termina con esta agonía de una vez».

Finalmente, decidido, cojo el sobre y lo rasgo.

Alison se cubre la cara con las manos, soltando un gemido.

—No puedo hacerlo, ni siquiera me atrevo a mirar.

Desdoble el papel y paso la vista por encima, buscando lo que ansiamos saber. Estoy tan nervioso, aunque Alison crea que no, que las letras bailan ante mis ojos sin que logre encontrarles significado.

No es hasta la tercera o cuarta vez que la leo, que lo veo claro: no hay alteración en los cromosomas y todo está dentro de la normalidad. No obstante, no entiendo qué significa no sé qué del par veintitrés, que da XY, y así se lo hago saber a ella, que pega un grito, casi dejándome sordo.

—¿Qué pasa? ¿Eso es malo? —pregunto al ver aparecer de nuevo más lágrimas.

Que no me conteste me pone cardíaco.

—Mierda, es malo, ¿verdad? ¿Verdad? —se me encoge el corazón—. Alison, joder, dime algo...

—Es un niño, Arthur, ¡es un niño! —grita emocionada, arrancándome el papel de las manos.

El alivio llega cuando la veo sonreír de oreja a oreja, feliz. Esa sonrisa ilumina su cara y su mirada, entonces sé que no hay nada de qué preocuparse.

—Nuestro bebé será un niño, Arthur, ¿te lo puedes creer? ¡Un niño!

—¿Cómo diablos lo sabes?

—Aquí lo dice claro. El par veintitrés ha dado XY, sexo masculino, si fuese XX, sería femenino, lo demás todo está bien. Es un niño sano, Arthur, ¡sano! ¡Sano! ¡Sano!

Me planta un beso en la boca, supongo que, por la emoción del momento, y luego abraza la carta, como si fuera su tesoro más preciado, para, a continuación, lanzarse a mis brazos y volver a besarme.

Sonríó al verla tan feliz, tan emocionada, tan cercana...

Está claro que la buena noticia la hace ser espontánea y por eso no deja de darme besos y abrazarme con fuerza. Evidentemente dejo que lo haga. No me molesta para nada esta reacción suya, al contrario, la disfruto porque sé que en cuanto la euforia desaparezca, también lo harán sus atenciones hacia mí.

«Dios, te quiero... Te quiero... Te quiero...»

—Ahora ya podemos escoger el nombre para él—dice separándose un poco y mirándome a los ojos—. ¿Habías pensado en ello? ¿Tienes alguna preferencia?

Ni uno ni otro.

Nunca me atreví a pensar en algo que parecía a punto de malograrse y, bueno, ¿qué preferencias iba a tener? Me daba igual, la verdad. Lo importante era que estuviera sano y naciera bien, algo que sólo hace unos minutos que acabamos de confirmar, por eso jamás me paré en esos detalles.

—La verdad es que no—respondo—, ninguna de las dos cosas.

Sonríe.

—Yo sí, incluso me imagino cómo será físicamente.

—Si se parece a ti, seguro que precioso—susurro.

—En mi mente es una mezcla de ambos, de ti y de mí.

Pelo oscuro, como el mío, y ojos azules, como los tuyos. Su sonrisa será igual a esa que dejas ver tantas veces, limpia, franca... Y será tan cabezota como sus tíos.

—Y como su madre.

Se cruza de brazos, risueña.

—Yo no soy cabezota.

—Nooo qué va, que cosas tengo, no eras nada cabezota. Cero.

Ríe.

—Victoria, ese es el nombre que me hubiera gustado ponerle si fuera niña.

—Como tu madre.

—Así es. Y como mi abuela materna, ella también se llamaba así. Creo que la mayoría de las mujeres en el árbol genealógico de mi madre, llevaron ese nombre. Victoria, un nombre con solera en nuestra familia.

—¿Y ahora que sabes que es niño? Seguro que también habías pensado en un nombre para él.

Asiente.

«Por favor, no me digas que se llamará Colin porque por ahí sí que no paso».

—Me gustaría que fueras tú el que eligiera el nombre de nuestro hijo, Arthur.

Sonríe emocionado.

—Gracias. ¿En cuál habías pensado tú? —la curiosidad me pica demasiado.

Se muerde el labio inferior y juro que me echo a temblar pensando en su respuesta.

—Arthur Finn Preston James.

—¿Qué?

—¿No te gusta?

¿Gustarme? Joder, me encanta. Llevaría mi nombre y el de mi padre. Estoy a punto de echarme a llorar.

—Alison es..., quiero decir..., yo... —balbuceo—. Es perfecto, me encanta.

—Lo imaginaba.

Nuestras miradas se enredan.

Me la comería a besos si pudiera.

Y si me dejara, la amaría el resto de mi vida.

Carraspeo.

—Tengo que irme.

—Ven.

Tira de mi mano, ignorando mis últimas palabras.

Me lleva tras ella por el pasillo y se para frente a la puerta de la habitación en la que me quedé los días que estuvo de reposo.

La abre y me empuja, obligándome a entrar con ella.

—Esta será la habitación de Arthur—habla acelerada, evitando el contacto visual conmigo—. La pintaremos en tonos de azul, y puede que una franja amarilla a esta altura de la pared. También podemos poner una cenefa de dibujos infantiles. Y he pensado en algún cuadro de muñequitos, no sé, la verdad es que tengo muchas ideas.

«¿Pintaremos...? ¿Podemos...?»

—Alison...

—He visto unos muebles preciosos, de color blanco, en un catálogo. Iremos a verlos a la tienda, puede que encontremos otros que nos gusten más. La cuna iría perfecta aquí y en este otro lado el armario; en esta otra pared puede ir el cambiador, una lámpara azul sobre la cómoda, una alfombra mullida y un carrusel de esos con música, para que duerma tranquilo.

«¿Iremos...?»

—Alison—intento hablar de nuevo.

—Haremos una lista con todas las cosas que necesitamos, que son muchas. Ni te lo imaginas. No me atreví a hacerlo antes por miedo a que los resultados de la amniocentesis fueran negativos, pero ahora que sabemos que todo está bien, no tenemos tiempo que perder—sonríe—. ¿Qué opinas?

Se retuerce los dedos con nerviosismo, esperando una respuesta.

—Opino que debes tomártelo con calma y...

—Pero sólo quedan cuatro meses para que nazca el bebé y no tenemos nada de nada, Arthur. Me han hablado de una tienda infantil aquí en Dover, si quieres, mañana después del almuerzo podemos pasarnos y echar un vistazo.

—Tienes tiempo de sobra para prepararlo todo, Alison.

Pintarás y decorarás la habitación a tu gusto, plasmando todas esas imágenes que tienes en la cabeza, seguro. Y lo harás muy bien, no tengo ninguna duda de ello. Incluso apuesto a que tus hermanos estarán encantados de ayudarte.

Capta el significado de mis palabras al minuto y, por primera vez desde que entramos en la habitación, busca mis ojos.

—Arthur... —su voz tiembla al pronunciar mi nombre.

—No voy a volver a la empresa, Alison, he tomado una decisión y no voy a cambiarla. Y tampoco voy a hacer ninguna de esas cosas contigo. Tú tendrás tu vida, yo la mía, y nuestro hijo estará con ambos. Nunca le faltará nada porque nos tendrá a los dos a su lado, pero así serán las cosas de ahora en adelante.

—No quiero perderte—musita.

—Pues no lo hagas, no me pierdas.

—¿Qué tengo que hacer para...?

—Ámame. Quiéreme. Deséame. Y seré tuyo para siempre.

—Arthur, yo..., yo...

—Ya te lo dije, Alison, lo quiero todo o nada, no me conformaré con menos. Ahora tengo que marcharme, he de volver a Londres y se está haciendo tarde.

Salgo de la habitación con ella pisándome los talones.

—Por favor, no te vayas—suplica—. Quédate y hagamos planes para nuestro hijo, celebremos juntos la buena noticia.

—No, no es buena idea. Prefiero irme a casa y celebrarlo con mi padre. Al fin y al cabo, es la única persona que se mantiene a mi lado pase lo que pase.

—Arthur...

Antes de salir de su casa, la abrazo y le doy un beso tierno en los labios.

—Ya sabes dónde encontrarme—susurro como despedida.

No me gusta hacer esto, marcharme dejándola así, sabiendo que me necesita; pero tampoco puedo quedarme y permitir que siga haciéndome daño con su rechazo.

Quiero a esta mujer como un loco.
Y quiero que ella sienta la mismo por mí.
Todo o nada.
Ella ha elegido nada.

CAPÍTULO 33



Cuando llego a casa es demasiado tarde y mi padre ya está acostado, lo que significa que me quedo con las ganas de darle las buenas y las malas noticias. Las buenas, que su nieto está en perfectas condiciones y llevará su nombre.

Las malas, que he renunciado a mi puesto de trabajo en la empresa de los James y que las cosas cambiarán mucho a partir de ahora. Como he renunciado voluntariamente, no me corresponde indemnización, por lo tanto, buscar un nuevo empleo es el siguiente paso.

No puedo quedarme de brazos cruzados viéndolas venir, demasiadas cosas que pagar; principalmente, la clínica de rehabilitación y el alquiler de nuestro pequeño apartamento.

«Mañana. Mañana te pondrás con todas esas cosas...»

Entro en la cocina y, como siempre que llego tarde a casa, mi cena está sobre la mesa, tapada con papel de aluminio. Como no tengo hambre, la meto en el frigorífico y me hago un té, que me tomo en el salón, sentado en el sofá a oscuras y con el sonido de la lluvia de fondo.

Mi mente es un hervidero de pensamientos e imágenes, que no me dan tregua. Y mi corazón permanece encogido, con sentimientos encontrados. Por un lado, me siento inmensamente feliz porque mi hijo está bien; por el otro, ¿qué puedo decir? He prendido la mecha de mi último cartucho y me ha estallado en la cara, dejándome hecho polvo.

También me siento avergonzado por haber pensado en que la solución era pillarme un pedo descomunal que me hiciera olvidarlo todo. ¿Cómo puede haberseme pasado por la cabeza emborracharme, después de lo que viví con mi padre? Soy un gilipollas de manual, débil y patético.

Menos mal que mis cabales regresaron a tiempo y no me dejé llevar, de lo contrario ahora estaría pagando las consecuencias de mi insensatez.

Cierro los ojos y apoyo la cabeza en el respaldo del sofá, mentalmente agotado. ¿Por qué tiene que ser todo tan complicado? ¿Qué ganamos con ello, aparte de sufrimiento? ¿Merece la pena pasar por eso? Ojalá fuera uno de esos tipos de los que hablan, que no tiene sentimientos y todo se la trae al paio. Ojalá me la sudara y no me preocupara por lo que pasará de aquí en adelante.

Joder, pero me preocupa. Me preocupa no saber qué va a ser de mi vida. Me preocupa no ser capaz de enfrentarme a una situación sin empleo y dejar a mi padre sin sus días en la clínica.

Me preocupa tener que poner en manos de abogados el tema de mi paternidad. Legalizar ese hecho es fundamental, no quiero malos rollos ni malentendidos. Pero, sobre todo, me preocupa no poder olvidarme de ella y pasar página, sabiendo que rehará su vida y yo sólo estaré en ella de paso, porque tendremos un hijo en común.

«Y todo esto sin querer enamorarte... Anda que si llegas a querer...»

—Hijo, ¿qué haces aquí a oscuras?

Abro los ojos sobresaltado y me yergo en el sofá.

—No me digas que te habías quedado dormido.

Niego con la cabeza y me froto la cara con las manos.

—Ojalá fuera eso.

Me dejo caer de nuevo sobre el respaldo y miro al techo.

Mi padre enciende una de las luces y me tapo con el antebrazo.

—¿Qué pasa? ¿No te encuentras bien?

Suspiro, apesadumbrado.

—Mi vida es un caos, papá. Un putito caos.

—Prepararé más té.

Diez minutos más tarde, ambos estamos frente a una humeante taza de té, en silencio.

—¿Y bien? —inquire preocupado—. Cuéntame qué es lo que te tiene tan abatido, hijo.

—Han llegado los resultados de la amniocentesis y...

—No eran los resultados que esperabais.

—No, no es eso, gracias a Dios el bebé está bien. Es un niño—sonrío—, y se llamará como tú.

—Pero eso son buenas noticias, hijo, me alegro muchísimo. Y que se llame como yo es todo un orgullo para mí.

Noto la emoción en su voz y aprieto una de sus manos.

—También lo es para mí, papá.

—¿Entonces por qué estás así, Arthur?

Me muerdo los labios, temiendo contarle el resto. Lo último que quiero es preocuparlo, pero, joder, necesito hablar con alguien y sacar fuera todo esto que me ahoga y no me deja seguir adelante. Necesito que mi padre me comprenda, me diga que no pasa nada, que todo se solucionará y me abraze como sólo él sabe hacerlo.

—He renunciado voluntariamente a mi puesto de trabajo en la empresa de los James, papá.

—Pero hijo...

—Tenía que hacerlo, todo se estaba complicando con Alison y no podía seguir así.

Asiente.

—Entiendo, no obstante, tú no eres de los que se rinden con facilidad, Arthur, no lo hiciste conmigo y...

—Sé que te he decepcionado—lo interrumpo—, pero su indiferencia respecto a mis sentimientos duele demasiado y no puedo soportarlo.

Nunca quise esto, no lo busqué y, aun así, ¡zas! De golpe y porrazo estoy enamorado de una mujer testaruda y orgullosa que no está dispuesta a dar su brazo a torcer—suspiro, resignado—.

Me aconsejaste tener paciencia y lo he intentado, papá, juro que lo he hecho, pero discutir con ella por lo más nimio me destroza y no puedo más, ¿comprendes?

—Por supuesto que sí, hijo, lo comprendo perfectamente. No olvides que estás hablando con una persona que tiene mucha experiencia en eso de sufrir por amor.

—Puede que ese sea nuestro sino en la vida.

—No digas tonterías, hombre, qué sino ni qué sino. Lo que yo creo es que a veces es necesario pasar por ciertas cosas para saber lo que uno quiere—apoya una mano en mi hombro y busca mis ojos—.

Hijo, las experiencias son el aprendizaje de la vida. Con las mías he aprendido a valorar el día a día y a no desperdiciar ni un solo segundo de ésta.

Las tuyas te están enseñando que no eres tú el que elige, sino el destino, que es muy caprichoso. El punto final se pone cuando uno se muere, hasta entonces, todo es posible.

—Papá...

—Tranquilo, hijo, de cosas peores hemos salido, todo se solucionará, ya lo verás.

Sus palabras, y su anhelado abrazo, me dan la paz interior que necesito, al menos de momento.

Me duermo casi al amanecer, con la esperanza de que pronto dejaré de sentirme así; de que pronto, tal vez, tenga una nueva vida, diferente a la anterior. Otros amigos, otro trabajo, otras motivaciones y otros sueños. Y quién sabe, puede que hasta una nueva ilusión.

«Y una mierda, céntrate en ese bebé que nacerá en cuatro meses y déjate de gilipolleces».

Me muevo remolón al escuchar un par de golpes en la puerta. No quiero abrir los ojos y despertarme. No quiero enfrentarme a lo que sea que vaya a pasar hoy. Quiero dormir todo el puñetero día, dejar que pase el tiempo y que mi vida vuelva a su cauce.

«Como si eso fuera posible...»

Me cubro la cabeza con la almohada, haciendo oídos sordos a esos golpes.

Gruño al notar la mano de mi padre sobre mi hombro, zarandeándome. Me gustaría decirle que se largara y me dejara en paz, que me apetece estar solo. No puedo hacerlo. Él no es el culpable de que todo se haya ido al garete, no es merecedor de mi temprana mala hostia.

—Arthur, hijo—murmura cerca de mi oído—, tienes visita.

«¿Que tengo qué?»

Saco la cabeza un poco y me giro para mirarlo, extrañado.

—¿Visita?

—Sí.

—¿En serio?

—Ajá.

Me incorporo, ya despierto del todo.

—¿Pero qué hora es?

—Las nueve y media.

—¿Y alguien ha venido a verme a esta hora?

—Eso parece.

El corazón se me revoluciona pensando que pueda ser ella.

—¿Es Alison?

Niega con la cabeza.

«Tu gozo en un pozo, campeón».

—¿Entonces quién es?

Mi padre resopla.

—Levántate y compruébalo por ti mismo.

—Papá...

—Arthur, por el amor de Dios, te están esperando en el salón.

«¿Están? ¿Hay más de una persona?»

Intrigado, echo las mantas hacia atrás y salgo de la cama. Me pongo un pantalón de deporte y salgo detrás de mi padre. En lugar de seguirlo al salón, entro en el baño. Me enjuago la boca y me lavo la cara. No tengo ni la más remota idea de quiénes pueden ser las personas que tienen tanto interés en verme y que han madrugado para venir hasta mi casa.

«Venga, sal de dudas de una vez...»

Me quedo estupefacto en cuanto cruzo la puerta del salón.

«¿Pero qué cojones...?»

Me cabreo al instante.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —siseo.

Ambos desvían la vista de mi padre y la dirigen a mi persona.

—Buenos días a ti también, Preston.

—Vaya..., parece que alguien se ha levantado con el pie izquierdo.

—Prepararé café.

Freno a mi padre con una mano.

—No te molestes, papá, Theodore y Adrien no van a quedarse.

—No seas grosero, hijo.

Me cruzo de brazos, tenso.

—No son una visita deseada.

Sé que no estoy comportándome como debiera, pero me saca de mis casillas verlos aquí, tan campantes y tranquilos, cuando ellos han contribuido a todo esto.

—Claro que tomaremos ese café, Finn, gracias eres muy amable, no como tu hijo que...

—Adrien... —advierdo.

Levanta las manos y asiente.

—Está bien, lo siento, ya cierro el pico.

Theodore no me quita el ojo de encima, parece preocupado.

—¿A qué habéis venido? —indago al fin.

—Hemos venido porque, al parecer, te has vuelto loco y has renunciado a tu puesto en la empresa, y como no respondes a mis llamadas, ni

a las de Adrien, he tenido que coger un vuelo y presentarme aquí, buscando una explicación.

—Pues pierdes el tiempo.

—¿Por qué lo has hecho, Preston?

—Porque me dio la gana.

Adrien se acerca a la ventana y Theo da un par de pasos hacia mí.

—Nos conocemos desde hace años y ambos sabemos que no haces las cosas a la ligera, así que cuéntame qué ha pasado.

—No ha pasado nada.

—Arthur, somos amigos, hablemos y solucionémoslo.

—Te equivocas, nosotros ya no somos amigos, Theodore.

—Claro que lo somos.

—No, rompiste nuestra amistad cuando decidiste enviarme aquí como castigo, importándote una mierda cómo me sentía. Cuando me hiciste firmar un puto contrato con una cláusula absurda y me diste un ultimátum: o aceptaba tus condiciones o renunciaba. Bien, pues he renunciado, ¿contento?

—En absoluto.

—Pues no entiendo por qué, al fin y al cabo, era lo que querías, ¿no? —suelto una carcajada sardónica—. Pues felicidades, te has salido con la tuya, tú ganas.

—Si mi hermano se hubiese salido con la suya, a estas alturas estarías enamorado de Alison y pensando en formar una familia con ella, y no aquí, sin trabajo y hecho una piltrafa.

Miro a Adrien, ofendido.

—¿De qué estás hablando?

—Vamos, hombre, si lo sospechaste desde el principio. Le dijiste que, si pensaba que enviándote aquí te ibas a enamorar de mi hermana y cambiar de opinión respecto al bebé, iba de culo. ¿Acaso no lo recuerdas?

Creo que me voy a cagar en la madre de alguien, y la señora Victoria me cae muy bien.

—Si eso fuera así, ¿por qué hacernos firmar ese maldito contrato? ¿Para tocar los cojones?

Adrien se encoge de hombros.

—Que te responda él, la idea fue suya.

Theodore carraspea.

—Lo de firmar el contrato fue una estrategia.

Achino los ojos, desconfiado.

—Explícate.

—Verás—vuelve a aclararse la voz—, es muy sencillo de entender. Cuando le prohíbes a alguien que haga algo, por norma general, la tentación de hacer todo lo contrario es inmensa. Si te hubiera dicho simplemente que vinieras aquí y pasaras tiempo con mi hermana, me hubieras enviado a la mierda sin dudarle, por eso recurrí a la cláusula. Te conozco y sabía que aceptarías y firmarías con los ojos cerrados. Como así sucedió.

¡No me lo puedo creer!

Me cago en su madre y en...

«Lo siento, Victoria, estoy furioso».

Demasiado furioso, de hecho.

Tanto que temo partirle los dientes al que fue mi mejor amigo si no me controlo.

«¡Joder! ¡Joder! ¡Joder!»

CAPÍTULO 34



Camino como un oso enjaulado por toda la habitación. Menos mal que es pequeña, porque si no, tendría la planta de los pies en carne viva. Debe de ser por eso que me mareo, que el poco espacio es insuficiente para que el escaso aire que hay aquí dentro llegue en su totalidad a mis pulmones. Así no hay quien se calme, joder.

No me quitan la vista de encima, supongo que pensarán que estoy loco, y con razón. Hasta yo mismo lo pienso. Nunca en mi vida me había sentido el juguete de nadie, hasta hoy. Está claro que la familia James cree que soy un títere que pueden manejar a su antojo.

Estoy tan harto de todo...

—Arthur...

Me paro en seco y miro a Theodore con rabia.

—¿Quién cojones te crees que eres para manipular mi vida, Theodore? ¿Con qué derecho urdes un plan que pone mi mundo patas arriba, joder? ¿Qué clase de amigo eres tú? ¡Dime!

—Uno que se dio cuenta de que te estabas equivocando, Preston.

—Maldita sea, ¿y qué si era así? ¿Acaso no es mi vida? Puedo equivocarme y hacer lo que me dé la real gana con ella porque es mía, joder. ¿Te he manipulado yo a ti cuando la jodiste con Rebeca? Por supuesto que no. Al contrario, yo sí que estuve a tu lado, como hacen los buenos amigos, que se respetan y están ahí siempre que se les necesita, no como tú.

—Puede que no lo hayas manipulado a él, pero sí que lo hiciste conmigo, Preston, ¿lo has olvidado? ¿Has olvidado tus artimañas para que aceptara ser el sumiso de Caitlin? Porque yo lo tengo grabado en la memoria. Te pidió ayuda y se la diste porque sabías que yo me equivocaba y estaba loco

por ella. Que yo sepa lo hiciste porque eras mi amigo, no mi enemigo. ¿Me equivoco?

«Mierda, es cierto que lo hice...»

—No es lo mismo, Adrien, tú ya estabas enamorado de Caitlin.

—Sí, pero habían pasado demasiadas cosas malas entre nosotros y nuestra situación no era precisamente buena.

Sabías perfectamente lo que pensaba de vosotros por practicar el BDSM, y, aun así, decidiste involucrarte, creyendo que era lo mejor para mí. En esta ocasión Theo ha hecho lo mismo por ti, así que no te mosquees con él por hacer lo mismo que hiciste tú, amigo.

—Yo no te hice daño y me mantuve a tu lado en todo momento, Adrien.

—Sabías que ella era Lady Rebel y te callaste, al igual que también sabías que su sumiso nunca tuvo un accidente. Te consideraba mi amigo y me engañaste, ¿cómo crees que me hizo sentir descubrir que estabas en medio de todo?

Suspiro, resignado.

—Mi intención al hacerte firmar ese contrato y enviarte aquí no fue hacerte daño, Arthur, al contrario.

Miro a Theodore, hastiado.

—En ese caso, te ha salido el tiro por la culata, porque me has jodido vivo. No tienes ni idea de cómo me sentí cuando me echaste de Clover House y después del Libertine, rebajando mi puesto laboral a secretario. Aunque lo entendí, porque te fallé acostándome con tu hermana, me dolió que tú, mi mejor amigo, la persona que más me conoce del mundo, me hicieras eso. Mi vida se iba a la mierda y me sentí solo, joder, Luis fue el único que se mantuvo a mi lado en todo este tiempo, escuchándome y soportando mis mierdas.

«Eso sin contar lo de tu hermana...»

—Lo siento, Preston, de verdad que sí.

Mi padre elige ese momento para entrar en el salón con los cafés y coloca la bandeja sobre la mesita central. Al volver a pasar a mi lado, se para y apoya su mano en mi hombro, para luego evaluarme con la mirada. Asiento y medio sonrío, para tranquilizarlo. No estoy bien, pero lo estaré, sólo es cuestión de tiempo.

Me siento en una de las butacas y cojo mi café. Echo el azúcar, remuevo con parsimonia y le doy un sorbo.

Los demás hacen lo mismo.

El ambiente en el salón es tenso, raro.

Me siento incómodo en mi propia casa, joder.

—Estaré en mi habitación recogiendo algunas cosas, si necesitáis algo...

—No hace falta que te vayas, papá.

—Prefiero hacerlo, hijo, no me gusta verte sufrir.

Mi padre se va y nosotros guardamos silencio, como si no supiéramos por dónde continuar, o con miedo a hacerlo, no lo sé.

Clavo los ojos en Theodore.

—¿Puedo saber qué te hizo planear todo esto y pensar que saldría bien?

Los hermanos cruzan una mirada cómplice.

—Tu actitud y la de Alison la noche del picnic, cuando confesaste que tú eras el padre del bebé que esperaba mi hermana—responde.

—Me había enterado ese mismo día.

Adrien sonrío.

—Lo sabemos.

—¿Y bien? —indago.

—No voy a negar que me quedé de piedra cuando soltaste la bomba, no me lo esperaba para nada, pero aún me sorprendió más la forma en que os defendíais el uno al otro. Mientras Adrien se puso furioso y quiso partirme la cara, yo me limité a observaros a ti y a Alison: vuestros gestos, vuestras miradas... A pesar de la vehemencia con la que asegurabais que no queríais que el bebé interfiriera en la vida del otro, vuestra complicidad era demasiado grande como para pasarla por alto, por eso tensé la cuerda siendo cruel y echándote de la mansión. La reacción de mi hermana, y tu posterior actitud, calmándola y limpiando sus lágrimas, fue lo que terminó por activar mis sospechas.

—¿De qué sospechas hablas, hombre?

—Theodore creyó en ese momento que entre vosotros había algo más. En realidad, todos lo vimos, aunque yo tenía mis dudas, pero él fue el único que se atrevió a decirlo en voz alta. Bueno, él y Rebeca, por supuesto, ya la conoces.

Asiento.

—Pues no podíais estar más equivocados...

—De eso nada, Preston. La única vez que mi hermana amenazó con lo mismo y lo cumplió, fue porque estaba enamorada y nosotros no aprobábamos esa relación.

—Colin...

—¿Te ha hablado de él?

—Sí, Adrien, sé todo lo que hay que saber de ese tipo—digo con amargura.

—No suele hablar de él con nadie.

—Conmigo sí lo hizo, Theodore, te lo aseguro.

Sonríe.

—Ya lo veo.

—Continúa.

—El caso es que, cuando te fuiste de la mansión, Alison se puso furiosa con nosotros, despotricando lo que quiso y más, dando la cara por ti. En cuanto salió del salón dando un portazo, fue mi esposa la primera en preguntar si habíamos visto lo mismo que ella.

Creo que todos asentimos, ¿verdad, Adrien?

—Verdad.

—En ese momento trazamos el plan.

—¿Trazasteis?

—Sí, todos estamos en el ajo.

—¿Luis también?

—¿Te sorprende? —exclama Adrien con guasa.

—Joder, pues sí, me sorprende, la verdad.

—Pues no debería.

—Ya—mascullo entre dientes.

Me levanto y me acerco a la ventana, no sé qué pensar de todo esto, joder. Aunque me siento utilizado, en cierta manera, no puedo dejar de pensar en lo mucho que me hubiera gustado que su plan diera resultado.

—Bueno, ahora que ya sabes cuáles fueron mis motivos para enviarte aquí, me gustaría que me hablaras de los tuyos para renunciar a tu trabajo de la noche a la mañana.

Miro a Theodore por encima del hombro, sin ganas de seguir con aquello.

—Porque se ha enamorado de tu hermana, muchacho, por eso se fue.

—¡Papá!

—¡Lo sabía! —grita Adrien, señalándome con un dedo.

—Es la verdad, hijo.

—¿No estabas en tu habitación?

—He venido a buscar mi teléfono.

Chasqueo la lengua.

«Joder, vaya tres...»

—¿Arthur? —Theodore se planta ante mí, sonriendo—. ¿Es eso cierto? Cierro los ojos y suspiro, asintiendo.

—Lo es, estoy jodidamente enamorado de tu hermana. Estoy loco por ella, Theodore.

—¿Y cuál es el problema?

—El problema es que ella no siente lo mismo por mí.

Las carcajadas de Adrien me sorprenden.

—¿De qué te ríes, mamón?

—De lo que acabas de decir, no tienes ni idea.

—¿Y tú sí?

—Pues sí, Preston, sí. Tendrías que ver cómo se le iluminan los ojos cuando habla de ti, que es todo el tiempo. Y luego está esa sonrisa estúpida que se dibuja en su cara cada vez que entras en su despacho. Joder, si hasta mi padre me ha preguntado si por fin había algo entre vosotros, por Dios.

—¿Ellos lo saben?

—¿Por qué crees que, en todo este tiempo, ni el señor August ni la señora Victoria, se han puesto en contacto contigo para pedirte explicaciones?

—Lo saben...

—Por supuesto que sí.

Me tapo la cara con las manos.

«Qué vergüenza...»

—¿Se lo has dicho a mi hermana?

—¿Tú qué crees, Theodore? Se lo he dicho por activa y por pasiva, pero no hay manera. Yo también creí que sentía algo por mí, pero joder, no me quiere y punto. Ya está. Fin de la historia.

—No lo entiendo.

—Maldita sea, Adrien, sigue enamorada de Colin y piensa cumplir su promesa a rajatabla, ¿entiendes? Y eso me destroza. Me destroza que me dé una de cal y otra de arena.

Me destroza que haga planes conmigo, pero que luego me rechace como hombre. Me destroza que sólo quiera tenerme en su vida cuando le interesa. Por eso me fui de la empresa, porque no puedo más, ¿vale? ¡No puedo más!

—Eh, colega, tranquilo—Theo se acerca a mí y me abraza—. No pasa nada, tranquilo.

—Estoy hecho polvo, tío, te juro que lo he intentado todo.

—Pues sí que te ha dado fuerte, sí, y...

—¡Cállate, Adrien! —bramamos Theo y yo a la vez.

—... Y que conste que ya lo sospechaba—nos ignora—. Esa forma vuestra de discutir ayer sobre el proyecto de Acción de Gracias me confundió en un principio. Eso, sumado a que casi te dio un infarto cuando me viste por la mañana en el despacho sin Alison, me lo dejó claro. Pero, tío, escuchar de tus propios labios que estás enamorado, es como cuando Dios dividió el Mar rojo en dos, un puto milagro.

Lo fulmino con la mirada.

«Qué patada tienes en toda la boca, James...»

—¿Así que ahora soy un milagro?

—Tú no, hombre, tus sentimientos, esos que siempre te jactaste de que nunca ibas a tener por nadie.

—Basta ya, hermano, no toques más las pelotas, ¿quieres? Esto es serio.

—Lo sé, sólo trataba de quitar un poco de hierro al asunto.

—Pues ya es suficiente.

Me alejo del abrazo de Theo, avergonzado.

—Arthur, no sientas vergüenza, joder, como quien dice, estamos en familia; y nos viste a ambos en nuestro peor momento. Tengo entendido que a Adrien el vómito le salpicó el pantalón cuando se enteró de que Caitlin era Lady Rebel.

Me río al recordar ese momento.

—¿Ves? Esto es quitar hierro al asunto y no lo que haces tú, idiota.

—Aggg, Theo, qué puto asco das cuando te pones en plan soy perfecto y por eso todo lo hago bien.

—Mamón.

—Gilipollas.

Vuelvo a reír.

Joder, cómo los echaba de menos...

—Hermano, debimos decirle a Alison lo de ese personaje.

—Lo sé, Adrien, pero ya estaba lo suficientemente hundida como para tener que soportar eso también.

Los miro, perdido, sin comprender de qué hablan.

—Lo que está pasando es culpa nuestra, por callarnos. Si lo supiera, no lo habría idealizado de esa manera y tampoco hubiera hecho esa ridícula

promesa.

—Eso también lo sé.

—¿Y qué vamos a hacer ahora?

—Contárselo.

Sus miradas decididas lo dicen todo.

—Un momento—digo cuando veo que Adrien se dirige a la puerta—. ¿Puedo saber de qué cojones estáis hablando y qué es eso que le vais a contar a Alison?

—Verás, Preston, el día que ese tío tuvo el accidente y murió, había desvalijado la cuenta de ahorros de mi hermana e iba de camino al aeropuerto. Tenía un pasaje de avión con destino a Las Vegas, el muy cretino, que Dios me perdone—me explica Theodore.

Me quedo estupefacto.

«Qué hijo de puta».

—Pero ¿cómo...?

—La ingenua de mi hermana lo había autorizado en el banco dos semanas antes, por eso pudo sacar el dinero.

—Joder, no me lo puedo creer.

—Le advertimos de que ese tío no era trigo limpio, no quiso escucharnos y como ya sabes, se alejó de la familia—continúa Adrien—. Gracias a Dios que el director del banco es íntimo amigo de nuestro padre, por eso lo supimos, nos llamó en cuanto él salió del banco. Theodore se subió a un avión y, cuando llegó aquí, ese tipo ya estaba muerto.

Un choque frontal contra un camión, al parecer tenía demasiada prisa por desaparecer. La policía recuperó el dinero y pudimos ingresarlo de nuevo antes de que ella se enterara.

—Cabrón...

«Y ella lo amaba..., aún sigue haciéndolo..., saber esto la destrozará...»

—No vais a decirle nada de nada, ¿estamos?

Los dos me miran como si me hubiera salido otra cabeza.

—¿Te has vuelto loco? Que ella lo sepa te beneficiará a ti.

—Está embarazada de cinco meses, Adrien, ¿sabes lo que eso significa? No quiero que sufran ni ella ni mi hijo por culpa de ese malnacido, ¿entendido?

«Y tampoco quiero que reconozca sus sentimientos hacia mí porque ahora se entere de que su gran amor la traicionó, joder».

—Pero, Preston...

—Ni una palabra más al respecto.

Cuando se marchan, después de dos tazas más de café, a las que mi padre se une, aún sigo dándole vueltas a lo que ese pedazo de mierda se atrevió a hacerle a Alison.

«Si no estuvieras muerto juro que te mataría con mis propias manos...»

CAPÍTULO 35



No soy capaz de conciliar el sueño. Hoy ha sido un día mentalmente agotador. Conversaciones intensas con Theodore y Adrien. Demasiada información recibida de golpe y porrazo.

Demasiadas cosas que digerir. Es cierto que cuando mi amigo me envió aquí, sospeché, pero jamás imaginé que en su plan entrara todo el clan James, incluidas Rebeca y Caitlin. Y qué decir de Luis, de él sí que no me lo esperaba.

Aunque bueno, no sé de qué me extraño, la verdad, si siempre hemos sido como los mosqueteros, todos para uno y uno para todos. Primero fue Theo, luego Adrien y ahora yo.

De lo que Luis no parece enterarse, es de que más tarde o más temprano, ya sea con una u otra, le tocará el turno a él. Veremos cuando llegue el momento si es tan comprensivo y acepta de buen grado que todos metamos las narices donde nadie nos manda. Porque las meteremos, de eso no tengo ninguna duda.

«En esta vida todo llega, dicen...»

¿Enfadarme con ellos? No, no podría. Me he cabreado como nunca, sí. He estado a punto de partirle los dientes a Theodore, por supuesto.

También me hubiera gustado borrarle la sonrisa de la cara a Adrien de un puñetazo, lo reconozco, pero jamás los alejaría de mi vida, porque son una parte importante de ella.

Al fin y al cabo, lo han hecho pensando que me hacían un favor y, aunque no haya salido como querían, debo perdonarlos. Así como Adrien me perdonó en su momento, debo hacer lo mismo con ellos.

Para bien o para mal, son mis amigos y los quiero, qué le vamos a

hacer.

«La sangre nunca llega al río cuando se trata de amistad...»

No, no lo hace.

Me tumbo de espalda y miro al techo, pensando en las últimas palabras mantenidas con ellos antes de marcharse:

—Tómame unos días y luego vuelve a la empresa, ¿de acuerdo? Después de mí, eres la persona que mejor conoce el funcionamiento del club y no quiero perderte. No acepto tu renuncia, Preston. Lo siento, pero empezamos esto juntos y no voy a permitir que te vayas.

Negué con la cabeza.

—No voy a volver, Theo, no puedo.

—Entiendo cómo te sientes, y no digo que te quedes aquí en Londres, te pido que, cuando estés preparado, vuelvas a Ibiza. El Libertine es tu casa, amigo.

—Te lo agradezco, de verdad que sí, pero no.

—Vamos, hombre, no seas testarudo, joder.

—Adrien, voy a ser padre y mi hijo vivirá aquí, con su madre, y quiero que también tenga a su padre cerca, ¿entiendes? Ya no soy sólo yo, dentro de cuatro meses también estará él.

—Sigo sin entender por qué no dejas que hablemos con mi hermana, Preston, si sabes que tarde o temprano lo haremos.

—Ya te lo expliqué, si no lo entiendes es tu problema.

—No es sólo porque está embarazada, ¿verdad? Hay algo más que no quieres decirnos.

—Adrien...

—Joder, Theo, estoy completamente seguro de que Alison está enamorada de Preston, créeme, sé muy bien lo que digo, ¿vale? Lo que pasa que está esa maldita promesa, si supiera la verdad...

Bufé, alterado.

—No quiero que reconozca sus sentimientos por mí sólo porque le digáis que ese tío era un cretino. Me niego a ser su segunda opción, joder. Yo me enamoré de ella por encima de todo, rompiendo las putas promesas que me hice a mí mismo, y quiero que ella haga lo mismo por mí. No me valdría de cualquier otra forma, ¿te queda claro ahora?

Silbó, guasón.

—Cristalino, macho.

—Bien, pues no vuelvas a hablarme del tema.

—Tú ganas.

—Gracias.

Se despidieron de mi padre, que en todo momento se mantuvo al margen de la conversación, sin quitarme el ojo de encima, y los acompañé a la puerta.

—Tómalo con calma, Preston, y piénsatelo bien. Las puertas del Libertine siempre estarán abiertas para ti.

—Gracias, Theo, pero no tengo nada que pensar.

Puso los ojos en blanco y sonrió.

—Te veré en la celebración del día de Acción de Gracias, y no me digas que no irás porque no acepto un no por respuesta.

—Ya veremos.

—Estaremos en contacto.

Asentí.

—Yo vendré a buscarte mañana y haremos una salida de chicos, lo necesitas. Y tampoco admito un no por respuesta, estos meses he sido un poco capullo contigo y necesito resarcirme. Además, te echo de menos, lameculos.

Solté una carcajada.

—Tú como siempre en tu línea, mamá.

Me guiñó un ojo y me palmeó la espalda.

—Nos vemos.

Mi padre me llamó orgulloso en cuanto cerré la puerta tras ellos.

No respondí.

Lo era.

Lo soy.

«Todo o nada...»

Me froto las sienes y cierro los ojos. Ojalá pudiera dejar de darle tantas vueltas a todo, pero no puedo, es imposible. Siento rabia e impotencia al saber que todo su amor se lo llevó la persona que menos lo merecía.

La persona por la que ella fue capaz de renunciar a todo, incluida su propia familia.

La persona que, en lugar de pagarle con la misma moneda, amándola como se merecía, le robó todo lo que tenía y se largó sin mirar atrás. «Maldito hijo de puta...» Me importa un pimiento que esté muerto, no pienso disculparme por decir lo que realmente pienso de él, ojalá lo tuviera de frente para poder decírselo a la cara y, de paso, darle unas buenas hostias.

Suspiro y doy unas cuantas vueltas más en la cama, hasta que

finalmente me quedo dormido y sueño. Sueño con Alison acostada en un manto de hierba verde y brillante. Creo que es el mismo lugar en el que estuvimos el día que jugamos a adivinar la forma de las nubes, en el castillo de Dover.

Sobre su pecho, descansa un pequeño bulto envuelto en una mantita de terciopelo azul celeste, nuestro hijo, por el que ya siento un amor profundo e infinito. Ella acaricia la cabeza del bebé con suavidad y sonrío, feliz.

Me mira con los ojos brillantes y me pide que me acerque a ellos. Lo hago y, cuando estoy a punto de sentarme a su lado, su rostro se tuerce en una mueca de horror y grita que no es a mí a quien quiere, sino a Colin, el amor de su vida. Mis entrañas se retuercen de dolor y el pecho se me colapsa de angustia.

¿Por qué me hace esto, joder? ¿Por qué no me deja darle todo el amor que ella ha creado dentro de mí, si le pertenece por completo? ¿Es que no ve que me derrito cuando la tengo cerca? ¿No se da cuenta de que sin ella no soy nada? Me quedo ahí, de pie, con el corazón en un puño y roto, observándolos en la distancia, sin más. Pensando que eso es a lo único que podré aspirar con ella: a ver nuestra vida pasar de lejos.

Ella, anhelando a otro.

Y yo, anhelándola a ella.

El dolor de cabeza me despierta un par de horas después. Un golpeteo constante en las sienas que me saca de quicio. Siento los ojos arenosos y el cuerpo me pesa dos toneladas. Porque no he bebido ni una sola gota de alcohol, de lo contrario, pensaría que ahora mismo tengo la mayor resaca del mundo. Me levanto y tomo un ibuprofeno. Son las cinco de la madrugada y mi padre sigue dormido. Decido salir de casa y caminar. Agotarme hasta que no pueda más y caiga rendido en cualquier esquina. Necesito dejar de pensar y de sentir.

«Sobre todo sentir...»

Salgo de casa y me dedico a deambular, de aquí para allá, sin sentido. Las pocas personas con las que me encuentro me miran raro. Seguro que piensan que estoy loco o borracho como una cuba. Me da igual. Todo, absolutamente todo, me da igual. Me adentro en un pequeño parque del barrio y admiro el paisaje con la espalda apoyada en el tronco de un árbol. Poco a poco, el cielo se va clareando y con él mi cabeza.

No puedo seguir así, lamentándome y sintiéndome desgraciado. Debo ponerme las pilas y seguir con mi vida, empezando por buscar un nuevo empleo lo antes posible.

«¿Y a qué estás esperando?»

Me enderezo y vuelvo a casa.

Mi padre está sentado en el sofá.

Me mira con preocupación y menea la cabeza.

—¿Dónde has estado, hijo?

—Por ahí.

—Tienes un aspecto horrible.

—Lo sé.

—¿Quieres hablarme de ello?

—Ahora no, papá.

Suspira.

—Arthur, por favor...

—Se me pasará, sólo es cuestión de tiempo.

—Hijo, me preocupas y no puedo ayudarte si no me dejas.

Me acerco y me siento a su lado, cansado.

—Ya te lo he dicho todo, ahora toca esperar.

—¿Esperar qué?

—Que pase el tiempo.

Asiente.

—No me gusta verte así.

—Estaré bien y volveré a ser el mismo—le digo con cariño—, ya lo verás.

Paso el resto de la mañana con el ordenador, metido en internet mirando las ofertas de empleo. Me apunto a algunas de ellas y envío currículos. Acompaño a mi padre a hacer unas compras y luego comemos en un restaurante de comida rápida. Al volver a casa, me doy una ducha y enciendo el televisor.

Procuro estar entretenido en todo momento, evitando ensimismarme en mis mierdas y deprimirme más de lo que ya estoy. Parece que da resultado, aunque, sinceramente, estar también pendiente de eso, me agota.

Adrien pasa a recogerme a eso de las siete.

—¿Cómo lo llevas? —pregunta al verme.

—¿Cómo lo llevabas tú?

—Los primeros meses, hasta las cejas de drogas y alcohol.

—¿Y sirvió de algo?

—No.

Me encojo de hombros.

—A pelo tampoco sirve de mucho, la verdad. ¿Adónde me llevas?

—A desconectar.

Cenamos en el centro de Londres, en un restaurante muy reconocido y con varias estrellas Michelin. Hablamos del Libertine y de lo que supuso para él el par de meses que pasó haciéndose cargo del club. Me cuenta lo duro que está siendo prepararse para la próxima exhibición de BDSM, en la que participará como sumiso de Caitlin.

—Sí, seguro que debe de ser durísimo—exclamo con retintín.

—Tío, esa mujer es incansable, te lo juro. Hasta he perdido peso y todo.

—Anda que no te gusta ni nada que Lady Rebel te dé unos latigazos.

Ríe.

—La verdad es que me encanta, para qué nos vamos a engañar.

Por lo visto, están preparando un número nuevo que dejará a los asistentes con la boca abierta.

Tras la cena, vamos al Soho, al Club 49. Él no lo sabe, pero este club me trae muy buenos recuerdos de mi pequeña acosadora y de cómo hizo que me relajara jugando al veo, veo con ella.

Miro hacia el reservado donde estuvimos y sonrío, recordando aquel momento.

—¿Y esa sonrisa? —indaga Adrien con guasa—. Apuesto a que tiene que ver con mi hermana.

—Pues sí.

—Me lo imaginaba.

Le doy un sorbo a la cerveza sin alcohol.

—Estoy loco por ella, joder.

—Y ella por ti.

—¿Cómo estás tan seguro de eso?

—La vi ayer y no tenía mejor aspecto que tú.

—Eso no significa nada.

—Te equivocas, eso lo significa todo, Preston.

—No quiero hablar de ella.

—Pues desconecta y no lo hagamos.

Y no sé cómo, pero el mamón de Adrien lo consigue.

Consigue que deje de pensar, me divierta y me ría a carcajadas. El tío no me da tregua y con sus historias hace que me olvide de todo durante unas horas y no sienta que todo mi mundo se me ha venido encima.

—Gracias por esta noche, tío—le digo cuando me lleva a casa—, lo necesitaba.

—Para eso estamos los amigos.

—Sí, para eso y para tocar los cojones.

—Cierto. Nos vemos en la cena de Acción de Gracias.

—Ya veremos.

Poco más tarde, ya acostado en la cama, me llega un mensaje.

Alison: «Te echo de menos...»

Podría responderle que yo a ella también.

No lo hago.

«Todo o nada...»

CAPÍTULO 36



Las dos semanas antes del evento de Acción de Gracias son raras y pasan volando. A veces creo que todo es posible, y otras, en cambio, que mi vida no tiene sentido sin ella y no podré seguir adelante. Supongo que sentirme así es normal, no lo sé, ya he dicho que no tengo demasiada experiencia en temas de amor y desamor y que esta es mi primera vez.

Sí, era virgen en cuanto a relaciones afectivas con mujeres, más allá de un revolcón y poco más. Ahora que tengo claro lo que se siente, preferiría no haber perdido esa virginidad nunca.

«Mentiroso..., estarías dispuesto a entregarla por propia voluntad, una y otra vez, siempre que se tratara de Alison James».

Cierto, repetiría lo sucedido entre nosotros sin dudarlo.

Aunque duela.

Aunque me destruya.

No, no soy masoquista.

Soy un hombre enamorado.

Me da la risa, frente al espejo, al darme cuenta de cuánto ha cambiado mi forma de pensar.

«Quién te lo iba a decir, ¿eh?»

Suspiro, resignado, y me hago bien el nudo de la corbata. Miro el reloj.

Dentro de una hora tengo una entrevista de trabajo en el centro de Londres.

El gerente de una famosa sala de fiestas se puso en contacto conmigo poco después de recibir mi currículum. Llevamos hablando por teléfono unos días. Hoy lo conoceré personalmente y veré si me interesa lo que me ofrece.

Aunque, sinceramente, tampoco es que esté en disposición de hacer muchos ascos a su propuesta. Necesito el trabajo y el dinero, con urgencia. También tengo que ir a Green Clover a finiquitar mi contrato con la empresa de los James. Se me encoge el estómago sólo de pensarlo.

Jamás hubiera vaticinado que esto acabaría así, pero es lo que hay.

Me peino y me echo perfume.

«Estás hecho un pincel...»

Hay que causar buena impresión, ¿no?

Voy a mi habitación, me pongo la chaqueta del traje y cojo el teléfono de encima de la mesilla de noche. Por costumbre, lo miro antes de guardarlo. El corazón me late desenfrenado al ver que tengo un nuevo mensaje de ella, algo que empieza a convertirse en una rutina desde que renuncié en la empresa. Cada mañana me da los buenos días y, cada noche, me hace un recuento de lo acontecido en las oficinas, como si eso me importara algo.

También me habla de nuestro bebé, de lo mucho que se mueve y de lo que le hacen sentir sus pataditas. Me ha enviado una fotografía de la última ecografía que se hizo la semana pasada, donde ya se distinguen, a la perfección, las pequeñas partes de su cuerpo. Cada vez que miro esa fotografía, me emociono y se me atenaza la garganta, pensando que esa cosita es mía y la hemos creado juntos, ella y yo. Sólo respondo cuando sus mensajes se refieren a nuestro hijo y, aun así, sigue escribiendo cada día, puntual como un reloj.

Ayer cometí la equivocación de preguntarle si tenía algo más que decirme. Su respuesta: «Te echo de menos», no es la que esperaba leer. No obstante, que a uno le echen de menos es bueno, ¿verdad?

«Al menos consuela un poco...»

Sí, pero no es lo mismo. Si a ese «te echo de menos» añadiera un «te quiero», volaría a su lado en un santiamén.

«Idiota... Iluso... Patético...»

Salgo de casa cabreado conmigo mismo y me dirijo a la parada del metro. Cuarenta minutos después, tras hacer un par de transbordos, me apeo en Leicester Square, en el Soho, donde no tardo en encontrar la famosa sala de fiestas. Respiro hondo antes de llamar a la puerta.

«Vamos allá...»

La entrevista con Jason, el gerente de la sala de fiestas resulta amena y relajada. Me ofrece hacerme cargo del salón principal y tema espectáculos; un horario nocturno, evidentemente, y un buen sueldo que, aunque es algo menos

de lo que cobraba como mano derecha de Theodore, no puedo rechazar. «La experiencia es un grado», dice estrechándome la mano, convencido de que haré un buen trabajo y que, haber trabajado para la familia James, será beneficioso para el negocio. Un apretón de manos y una gran sonrisa, es el preámbulo de nuestra próxima relación laboral. Salgo de allí satisfecho y con ganas de empezar cuanto antes, así tendré menos tiempo para pensar.

Al llegar a casa, encuentro en el buzón la invitación de Acción de Gracias y la tiro directamente a la basura. No pienso ir y pasarme la velada babeando por Alison James como un gilipollas, pendiente de ella en todo momento, joder.

«Eres un maldito cobarde...»

Puede ser.

«Tienes que ir y demostrarle que ya has pasado página».

Sí, como si eso fuera fácil.

«Puede que sea tu última oportunidad...»

¿Esa no fue al renunciar y creer que ella correría detrás de mí para impedir que me marchara?

«Vamos, hombre, no te conformes con la nada y ve a por el todo...»

¡Putra voz de mi cabeza, joder!

Cojo las llaves del coche y vuelvo a salir de casa. Ya decidiré después qué voy a hacer con la puñetera invitación, ahora debo ir a firmar un finiquito.

Llego a Green Clover poco antes del almuerzo y estaciono el coche en el lugar de siempre. De repente me he puesto nervioso y tengo el pulso demasiado acelerado.

Respiro hondo varias veces, pero no sirve de nada. Volver a estar aquí, hace que me sienta débil e insignificante. Clavo la vista en el sendero que lleva a las oficinas, debatiéndome si cruzarlo y acercarme a saludar a las chicas, o si por el contrario voy directamente al despacho de Amber y termino con esto cuanto antes.

Cierro los ojos.

«Estás deseando verla...»

Rechino los dientes.

¿Y qué importa?

«¿A qué estás esperando...?»

¡Cierra el pico, joder!

Salgo del coche, cierro la puerta con rabia y me encamino al despacho de Amber, no pienso ceder a mi debilidad por la pequeña de los James y se

acabó.

Subo las escaleras principales y voy directo al tercer piso, llamo a la puerta del despacho de Amber y espero. Nadie contesta y eso me extraña, porque ella suele estar siempre aquí. «Puede que ya haya salido a comer...». Sí, puede.

Camino un poco más allá, donde su secretaria parece entretenida con algo, y carraspeo para llamar su atención.

—Disculpa, ¿dónde puedo encontrar a Amber?

La chica me mira avergonzada, supongo que por haberla pillado enredando con el móvil.

—Creo que está en el salón principal ultimando los detalles para el evento de pasado mañana.

—¿Crees?

—Sí, al menos es allí donde se encontraba hace una hora.

—Tenía una cita con ella...

—Lo sé, señor Preston, puede que se le haya olvidado. Iré a buscarla.

—No te molestes, ya lo hago yo. Gracias.

«Amber no es de las personas que se olvidan de sus citas...»

¿Y tú qué sabes?

Me encojo de hombros, desciendo los tres pisos y voy al salón principal.

La puerta está entornada y echo una ojeada.

La veo al primer refilón. A Alison, no a Amber. De hecho, ni siquiera sigo buscando más allá de ella, todo desaparece a su alrededor. Su sola presencia sirve para que se me corte el aliento y el pulso se me acelere. Abro la puerta por completo y me quedo allí, observándola de pies a cabeza. Está cerca de una de las ventanas. Lleva un vestido holgado, rojo y de florecillas, que me encanta. Sus manos descansan sobre el vientre, al igual que sus ojos. Sonríe a la vez que susurra algo en voz muy baja. Esa sonrisa me contagia e ilumina todo mi ser. Está preciosa, joder, y me muero por acercarme y estrecharla entre mis brazos, posar mis labios sobre los suyos y beberme su cálido aliento.

«Si solamente...»

Alza los ojos y nuestras miradas se enredan.

Un hormigueo recorre mi columna vertebral.

—Arthur... —murmura, sorprendida de verme allí.

Me aclaro la voz y me acerco un poco a ella, no mucho, no vaya a ser

que no pueda controlarme y acabe haciendo eso que tanto deseo.

—La secretaria de Amber me dijo que podría encontrarla aquí.

—Ah, la buscas a ella...

Parece decepcionada.

—Sí, teníamos una cita, ya sabes, para firmar el finiquito y esas cosas.

—No leíste el mensaje que te envié esta mañana, ¿verdad?

—No.

Tuerce el gesto.

—A mi hermana le surgió un imprevisto y tuvo que cancelar todas sus citas, incluida la tuya. Si lo hubieras leído...

—Ya veo.

Ahora que la tengo más cerca, me doy cuenta del surco negro bajo sus ojos, de su palidez...

—¿Cómo estás? —indago, preocupado.

—Mal.

El corazón se me paraliza.

—¿Mal?

—Sí.

—Ahora mismo nos vamos al médico.

Suspira, abatida.

—No estoy mal por el embarazo, Arthur, estoy mal por ti.

Ladeo la cabeza y achico los ojos.

—¿Por mí? —me señalo a mí mismo, extrañado.

Asiente.

—Alison..., ¿tienes algo que decirme?

—Sí.

Me acerco un poco más a ella, esperanzado y conteniendo el aliento.

—¿Y bien? —inquiero.

—¿No ibas a decírmelo?

Doy un paso atrás.

—Ya te he dicho todo lo que tenía que decir, Alison, creo que fui bien claro contigo.

Se lleva las manos a las caderas. Una caderas redondeadas y preciosas.

—Pues al parecer no, no me lo has dicho todo, te has olvidado de un dato bastante importante, a mi parecer, claro. Por lo visto a ti te da igual y he tenido que enterarme por Adrien de tus planes, y yo no..., no...

Su forma de hablar es atropellada y un pelín histérica.

Meneo la cabeza y la miro intrigado.

«¿Qué has hecho ahora, Adrien?»

—¿De qué estás hablando, Alison?

—Como si no lo supieras...

—Lo siento, pero para tratarse de mis planes, no, no tengo ni la menor idea, la verdad.

—Oh, vamos—se sulfura—, no disimules más, lo sé todo.

Yo también me irrito

—¿Qué es lo que sabes?

—Que vas a entrevistarte con Oliver Hamilton porque te ha ofrecido un trabajo en el Lust y piensas irte a Nueva York. ¿Sabes? Cuando mi hermano me lo contó no daba crédito y llamé a Theodore, él me lo confirmó, dijo que era cuestión de días que te fueras y tú... ¡tú no ibas a decírmelo!

—solloza.

Sonrío para mis adentros.

—Así que eso te han dicho, ¿eh?

Qué cabrones son, siempre metiéndose en todo.

«No te quejes, tío, te están haciendo un favor, fíjate en su reacción. Escucha su llanto...»

—Ibas a marcharte sin más, sin una palabra, sin despedirte..., sin importarte que tu hijo..., que yo..., yo...

—¿Que tú qué? Vamos, Alison, maldita sea, dilo. Dilo de una santa vez y acabemos con esto.

Enredo mis dedos en los suyos y la pego a mí.

Nuestras miradas son intensas, ávidas.

—Dilo—susurro sobre sus labios.

Cierro los ojos cuando la calidez de su mano roza la piel de mi cara y me acaricia, con parsimonia, la mandíbula, la mejilla, la nariz, la frente, los labios... Me muevo inconscientemente, buscando cada roce, ese contacto que es tan nimio y, aun así, esclarecedor. ¿Por qué tocarme así, si no sintiera lo mismo que yo? ¿Por qué angustiarse de esa manera, si no quisiera nada conmigo? ¿Me estoy haciendo ilusiones en vano, otra vez? ¿Es ahora cuando va a alejarse y decirme que no soy correspondido?

—Me he acostumbrado a tenerte cerca y no quiero perderte, Arthur, eres muy importante para mí.

—Dilo—suplico.

—Estas dos últimas semanas, se han convertido en una pesadilla. Te he echado mucho de menos... No quiero que te vayas.

—Dime por qué.

—Porque eres el padre de mi hijo y te necesita cerca.

—Esas no son las respuestas que harán que me quede, Alison, no son las que quiero escuchar y lo sabes.

Suspira hondo.

—Arthur, yo no... no...

—Déjalo—mascullo distanciándome—, ya sé lo que vas a decir, que no puedes sentir nada por mí, porque sigues enamorada de él y que te debes a tu promesa. No entiendo, por qué si es así, necesitas hacerme esto, porque me destrozas cada vez que me das esperanzas—resoplo, cabreado—. Me largo, dile a Amber que se ponga en contacto conmigo cuando pueda. Le doy la espalda y camino hacia la puerta.

—¡Arthur, espera!

No lo hago, salgo de allí como alma que lleva el diablo.

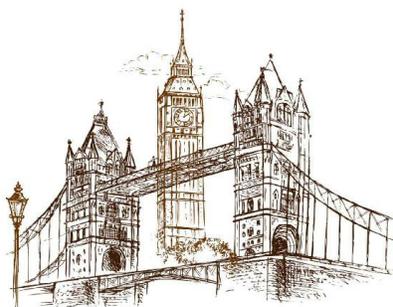
Poco después, recibo un mensaje suyo.

Si me hubiera parado a leerlo, el corazón me habría salido por la boca y hubiera dado la vuelta, en su busca, sin dudar.

No lo hice.

Lo borré.

CAPÍTULO 37



La mañana del jueves, me despierto ansioso y con muchas dudas de si acudir a la celebración de Acción de Gracias en Green Clover. La otra noche, una vez en casa, me arrepentí de no haberla dejado hablar y también de haber borrado su mensaje. Puede que balbuceara porque estaba nerviosa y no supiera cómo

expresar sus sentimientos, no lo sé.

Nunca fui un hombre impulsivo, al contrario, pero es lo que pasa cuando tienes miedo de oír lo que tanto anhelas y notas el temblor en la voz de la persona que esperas que diga las palabras mágicas. Por eso la interrumpí, por el puto miedo a que dijera que no podía corresponderme, a pesar de que toda la situación indicaba lo contrario.

Pensé en mi reacción muchas veces durante estos dos últimos días y más de una vez me dieron ganas de abofetearme a mí mismo por gilipollas.

Lo hecho, hecho estaba y ya no podía hacer nada para cambiarlo. Sí, pude llamarla, insistir en verla, hablar..., yo qué sé, el caso es que no lo hice porque, cada vez que cogía el teléfono y la buscaba en la lista de contactos, ese miedo atroz me dejaba paralizado.

Y qué cojones, estaba cansado de ser siempre yo el que diera el brazo a torcer.

En cambio, hoy...

Hoy llevo despierto desde antes del amanecer, devanándome los puñeteros sesos y reviviendo ese último encuentro.

Sus sollozos, su enfado, sus tartamudeos... Esa forma tan especial de acariciar cada parte de mi cara, como si a través de su tacto la estuviera memorizando... Joder, no quiero ser presuntuoso ni nada por el estilo, pero tiene que estar enamorada de mí, o al menos sentir algo especial.

¿Por qué si no iba a reaccionar así ante mi supuesta partida? Además, dijo claramente que no quería perderme, ¿no? Ay, Dios, estoy volviéndome tarumba, lo juro.

Ya no sé si realmente pasan las cosas como las cuento o soy yo que, estoy tan desesperado porque me quiera, que ya sólo veo lo que me interesa y lo invento todo.

«Pues sí, macho, estás para que te encierren...»

Mi padre llama a la puerta y entra en la habitación hecho un pincel y con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Cómo me veo, hijo?

—Elegante. Muy elegante, papá.

Su sonrisa satisfecha me contagia.

—¿Verdad que sí?

—¿Por qué vas vestido así? ¿Me he perdido algo?

—Tu amigo Theodore nos invitó a Amanda y a mí a la cena de esta noche. Compruebo si el traje sigue sentándome bien y, al parecer, así es.

—La percha es la percha—digo guiñándole un ojo—. No tenía ni idea de que estuvieras invitado y, mucho menos, de que fueras a ir.

Mi padre me mira contrariado.

—¿Te molesta?

—En absoluto.

Y lo digo en serio, no me molesta para nada que hayan contado con mi padre para dicha celebración.

—¿Qué vas a ponerte tú, hijo?

—Nada.

—No me digas que piensas ir desnudo—se guasea.

Suspiro.

—No, acabo de decidir que no voy a ir.

—Arthur...

—Es mi decisión, papá.

Se acerca a la cama y se sienta a los pies de ésta, contemplándome serio.

—Hijo..., los James son tu segunda familia y siempre estarás unido a ellos por esa criatura que pronto nacerá, no puedes hacerles este feo tan grande. Además, ¿qué pensarán el resto de los invitados cuando no te vean allí, si siempre habéis estado juntos? Creerán que te has ido de la empresa por la puerta de atrás y eso no es cierto.

—Lo que piensen los demás no me importa.

—Ese maldito orgullo tuyo..., nunca pensé de ti que fueras de los que se rindiera, Arthur, siempre fuiste un luchador que consiguió todo lo que se propuso. ¿Qué ha cambiado ahora?

—Ser rechazado una y otra vez duele como el demonio, papá, me he cansado de luchar.

—Aparte de orgulloso, derrotista. No te reconozco, hijo, y me da mucha lástima ver esa actitud tuya tan pesimista y negativa. No eres la persona que luchó con uñas y dientes por mí.

—No compares, papá, no es lo mismo.

—Claro que sí, seguiste al pie del cañón conmigo porque me querías, igual que a ella. No se abandona la guerra por perder un par de batallas, hijo, se lucha hasta el último aliento. Sobre todo, cuando se trata de amor.

Sus palabras, como siempre, me impactan.

«Sabe más el zorro por viejo que por zorro...»

—Papá...

—Sí, sé que vas a decirme que yo no luché por tu madre, pero ella era un caso perdido, hijo, no me dejó opción.

Luché por volver a vivir, por ti y por mí. Nos lo debía a los dos.

—Te equivocas, iba a decir que, como siempre, tienes razón. Me pensaré lo de esta noche, ¿vale?

—No, eso no me vale.

Pongo los ojos en blanco y sonrío.

—Está bien, tú ganas, os acompañaré a ti y a Amanda esta noche a la celebración, ¿contento?

—Ahora sí—me palmea la pierna y ríe—. Ve buscando un modelito, no quiero eclipsar a mi hijo en una fiesta tan elegante.

No tengo ni idea de qué iba a ser de mi vida sin este hombre a mi lado, la verdad. Siempre consigue hacerme ver las cosas desde otra perspectiva, la de la sabiduría que te da la vida. No, no ha sido un padre modélico, pero nunca me ha abandonado y me ha querido con locura, igual que yo a él.

«Mi súper héroe...»

Algunas horas más tarde, y tras mirar en mi armario, elijo vestirme con un traje de tres piezas de color azul, camisa blanca y corbata gris plata. Me coloco un alfiler en ésta, los gemelos y el reloj. Peino el pelo hacia atrás con gomina y me echo perfume. Para cuando salgo al salón, donde me esperan mi padre y Amanda, los nervios ya se han apoderado de mí y tengo hasta náuseas.

—Creo que esta noche voy a ser la mujer más envidiada de la fiesta por ir acompañada de vosotros dos.

Mi padre y yo sonreímos.

—Gracias por la parte que me toca—digo—, tú también estás muy guapa.

—Todos lo estamos—exclama mi padre orgulloso.

El portero automático suena en ese instante, advirtiéndonos que el coche que Theodore envió para nosotros ya está aquí.

El trayecto hasta Green Clover es agónicamente lento y, cuando el conductor estaciona junto a la puerta, para que nos apeemos, tengo el corazón a punto de salirseme por la boca.

Como si nunca hubiese asistido a un evento de los James, joder. «En los dos últimos cambiaste tu vida...» Cierto.

Primero fue en la boda de Theodore, cuando mi pequeña acosadora hizo hasta lo indecible para que terminara entre sus piernas. Luego, el picnic anual, en el que me enteré de que estar metido entre sus piernas, tuvo

consecuencias. Unas consecuencias que me han cambiado para siempre y hacen que ahora sea yo el que quiera acosarla, pero no para fundirme en ella, que también, sino para que me ame el resto de su vida.

Cojo aire por la boca y lo expulso por la nariz.

—¿Nervioso?

Miro a mi padre y asiento.

—Demasiado.

—Ánimo, hijo, tú puedes con esto y con más. Recuerda, aún no hay un claro vencedor en esta guerra y, quién sabe, puede que acabes llevando al enemigo a tu territorio—me guiña un ojo y suelta una carcajada.

—Déjalo ya, papá, no tiene ni puñetera gracia, ¿vale?

—¡Anda que no!

Resoplo.

—Entremos, anda...

Me quedo de piedra al cruzar el umbral de la puerta del salón. Las mesas para la cena están dispuestas exactamente igual que en mi proyecto, con los jarrones de cristal llenos de hojas otoñales, en el centro de éstas; las velas, colocadas a uno de los lados, titilan encendidas.

Las paredes han sido revestidas en los colores ocre que yo elegí, al igual que los manteles y las servilletas; la música que suena de fondo es la que nos gustó a los dos para esta ocasión. ¿Cómo demonios no me fijé en la decoración cuando estuve aquí hace dos días?

«Porque sólo tenías ojos para ella. Cuando la ves, nada más existe...»

Es verdad, todo lo que hay a su alrededor, pierde interés para mí.

Sonrío, después de todo, decidió seguir adelante con mi proyecto y eso, me encanta.

Theodore, Rebeca, Adrien y Caitlin, son los encargados de darnos la bienvenida. A Alison no la veo por ninguna parte y eso hace que me pregunte si estará bien y dónde.

—Ha salido a tomar el aire, estaba un poco nerviosa.

Miro a Adrien.

—¿Qué?

—Hablo de mi hermana, ¿no es a ella a quien buscas con esa mirada de preocupación?

«Joder, ¿tan evidente soy?»

—Sí, Preston, eres como un puto libro abierto.

—¿Ahora lees la mente y toda esa mierda?

Ríe.

—No es necesario, ya te digo que eres cristalino, macho.

—Ya, claro.

Me da una palmada en la espalda y se acerca a hablar con mi padre, mientras que Rebeca y Caitlin, no me quitan la vista de encima.

—¿Qué pasa? —indago.

—Nada—contestan al unísono.

—¿Seguro?

—Ajá—responden sincronizadas.

—Dais un poco de miedo, ¿lo sabíais?

Sus bocas se ensanchan en sendas sonrisas.

—En serio, dejad de mirarme así, me están dando escalofríos, joder.

—Esa boca, hijo, por Dios.

—Perdón, papá, pero me siento un pelín intimidado por estas dos... —
pego un brinco al sentir que una mano me agarra la nalga derecha, sin ningún disimulo.

«Mierda, esto ya lo has vivido antes...»

Me giro y sí, es ella, mi pequeña acosadora.

Sus ojos se clavan en los míos, como si me estuviera retando a algo.

La media luna que forma su boca, esa que me desarma, me cautiva al instante.

«Dios..., estás jodidamente loco por ella y no hay nada que puedas hacer para remediarlo».

—Parece que tienes el culo sensible, ¿te he asustado?

Me ruborizo por las carcajadas de los que están a mis espaldas, entre los que se incluye mi padre.

—¿Qué haces, Alison?

—¿Saludarte?

—Más bien creo que tratas de avergonzarme.

—¿Eso crees?

—Sí.

—Pues te equivocas—se acerca lentamente a mí, pegándose a mi pecho, y deposita un beso tierno en la comisura de mis labios—. Bienvenido, Preston.

¿Notará los latidos de mi corazón desenfrenado?

¿Habrá escuchado ese pequeño jadeo que escapó de mis labios al tenerla tan cerca?

Nuestras miradas se enredan.

La mía, especulativa.

La suya, lo dicho antes, retadora y decidida.

Pero ¿a qué?

—Gracias—musito—, empiezo a pensar que he hecho bien en venir.

—No lo dudes...

Me guiña un ojo y se gira para dirigirse a los demás.

En cuanto un camarero pasa por mi lado, no dudo en coger una copa y vaciarla de un solo trago. Cojo otra, tengo la boca seca, joder..., pero al ver la mirada de mi padre, decido no hacer lo mismo que con la anterior. Al contrario, la voy bebiendo sorbo a sorbo, disfrutándola.

«No te vengas arriba por lo que acaba de suceder y relájate, ya sabes que ella es muy dada a darte una de cal y otra de arena...»

Me aproximo al grupo y, entre conversación y conversación, no puedo evitar quedarme embobado con ella y con esa tripita que acoge en su interior a nuestro pequeño.

Daría lo que fuera por sentirlo moverse sobre la palma de mi mano; por poder rodearla con mis brazos y marcarlos a ambos como míos.

Se nos unen el señor August y la señora Victoria, las dos únicas personas que no había tenido de frente desde que supe que era el padre del bebé. Las pelotas se me encogen con su sola presencia y no sé por qué, cuando tengo entendido y sé de buena tinta, que ellos tienen claro que, si no estoy con su hija, es porque ésta no quiere. Aun así, ¿qué puedo decir? ¡Maldita sea, son sus padres y yo el tipo que la dejó embarazada!

—Dichosos los ojos, muchacho, ya pensábamos que no volveríamos a verte nunca más.

—Nada de eso, señor August, he estado muy ocupado.

—Lo sé, las malas lenguas dicen que has tenido unos meses un poco peliagudos.

Me encojo de hombros.

—Algo así.

—Tranquilo, no hay tormenta que no amaine. Tengo unos hijos muy testarudos, pero siempre acaban cediendo a lo que de verdad sienten, como Adrien, por ejemplo.

«Me lo dice o me lo cuenta...»

Se acerca una de las chicas del cáterin y se dirige a Alison, a la que no dejo de observar por el rabillo del ojo.

Hablan unos poco minutos y ambas asienten. Alison le dice algo a su hermano Theodore y parece despedirse del grupo. Me llevo la copa a los labios cuando la veo alejarse.

De repente se gira, busca mi mirada y suelta:

—Preston, resérvame un baile, a ser posible un rock and roll.

Las burbujas del cava me salen por la nariz y me atraganto, tosiendo como un poseso.

¿Se ha vuelto loca?

«Qué va, ella es así de nacimiento. Nació loca, amigo mío...»

Me da la espalda y sigue caminando, sin darme tiempo a responder.

Y aunque hubiera podido hacerlo, no sabría ni qué decir.

«¿A qué estás jugando, Alison James?»

A destrozar la poca cordura que te queda, eso seguro...

Son las manos del señor August las que me golpean la espalda.

—¿Te encuentras bien, muchacho?

—Sí, sí, gracias.

«Joder...»

—¿Así que ahora te va lo de A-UAN-BA BULUBA BALAM BAMBU a lo John Travolta?

Pongo los ojos en blanco.

—Que te den, James.

—¿A cuál de los dos, a éste o a mí?

Miro a los dos hermanos, que parecen estar conteniendo la risa.

—A los dos.

—Hermano, algo me dice que esta noche será movidita.

—Por una vez estoy de acuerdo contigo, Adrien.

Y no se equivocan, a partir de este mismo instante, vivo un completo calvario a manos y pies de mi pequeña acosadora, exactamente igual que en la boda de su hermano. Con la diferencia de que esta vez, todos están pendientes de nosotros.

Su pie se vuelve un arma de destrucción masiva bajo la mesa, llevándome a casi implosionar, en varias ocasiones. Sus gestos e insinuaciones, con la comida, hacen que me hierva la sangre y descienda toda a la punta de mi polla, dejándome sin riego en el resto del cuerpo.

Contengo jadeos, exclamaciones y ganas. Ganas de sacarla de allí y hacer que alivie todo lo que está provocando en mí, y luego darle unos buenos azotes por ser una niña mala y descarada. Cierro los puños y los abro, la piel

me arde debajo de la ropa y ella es consciente de ello.

La muy arpía me lleva al límite sin importarle que ambos estemos quedando en evidencia. Debería hacer lo mismo y darle a probar de su propia medicina; pero no lo hago, al contrario, me pongo en pie como alma que lleva al diablo y salgo del salón bufando y rezongando por lo bajo.

Me encierro en el baño, tengo la respiración agitada y calor, mucho calor. Abro el grifo y me echo agua fría a la cara, tengo que bajar la temperatura de mi cuerpo de alguna manera. La puerta se abre a mi espalda y entra ella, meneando sus redondeadas caderas. Nuestras miradas se encuentran en el reflejo del espejo. Intensas.

Ávidas. Cargadas de deseo, lujuria y algo más que no me atrevo a nombrar por miedo a equivocarme. Me seco con toallitas de papel y la encaro, poniéndome frente a ella, tan pegado que respiro el aliento que exhala.

—¿Por qué estás haciendo esto, acosadora?

Se pasa la lengua por el labio inferior y sonrío.

—No me has dejado otra opción.

—¿Ah no? ¿En serio?

—No quisiste escucharme la otra tarde y tampoco contestaste a mi último mensaje.

—No lo leí—confieso sobre sus labios.

—Mal hecho—frota su nariz con la mía, a la vez que acaricia mi mentón, con delicadeza—. Pregúntame si tengo algo que decirte.

Trago saliva y asiento.

—¿Tienes algo que decirme? —susurro.

—Sí, quiero bailar cualquier tipo de música contigo el resto de mi vida, si me dejas—sonríe—. Vuelve a preguntar...

Sonrío también, con el pulso latiéndome en la garganta.

—¿Tienes algo que decirme?

—Sí, dijiste: «todo o nada». Elijo todo. Todo contigo, para siempre—roza mis labios con los suyos—. Pregunta una vez más...

Tengo la garganta atenazada de emoción y apenas me sale la voz.

Carraspeo.

—¿Tienes algo que decirme?

Asiento.

—Te quiero.

Cierro los ojos y pego su frente a la mía, expulsando el aire contenido en los pulmones.

«No es un sueño, Arthur, es la puta realidad y te quiere...»

Me quiere.

¡Me quiere!

CAPÍTULO 38



Nada me apetece más que encerrarme con ella en uno de los pequeños cubículos del baño y entregarle lo que lleva pidiendo a gritos toda la noche y que yo ansío darle.

Sobre todo, después de escucharla pronunciar las palabras mágicas que tanto tiempo llevo esperando oír y que, por un corto espacio de tiempo, me hacen el hombre más feliz sobre la faz de la tierra.

«Putas dudas...»

Si Adrien ha sido capaz de decirle que me voy a trabajar con Oliver Hamilton, ¿qué más le habrá contado? ¿Habrá roto su promesa?

«Maldito Colin...»

Abro los ojos y me separo de ella, marcando las distancias, y la observo en silencio.

—¿Qué ocurre? —balbucea.

Aprieto los dientes.

—¿Por qué, Alison?

Ladea la cabeza y apoya las manos en las caderas, sin responder.

—¿Por qué de repente has cambiado de opinión? —insisto.

—No me crees...

—Lo siento, pero entenderás que después de todos mis intentos para que reconocieras lo que a mi parecer era tan evidente y tanto te esforzaste en ocultar tenga mis dudas.

Resopla.

—Ya te lo dije, no quiero perderte, Arthur, y si tengo que irme contigo a Estados Unidos, lo haré con los ojos cerrados.

Se me escapa una risa sardónica y ella me fulmina con la mirada.

—¿Qué más te contó tu hermano, aparte de que me iba a trabajar con Hamilton?

—Nada, sólo eso.

—Dímelo, Alison.

—Acabo de hacerlo, ¿es que estás sordo?

—¿Qué hay de la promesa que hiciste sobre la tumba de tu difunto novio?

Se encoge de hombros.

—Las promesas se rompen, ¿no?

—Pues tú no parecías muy dispuesta a hacerlo, al contrario, te aferraste a ella con uñas y dientes.

—Lo hice para protegerte.

—¿Protegerme? —inquiero incrédulo—. ¿A mí? —me señalo y vuelvo a reír, esta vez con fuerza.

Se frota la frente con una mano y suspira.

—Oye, no sé qué te pasa ni por qué has reaccionado así de mal a mi declaración, la verdad que no era esto lo que esperaba.

—¿Y qué era lo que esperabas? ¿Que me postrara sin más a tus pies? Me has hecho daño, Alison, me has humillado y despreciado, cuando te dije que estaba loco por ti, que me había enamorado y que lo quería todo contigo. ¿Por qué debería de creerte ahora si continuamente me das una de cal y otra de arena? ¿Me das esperanzas para pisotearlas dentro de cinco minutos y quedarte tan ancha?

Suspira.

—Nunca has entendido nada...

—¿Y qué debería de entender según tú?

—Que todo lo que hice fue por ti.

Suelto una carcajada.

—¿Por mí? Venga ya, sé sincera de una puñetera vez y dime la verdad, joder.

Se aproxima a mí con rabia y me clava el dedo en el pecho, una y otra vez, mientras habla.

—La verdad es que llevo todo este tiempo enamorada de ti, gilipollas, y si no lo reconocí primero, fue porque tenías un contrato firmado con una cláusula que te arruinaría la vida, ¿entiendes? Adiós a la clínica de rehabilitación de tu padre, adiós a tu trabajo y adiós a todo lo que era importante para ti.

¿Cómo iba a hacerte eso? ¡No podía, joder! ¿Crees que yo no he sufrido? ¿Que no me remuerde la conciencia por lo imbécil que he sido? Hacerte daño me mataba, pero era por tu bien, Arthur, maldita sea, era por tu bien... —solloza apoyando la cara en mi pecho y la abrazo.

—Alison... —murmuro—, nada era más importante que tú, si no podía tenerte, lo demás me sobraba, por eso renuncié a todo.

—Lo sé..., lo sé..., y pensé que era lo mejor para ambos, pero cuando Adrien me dijo que te ibas, yo...

—Te mintió, no me voy a ningún lado, Alison.

—¿Me mintió?

—Sí. Es cierto que Theodore me ofreció regresar a Ibiza, y mi respuesta fue un no rotundo porque, aunque tú no me amases, quería y quiero estar cerca de mi hijo.

—Pero yo te amo..., y quiero que estemos juntos, que formemos nuestra propia familia, aquí o donde sea, me da igual—me mira con intensidad—. Sé que me porté fatal contigo y que no te merezco, pero si pudieras darme una oportunidad, Arthur, una sola, te demostraría que mis sentimientos son verdaderos. Nunca he querido a nadie como te quiero a ti—remarca.

—¿Ni siquiera a Colin?

Niega con la cabeza.

—Ni siquiera a él. No era trigo limpio—afirma.

Se me encoge el estómago.

—Lo sabes—exclamo, sorprendido.

—¿El qué? ¿Que el día que tuvo el accidente y falleció me había desplumado? ¿Que iba camino del aeropuerto con destino a Las Vegas? Por Dios, pues claro que lo sé, ¿a quién crees que llamaron los del banco cuando sacó todo mi dinero de la cuenta? —coge aire por la boca y lo expulsa con fuerza—. Esa llamada fue como recibir... Un momento—me mira suspicaz—, dime que cuando me preguntaste si mi hermano me había contado algo más no te referías a eso. Dime que no piensas que, si reconozco mis sentimientos por ti, es porque me enteré de esa jugarreta y estoy despechada... Dímelo, por favor...

Ojalá pudiera hacerlo, pero estaría mintiendo y yo nunca miento.

—Arthur...

—Joder, Alison, ponte por un momento en mi lugar y dime qué harías tú si estuvieras en mi situación. ¿Qué podía pensar, si hasta tienes una fotografía suya encima de la mesita de noche en tu habitación?

Se frota la frente, cansada.

—Está bien, lo entiendo, aunque creí que me conocías mejor. Jamás haría algo así, no te diría que estoy enamorada de ti si no fuera verdad, idiota. No soy de esa clase de mujeres que juega con los sentimientos de los demás, deberías de saberlo maldito...

La silencio devorando su boca y deslizando la lengua en su interior. Gime y rodea con sus brazos mi cuello, mientras yo ahueco sus mejillas con mis manos. Dios..., sabe tan bien... Echaba tanto de menos su cálido aliento mezclado con el mío... El suave roce de su lengua, que me vuelve loco y hace que me ardan las entrañas.

—Me desarmas, pequeña acosadora—susurro sobre sus labios.

Sonríe alzando los ojos, clavando la mirada en la mía.

—Y tú me tienes postrada a tus pies, maldito cabezota.

—Mira quien fue a hablar.

Volvemos a enredarnos en un beso lento, tierno, de esos que iluminan tu alma y te hacen sentir importante para alguien. Amado... Acaricio su pelo y hundo la nariz en el hueco de su cuello, inhalando su olor.

—¿Crees que nos echarán mucho de menos en la fiesta si nos escabullimos y subimos a una de las habitaciones? —pregunto con unas ganas tremendas de hundirme en ella.

Ríe.

—Supongo que sí, llevan toda la noche pendientes de nosotros.

—Normal, no has dejado de acosarme delante de ellos, has sido una niña muy mala y descarada, Alison James.

—Sí, lo sé, pero, joder, ha merecido la pena—ronronea al sentir mis manos por debajo de su vestido.

—¿Lo dejamos entonces para más tarde? —mi dedo roza el elástico de sus braguitas y pone los ojos en blanco.

—Si sigues por ese camino, va a ser que no.

Un ruido, al otro lado de la puerta, impide que nos dejemos llevar. De mala gana, me separo de ella y coloco bien su vestido. Después, poso mi mano sobre su vientre y me inclino para hablarle a mi futuro hijo en murmullos:

—Papá ya está de vuelta, y no volverá a alejarse nunca más.

Beso la tripa, por encima de su ombligo, y luego miro a Alison, que emocionada acaricia mi cabeza.

—Cuando pienso que es imposible que pueda amarte más—dice con la voz tomada—, haces cosas como esta. Eres un hombre increíble, Arthur

Preston, y te quiero con toda mi alma.

De vuelta al salón, antes de entrar en éste, le hago una última pregunta para saciar mi curiosidad y zanjar el tema de una vez por todas.

—¿Por qué les hiciste creer a tus hermanos que no sabías lo de Colin?
Se encoge de hombros.

—Porque me sentía avergonzada. Intentaron por todos los medios que no me relacionara con él y no quise escucharlos. Me alejé de mi familia de la peor manera, sin importarme el daño que les estaba causando. Fui orgullosa, caprichosa y sí, también muy cabezota. Ellos tenían razón y yo me equivoqué.

—Es de humanos cometer errores, Alison, sobre todo, si se cometen por amor.

—Ese es el problema, que hace tiempo que sé que mi equivocación no fue por amor, sino por rebelarme. Estaba tan harta de que se metieran en mi vida... Por eso hice esa promesa sobre la tumba de Colin, no porque lo sintiera de verdad, era la única manera de mantenerlos alejados, pero ya sabes cómo son..., me quieren y no pueden evitarlo.

Comprendo que lo hacen por mi bien, aun así, Dios..., a veces resulta asfixiante que quieran controlarlo todo.

Río.

—Sí, conozco perfectamente esa sensación, la he vivido en mis carnes todo este tiempo.

—Lo siento.

—Yo no.

—¿No?

Niego con la cabeza.

—Querer proteger a las personas que amas de cualquier sufrimiento, es la demostración de amor más vieja del mundo. Puedes cabrearte, rebelarte, e incluso alejarte, pero sabes que, en el fondo, a la hora de la verdad, siempre estarán ahí, para lo bueno y lo malo. Si tienen que decir algo, por muy duro que sea, lo harán.

Si tienen que hacer algo, por muy descabellado que resulte, también. Son los únicos que no fallan. Así que no, no siento tener a tus hermanos entrometiéndose en mi vida, por mucho que me enfurezca con ellos y saquen a relucir mis instintos asesinos, porque son una parte muy importante de ella y los quiero.

Además, yo también he hecho lo mismo con ellos cuando lo creí necesario.

Se acerca lentamente a mí y deposita un beso en mis labios.

—¿Te he dicho ya que eres un hombre increíble?

—Sí, pero puedes repetirlo siempre que quieras.

—Tonto.

—Preciosa.

Vuelve a besarme.

—¿Listo? —pregunta enlazando sus dedos con los míos.

—Vamos allá.

En cuanto cruzamos el umbral de la puerta del salón, acaparamos todas las miradas y, las sonrisas burlonas de Adrien, no se hacen esperar.

—¡Alabado sea Dios! —grita el mamón—. ¡Los milagros existen!

—Capullo—mascullo a su lado.

—Yo también te quiero, hombre, ¿cuándo es la boda?

—¿Boda? ¿Qué boda? —inquiero.

—No me jodas que no le has pedido a mi hermana que se case contigo.

—Adrien...

—Hermana, tenéis que casaros antes de que nazca el niño, es lo correcto.

Alison y yo intercambiamos una mirada antes de estallar en carcajadas.

—¿Qué es tan gracioso?

—Nada—respondemos los dos a la vez.

—Hablaré con Theo y...

—Hermano, no tienes nada que hablar conmigo, dejemos que lo hagan a su manera, ¿vale? —Theodore me abraza y luego besa a su hermana—. Felicidades, me alegro de que por fin hayáis limado asperezas y estéis juntos.

—Gracias—volvemos a responder los dos.

—Qué monos, si hablan a la vez y todo...

—Adrien James—exclama Alison—, deja de burlarte de nosotros, te voy a arrancar las pelotas por haberme engañado con la partida de Arthur.

—Vamos, vamos, hermana, no te pongas agresiva, eso no puede ser bueno para el bebé. Lo hice para hacerte reaccionar y dio resultado, así que de nada.

—Idiota.

—Yo también te quiero, enana.

Algunas horas más tarde, después de haber recibido las felicitaciones de todos, de haber compartido unos cuantos brindis a nuestra salud y la de nuestro bebé; de haber bailado, primero un buen rock and roll y luego una

balada muy lenta, en una de las habitaciones de la planta de arriba, hasta quedar agotados y satisfechos; completamente desnudos, con los pies enredados y mis manos sobre el vientre de mi preciosa acosadora; aún con la respiración agitada y oliendo a sexo del bueno, le hago la proposición más horrible de la historia.

—¿Nos casamos?

—Sí, hagámoslo, pero en la intimidad.

—¿Solos tú y yo?

Sonríe.

—Solos tú y yo.

—¿Sin ningún James a nuestro alrededor?

—Exacto.

—Dios, nena, ahora sí que me tienes en el bote.

Sus carcajadas me contagian.

—Bobo.

—Acosadora.

—Guapo.

—Tú más.

—Te quiero.

—Yo sí que te quiero...

EPÍLOGO



Alison

«Hoy es el día...»

Aquella noche, de hace un mes, en la que al fin fui valiente y le declaré mi amor a Arthur, no hablábamos en broma cuando decidimos casarnos en la intimidad. Solos él y yo, sin nadie más. Bueno, y nuestro bebé, por supuesto.

Sé que mi familia pondrá el grito en cielo por haberles ocultado nuestros planes, pero no me importa. Digamos que es nuestra pequeña venganza por ser tan entrometidos y querer que se hagan las cosas a su manera.

Además, a ninguno de los dos nos apetecía hacer una celebración por todo lo alto y con infinidad de invitados. No necesitamos demostrar nuestro amor a lo grande, nos basta con algo sencillo: un juzgado, el juez, un par de testigos y para de contar.

Sonríó complacida por nuestra decisión.

«Quién te lo iba a decir, ¿eh?»

Pues sí.

Nada de lo acontecido en los últimos siete meses entraba en mis planes. Absolutamente nada. Vale, miento, probar el buen movimiento de caderas de Preston, ese del que había escuchado hablar tantas veces, sí; pero no quedarme embarazada, y mucho menos, enamorarme de él.

Principalmente porque, para ser sincera, era una persona a la que no soportaba.

Verlo aparecer por Clover House, la mansión familiar, me ponía de los nervios. No por nada, porque en realidad, siempre tuvo un trato cordial conmigo, sino porque me parecía un estirado y un sabelotodo. Tan distante...

Tan correcto... Tan perfecto...

—Ali, mi amor, ¿te falta mucho? No quiero llegar tarde a nuestra boda.

Miro por encima del hombro hacia la puerta cerrada de nuestra habitación, donde mi futuro marido me espera ansioso.

—Ya casi estoy lista, cielo, sólo unos minutos más.

—De acuerdo.

Oigo sus pasos alejarse por el pasillo y suspiro.

«Qué buena elección has hecho, Alison...»

Y es cierto, no tengo ninguna duda al respecto, Arthur es el hombre más maravilloso del mundo. Empecé a darme cuenta de ello cuando mi hermano Theodore lo echó de Clover House el día que supieron que él era el padre de mi bebé y amenacé con desaparecer de sus vidas, igual que hice cuando no vieron con buenos ojos mi relación con Colin.

Mientras que este último, en su momento, me animó a hacerlo, Preston hizo todo lo contrario, calmándome y haciéndome prometer que no haría ninguna tontería.

Luego, cuando se vio obligado a regresar a Londres y trabajar conmigo, cuanto más tiempo pasábamos juntos, más claro tenía que no era el hombre que había imaginado. No sabría decir en qué momento exacto me enamoré de él. Supongo que empezó a ganarme con su dulzura y cuidados, siempre preocupándose de mi bienestar, pendiente de mí.... Arrodillado a mi lado mientras vomitaba, preparándome cada día el té de menta, las galletas saladas... Fueron tantas cosas, tantos momentos compartidos... Y fui tan asquerosa con él, tan desagradecida que, no entiendo que no me mandase a la mierda y se olvidara de mí. De haberlo hecho, reconozco que me lo hubiera merecido.

«Sí, te lo merecías, por arpía...»

Cada vez que pienso en todas las veces que lo traté mal a propósito, me angustio. La de tonterías que pueden llegar a hacerse por amor. Sí, por amor. De ninguna manera podía permitir que se quedara sin trabajo y tuviera que pagar una sanción desorbitada por mi culpa.

Ahora tengo claro que mis hermanos no lo habrían obligado a cumplir esa estúpida cláusula, porque todo era un puto paripé. Un paripé que casi consigue que pierda al amor de mi vida. A punto estuve de partirles la cara a esos gilipollas cuando Arthur me contó que todo fue planeado con la única intención de que nos enamorásemos.

Qué rabia me dio... Qué ganas de convertirme en asesina, joder... Su

propósito lo consiguieron, sí, pero ¿a qué precio? Las semanas previas a la celebración de Acción de Gracias fueron una maldita pesadilla para nosotros dos. Para Arthur, porque fui cruel con él, tanto que hasta renunció al empleo en la empresa; y para mí, porque a pesar de quererlo con locura, lo alejé, partiendo su corazón y el mío.

¿Cómo no iba a querer matar a Adrien y a Theo con mis propias manos? Lo raro es que no me haya dejado llevar y lo haya hecho. ¡Capullos metomentodo! Menos mal que a Adrien le dio por decirme que Arthur se iba a trabajar a Estados Unidos con el hermano de Rebeca, Oliver Hamilton, que si no..., a saber qué hubiera pasado. Nunca había tenido tanto miedo de perder a alguien como hasta ese día.

Juro que hasta me quedé paralizada e incluso muda. Ni siquiera cuando Colin murió me sentí tan devastada. Supongo que, porque ni de lejos sentía por él lo que siento por Preston.

De hecho, fue más bien un capricho que a él le costó la vida y a mí muchos disgustos y remordimientos de conciencia.

«Tu mayor equivocación...»

Cierto.

Mejor no hablar de él, total, para qué.

Me encojo de hombros y me miro al espejo.

Lo único que veo es la cara de Arthur cuando me dijo que estaba jodidamente enamorado de mí y que lo quería todo conmigo, que no le bastaba con ser mi amigo con derecho a roce.

Esa desesperación... Ese brillo en la mirada... Los brincos de mi corazón... Yo tampoco lo quería, pero en las circunstancias en las que estábamos, era a lo único a lo que podía aferrarme para mantenerlo a mi lado.

No funcionó. Ninguno de mis intentos lo hizo. «Todo o nada, Alison...», dijo. Qué mema fui, joder... No me extraña que haya dudado de mis sentimientos hasta el último momento.

La de veces que me preguntó si tenía algo que decirle y todas ellas respondí que no... En su lugar a mí me hubiera pasado lo mismo.

¿A quién no?

Decirle que lo quería fue lo más fácil del mundo.

Convencerle de que no mentía, lo más complicado.

¿Ha merecido la pena todo lo vivido?

Rotundamente sí. No cambiaría ni una sola coma de nuestra historia.

¿Por qué?

Porque ahora nuestro amor es invencible.

—Por el amor de Dios, Alison, estás consiguiendo que me coman los nervios.

Sonríó a mi reflejo en el espejo, me aliso una inexistente arruga del vestido, y abro la puerta de la habitación. Mi prometido me mira de pies a cabeza, con adoración y la boca abierta. Me encanta que reaccione así a mí. Me encanta ver en sus ojos ese deseo..., ese anhelo..., esa necesidad...

—Joder, pequeña acosadora, estás preciosa.

No llevo un vestido de novia al uso, es de premamá y sencillo; de color crudo, con las mangas largas de encaje y escote redondo.

Me he recogido el pelo en un moño clásico, alto y tirante, y lo he adornado con pequeñas cuentas de flores de cristal. Los zapatos tienen poco tacón, tengo los tobillos demasiado hinchados como para ponerme algo más sofisticado.

Es lo que tiene casarse embarazada de casi ocho meses, que prima la comodidad.

—Gracias, tú también estás muy atractivo.

Y no miento.

Se ha puesto un traje de tres piezas en color azul, que le queda como un guante; camisa blanca impoluta y pajarita. Ya estoy deseando quitárselo para disfrutar de lo que hay debajo de tanta tela. Pero lo más bonito son sus ojos y las arruguitas que se forman alrededor de ellos cuando sonrío de esa manera tan sexi que me hace babear.

—Si no estuviera como un tonel y a punto de reventar, te ibas a enterar...

—No digas tonterías, ahora mismo eres la mujer más hermosa del mundo y ya sabes lo mucho que me gusta que te sientes a horcajadas sobre mí y me cabalgues—exclama con esa sonrisa que me mata.

—De pequeña siempre quise ser cowboy—aseguro pícara.

Suelta una carcajada.

—Alison James, no tienes remedio y me encanta.

Lo miro con adoración.

—¿Listo?

—Para ti, siempre.

Con los dedos entrelazados, salimos de casa, nos subimos a mi coche y hacemos el recorrido al juzgado de Dover compartiendo miradas y sonrisas cómplices.

No creemos en eso de que trae mala suerte ver a la novia antes del «sí quiero». Hace casi un mes que vivimos juntos y sería una tontería que él saliera de casa sólo porque vamos a casarnos. Además, no creo que pudiera pasar una sola noche sin él a mi lado. Ya no.

En este poco tiempo, me he acostumbrado a tenerlo siempre cerca, formando parte de mí, de mi día a día. Estoy tan enganchada a él, que, si no me abraza antes de dormir, me cuesta conciliar el sueño. La tranquilidad que me transmite con ese simple gesto es inexplicable, pero cierta. A veces me asusta la magnitud de mis sentimientos por este hombre.

Tan intensos... Tan carnales... Tan todo... Me domina con su mirada, me derrite con sus caricias y me mata de amor con sus palabras. Me tiene rendida a sus pies, literalmente.

—¿En qué piensas? —indaga llamando mi atención, parados frente a los juzgados.

Lo miro embobada.

—Llevo todo el día pensando en ti. En todas las cosas maravillosas que has hecho en mí y por mí. En todo lo que me equivoqué contigo y que aun así te tenga a mi lado, dispuesto a unirte a mí para el resto de tu vida—me da un ligero apretón en la mano—.

Pienso en lo rápido que late mi corazón, sólo porque respiras el mismo aire que yo; en la forma en que me tiemblan las piernas cuando me sonríes y en cómo me desintegro cuando me tocas—suspiro, clavando los ojos en los suyos con intensidad—. En definitiva, tú ocupas mi mente, mi alma y todo mi ser, Arthur Preston, no tienes ni idea de cuanto te quiero.

Acaricia mi rostro con dedicación.

—Te equivocas porque, si es sólo la mitad de lo que yo te quiero a ti, entonces sí que lo sé—enreda su mano en mi nuca y me aproxima a él—. Te amo más que a mi vida, Alison, y tú eres mi vida.

Nos fundimos en un beso largo y lento que me corta el aliento.

La ceremonia civil es sencilla y rápida y, para cuando salimos de los juzgados, nos quedamos sorprendidos porque ha empezado a nevar. Los astros han querido aliarse con nosotros y, en lugar de arroz, confeti o pétalos de rosa, como en cualquier boda, tenemos algodonosos copos de nieve.

¿Se puede pedir más?

—Dios, esta estampa es preciosa—murmuro.

—Sí que lo es—su vista está fija en mí.

Sonrío.

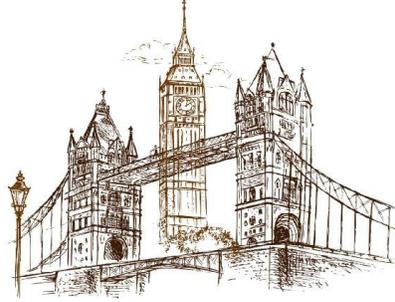
—Si sigues mirándome así, tendremos que pasar por casa antes de dirigirnos a Clover House para la cena de Navidad.

Suelta una carcajada sexi y sensual.

—¿Piensas en algún baile en particular?

Asiento.

—Rock and roll.



Arthur

Un año después.

Arthur Finn Preston James, nuestro hijo, vino al mundo el quince de enero, una semana antes de lo previsto. Siempre recordaré ese día como uno de los más difíciles y, a la vez, más felices de mi vida. Los médicos dijeron que fue un buen parto para tratarse de una primeriza.

A mí no me lo pareció, se me hizo eterno. La cara de mi pequeña acosadora, los insultos y amenazas, durante la dilatación, son la parte complicada de ese día que me gustaría poder olvidar. Aún no lo he conseguido.

Ella sí, de hecho, empieza a hablar de darle un hermanito o hermanita a Finn cuanto antes.

Sólo de pensarlo se me encogen las pelotas. No obstante, sé que acabaré cediendo, Alison se ha vuelto una experta en manipularme a su antojo, algo que no me cuesta admitir porque vivo por y para ella.

—Y la muy puñetera lo sabe, de eso se aprovecha—murmuro sonriendo.

Mi hijo gorjea a mi lado, tratando de llevarse el chupete a la boca, y lo miro con adoración.

Jamás imaginé que pudiera llegar a querer a alguien tan profunda e incondicionalmente. A su madre la quiero, sí, pero a él... Dios, es mi razón de ser, de vivir.

Sangre de mi sangre. Mi todo para siempre.

Lo supe en el mismo instante en que vi su carita sucia y arrugada aquella fría noche de enero. En aquel momento, juré que nunca me separaría

de él y que sería el mejor padre del mundo. Desde entonces, intento cumplir ese juramento a rajatabla, cada día.

Cojo una toallita y limpio su boca llena de babas mientras él protesta.

—Ya sé que no te gusta, pero es lo que hay, pequeñajo.

Abre la boca, tratando de comerse la toallita y río, colocándolo sobre mis rodillas.

—¿Sabes? Hoy es un día importante para papá y mamá, celebramos nuestro primer aniversario de boda. Algún día te contaré que los abuelos y los tíos, estuvieron cabreados con nosotros hasta que tú naciste.

Suelta un gritito agudo.

—Justo así gritó tu tío Adrien cuando supo que mamá y yo nos habíamos casado sin decirles nada. Luego quiso darme un puñetazo, pero tu mami, que es la mujer más valiente del mundo, lo impidió poniéndose delante de mí.

Creo que fue la peor celebración de Navidad para los James. Para el abuelo Finn y la abuela Amanda, fue una anécdota más que juraron contarte cuando te hicieras mayor para avergonzarnos. Ni se te ocurra decirles que me he adelantado y ya lo sabes, ¿vale?

Su respuesta es tirar de mi corbata y llevarla a la boca, como hace con todo lo que se le pone por delante.

Sonrío.

—No, Finn, esto no se come, pero puedo darte una galleta de esas que tanto te gusta.

¿Quieres? —sus ojos se iluminan y bate las palmas—. Ya me lo imaginaba.

De camino a la cocina, golpeo con los nudillos la puerta de nuestra habitación.

—Alison, cielo, ¿te falta mucho?

—¡Ya casi estoy! —grita al otro lado de la puerta.

Miro a mi hijo y susurro:

—Hizo lo mismo hace un año, ¿sabes? Me tuvo esperando por ella casi dos horas, faltó poco para que me diera un síncope.

—Te he oído, exagerado.

—Cariño, tu familia se enfadará si llegamos tarde a la fiesta que nos han preparado.

—Pues que se enfaden—exclama tajante.

Pongo los ojos en blanco y Finn ríe.

—No me gustaría que tuvieras que volver a defenderme de alguno de tus hermanos, ¿qué pensaría el niño?

La puerta se abre y se me corta el aliento al verla, como siempre.

Lleva un vestido largo hasta los pies en color verde agua, vaporoso, elegante y sexi.

Recorro su cuerpo de pies a cabeza y me relamo.

—Estás absolutamente preciosa.

Se ruboriza y sonrío con timidez.

—Gracias.

Me encanta que sus mejillas se cubran con ese color rosado cuando le digo cumplidos. Hace que parezca una mujer de lo más inocente. Aunque ya sabemos que ella es justo todo lo contrario.

Inclino la cabeza y me acerco a sus labios.

—¿Y si pasamos de la fiesta?

Chasquea la lengua.

—Que más quisiera, pero ya hemos tentado demasiado la suerte.

Le doy un beso y suspiro.

—Entonces no los hagamos esperar más.

Antes de salir de casa le doy una galleta a Finn.

Lo prometido es deuda.

La fiesta, cómo no, es en la mansión familiar de los James, Clover House. La familia es conocida por sus celebraciones, algunas impresionantes y sofisticadas y, otras, sencillas y de ámbito más familiar, las que más me gustan de un tiempo a esta parte.

«Te estás haciendo viejo, Preston..., has madurado».

Madurar no es hacerse viejo, ¿verdad?

Curtis, el mayordomo, nos da la bienvenida al pie de las escaleras.

Saco a Finn de su sillita y, con él brazos, entramos en la casa. En cuanto cruzamos el umbral de la puerta del salón, el pequeño acapara toda la atención. No me extraña, es un niño adorable y precioso, como su madre. De mí sólo ha heredado el color de los ojos, por lo demás es clavadito a ella.

Mi suegra me lo quita de los brazos y, mientras ella, Amanda, mi padre y mi suegro le hacen carantoñas, Alison y yo aprovechamos para saludar al resto. Confieso que me emociona verlos a todos allí: Theodore y Rebeca, embarazada de cinco meses; Adrien y Caitlin, por fin casados y de eterna luna de miel; Amber y su marido Albert, siempre sonrientes y felices; Luis y Dana, juntos, pero no revueltos, según ellos; Mila, con un tal Mauro al que no había

visto en mi vida; Pablo, Javier y más familia de los James, a los que sólo veo en ocasiones especiales, juntos para celebrar nuestro primer aniversario.

—Si hubierais hecho una boda como Dios manda, ahora estarías a solas con tu mujer en cualquier otra parte.

—Por el retintín en tus palabras, deduzco que tú estás encantado, ¿me equivoco, Adrien?

Ríe.

—En absoluto, mi venganza por lo que hicisteis será malcriar a mi sobrino.

—No me preocupa, ya se encargará tu hermana de ponerte en tu sitio.

—Calzonazos.

—Mamón.

Vuelve a reír.

—Felicidades.

—Gracias.

Nos fundimos en un abrazo y nos palmeamos la espalda.

—Vosotros siempre en vuestra línea, ¿no? ¿Pensáis madurar algún día?

—Caitlin besa a Alison y luego a mí.

—No cuentes con ello, Caitlin—dice Theo poniéndose a mi lado—, estos dos no tienen remedio, y eso que no se podían ni ver...

—Las cosas cambian, ¿verdad, cuñado? —Adrien me guiña un ojo y sonrío.

—Verdad. Rebeca, ¿por qué estás llorando?

Theodore pone los ojos en blanco y menea la cabeza.

—Parece una regadera, tío, llora por todo.

—Ya te expliqué que era por las hormonas, Theo—solloza—, no puedo controlarlas.

Mi amigo la abraza y le da un beso en la sien.

—Lo sé, mi amor, lo sé.

—¿Seguro que quieres volver a pasar por esto? —susurro en el oído de mi hermosa mujercita.

—¿Tú qué crees?

Suspiro, resignado.

—Que vas a acabar conmigo.

—Tonto.

—Preciosa.

Disfrutamos de una cena suculenta y deliciosa en el comedor familiar,

decorado con motivos navideños y un gran árbol de navidad en uno de los rincones. La conversación es amena, tranquila y agradable. Me siento a gusto rodeado de estas personas que primero fueron mis amigos y ahora se han convertido en mi familia.

Miro a mi padre, que me mira a su vez, con una sonrisa cálida dibujada en su boca.

—Estoy muy orgulloso de ti, hijo, a pesar de todo lo vivido, te has convertido en un gran hombre.

Sus palabras me emocionan.

—Gracias, papá.

—Ahora que tienes un hijo, sabrás cuanto te quiero, Arthur. Esa clase de amor es la más incondicional que vas a experimentar hacia otra persona y, por muy cuesta arriba que se pongan las cosas, será para siempre.

—Te quiero—balbuceo.

—Y yo a ti, hijo. Y yo a ti.

August, mi suegro, se une a nosotros y charlamos durante un rato de cosas banales y también de trabajo. Sí, he vuelto a trabajar en la empresa de los James. No podría ser de otra manera, es mi segundo hogar. Ahora ocupo el puesto de Alison, que se ha tomado un tiempo para dedicarse por entero a nuestro hijo. No me parece que tenga muchas ganas de volver a trabajar, sobre todo si está decidida a aumentar la familia.

«Con lo que te gustaba observarla a hurtadillas desde la mesa...»

Theodore y Adrien me sacan de mis pensamientos, poniéndose cada uno a un lado.

—¿Te has fijado en eso? —Adrien me pasa una copa de oporto, la única que beberé esta noche.

Miro en la dirección que me indica y se me escapa la risa.

Mila le lanza puñales con la mirada a Luis, mientras éste la ignora por completo enfrascado en una conversación con Dana.

—¿Es sólo a mí, o a vosotros también os parece que Luis ha cambiado mucho este último año?

—Ha cambiado—asegura Theo, mirándome—, se ha convertido en todo un libertino y no se pierde una reunión en el Edén.

—¿Y a Dana no le importa?

—Oh, querido Preston, a esa mujer le va más la marcha que a ninguno de nosotros—exclama Adrien con guasa.

—Es una lástima que lo de él y Mila no haya salido bien, hacían buena

pareja.

Ambos asienten.

Unas horas más tarde, ya en la habitación, abrazo a Alison, que observa embelesada dormir a Finn en su cunita.

—¿Lo has pasado bien esta noche?

Me mira y sonrío.

—Sí, me ha gustado mucho estar toda la familia reunida y en armonía por una vez.

—Sí, ha estado bien, para variar—inclino la cabeza, inhalo el dulce olor de su cuello y suspiro, clavando mis ojos en los suyos—. Feliz aniversario, pequeña acosadora, tú y Finn lo sois todo para mí.

Acaricia mi mejilla, emocionada.

—Feliz aniversario, mi amor, nosotros no somos nada sin ti.

Nos fundimos en un beso apasionado.

«Eres un tío afortunado, Preston, sin tener nada, lo has conseguido todo...»

FIN



AGRADECIMIENTOS



Siempre y en primer lugar a Dios, por cumplir mi anhelo y darme su respaldo. A mi familia, en especial a mis padres, por inculcarme los valores más importantes de la vida: el amor, el respeto y la lealtad. Por estar siempre ahí. A mis hermanos, mis mosqueteros, por su apoyo incondicional y por quererme como me quieren. ¡Siempre juntos, hasta el infinito y más allá!

A mi marido y mi hija, las dos personas más importantes de mi día a día. El motor que me empuja a seguir adelante. Mi razón de vivir. Mi todo. ¡Os quiero con locura!

A mis zorris: Mari, Sheila, Vane y Sonia, por vuestra implicación en todo lo que propongo, por vuestro entusiasmo, por vuestros mensajes..., por todo. ¡Gracias por estar ahí y soportar estoicamente mis locuras!

A todos esos grupos de Facebook y Twitter que me permiten promocionar mis historias en sus muros. Hacéis una labor muy bonita al ayudarnos a los autores independientes desinteresadamente. ¡Millones de gracias!

Y por último y no menos importante, a ti, sí, a ti, que estás leyendo estás letras y que has decidido arriesgarte y dar una oportunidad a mis historias. Por cada mensaje vuestro, cada reseña y las ganas de saber más de mis personajes. Siempre lo digo, pero es la verdad, los lectores sois lo más importante, sin vosotros lo que hago no sería posible. ¡Se os quiere!

¡¡GRACIAS!!

SOBRE LA AUTORA



Nació en 1977 en Oviedo, Asturias, donde reside desde los catorce años. Hasta esa edad creció en un pueblo a las afueras de Oviedo donde, ella misma confiesa, vivió una de las etapas más felices de su vida.

Se declara lectora empedernida y amante de la novela romántica en todos sus subgéneros. Le gusta escribir desde niña, pero no fue hasta el año 2015 que decidió plasmar en un papel las historias que surgían en su cabeza y darles vida, consiguiendo con ello realizar uno de sus sueños al autopublicar su primera novela: «No quería enamorarme y apareciste tú» en junio del mismo año.

Su mayor debilidad, su familia.

OTROS LIBROS DE LA AUTORA



No quería enamorarme y apareciste tú (junio de 2015). Reeditada en agosto de 2016.

Reina de Corazones (abril de 2016)

Empezar de Cero (junio 2016)

Bienvenida al Club (diciembre 2016)

Un adiós inesperado (septiembre 2017)

Un sueño por cumplir (noviembre 2017)

Aposté por mí (mayo 2018)

Adrien (diciembre 2018)

Créditos de portada, maquetación: Ediciones K.

Facebook: Virginia V.B.

Twitter: @Kynkya

Instagram: @Kynkya

